



FRANZ KAFKA

El proceso

TRADUCCIÓN DE MIGUEL SÁENZ
PRÓLOGO Y NOTAS DE JORDI LLOVET

CONTEMPORÁNEA



Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

CONTEMPORÁNEA



Franz Kafka nació en 1883 en Praga, en el seno de una familia judía de habla alemana. En 1903 se licenció en Derecho, y a partir de 1908 trabajó en el Instituto de Seguros para Accidentes de Trabajo, un empleo que lo obligaría a realizar numerosos viajes a través del viejo imperio austrohúngaro, por entonces en pleno proceso de desmoronamiento. Formó parte de los círculos literarios e intelectuales de su ciudad, pero en vida apenas llegó a publicar algunos de sus escritos, la mayor parte en revistas. En 1922 obtuvo la jubilación anticipada por causa de la tuberculosis, enfermedad que empezó a padecer en 1917 y que le ocasionaría la muerte, ocurrida en 1924 en el sanatorio de Kierling, en las cercanías de Viena.

El grueso de la obra de Kafka, entre la que se cuentan tres novelas, varias decenas de narraciones, un extenso diario, numerosos borradores y aforismos y una copiosa correspondencia, se publicó póstumamente por iniciativa de su amigo y albacea Max Brod, quien desobedeció el deseo expresado por Kafka de que se destruyeran todos sus textos. Desde entonces, la importancia de Kafka y su condición de clásico indiscutible no han hecho más que incrementarse, hasta el extremo de ser unánimemente considerado —por decirlo con palabras de Elias Canetti— como el escritor que más puramente ha expresado el siglo xx, y al que hay que considerar por lo tanto como «su manifestación más esencial».

Biblioteca

FRANZ KAFKA

El proceso

Traducción de
Miguel Sáenz

Prólogo y notas de
Jordi Llovet

Título original: *Der Prozeß*
Diseño de la colección: Equipo de diseño editorial
Fotografía de la portada: © Hulton Getty

Segunda edición: mayo, 2004

Edición al cuidado de Ignacio Echevarría
© 2002, Nueva Galaxia Gutenberg, S. A.
© 2003 por la presente edición:
Grupo Editorial Random House Mondadori, S. L.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 1999, Miguel Sáenz, por la traducción

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 84-9759-281-6 (vol. 356/1)
Depósito legal: B. 24.433 - 2004

Fotocomposición: Lozano Faisano, S. L. (L'Hospitalet)

Impreso en Litografía Rosés, S. A.
Progrés, 54-60. Gavà (Barcelona)

P 8 9 2 8 1 6

Prólogo

Un día de la primavera de 1921, cuando Franz Kafka se encontraba paseando por el Graben de Praga con Gustav Janouch, hijo de un colega suyo en la compañía de seguros en la que el escritor trabajó entre 1908 y 1922, pasaron los dos frente a una sala de exposiciones en la que tenía lugar una muestra de pinturas de Picasso. El joven dijo, refiriéndose al artista: «Es un deliberado deformador». «No lo creo», dijo Kafka, «Picasso únicamente registra las deformaciones que todavía no han penetrado en nuestra conciencia». Y añadió: «El arte es un espejo que “adelanta” como un reloj... a veces».

La anécdota, que Janouch dejó por escrito en un libro *—Conversaciones con Kafka—* imprescindible para conocer las opiniones del escritor sobre asuntos muy diversos, desde los más íntimos a los que remiten a su obra literaria, nos ilustra perfectamente acerca de lo que el escritor pensaba no solo del arte en general, sino también sobre el modo en que entendía su propia literatura. El carácter «adelantado» o «anticipador» que atribuimos a la literatura de Kafka —quizá nosotros más que él mismo— puede explicarse de maneras muy distintas. Hay quien opina que Kafka es hijo de su tiempo, es decir, que está inmerso en las determinaciones históricas que se derivan del complejo entramado político, cultural, religioso y lingüístico del Imperio de Austria-Hungría (en esta misma encrucijada se situaría la obra de Robert Walser, por ejemplo, a quien Kafka siempre admiró, y que presenta más de un punto en común con la de nuestro escritor). Otros dicen que Kafka no es más que un autor realista (al fin y al cabo sus modelos más admirados, según su propia confesión, fueron autores como Kleist, Dickens, Flaubert o Chéjov), un autor realista que no lo parece por el mero hecho de que incorpora a su literatura unas extrañas

figuraciones, convencido, posiblemente, de que esas rarezas se adecuan a la «realidad» de su tiempo, y también convencido, se diría, de que la propia «realidad» ha vivido siempre en una frontera situada entre lo real y lo fantástico. Otros apelan, como parece sugerir el impacto inicial que siempre genera la lectura de sus libros, a la categoría del genio, que lo explica todo sin que sea necesario analizar nada.

Algunos, como muchos de sus contemporáneos en Praga, sugieren que el mundo literario de Kafka tiene que ver con su condición de judío, y el lector verá justificada esta suposición tanto en el apólogo titulado «Ante la Ley», que se encuentra al final de *El proceso*, como, sobre todo, en la exégesis o interpretación de este apólogo que Kafka desarrolla a continuación. A ese respecto, su amigo Max Brod —que fue quien editó, a título póstumo, las tres novelas de Kafka— afirmó con un énfasis que primero fue rebatido y luego aceptado en su justa medida, que Kafka tenía algo de profético: su carácter «anticipador» habría consistido en la transposición al elemento literario de una visión de la realidad anticipada al modo como los profetas se adelantan a los hechos que vendrán, o que, más tarde en el decurso histórico, todo el mundo asumirá como algo obvio. En este sentido, como sea que profetas los ha habido en muchas religiones, en muchos momentos de la historia y disfrazados con ropajes de lo más diverso, digamos que si la literatura de Kafka puede ser llamada «profética» es porque vislumbró algunas de las condiciones de vida más inescrutables de los hombres y de las sociedades de los tiempos contemporáneos. No todos vivían aún, en la época de Kafka, en el mundo que percibió y narró el autor de Praga, pero este es precisamente el mundo en el que todos aceptamos vivir hoy, de peor o de mejor gana. Este carácter precoz de la literatura de Kafka, su capacidad para diagnosticar unas formas de cultura que han acabado poseyendo valor universal, es algo que vale tanto para la mayoría de sus relatos como para las tres novelas que escribió y jamás publicó en vida: *El desaparecido* (escrita en 1912), *El proceso* (empezada en 1914) y *El castillo* (de 1922).

El proceso cuenta una historia en apariencia muy simple: un empleado llamado Josef K. es detenido en su habitación, una mañana cualquiera, sin previo aviso, acusado no se sabe exactamente de qué, por unos individuos que el lector no entenderá exactamente a qué instancia representan: «¿Qué gente era aquella? ¿De qué hablaban? ¿A qué administración pertenecían?». No es necesario añadir gran cosa para definir lo esencial del universo narrativo de *El proceso*, ni lo haremos en este prólogo para no mermar la expectativa del lector. La secuencia inicial es por sí misma tan rara o tan absurda, que cualquier lector quedará en suspenso, no tanto esperando ver en qué acaba una situación tan engorrosa, cuanto esperando descubrir, en las páginas siguientes, si hay alguna lógica, por lo menos interna, que justifique los acontecimientos que se van desarrollando.

Es posible que tal lógica no exista, y es seguro que resulta preferible no pretender encontrarla: el secreto de la obra kafkiana reside en que obliga al lector a darse de bruces ante una situación inverosímil, pero también en conseguir que esta inverosimilitud, sin aclararse nunca, se convierta en el alma y la legitimación de toda una «poética». Lo singular o lo chocante en la narrativa de Kafka no llega a diluirse nunca, como suele suceder con la literatura fantástica, sino que permanece en el aire —es la viciada atmósfera de los espacios kafkianos—, se incrusta en nuestra experiencia cotidiana y sigue generando por mucho tiempo extrañeza, perplejidad o ansia de conocimiento de la verdad. Cada vez que nos preguntamos por el sentido de uno u otro pasaje de *El proceso*, topamos con una pregunta de un alcance tan monstruoso, tan elevado y situado tan lejos de nuestra contingencia, que no nos queda otro remedio que mantener la pregunta, sin descanso, en todo su vigor: ¿por qué Josef K. debe ponerse el día de su arresto un traje forzosamente negro?, ¿qué significa que un pintor llamado Titorelli le venda tres cuadros a Josef K., uno tras otro, y que los tres sean «paisajes de las laderas» absolutamente idénticos?, ¿qué sentido tendrá que los miembros del tribunal que juzga al protagonista no tengan encima de su mesa los gruesos volúmenes de jurisprudencia

que cabría esperar, sino publicaciones de revistas pornográficas?, ¿qué sentido hay que otorgar al hecho de que la condena de Josef K. corra a cargo de dos individuos con levita y sombreros de copa, burdamente maquillados y «con enormes sotabarbas»?

Sin pretender invalidar las vías de interpretación abiertas, aquí es donde hay que ver el mérito literario de Kafka: en este lugar de engarce entre las categorías de lo real y de lo inverosímil; en el punto en el que la ficción literaria se funde con nuestra experiencia, sin que nuestra experiencia haya pasado jamás por situaciones como las que Kafka describe. Su modo de hacer literatura es tan sumamente prodigioso e inédito, que leyendo a Kafka acabamos reconociéndonos con un mundo que no creímos que fuéramos a conocer jamás, pero que, una vez conocido, nos resulta poco menos que familiar. Lo siniestro, si es que puede usarse esta categoría psicológica, se convierte entonces en algo doméstico (en este sentido, ahí queda el ejemplo magífico de *La transformación*, que es ante todo una historia familiar y casera); con la particularidad de que esta anexión de lo siniestro por parte del lector no choca con violencia contra su más o menos acomodada existencia; al contrario, la abraza casi para ofrecerle consuelo. No para redimir al lector, ni para darle esperanza, pues no existe redención ni esperanza en la obra de Kafka —¿porque iba a necesitarlas alguien como Josef K., que en el capítulo séptimo de la novela manifiesta con pleno convencimiento: «soy completamente inocente»?—, sino simplemente para despertar la reconfortante impresión de que algunas de nuestras experiencias más incómodas, secretas y acendradas son solo una versión particular de algo que puede presentarse en un formato, por así decir, tan universal y tan general como una mitología.

Este es quizás el mayor mérito de Kafka, sobre todo si se lo sitúa en el contexto de las literaturas europeas de la modernidad: es cierto que Baudelaire o Rimbaud, por ejemplo, incorporaron a los anales de la literatura el *topos* de la ciudad, con un realce y una intensidad no conocidos hasta entonces; es cierto, también, que Proust escudriñó en la memo-

ria propia –y en los mecanismos de la memoria de todo ser humano– para sacar de ella una nueva «narración» de lo vivido y de la existencia misma; es cierto que Joyce, para señalar otro de los grandes innovadores del periodo de la contemporaneidad literaria, diseccionó el lenguaje hasta convertirlo en protagonista de su novela principal, explorador y artífice de la realidad gracias a ser el lenguaje mismo realidad inmediata. Pero con ser encomiables, ninguna de estas iniciativas es comparable con lo que Kafka consiguió, posiblemente sin pretenderlo: urdir un entramado simbólico tan ambiguo como enmarañado que equivale a una completa mitología para los tiempos modernos, es decir, para uno de los momentos históricos más enrevesados, caóticos y desconcertantes que se conocen.

Tal como Kafka deja entrever en un pasaje de la *Carta al padre*, de 1919, Josef K. y Franz K. son una y la misma persona: la primera –y quién sabe si también la segunda–, pasada por el tamiz de la imaginación literaria. Así, del mismo modo que a Josef K. le parece, al final de *El proceso*, «como si la vergüenza debiera sobrevivirlo», así mismo Kafka parece ofrecer esta novela a la posteridad cargado de un sentimiento vergonzoso: el sentimiento de haber ofrecido a su tiempo un diagnóstico, pero ninguna cura; un embrollo, y ninguna guía; un laberinto cuya salida, si es que existe, resulta siempre postergada. Nosotros, los lectores de Kafka, perderemos a la fuerza buena parte de nuestro orgullo al entrar en sus libros, pues aventurarse en ellos obliga a aceptar que la vacilación y la incertidumbre son el emblema de nuestro destino.

Jordi Llovet

El proceso

El signo ° remite a las notas de las páginas 241-257.

Detención

Alguien debía de haber calumniado a Josef K.,^o porque, sin haber hecho nada malo, fue detenido una mañana. La cocinera de la señora Grubach, su patrona, que todos los días le llevaba el desayuno hacia las ocho, no vino aquella vez. Eso no había ocurrido nunca. K. aguardó todavía un rato, mirando desde la almohada a la anciana que vivía enfrente y que lo observaba con una curiosidad totalmente inusitada en ella, pero luego, extrañado y hambriento a un tiempo, tocó la campanilla. Inmediatamente llamaron a la puerta y entró un hombre que nunca había visto en aquella casa. Era delgado pero de complexión robusta, y llevaba un traje negro ajustado que, como las prendas de viaje, estaba provisto de diversos pliegues, bolsillos, hebillas y botones, y de un cinturón, y en consecuencia, sin que se supiera muy bien para qué servía, parecía muy práctico. «¿Quién es usted?», preguntó K., incorporándose a medias en el lecho. El hombre, sin embargo, hizo caso omiso de la pregunta, como si fuera inevitable aceptar su presencia, y se limitó a preguntar a su vez: «¿Ha llamado?». «Que Anna me traiga el desayuno», dijo K., y trató de averiguar, en un principio en silencio, atenta y reflexivamente, quién era en realidad aquel hombre. El hombre, sin embargo, no permaneció mucho tiempo a su vista, sino que se volvió hacia la puerta, que entreabrió un poco para decir a alguien, que evidentemente estaba detrás: «Quiere que Anna le traiga el desayuno». Siguió una breve carcajada en la habitación de al lado: no era seguro, a juzgar por el sonido, que no hubieran participado en ella varias personas. Aunque era imposible que el desconocido hubiera sabido de esa forma más de lo que ya sabía, dijo a K., como si estuviera notificándole algo: «Eso es imposible». «Pues sería una novedad»,

dijo K., saltando de la cama y poniéndose aprisa los pantalones. «Quiero ver quién está en la habitación de al lado y cómo me responde la señora Grubach de estas molestias.» Se le ocurrió enseguida que no hubiera debido decir aquello en voz alta ya que, hasta cierto punto, reconocía así al desconocido un derecho a vigilarle, pero eso no le pareció importante entonces. En cualquier caso, así lo entendió el desconocido, porque dijo: «¿No prefiere quedarse aquí?». «No quiero quedarme aquí, ni que usted me dirija la palabra mientras no me haya sido presentado.» «Mi intención era buena», dijo el desconocido, abriendo espontáneamente la puerta. En la habitación contigua, en la que K. entró más despacio de lo que hubiera querido, todo parecía a primera vista casi igual que la noche anterior. Era el cuarto de estar de la señora Grubach y, en aquella habitación repleta de muebles,° tapetes, porcelanas y fotografías, tal vez había aquel día algo más de espacio que normalmente; no se notaba enseguida, y menos aún porque el cambio principal consistía en la presencia de un hombre sentado junto a la ventana abierta, con un libro del que, en aquel momento, levantó la vista. «¡Hubiera debido quedarse en su cuarto! ¿No se lo ha dicho Franz?» «Sí, pero ¿qué quiere usted?», dijo K., apartando los ojos de su nuevo conocido para mirar al llamado Franz, que había permanecido de pie en la puerta, y volviendo luego a mirar al primero. Por la ventana abierta vio otra vez a la anciana, que, con curiosidad verdaderamente senil, se había acercado a la ventana que ahora quedaba enfrente, para seguir viéndolo todo. «Quiero ver a la señora Grubach», dijo K., haciendo ademán de librarse de aquellos dos hombres, que sin embargo estaban lejos, y marcharse. «No», dijo el hombre de la ventana, arrojando el libro sobre la mesita y poniéndose en pie. «No puede irse; está detenido.»° «Así parece», dijo K. «¿Y por qué?», preguntó. «No se nos ha encargado que se lo digamos. Vaya a su cuarto y aguarde. Se ha iniciado un procedimiento y en su momento lo sabrá todo. Estoy excediéndome en mi cometido al hablarle tan amigablemen-

te. Sin embargo, confío en que no lo oírás más que Franz, y él mismo se ha mostrado amigable con usted en contra de todos los reglamentos. Si sigue teniendo tanta suerte como con la designación de sus guardianes, podrá tener motivos para confiar.» K. quiso sentarse, pero entonces se dio cuenta de que en toda la habitación no había donde hacerlo, salvo la silla de la ventana. «Más adelante comprenderá lo cierto que es todo esto», dijo Franz, dirigiéndose tanto a él como al otro hombre. Este último, sobre todo, era considerablemente más alto que K., al que dio unas palmaditas en el hombro. Los dos hombres estudiaron el camisón que llevaba K. y dijeron que ahora tendría que ponerse otro mucho peor, pero que se lo guardarían, lo mismo que el resto de su ropa blanca y, si su asunto se resolvía favorablemente, se lo devolverían. «Será mejor que nos entregue esas prendas a nosotros que al depósito», dijeron, «porque en el depósito se producen con frecuencia fraudes y, además, al cabo de cierto tiempo venden todas las prendas, sin preocuparse de si ha concluido o no el proceso de que se trate. ¡Y cuánto duran esos procesos, especialmente en los últimos tiempos! De todas formas, acabaría usted por recibir del depósito el producto de la venta, pero, en primer lugar, ese producto es muy escaso, porque lo decisivo en la venta no es la cuantía de la oferta sino la del soborno, y en segundo lugar, según la experiencia, el producto de esas ventas va disminuyendo al pasar de mano en mano y de año en año.» K. no prestaba apenas atención a esas palabras; no le importaba demasiado el derecho que pudiera tener aún a disponer de sus propias cosas y le resultaba mucho más importante comprender con claridad su situación; sin embargo, en presencia de aquella gente no podía pensar siquiera; una y otra vez el segundo guardián —solo podían ser guardianes— le daba con la barriga de una forma casi amistosa, pero si levantaba la vista veía un rostro seco y huesudo —que no concordaba con aquel cuerpo grueso— y de nariz fuerte y torcida, un rostro que, por encima de su cabeza, se entendía con el del otro guardián. ¿Qué gente era

aquella? ¿De qué hablaban? ¿A qué administración pertenecían? K. vivía sin embargo en un Estado de Derecho, por todas partes reinaba la paz y se respetaban las leyes, ¿quién se atrevía a asaltarlo en su propia vivienda? Siempre solía tomarse las cosas del mejor modo posible, sin creer en lo peor más que cuando lo peor se producía, y sin adoptar precauciones para el futuro aunque todo le pareciera amenazador. Sin embargo, en aquel caso eso no parecía lo acertado; verdad era que se podía considerar todo como una broma, una broma pesada que, por razones desconocidas, quizá porque ese día cumplía los treinta años,° habían organizado sus compañeros del banco; naturalmente era posible; quizá bastaría que se riera de cierto modo a la cara de sus guardianes para que ellos se rieran con él; tal vez eran solo mozos de cuerda de la calle, la verdad era que lo parecían, pero estaba decidido ya, desde el momento en que vio al guardián Franz, a no renunciar a la menor ventaja que pudiera tener frente a aquella gente. K. veía muy poco riesgo de que luego dijeran que no había sabido entender una broma, pero —sin que normalmente tuviera por costumbre aprender de la experiencia— recordaba algunos casos, en sí mismos sin importancia, en que, a diferencia de sus amigos, se había comportado deliberadamente de forma imprudente, sin preocuparse lo más mínimo de las posibles consecuencias, y se había visto castigado por ellas. Eso no debía ocurrir de nuevo, por lo menos aquella vez y, si se trataba de una comedia, quería desempeñar también su papel.

Todavía estaba libre. «Permítanme», dijo, y entró rápidamente en su habitación, pasando entre los guardianes. «Parece razonable», oyó decir a sus espaldas. En su habitación, abrió bruscamente los cajones de su escritorio; todo estaba muy ordenado, pero con la excitación no pudo encontrar enseguida los documentos de identidad que buscaba. Finalmente encontró la licencia de su bicicleta y estuvo a punto de llevársela a los guardianes, pero luego aquel documento le pareció demasiado insignificante y siguió buscando hasta encontrar su partida de nacimiento.

Cuando volvía a la habitación contigua, se abrió precisamente la puerta opuesta y la señora Grubach se dispuso a entrar. Solo la vio un instante porque, apenas la reconoció K., ella se turbó visiblemente, pidió perdón y desapareció, cerrando la puerta con el máximo cuidado. «Entre», era lo único que había podido decir K. Ahora estaba con sus documentos en medio de la habitación, seguía mirando a la puerta, que no volvió a abrirse, y solo lo sobresaltó un grito de los guardianes, que estaban sentados a la mesa que había junto a la ventana abierta y, como K. pudo ver entonces, devoraban el desayuno de este. «¿Por qué no ha entrado?», preguntó. «No debe», dijo el guardián alto. «Está usted detenido.» «¿Cómo puedo estar detenido? ¿Y mucho menos de esta forma?» «Ya vuelve a empezar», dijo el guardián, untando de miel un pan con mantequilla. «No respondemos a esas preguntas.» «Pues tendrán que responder», dijo K. «Aquí están mis documentos de identidad; muéstrenme los suyos y sobre todo la orden de detención.» «¡Santo cielo!», dijo el guardián. «Que no sepa usted aceptar su situación y parezca empeñado en irritarnos inútilmente, a nosotros, que somos probablemente los que estamos más próximos a usted de todos los que le rodean.» «Así es, créanos», dijo Franz, sin llevarse a los labios la taza de café que tenía en la mano y dirigiendo a K. una mirada larga y probablemente significativa, aunque incomprensible. K., sin quererlo, se dejó arrastrar a un cruce de miradas con Franz, pero luego desplegó sus documentos diciendo: «Aquí están mis documentos de identidad». «¿Qué nos importan?», exclamó el guardián más alto. «Se porta peor que un niño. ¿Qué pretende? ¿Quiere terminar rápidamente su importante y maldito proceso discutiendo con nosotros, sus guardianes, sobre documentos de identidad y órdenes de detención? Nosotros somos humildes empleados que apenas podemos entender un documento de identidad, y no tenemos otra cosa que ver con su asunto que la obligación de montar guardia en su casa diez horas diarias, recibiendo a cambio nuestra paga. Eso es todo lo que somos, pero pode-

mos comprender que las altas autoridades a cuyo servicio estamos, antes de ordenar una detención así se informen muy bien sobre los motivos de la detención y la persona del detenido. En eso no hay error. Nuestras autoridades, por lo que yo sé, y yo solo sé de los niveles inferiores, no buscan la culpa entre la población sino que, como dice la Ley, es la culpa la que las atrae, y tienen que enviarnos a nosotros, los guardianes. Esa es la Ley. ¿Cómo podría haber un error?» «Esa Ley no la conozco», dijo K. «Tanto peor para usted», dijo el guardián. «Y probablemente solo existe en su cabeza», dijo K.; de algún modo quería introducirse en el pensamiento de aquellos guardianes y ponerlos de su parte o instalarse allí. Sin embargo, el guardián se limitó a decir desalentadoramente: «Ya la sentirá». Franz intervino, diciendo: «Ya ves, Willem, admite que no conoce la Ley, y al mismo tiempo afirma que es inocente». «Tienes toda la razón, pero no se le puede hacer comprender nada», dijo el otro. K. no respondió ya. «¿Debo dejarme confundir más aún», pensó, «por la cháchara de estos ínfimos subalternos? Ellos mismos reconocen que lo son. En cualquier caso, hablan de cosas que no entienden. Su aplomo solo es posible por su propia estupidez. Unas palabras con alguien de mi nivel harán que todo resulte incomparablemente más claro que en la más larga conversación con esta gente.» Anduvo unas cuantas veces de un lado a otro por el espacio libre de la habitación; enfrente vio a la anciana, que había arrastrado hasta la ventana a un hombre más anciano aún, al que tenía enlazado por la cintura. K. decidió poner fin al espectáculo: «Llévenme a su superior jerárquico», dijo. «Cuando él quiera, antes no», dijo el guardián llamado Willem. «Y ahora le aconsejo», añadió, «que vaya a su cuarto, se esté tranquilo y aguarde lo que se decida sobre usted. Le aconsejamos que no se distraiga con pensamientos inútiles sino que se concentre: se le va a exigir mucho. Usted no nos ha tratado como hubieran merecido nuestras concesiones, se ha olvidado de que, seamos lo que seamos, al menos somos hombres libres en com-

paración con usted, lo que no es poca ventaja. Sin embargo, si tiene dinero, estamos dispuestos a traerle un pequeño desayuno del café de enfrente».

Sin responder al ofrecimiento, K. permaneció un segundo en silencio. Tal vez, si abriera la puerta de la habitación contigua o incluso la del vestíbulo, aquellos dos no se atreverían a impedirselo; tal vez aquella fuera la solución mejor: llevar la situación al extremo. Sin embargo, quizá lo agarrasen a pesar de todo y, si llegaban a tirarlo al suelo, perdería toda la superioridad que en cierto sentido conservaba. Por eso prefirió la seguridad de la solución que tendría que traer el curso natural de los acontecimientos y volvió a su cuarto, sin que por su parte ni por la de los guardianes se pronunciara una palabra más.

Se echó en la cama y cogió de la mesilla de noche una hermosa manzana, que se había preparado la noche anterior para desayunar. Ahora era su único desayuno y en cualquier caso, como pudo comprobar al primer bocado, mucho mejor que el que hubiera podido obtener del sucio café nocturno por clemencia de los guardianes. Se sentía bien y confiado; en el banco, era cierto, no prestaría sus servicios aquella mañana, pero se le disculparía fácilmente, dado el puesto relativamente alto que ocupaba. ¿Debía de aducir su verdadera excusa? Pensó en hacerlo. Si no le creían, lo que era comprensible en aquel caso, podría tomar por testigo a la señora Grubach o incluso a los dos ancianos de enfrente, que sin duda se dirigían ahora hacia la ventana opuesta a la suya. A K. lo asombraba, al menos lo asombraba desde el punto de vista de los guardianes, que lo hubieran inducido a ir allí y lo hubieran dejado solo en donde tenía diez veces más posibilidades de suicidarse. Al mismo tiempo, sin embargo, se preguntaba, desde su punto de vista, qué motivo podía tener para hacerlo. ¿Porque aquellos dos estaban allí al lado y se habían apoderado de su desayuno? Habría sido tan absurdo suicidarse que, aunque hubiera querido hacerlo, no habría sido capaz, precisamente por lo absurdo que era. Si las limitaciones intelectuales de los guardianes no hubieran sido

tan evidentes, se habría podido suponer que también ellos, por ese mismo convencimiento, no habían visto peligro alguno en dejarlo solo. Ahora podrían ver, si querían, cómo iba hacia un armarito de la pared, en donde guardaba un buen aguardiente, y cómo vaciaba primero un vasito para sustituir al desayuno y destinaba luego un segundo a darse valor, este último solo por precaución ante el caso improbable de que resultase necesario.

Entonces, una voz de la habitación contigua lo asustó tanto que dio con los dientes en el vaso. «Lo llama el inspector», decía. Fue solo el grito lo que lo asustó, aquel grito breve, cortado y militar del que no hubiera creído capaz al guardián Franz. La orden en sí la acogió bien: «Por fin», gritó a su vez, cerró el armarito y se apresuró a pasar a la habitación de al lado. Allí estaban los dos guardianes que, como si fuera algo evidente, lo volvieron a enviar a su habitación. «¿Qué se imagina?», exclamaron. «¿Quiere presentarse ante el inspector en camisón? ¡Lo haría azotar, y a nosotros también!» «Déjenme en paz, maldita sea», exclamó K., que había sido ya empujado hasta su armario ropero. «Si me asaltan en la cama, no pueden esperar encontrarme en traje de gala.» «No hay nada que hacer», dijeron los guardianes, que siempre que K. gritaba se quedaban muy tranquilos, casi tristes, confundiendo así o haciendo que, en cierto modo, recuperase la compostura. «¡Formalidades ridículas!», gruñó K. todavía, pero cogió su traje de una silla y lo levantó un momento con ambas manos, como si lo sometiera al criterio de los guardianes. Ellos movieron negativamente la cabeza. «Tiene que ser un traje negro», dijeron. K. tiró entonces el traje al suelo y dijo, sin saber él mismo en qué sentido: «Al fin y al cabo no se trata del juicio». Los guardianes sonrieron, pero insistieron en su: «Tiene que ser un traje negro». «Si de esa forma acelero el asunto, me parece bien», dijo K., abrió el armario ropero, buscó largo rato entre sus muchos trajes, eligió su mejor traje negro, un traje de vestir que, por su corte, casi había causado sensación entre sus conocidos, sacó también otra camisa

y comenzó a vestirse cuidadosamente. En secreto creía haber logrado acelerarlo todo, porque los guardianes habían olvidado obligarlo a tomar un baño. Los observó, por si acaso lo recordaban aún, pero naturalmente no se les ocurrió; en cambio, Willem no se olvidó de enviar a Franz al inspector para informarle de que K. se estaba vistiendo.

Cuando estuvo completamente vestido, tuvo que atravesar, seguido de cerca por Willem, la vacía habitación contigua, cuya puerta de dos hojas estaba ya abierta de par en par. Esa habitación, como K. sabía muy bien, estaba ocupada desde hacía poco tiempo por cierta señorita Bürstner, mecanógrafa, que solía ir a trabajar muy temprano y volvía tarde a casa, y con la que K. no había intercambiado más que saludos. Ahora, la mesilla de noche situada junto a la cama había sido llevada al centro de la habitación, como mesa para el proceso, y el inspector estaba sentado detrás de ella. Había cruzado las piernas y pasado el brazo por el respaldo de la silla. En un rincón del cuarto había tres jóvenes que miraban las fotografías de la señorita Bürstner, prendidas en una esterilla en la pared. De la falleba de la ventana abierta colgaba una blusa blanca. En la ventana de enfrente estaban otra vez los dos ancianos, pero su grupo había aumentado, porque detrás de ellos había un hombre mucho más alto con el pecho de la camisa abierto, que se mesaba y retorció la barba rojiza.

«¿Josef K.?», preguntó el inspector, tal vez únicamente para atraer la mirada distraída de K. K. asintió. «Sin duda estará sorprendido por los acontecimientos de esta mañana», dijo el inspector, reordenando las cosas que había sobre la mesilla de noche, la vela y las cerillas, un libro y un acerico, como si fueran objetos que necesitara para el proceso. «Sin duda», dijo K., y lo invadió la satisfacción de estar por fin ante una persona razonable y poder hablar con ella de su caso, «sin duda estoy sorprendido, pero de ningún modo muy sorprendido.» «¿No muy sorprendido?», preguntó el inspector, colocando la vela en el centro de la mesilla y agrupando las demás cosas a su al-

rededor. «Tal vez me entiende mal», se apresuró a observar K., «quiero decir...» Entonces se interrumpió y miró en torno buscando una silla. «¿No puedo sentarme?», preguntó. «No es habitual», respondió el inspector. «Quiero decir», dijo entonces K. sin más pausas, «que estoy desde luego muy sorprendido, pero cuando se lleva treinta años en este mundo y ha habido que abrirse paso solo, como ha sido mi destino, se curte uno contra las sorpresas y no se las toma muy a pecho. Sobre todo no las de hoy.» «¿Por qué sobre todo no las de hoy?» «No pretendo decir que considere todo esto como una broma, porque para eso los preparativos me parecen demasiado complicados. Tendría que haber participado todo el personal de la pensión, además de ustedes, y ello rebasaría los límites de una broma. De modo que no pretendo decir que se trate de una broma.» «Muy acertado», dijo el inspector, mirando cuántas cerillas de madera había en la cajita. «Sin embargo, por otra parte», continuó K., volviéndose hacia todos, le hubiera gustado dirigirse incluso a los tres que había junto a las fotografías, «por otra parte el asunto tampoco puede ser muy importante. Lo deduzco del hecho de que estoy acusado, pero no puedo encontrar la menor falta de la que se me pueda acusar. Pero también eso es accesorio, la cuestión principal es: ¿quién me acusa? ¿Qué órgano instruye el procedimiento? ¿Son ustedes funcionarios? Ninguno lleva uniforme, a menos que se quiera llamar uniforme», se volvió hacia Franz, «a eso, pero se trata más bien de un atuendo de viaje. Pido que se me aclaren esas cuestiones y estoy seguro de que, después de esa aclaración, podremos despedirnos en los términos más cordiales.» El inspector golpeó con la cajita de cerillas en la mesa. «Está usted en un grave error. Estos señores y yo somos totalmente secundarios en ese asunto suyo, de hecho no sabemos casi nada de él. Podríamos llevar los uniformes más reglamentarios y no por ello su caso empeoraría. No puedo decirle en absoluto de qué se le acusa o, mejor dicho, no sé si se le acusa. Está usted detenido, es verdad, pero no sé nada más. Tal vez los guardianes le ha-

yan contado otra cosa, pero en ese caso se trata solo de cuentos. Ahora bien, aunque no pueda responder a sus preguntas, aconsejarle al menos puedo: que no piense tanto en nosotros y en lo que le va a pasar, y piense más en usted. Y no arme tanto jaleo con su sentimiento de inocencia: eso estropea la impresión, no precisamente mala, que da usted en otros aspectos. Y, en general, debería ser más comedido en su forma de hablar: casi todo lo que ha dicho antes se podría haber deducido de su comportamiento, aunque solo hubiera dicho unas palabras, y además no resulta excesivamente favorable para usted.»

K. miró fijamente al inspector. ¿Iba a recibir lecciones como un escolar de un hombre quizá más joven que él? ¿Se le castigaba con una reprimenda por su franqueza? ¿Y no iba a saber nada de su detención ni de quien la había ordenado? Le entró cierta agitación, fue de un lado a otro, lo que nadie le impidió, se recogió las mangas, se tocó el pecho, se atusó el pelo, pasó junto a los tres señores, diciendo: «Es absurdo», lo que hizo que ellos se volvieran y lo mirasen atenta pero gravemente, y se detuvo por fin ante la mesa del inspector. «El fiscal Hasterer es buen amigo mío», dijo, «¿puedo telefonearle?» «Claro», dijo el inspector, «pero no sé qué sentido tiene, a menos que tenga que hablar con él de algún asunto privado.» «¿Qué sentido?», exclamó K., más perplejo que irritado. «Pero ¿quién es usted? ¿Me pregunta qué sentido tiene y actúa de la forma más sin sentido que puede haber? ¿No es como para poner el grito en el cielo? Esos señores me asaltan primero y ahora están ahí, sentados o de pie, obligándome a hacer ante usted ejercicios de alta escuela. ¿Qué sentido tendría telefonear a un fiscal cuando, al parecer, estoy detenido? Está bien, no le telefonaré.» «Claro que sí», dijo el inspector, extendiendo la mano hacia el vestíbulo, en donde estaba el teléfono, «telefonee, por favor.» «No, no quiero ya», dijo K., y se dirigió a la ventana. En la ventana de enfrente seguía el mismo grupo, y quizá por el hecho de que K. se hubiera acercado a la suya, parecían un tanto turbados en la serenidad de su

contemplación. Los ancianos quisieron levantarse, pero el hombre de detrás los tranquilizó. «Ahí hay también espectadores», gritó K. muy alto al inspector, señalando con el índice hacia afuera. «Quítense de ahí», gritó luego al otro lado. Los tres retrocedieron enseguida unos pasos, y los dos ancianos se situaron incluso detrás del hombre, que los cubría con su ancho cuerpo y, a juzgar por el movimiento de sus labios, les decía algo, incomprendible a distancia. Sin embargo, no desaparecieron del todo, sino que parecieron esperar la oportunidad de volver a acercarse a la ventana sin ser notados. «¡Gente impertinente, desconsiderada!», dijo K., volviéndose hacia el cuarto. Posiblemente el inspector estaba de acuerdo, como creyó percibir K. con una mirada de soslayo. Pero era igualmente posible que no hubiese escuchado en absoluto, porque apretaba firmemente una mano contra la mesa y parecía comparar la longitud de sus dedos. Los dos guardianes estaban sentados en un baúl cubierto con un tapete bordado, frotándose las rodillas. Los tres jóvenes, con las manos en las caderas, miraban a su alrededor sin objeto. Todo estaba tranquilo, como en alguna oficina olvidada. «Bien, señores», exclamó K., por un instante le pareció como si los llevara a todos sobre sus espaldas. «A juzgar por su aspecto, mi asunto debe de haber terminado. Estimo que lo mejor sería dejar de pensar en la justificación o falta de justificación de su comportamiento y dar al asunto una conclusión conciliadora mediante un apretón de manos. Si son de la misma opinión...», y se adelantó hacia la mesa del inspector, tendiéndole la mano. El inspector levantó la vista, se mordió los labios y miró la mano extendida de K.; K. creyó aún que el inspector se la iba a estrechar. Este, sin embargo, se puso en pie, cogió un sombrero redondo y rígido que había sobre la cama de la señorita Bürstner y se lo puso cuidadosamente con ambas manos, como se hace al probarse un sombrero nuevo. «¡Qué sencillo le parece todo!», dijo mientras tanto a K. «¿Cree que deberíamos dar al asunto una conclusión conciliadora? No, realmente no puede ser.

Con lo que, por otra parte, no quiero decir en absoluto que tenga usted que desesperar. No, ¿por qué? Solo está detenido, nada más. Eso es lo que tenía que comunicarle, lo he hecho y he visto también cómo se lo tomaba usted. Con eso basta por hoy y podemos despedirnos, aunque solo provisionalmente. ¿Sin duda querrá ir ahora al banco?» «¿Al banco?», preguntó K. «Creía que estaba detenido.» K. preguntaba con cierto desafío, porque aunque su apretón de manos no había sido aceptado, se sentía, sobre todo desde que el inspector se había levantado, cada vez más independiente de toda aquella gente. Jugaba con ellos. En el caso de que se fueran, tenía la intención de correr detrás hasta la puerta de la casa y ofrecerles que lo detuvieran. Por eso repitió: «¿Cómo voy a ir al banco si estoy detenido?». «Ah», dijo el inspector que estaba ya en la puerta, «me ha entendido mal. Está usted detenido, desde luego, pero eso no debe impedirle ejercer su profesión. Tampoco debe verse estorbado para hacer su vida habitual.» «Entonces estar detenido no es muy grave», dijo K., acercándose al inspector. «Nunca he dicho otra cosa», dijo él. «Pero en ese caso no parece haber sido muy necesario comunicar esta detención», dijo K., acercándose más aún. También los demás se habían acercado. Todos estaban ahora agrupados en un estrecho espacio junto a la puerta. «Era mi deber», dijo el inspector. «Un deber estúpido», dijo K. inflexible. «Puede ser», respondió el inspector, «pero no perdamos tiempo en estas conversaciones. Supuse que quería usted ir al banco. Y para facilitárselo y hacer que su llegada al banco sea lo más discreta posible, he puesto aquí a su disposición a estos tres compañeros suyos.» «¿Qué?», exclamó K., mirándolos asombrado. Aquellos jóvenes tan insignificantes y anémicos, que solo recordaba en grupo junto a las fotografías, eran efectivamente empleados de su banco; no compañeros, eso era decir demasiado e indicaba una laguna en la omnisciencia del inspector, pero sí, al menos, empleados subalternos del banco. ¿Cómo no se había dado cuenta K.? Qué absorto debía de haber estado en el inspector y los guardianes para

no haber reconocido a aquellos tres. El tenso Rabensteiner, que agitaba continuamente las manos, el rubio Kullich de ojos hundidos,^o y Kaminer, con una sonrisa insoportable causada por una contracción muscular crónica. «¡Buenos días!», dijo K. al cabo de un momento, tendiendo la mano a aquellos señores, que se inclinaron cortésmente. «No los había reconocido. Entonces, nos vamos a trabajar, ¿no?» Los tres señores asintieron, riéndose solícitos, como si hubieran estado esperando aquello todo el tiempo; solo cuando K. echó en falta su sombrero, que se había quedado en la habitación, corrieron todos a buscarlo, uno tras otro, lo que indicaba al fin y al cabo cierto embarazo. K. se quedó inmóvil, siguiéndolos con los ojos a través de las dos puertas abiertas; el último era, naturalmente, el indiferente Rabensteiner, que se había limitado a iniciar un trotecillo elegante. Kaminer fue quien le dio el sombrero, y K. tuvo que decirse expresamente, como tenía que hacer también en el banco con frecuencia, que la sonrisa de Kaminer no era deliberada, que no podía sonreír con deliberación. En el vestíbulo, la señora Grubach, que no parecía sentirse muy culpable, abrió la puerta de la calle a todo el mundo, y K., como casi siempre, bajó la vista a la cinta de su delantal, que se hundía de forma inútilmente profunda en aquel cuerpo imponente. Abajo, K., con el reloj en la mano, decidió tomar un automóvil para no aumentar sin necesidad el retraso, que era ya de media hora. Kaminer corrió a la esquina para buscar el coche, y los otros dos trataron evidentemente de distraer a K., cuando de pronto Kullich señaló hacia la puerta de la casa de enfrente, en la que el hombre de la perilla rubia acababa de aparecer y, con cierto embarazo en el primer momento, al mostrarse en toda su altura, retrocedió hasta la pared y se apoyó en ella. Los ancianos, sin duda, estaban todavía en la escalera. K. se irritó con Kullich, por haber llamado su atención sobre aquel hombre, al que él mismo había visto ya antes e incluso había esperado. «No miren hacia allá», dijo apresuradamente, sin darse cuenta de lo extraña que era aquella forma de ha-

blar con personas adultas. Pero tampoco fue necesario explicar nada, porque precisamente entonces llegó el coche, se sentaron y se fueron. Entonces recordó K. que no había visto la partida del inspector y los guardianes: el inspector le había ocultado a los tres empleados y luego, a su vez, los empleados le habían ocultado al inspector. Aquello no indicaba mucha lucidez y K. se propuso ser más observador al respecto. Sin embargo, se volvió aún, involuntariamente, asomándose por la parte trasera del coche, para ver quizá todavía al inspector y a los guardianes. Pero enseguida se dio la vuelta de nuevo sin haber intentado siquiera localizar a ninguno y se reclinó cómodamente en su rincón del coche. Aunque no lo pareciera, precisamente entonces hubiera necesitado cualquier consuelo, pero los señores parecían cansados: Rabensteiner miraba por el costado derecho del coche, Kullych por el izquierdo, y solo Kaminer estaba disponible con su mueca, sobre la que, por desgracia, razones de humanidad impedían gastar bromas.

Conversación con la señora Grubach. Luego con la señorita Bürstner

Aquella primavera, K. solía pasar las noches de forma que, después del trabajo, siempre que era posible aún —la mayoría de las veces se quedaba hasta las nueve en la oficina—, daba un pequeño paseo solo o con conocidos e iba luego a una cervecería, en donde normalmente permanecía hasta las once en una tertulia con personas casi todas de cierta edad. Sin embargo, había también excepciones a esa forma de pasar el tiempo, cuando, por ejemplo, el director del banco, que apreciaba mucho su capacidad de trabajo y su seriedad,^o lo invitaba a una excursión en auto o a una cena en su villa. Además K. iba una vez por semana a visitar a una muchacha llamada Elsa, que durante la noche y hasta muy entrada la mañana trabajaba como criada en una taberna y durante el día solo recibía a sus visitas en la cama.

Aquella noche, sin embargo —el día había transcurrido rápidamente entre un trabajo fatigoso y muchas felicitaciones halagüeñas y amistosas por su cumpleaños—, K. quería volver a casa inmediatamente. Había pensado en ello durante todas las pequeñas pausas de su trabajo del día; sin saber exactamente por qué le parecía que a causa de los acontecimientos de aquella mañana se había producido un gran desorden en todo el piso de la señora Grubach, y a él le correspondía precisamente restablecer el orden. Una vez restablecido, se borraría todo rastro de aquellos acontecimientos y todo volvería a ser como antes. Especialmente de los tres empleados no había nada que temer: se habían sumergido de nuevo en el numeroso personal del banco y no se observaba en ellos ningún cambio. K. los había llamado varias veces a su despacho, juntos o por separado, con el único fin de observarlos, y siempre había podido despedirlos satisfecho.

Cuando, a las nueve y media de la noche, llegó a la casa en que vivía, encontró en la puerta a un joven con las piernas abiertas y fumando en pipa. «¿Quién es usted?», le preguntó K. enseguida, acercando su rostro al del joven; no se veía mucho en la penumbra de la entrada. «Soy hijo del portero, señor», respondió el joven, quitándose la pipa de la boca y apartándose. «¿Hijo del portero?», preguntó K., golpeando impaciente con el bastón en el suelo. «¿Desea algo el señor? ¿Quiere que vaya a buscar a mi padre?» «No, no», dijo K.; en su voz había un tono de indulgencia, como si el muchacho hubiera hecho algo malo pero él se lo perdonase. «Está bien», dijo luego y siguió su camino, aunque antes de subir las escaleras se volvió otra vez. Hubiera podido ir directamente a su cuarto, pero, como quería hablar con la señora Grubach, llamó enseguida a su puerta. Ella estaba sentada con una media junto a una mesa en la que había un montón de medias viejas. K. se disculpó distraídamente por visitarla tan tarde, pero la señora Grubach fue muy amable y no quiso escuchar sus disculpas; a él, le dijo, estaba siempre dispuesta a escucharlo; él sabía muy bien que era el mejor y más querido de sus huéspedes. K. echó una ojeada a la habitación, que había vuelto totalmente a su antiguo estado; los platos del desayuno, que aquella mañana habían estado en la mesita de la ventana, habían sido recogidos también. Unas manos de mujer hacen muchas cosas en silencio, se dijo; él quizá hubiera roto los platos allí mismo, pero desde luego no hubiera sabido recogerlos. Miró a la señora Grubach con cierto agradecimiento. «¿Por qué trabaja hasta tan tarde?», le preguntó. Los dos estaban sentados a la mesa, y K., de cuando en cuando, enterraba una mano entre las medias. «Hay mucho trabajo», dijo ella; «durante el día me debo a mis huéspedes; si quiero poner orden en mis cosas, solo me quedan las veladas.» «Sin duda hoy le he dado trabajo extraordinario.» «¿Por qué?», preguntó ella animándose un tanto, con la labor descansando en su regazo. «Me refiero a los hombres que estuvieron aquí esta mañana.» «Ah», dijo ella, recuperando la serenidad,

«eso no me ha dado ningún trabajo especial.» K. miró en silencio cómo volvía a coger la media. «Parece sorprenderse de que hable de ello», pensó; «al parecer no considera correcto que lo haga. Por eso es tanto más importante hacerlo. Solo con una anciana puedo hablar.» «Bueno, trabajo ha dado sin duda», dijo entonces, «pero no volverá a repetirse.» «No, eso no puede repetirse», dijo ella dándole la razón, y sonrió a K. casi con melancolía. «¿Lo cree en serio?», preguntó K. «Sí», dijo ella más bajo, «pero sobre todo no debe tomárselo demasiado a pecho. ¡Cuántas cosas ocurren en el mundo! Ya que me habla con tanta confianza, señor K., puedo confesarle que escuché un poco tras la puerta y que también los dos guardianes me contaron cosas. Se trata de la felicidad de usted y eso es algo que realmente me importa, más de lo que quizá debiera, porque solo soy su patrona. Bueno, pues he oído algunas cosas, pero no puedo decir que sean especialmente malas. No. Es verdad que está usted detenido, pero no como se detiene a un ladrón. Cuando se detiene a un ladrón es algo malo, pero esta detención... Me parece algo consabido, disculpe si digo una tontería, me parece algo consabido y que sin duda no entiendo, pero que tampoco hace falta entender.» «No es nada tonto lo que dice, señora Grubach; por lo menos en parte yo también opino lo mismo, aunque lo juzgo todo más severamente, y ni siquiera lo considero como algo consabido sino como algo que no es absolutamente nada. Me sorprendieron, eso es lo que pasó. Si, inmediatamente después de despertarme, sin dejarme desconcertar por la ausencia de Anna, me hubiera levantado enseguida y, sin atender a nadie que se hubiera interpuesto en mi camino, hubiese venido a verla; si esta vez, excepcionalmente, hubiese desayunado por ejemplo en la còcina; si me hubiera hecho traer por usted de mi habitación la ropa; en pocas palabras, si hubiera actuado con sensatez, no habría ocurrido nada más, y todo lo que había de ocurrir se habría evitado. Sin embargo, uno está siempre tan poco preparado. En el banco, por ejemplo, estoy preparado, y allí sería imposible que me ocurriera nada pa-

recido; allí tengo mi propio ordenanza; el teléfono general y el de mi despacho están sobre mi mesa, y continuamente entra gente, clientes y empleados; pero además y sobre todo, allí estoy en mi ambiente de trabajo, y por tanto alerta, y me daría una verdadera satisfacción enfrentarme con una cosa así. Bueno, ahora ha pasado ya y en realidad no quería hablar más de ello; solo deseaba escuchar su juicio, el juicio de una mujer sensata, y estoy muy contento de que estemos de acuerdo. Déme la mano, porque el acuerdo debe sellarse con un apretón de manos.»

«¿Me dará la mano? El inspector no me la dio», pensó, mirando a la mujer de una forma distinta, inquisitiva. Ella se puso en pie porque él se había levantado; estaba un poco cohibida porque no había comprendido todo lo que había dicho K. Sin embargo, como consecuencia de esa cohibición, dijo algo que no quería y que además estaba fuera de lugar. «No se lo tome tan a pecho, señor K.», dijo; había lágrimas en su voz y naturalmente se olvidó también del apretón de manos. «No sabía que me lo tomase tan a pecho», dijo K., de pronto cansado y comprendiendo la inutilidad de la aprobación de aquella mujer.

En la puerta preguntó aún: «¿Está en casa la señorita Bürstner?». «No», dijo la señora Grubach y, después de esa información lacónica, sonrió con simpatía sincera aunque retardada. «Está en el teatro. ¿Quiere algo de ella? ¿Debo decirle alguna cosa?» «Solo quería charlar un rato.» «Lo siento, pero no sé cuándo vendrá; cuando va al teatro generalmente vuelve tarde.» «No importa», dijo K., volviéndose ya hacia la puerta, con la cabeza baja, para salir. «Solo quería disculparme por haber utilizado su cuarto.» «No hace falta, señor K., es usted demasiado considerado; la señorita no sabe nada: no ha estado en casa desde primeras horas de esta mañana, y ya se ha puesto todo en orden, véalo por sí mismo.» Y abrió la puerta de la habitación de la señorita Bürstner. «Gracias, la creo», dijo K., entrando sin embargo por la puerta abierta. La luna brillaba silenciosa en la oscura habitación. Por lo que se podía ver, todo estaba realmente en

su sitio, y tampoco la blusa colgaba ya de la falleba. Los cojines de la cama parecían llamativamente altos, en parte bañados por la luz de la luna. «La señorita vuelve a casa tarde con frecuencia», dijo K., mirando a la señora Grubach como si fuera la responsable. «¡Los jóvenes son así!», dijo la señora Grubach disculpándose. «Claro, claro», dijo K., «pero eso puede ir demasiado lejos.» «Puede», dijo la señora Grubach, «qué razón tiene, señor K. Y tal vez sea este el caso. Desde luego, no quiero calumniar a la señorita Bürstner; es una muchacha buena y encantadora, amable, como es debido, puntual, trabajadora, todo eso lo aprecio mucho, pero una cosa es cierta: debería ser más orgullosa, más reservada. Este mes la he visto ya dos veces en calles apartadas, siempre con señores distintos. Me resulta muy penoso, Dios sabe que se lo cuento solo a usted, señor K., pero no podré evitar hablar también con la propia señorita. No se trata, por cierto, de lo único que hace que me resulte sospechosa.» «Está usted totalmente equivocada», dijo K., furioso y casi incapaz de ocultarlo, «y por cierto, al parecer ha entendido también mal mi observación sobre la señorita: mi intención no era esa. Se lo advierto claramente: no diga nada a la señorita; está usted completamente en un error, conozco muy bien a esa señorita y no hay nada de cierto en lo que usted dice. Por lo demás, tal vez esté yendo yo ahora demasiado lejos, no puedo impedirle que le diga lo que quiera. Buenas noches.» «Señor K.», dijo la señora Grubach suplicante y apresurándose a seguir a K. hasta la puerta de su habitación, que él había abierto ya: «todavía no voy a hablar con la señorita; naturalmente quiero seguir observándola, y solo a usted le he confiado lo que sabía. En definitiva, todos mis huéspedes deben estar de acuerdo cuando se trata de mantener el buen nombre de esta pensión y eso es lo que me preocupa en este caso.» «¡Buen nombre!», gritó aún K. por la puerta entreabierta. «Si quiere mantener el buen nombre de su pensión, tendrá que echarme a mí primero.» Luego cerró la puerta, y no prestó ya atención a los suaves golpes en ella.

En cambio, como no tenía ganas de dormir, decidió permanecer despierto y aprovechar la oportunidad para comprobar la hora a la que volvía la señorita Bürstner. Quizá sería posible entonces, por inoportuno que resultara, charlar todavía un rato con ella. Mientras estaba junto a la ventana y cerraba sus cansados ojos, pensó por un instante incluso en castigar a la señora Grubach y convencer a la señorita Bürstner para que anunciara con él que se iban. Inmediatamente, sin embargo, aquello le pareció enormemente exagerado, e incluso sospechó que, por su parte, trataba de cambiar de vivienda a causa de los acontecimientos de la mañana. Nada hubiera sido más absurdo, ni, sobre todo, más inútil y más despreciable.

Cuando se hartó de mirar a la calle vacía, se echó en el canapé, después de haber entreabierto un tanto la puerta del vestíbulo para poder ver desde allí a cualquiera que entrase en la vivienda. Aproximadamente hasta las once estuvo echado tranquilamente, fumando un puro. A partir de entonces, sin embargo, no aguantó más, y fue un rato al vestíbulo, como si pudiera acelerar así la llegada de la señorita Bürstner. No sentía un deseo especial de verla, ni siquiera podía recordar muy bien qué aspecto tenía, pero ahora quería hablar con ella y le irritaba que, con su tardía llegada, le trajera inquietud y desorden incluso al final de aquella jornada. Ella tenía también la culpa de que ese día no hubiera cenado y de que hubiera renunciado a su prevista visita a Elsa. De todas formas, podía remediar aún ambas cosas, yendo ahora a la taberna en la que Elsa trabajaba. Lo haría luego, después de la conversación con la señorita Bürstner.

Eran pasadas las doce cuando se oyó a alguien en la escalera. K., que, entregado a sus pensamientos en el vestíbulo, como si fuera su propia habitación, había estado yendo de un lado a otro ruidosamente, se refugió entonces detrás de su puerta. Era la señorita Bürstner que llegaba. Temblando de frío, se ciñó su chal de seda en torno a los delgados hombros mientras echaba el cerrojo a la puerta. Acto seguido entraría en su habitación, en la que K., in-

dudablemente, no podía penetrar a medianoche; de forma que tenía que hablarle ahora, aunque desgraciadamente había olvidado encender la luz eléctrica de su cuarto, por lo que su aparición, al salir de la habitación a oscuras, parecería un atraco o, por lo menos, le causaría un gran espanto. En su desvalimiento y como no había tiempo que perder, susurró por la rendija de la puerta: «Señorita Bürstner». Sonó como un ruego y no como una interpelación. «¿Quién anda por ahí?», preguntó la señorita Bürstner mirando a su alrededor con los ojos muy abiertos. «Soy yo», dijo K. adelantándose. «¡Ah, señor K.», dijo la señorita Bürstner sonriendo. «Buenas noches.» Y le tendió la mano. «Me gustaría decirle algo. ¿Me lo permite ahora?» «¿Ahora?», preguntó la señorita Bürstner. «¿Tiene que ser ahora? Es un poco raro, ¿no?» «La estoy esperando desde las nueve.» «Bueno, he estado en el teatro, no sabía nada de usted.» «El motivo de lo que tengo que decirle no se ha producido hasta hoy.» «Bueno, no tengo nada muy importante en contra, salvo que me caigo de sueño. De forma que entre un momento en mi habitación. Aquí no podemos hablar de ningún modo, despertaríamos a todos y eso sería más desagradable aún para nosotros que para la gente. Aguarde a que haya encendido la luz de mi habitación y apague entonces la luz de aquí.» K. hizo lo que le decía, pero aguardó aún a que la señorita Bürstner, desde su habitación, lo invitara en voz baja a entrar. «Siéntese», dijo ella, señalando el sofá; se quedó de pie apoyada en un barrote de la cama, a pesar del cansancio de que había hablado; ni siquiera se quitó el sombrero, pequeño pero adornado con profusión de flores. «Bueno, ¿qué quiere? Siento verdadera curiosidad.» Cruzó ligeramente las piernas. «Probablemente dirá», comenzó K., «que la cosa no era tan urgente como para tener que hablar de ella ahora, pero...» «Nunca escucho introducciones», dijo la señorita Bürstner. «Eso facilita mi tarea», dijo K. «Hoy por la mañana, en cierto modo por mi culpa, su habitación ha quedado un tanto desordenada; ocurrió a causa de personas ajenas y

en contra de mi voluntad y, sin embargo, como digo, por culpa mía; por eso quisiera pedirle disculpas.» «¿Mi habitación?», preguntó la señorita Bürstner, mirando inquisitivamente a K. en lugar de a la habitación. «Así es», dijo K., y entonces los dos se miraron por primera vez a los ojos. «No vale la pena hablar del modo en que ocurrió.» «Sin embargo, eso es lo realmente interesante», dijo la señorita Bürstner. «No», dijo K. «Bueno», dijo la señorita Bürstner, «no quiero meterme en sus asuntos; si insiste en que eso carece de interés, no diré nada. Las disculpas que usted me presenta las acepto de buena gana, sobre todo porque no puedo encontrar el menor rastro de desorden.» Con las palmas de las manos apoyadas en las caderas, dio una vuelta por la habitación. Se detuvo junto a la esterilla de las fotografías. «Vaya», exclamó, «es verdad que mis fotografías están desordenadas. Eso no está bien. De manera que alguien, sin derecho a ello, ha estado en mi cuarto.» K. asintió y maldijo en silencio al empleado Kaminer, que nunca podía dominar su absurda y estéril agitación. «Es curioso que me vea obligada a prohibirle algo que usted mismo debería prohibirse: penetrar en mi habitación en mi ausencia.» «Le he explicado, señorita», dijo K., dirigiéndose también hacia donde estaban las fotografías, «que no he sido yo quien ha tocado sus fotografías; pero, como no me cree, tengo que confesarle también que la comisión instructora trajo tres empleados, uno de los cuales, al que echaré del banco en la primera oportunidad, tocó probablemente esas fotografías. Sí, ha estado aquí una comisión instructora», añadió, porque la señorita lo miraba interrogante. «¿A causa de usted?», preguntó la señorita. «Sí», respondió K. «¡No!», exclamó la señorita riéndose. «Sí», dijo K., «entonces ¿cree que soy inocente?» «Bueno, inocente...», dijo la señorita, «no voy a formular enseguida un juicio que tal vez tenga consecuencias, y además no le conozco; aunque debe de tratarse de un delito grave para enviar a alguien tan temprano una comisión instructora. Sin embargo, como está libre –por lo menos deduzco de su calma que no se ha escapado de la prisión–,

no puede haber cometido usted ningún crimen.» «Sí», dijo K., «pero la comisión instructora puede haber comprendido que soy inocente, o no tan culpable como habían supuesto.» «Cierto, eso puede ser», dijo la señorita Bürstner muy atenta. «Mire», dijo K., «usted no tiene mucha experiencia en asuntos judiciales.» «No, no la tengo», dijo la señorita Bürstner, «y lo he lamentado a menudo, porque quisiera saberlo todo, y precisamente las cuestiones judiciales me interesan enormemente. Los tribunales tienen un extraño atractivo, ¿no? Pero sin duda completaré a ese respecto mis conocimientos, porque el mes próximo entraré como auxiliar de secretaría en un bufete de abogados.» «Eso está muy bien», dijo K. «Entonces podrá ayudarme un poco en mi proceso.» «Podría ser», dijo la señorita Bürstner, «¿por qué no? Me gusta utilizar mis conocimientos.» «Lo digo en serio», dijo K., «o por lo menos de forma medianamente seria, lo mismo que usted. El asunto es demasiado insignificante para recurrir a un abogado, pero un asesor me vendría bien.» «Sí, pero si voy a ser su asesora, antes tendré que saber de qué se trata», dijo la señorita Bürstner. «Esa es precisamente la dificultad», dijo K.: «yo mismo no lo sé.» «Entonces se ha estado burlando de mí», dijo la señorita Bürstner sumamente decepcionada; «no hacía ninguna falta elegir para ello estas horas de la noche.» Y se alejó de las fotografías, junto a las cuales habían estado los dos bastante rato. «No señorita», dijo K., «no me burlo de usted. ¿Por qué no me cree? Le he dicho ya lo que sé. Incluso más de lo que sé, porque no era una comisión instructora, la llamo así porque no sé qué nombre darle. No se investigó nada; solo fui detenido, pero por una comisión.» La señorita Bürstner se sentó en el sofá y volvió a reírse: «¿Y cómo fue entonces?», preguntó. «Horrible», dijo K., pero ahora ya no pensaba en ello, totalmente conmovido mirando a la señorita Bürstner, que apoyaba el rostro en una mano —el codo reposaba en el cojín del sofá— mientras con la otra mano se acariciaba lentamente la cadera. «Eso es demasiado general», dijo la señorita Bürstner. «¿Qué es demasiado gene-

ral?», preguntó K. Luego se acordó y preguntó: «¿Quiere que le muestre cómo ocurrió todo?». Quería moverse, pero no marcharse. «Estoy cansada», dijo la señorita Bürstner. «Ha llegado muy tarde», dijo K. «Solo me faltaba que me hicieran reproches, pero me lo merezco, porque no hubiera debido dejarle entrar aquí. Además, como se ha visto, no era necesario.» «Era necesario, ahora lo verá», dijo K. «¿Puedo traer hasta aquí la mesita de noche de su cama?» «¿Cómo se le ocurre?», dijo la señorita Bürstner. «¡Naturalmente que no!» «Entonces no podré mostrárselo», dijo K. excitado, como si con ello se le causara un daño inconmensurable. «Bueno, si lo necesita para hacer su demostración, corra la mesita tranquilamente», dijo la señorita Bürstner, añadiendo al cabo de un momento con voz más débil: «Estoy tan cansada que le permito más cosas de lo que sería conveniente». K. puso la mesita en el centro de la habitación y se sentó detrás. «Tiene que imaginarse bien la distribución de los personajes, es muy interesante. Yo soy el inspector; allí, sobre el baúl, se sientan dos guardianes; junto a las fotografías, de pie, tres jóvenes. De la falleba de la ventana, lo que menciono solo de pasada, cuelga una blusa blanca. Y ahora empieza. Ah, me he olvidado de mí, el personaje más importante; bueno, estoy aquí de pie, delante de la mesita. El inspector está sentado muy cómodamente, con las piernas cruzadas y el brazo colgando sobre el respaldo, un sinvergüenza redomado. Y ahora comienza realmente la cosa. El inspector llama como si tuviera que despertarme, me grita de verdad; por desgracia, si quiero hacérselo comprender, tendré que gritar yo también, pero es solo mi nombre lo que grita.» La señorita Bürstner, que le escuchaba riéndose, se llevó un dedo a los labios para impedir a K. que gritara, pero ya era tarde, porque K. estaba demasiado metido en su papel y gritó despacio: «¡Josef K.!»; menos fuerte de lo que había amenazado, pero sí de tal forma que el grito, después de haber sido súbitamente lanzado, pareció difundirse poco a poco por el cuarto.

Entonces golpearon unas cuantas veces, fuerte, breve y regularmente, en la puerta de la habitación contigua. La señorita Bürstner palideció, llevándose la mano al corazón. K. se sobresaltó especialmente porque durante un momento había sido totalmente incapaz de pensar en otra cosa que en los acontecimientos de la mañana y en la muchacha ante la que los estaba representando. Apenas se repuso, se dirigió de un salto hacia la señorita Bürstner y la cogió de la mano: «No tema nada», susurró, «lo arreglaré todo. Pero ¿quién puede ser? Aquí al lado solo está el salón, en el que no duerme nadie». «Sí», susurró la señorita Bürstner al oído de K., «desde ayer duerme ahí un sobrino de la señora Grubach, un capitán. No hay otra habitación libre. Yo también lo había olvidado. ¡Por qué ha tenido que gritar así! Me siento muy desgraciada.» «No hay razón para ello», dijo K., besándole la frente mientras ella volvía a dejarse caer en el cojín. «Déjeme, déjeme», dijo ella, incorporándose de nuevo rápidamente. «Váyase, váyase. ¿Qué quiere? Él está escuchando tras la puerta y lo oye todo. ¡Cómo me atormenta usted!» «No me iré», dijo K., «antes de que se tranquilice un poco. Venga a ese otro rincón de la habitación, allí no podrá oírnos.» Ella se dejó llevar. «No se da cuenta», dijo él, «de que para usted es sin duda algo desagradable, pero no hay peligro en absoluto. Ya sabe cómo la señora Grubach, que en este asunto es quien decide, especialmente porque el capitán es su sobrino, me adora francamente y cree sin falta todo lo que le digo. Por otro lado, depende de mí, porque me pidió prestada una suma bastante considerable. Aceptaré cualquier propuesta suya para explicar que estemos juntos aquí, por poco que coincida con mis fines, y me comprometo a hacer que la señora Grubach la crea, no solo ante los demás, sino también real y sinceramente. No tiene por qué tener usted ninguna consideración hacia mí. Si quiere que se diga que la he asaltado, así se le dirá a la señora Grubach, y ella lo creerá sin perder su confianza, tanto es lo que de mí depende.» La señorita Bürstner, silenciosa y un tanto hundida, mi-

raba al suelo. «¿Por qué no habría de creer la señora Grubach que la he asaltado?», añadió K. Veía delante de sí la cabellera de ella, una cabellera rojiza, partida en dos, recogida en su parte baja y muy prieta. Creyó que ella lo miraría, pero ella dijo sin cambiar de postura: «Perdóname, esos golpes repentinos me han asustado mucho, pero no tanto por las consecuencias que pudiera tener la presencia del capitán. Hubo un silencio muy grande después de su grito y luego golpearon; por eso me asusté tanto: estaba sentada junto a la puerta y golpearon casi a mi lado. Le agradezco sus propuestas, pero no las acepto. Puedo aceptar la responsabilidad de todo lo que ocurra en mi habitación, y hacerlo frente a todos. Me asombra que no se dé cuenta de la ofensa que suponen para mí sus propuestas, sin perjuicio, naturalmente, de sus buenas intenciones, que ciertamente reconozco. Pero ahora váyase, déjeme sola, es algo que ahora necesito todavía más que antes. Los minutos que usted me pidió se han convertido en media hora o más». K. le cogió la mano y luego la muñeca: «¿No estará enfadada conmigo?», dijo. Ella le apartó la mano y respondió: «No, no, no estoy enfadada, nunca ni con nadie». Él volvió a cogerle la muñeca, ella se lo toleró entonces y lo llevó así hasta la puerta. K. estaba firmemente decidido a irse. Sin embargo, ante la puerta, como si no hubiera esperado encontrarla allí, se detuvo, y la señorita Bürstner aprovechó ese instante para soltarse, abrirla y deslizarse en el vestíbulo, desde donde dijo a K. en voz baja: «Ahora venga, por favor. Mire», señaló la puerta del capitán, por debajo de la cual salía un rayo de luz: «ha encendido la luz y se divierte con nosotros». «Ya me voy», dijo K., se echó hacia delante, la agarró, y la besó primero en la boca y luego por toda la cara, como lame un animal sediento la fuente de agua que ha encontrado por fin. Finalmente la besó en el cuello, en la garganta, y mantuvo allí sus labios largo tiempo. Un ruido procedente de la habitación del capitán le hizo alzar la vista. «Ya me voy», dijo; quiso llamar a la señorita Bürstner por su nombre de pila, pero no lo sabía. Ella asintió

cansada, ya medio vuelta de espaldas le dio la mano a besar, como si no supiera lo que hacía, y entró agachada en su cuarto. Poco después K. estaba en la cama. Se durmió muy pronto; antes de dormirse pensó todavía un rato en su comportamiento; estaba contento de él, pero se asombró de no estar más satisfecho aún; le preocupaba seriamente la señorita Bürstner, a causa del capitán.

Primera investigación

Habían avisado a K. por teléfono de que el domingo siguiente habría un pequeño interrogatorio relacionado con su asunto. Se le hizo notar que esas investigaciones se sucederían ahora con regularidad, quizá no todas las semanas, pero en cualquier caso con frecuencia. Por una parte, era de interés general terminar rápidamente el proceso; por otra, sin embargo, las investigaciones debían ser minuciosas en todos los sentidos, aunque, por el esfuerzo que suponían, nunca durasen mucho. Por eso se había adoptado la solución de aquellas investigaciones que, aunque se sucedían con rapidez, eran breves. Se había fijado el domingo como día para la investigación, a fin de no perturbar a K. en su trabajo profesional. Se suponía que estaría de acuerdo, pero, si deseaba otra fecha, se trataría de complacerlo en lo posible. Las investigaciones se podían realizar también, por ejemplo, de noche, pero sin duda K. no estaría entonces suficientemente descansado. En cualquier caso, si K. no se oponía, la investigación se realizaría aquel domingo. No hacía falta decir que tendría que comparecer sin falta; eso, sin duda, no era preciso señalárselo. Le dieron el número del edificio en que debía presentarse: un edificio de una calle de un suburbio apartado en donde K. no había estado nunca.

K., al recibir la información, colgó el auricular sin responder; decidió inmediatamente ir aquel domingo; sin duda era necesario, su proceso estaba en marcha y tenía que oponerse; aquella primera investigación debía ser también la última. Se quedó pensativo junto al aparato, y entonces oyó a sus espaldas la voz del director adjunto, que quería telefonear y al que K. estaba cerrando el paso. «¿Malas noticias?», preguntó distraídamente el director adjunto, no para enterarse de nada sino para alejar a K.

del teléfono. «No, no», dijo K., echándose a un lado pero sin irse. El director adjunto cogió el auricular y dijo por encima del tubo, mientras aguardaba la conexión: «Una pregunta, señor K: ¿querría venir a una fiesta en mi velero este domingo por la mañana? Habrá bastante gente, y sin duda también conocidos suyos. Entre otros, el fiscal Hasterer. ¿Querrá venir? ¡Venga!». K. trataba de prestar atención a lo que le estaba diciendo el director adjunto. No carecía de importancia para él, porque aquella invitación del director adjunto, con el que nunca se había llevado muy bien, equivalía a un intento de reconciliación por su parte y mostraba lo importante que se había vuelto K. en el banco y lo valiosa que parecía su amistad o, por lo menos, su neutralidad, a la segunda autoridad. Aquella invitación suponía una humillación para el director adjunto, aunque la hubiera hecho por encima de un auricular y en espera de una conexión telefónica. Sin embargo, K. tuvo que humillar lo por segunda vez diciendo: «¡Muchas gracias! Pero por desgracia este domingo no puedo, estoy ya comprometido». «Lástima», dijo el director adjunto, volviéndose para su conversación telefónica, cuya comunicación acababa de establecerse. No fue una conversación corta, pero en su confusión K. se quedó todo el tiempo al lado del aparato. Solo cuando el director adjunto interrumpió la comunicación se sobresaltó y, para disculpar un tanto su inútil presencia, dijo: «Me acababan de telefonar para citarme en un lugar, pero se han olvidado de decirme la hora». «Llame otra vez y pregunte.» «No es tan importante», dijo K., a pesar de que su disculpa, ya insuficiente, resultaba de esa forma menos plausible aún. Al irse, el director habló todavía de otras cosas. K. se forzó a responder, pero pensaba sobre todo en que lo mejor sería ir el domingo a las nueve, ya que los días laborables todos los tribunales empezaban su trabajo a esa hora.

El domingo amaneció nublado. K. estaba muy cansado, porque, a causa de una celebración en su tertulia habitual, se había quedado hasta hora avanzada en la taberna, y

por poco no se había despertado a tiempo. Apresuradamente, sin tiempo para reflexionar y combinar los distintos planes que había trazado durante la semana, se vistió y, sin desayunar, corrió al suburbio que le habían indicado. Curiosamente, a pesar de que no tenía mucho tiempo para mirar alrededor, se encontró con los tres empleados que habían intervenido en su asunto: Rabensteiner, Kullych y Kaminer. Los dos primeros se cruzaron, en tranvía, en su camino; Kaminer, por su parte, estaba sentado en la terraza de un café y se inclinó curioso sobre la balaustrada precisamente cuando K. pasaba. Los tres lo siguieron sin duda con la mirada, asombrándose de ver correr a su superior jerárquico; sin embargo una especie de terquedad había impedido a K. tomar un vehículo; le repugnaba cualquier ayuda ajena, por mínima que fuera, en aquel asunto suyo; tampoco quería recurrir a nadie, para no tener que ponerlo así al corriente, aunque fuera del modo más remoto; y finalmente tampoco tenía el menor deseo de rebajarse ante la comisión de investigación llegando con puntualidad exagerada. De todas formas, ahora corría para, en lo posible, estar allí a las nueve, aunque ni siquiera estaba citado a una hora concreta.

Había pensado que reconocería el edificio ya de lejos, por algún signo que no se había imaginado exactamente o por alguna agitación especial ante la entrada. Sin embargo, la Juliusstrasse, en donde debía de estar el edificio y en cuyo comienzo se detuvo K. un instante, solo tenía a ambos lados unos edificios casi uniformes; altas y grises casas de alquiler, habitadas por gente pobre. Siendo domingo por la mañana, la mayoría de las ventanas estaban ocupadas: hombres en mangas de camisa se asomaban a ellas, fumando o sosteniendo tierna y cuidadosamente en el alféizar a niños pequeños. Otras ventanas estaban llenas de ropa de cama apilada, por encima de la cual aparecía fugazmente la cabeza despeinada de alguna mujer. La gente se gritaba de un lado a otro de la calle, y uno de esos gritos provocó precisamente una gran carcajada por encima de K. En la larga calle había, regularmente repar-

tidas por debajo del nivel del suelo, pequeñas tiendas de víveres diversos, a las que se llegaba por unos escalones. Las mujeres entraban y salían de ellas, o se quedaban en los escalones charlando. Un vendedor de fruta que pregonaba su mercancía hacia las ventanas, prestando casi tan poca atención como K., estuvo a punto de derribarlo con su carro. En aquel momento, un gramófono comenzó a sonar ensordecedoramente

K. se adentró más en la calle, lentamente, como si ahora tuviera tiempo o como si pudiera verlo el juez de instrucción desde alguna ventana y supiera por tanto que había llegado. Eran poco más de las nueve. El edificio estaba bastante lejos y era de dimensiones casi insólitas, especialmente la puerta de entrada, alta y ancha. Esta estaba destinada evidentemente a camiones que pertenecían a los distintos almacenes que, cerrados ahora, rodeaban el gran patio, y que llevaban nombres de empresas de los que K. conocía algunos por el banco. Prestando más atención de la acostumbrada a todos aquellos detalles, permaneció un momento a la entrada del patio. Cerca de él había un hombre descalzo, sentado en una caja, leyendo un periódico. Dos chicos se columpiaban en una carretilla de mano. Ante una bomba de agua había una muchacha joven y delicada, en bata, que miró a K. mientras el agua se precipitaba en su cántaro. En un rincón del patio estaban tendiendo entre dos ventanas una cuerda, de la que colgaba ya para secarse alguna ropa blanca. Debajo había un hombre, dirigiendo la operación a gritos.

K. se dirigió a la escalera para llegar a la sala de la investigación, pero volvió a detenerse, porque, aparte de aquella escalera, vio en el patio otras tres escaleras más, y por otra parte un pequeño pasaje situado al final del patio parecía llevar a otro patio. Le irritaba que no le hubieran descrito con más detalle la situación de la sala; lo trataban con curioso descuido o indiferencia, y tenía la intención de hacerlo constar así en voz muy alta y muy clara. Finalmente, subió por la primera escalera, jugando mentalmente con el recuerdo de una frase del guardián

Willem, que había dicho que el tribunal era atraído por la culpa, de lo que realmente debía seguirse que la sala de la investigación tenía que estar en cualquier escalera que K. eligiera al azar.

Al subir, molestó a muchos niños que jugaban en la escalera y que, cuando atravesó sus corros, lo miraron enfadados. «Si tengo que volver por aquí», se dijo, «tendré que traer caramelos para conquistármelos o un bastón para sacudirles.» Poco antes del primer piso, incluso tuvo que esperar un poco hasta que una canica acabó su recorrido; dos chicos pequeños, con el rostro contraído de los golfos adultos, lo retuvieron mientras tanto por las perneras del pantalón; si hubiera intentado deshacerse de ellos habría tenido que hacerles daño, y le dieron miedo sus gritos.

En el primer piso comenzó la verdadera búsqueda. Como no podía preguntar por la comisión de investigación, se inventó un carpintero Lanz —el nombre se le ocurrió porque el capitán, sobrino de la señora Grubach, se llamaba así— y empezó a preguntar entonces en todas las viviendas si vivía allí el carpintero Lanz, para tener la posibilidad de mirar dentro de todas las habitaciones. Resultó, sin embargo, que la mayoría de las veces eso era posible sin más, porque casi todas las puertas estaban abiertas y entraban y salían niños por ellas. Por regla general se trataba de pequeñas habitaciones de una ventana, en las que también se cocinaba. Muchas mujeres sostenían un niño de pecho con un brazo y trabajaban en el fogón con la mano libre. Muchachas adolescentes, al parecer vestidas solo con sus delantales, eran las que más se afanaban de un lado a otro. En todas las habitaciones había camas todavía ocupadas, ocupadas por enfermos o por personas que aún dormían, o bien por gente que se había acostado vestida. En las viviendas que tenían la puerta cerrada, K. llamaba y preguntaba si vivía allí el carpintero Lanz. La mayoría de las veces abría una mujer, escuchaba la pregunta y se volvía hacia alguien, que se incorporaba en la cama. «Este señor pregunta si vive aquí el

carpintero Lanz.» «¿El carpintero Lanz?», preguntaba el de la cama. «Sí», decía K., aunque era indudable que la comisión de investigación no estaba allí y por lo tanto su tarea había terminado. Muchos creían que a K. le importaba mucho encontrar a Lanz, reflexionaban largamente, nombraban a un carpintero que, sin embargo, no se llamaba Lanz, o decían un nombre que tenía algún parecido lejano con Lanz, o bien preguntaban a los vecinos, o acompañaban a K. a una puerta muy alejada, en donde, en su opinión, vivía posiblemente, como realquilado, un hombre así o en donde alguien podía informarle mejor que ellos. Finalmente, K. no tuvo apenas que preguntar por sí mismo, porque lo llevaban. Se arrepentía de su plan, que al principio le había parecido tan práctico. Ante el quinto piso, decidió renunciar a la búsqueda, se despidió de un obrero joven y amable que quería llevarlo más lejos y bajó. Luego, sin embargo, lo irritó otra vez la inutilidad de toda aquella empresa, volvió atrás y llamó en la primera puerta del quinto piso. Lo primero que vio en la pequeña habitación fue un gran reloj de pared que marcaba ya las diez. «¿Vive aquí el carpintero Lanz?», preguntó. «Por favor», dijo una mujer joven de ojos negros y luminosos, que estaba lavando en una tina ropa de niño, señalando con la mano mojada la puerta abierta de la habitación contigua.

K. creyó haber entrado en una asamblea. Una multitud de gentes de lo más variado —nadie se ocupó del recién llegado— llenaba una habitación de tamaño medio, de dos ventanas, que cerca del techo estaba rodeada por una galería, también totalmente ocupada y en donde la gente solo podía estar agachada, dando con la cabeza y la espalda contra el techo. K., al que el aire le resultó demasiado viciado, volvió a salir y dijo a la mujer, que probablemente lo había entendido mal: «Le he preguntado por un carpintero, un tal Lanz». «Sí», dijo la mujer, «entre, por favor.» K. quizá no la habría obedecido si la mujer no se hubiera dirigido hacia él, hubiera agarrado la manilla de la puerta y hubiera dicho: «Después de usted tengo que cerrar; nadie podrá entrar ya». «Muy sensato»,

dijo K., «pero ya está demasiado lleno.» Sin embargo, volvió a entrar.

Al pasar entre dos hombres que estaban hablando al lado mismo de la puerta —uno hacía ademán de pagar dinero, con las manos muy estiradas, y el otro lo miraba directamente a los ojos— una mano agarró a K. Era un chico pequeño y de mejillas coloradas. «Venga, venga», dijo. K. se dejó guiar por él; resultó que en aquella multitud confusa y pululante quedaba libre sin embargo un estrecho paso, que posiblemente separaba dos bandos; hablaba a favor de esa hipótesis el que K., en las primeras filas, apenas viera a derecha e izquierda rostros vueltos hacia él, sino solo las espaldas de personas que dirigían sus palabras y ademanes únicamente a las personas de su bando. La mayoría estaban vestidos de negro, con viejos trajes festivos, largos y muy holgados. Solo esa vestimenta desconcertaba a K., que de otro modo hubiera considerado aquello una asamblea política de distrito.

Al otro extremo de la sala, adonde llevaban a K., había, sobre un estrado bajo igualmente repleto, una mesita colocada de través, y detrás de ella, cerca del borde del estrado, estaba sentado un hombrecito grueso y jadeante que hablaba, entre grandes risas, con un hombre situado detrás de él, que tenía los codos apoyados en el respaldo de la silla y las piernas cruzadas. A veces levantaba los brazos, como si caricaturizase a alguien. El chico que guiaba a K. tuvo dificultades para comunicar su información. Por dos veces había tratado ya, de puntillas, de decir algo, sin que el hombre de arriba lo notara. Solo cuando una de las personas que había en el estrado llamó su atención sobre el chico, el hombre se volvió y escuchó, inclinado, su débil mensaje. Entonces sacó el reloj y echó a K. una rápida ojeada. «Hubiera debido presentarse hace una hora y cinco minutos»,^o dijo. K. quiso responder algo, pero no tuvo tiempo, porque, apenas había hablado el hombre, se alzó en la mitad derecha de la sala un murmullo general. «Hubiera debido presentarse hace una hora y cinco minutos», repitió en-

tonces el hombre, alzando la voz y echando un vistazo rápido a la sala. Inmediatamente el murmullo se hizo más fuerte, desapareciendo solo poco a poco, al no decir el hombre nada más. En la sala reinaba ahora un silencio mucho mayor que al entrar K. Solo las personas que estaban en la galería seguían haciendo observaciones. En la medida en que se podía distinguir en medio de la penumbra,° el vaho y el polvo, parecían peor vestidas que las de abajo. Algunos habían traído cojines, que colocaban entre sus cabezas y el techo de la habitación para no producirse rasguños.

K. había decidido observar más que hablar, y en consecuencia renunció a defenderse por su supuesta tardanza, limitándose a decir: «Aunque pueda haber llegado tarde, ahora estoy aquí». Siguió un aplauso, otra vez del lado derecho de la sala. «Es fácil ganarse a esta gente», pensó K., al que solo molestó el silencio de la parte izquierda, que tenía precisamente detrás y en la que únicamente se había producido algún aplauso aislado. Pensó en lo que podría decir para ganarse a todos a la vez o, si eso no era posible, al menos también a los otros de cuando en cuando.

«Sí», dijo el hombre, «pero no estoy obligado ya a interrogarlo.» Una vez más se oyó el murmullo, pero esta vez fue equívoco, porque el hombre, silenciando a la gente con un ademán, continuó: «Sin embargo, excepcionalmente, lo haré hoy. Pero que no se repita un retraso así. ¡Y ahora acérquese!». Alguien bajó del estrado para dejar un sitio libre a K., que subió a él. Estaba muy apretado contra la mesa, y el gentío que tenía detrás era tan enorme que debía oponer resistencia si no quería derribar del estrado la mesa del juez de instrucción y quizá al propio juez.

El juez de instrucción, sin embargo, no se preocupaba por ello, sino que permanecía bastante cómodamente sentado en su silla y, después de haber dicho unas últimas palabras al hombre que tenía detrás, cogió un cuadernito de notas, único objeto que había sobre su mesa. Parecía un

cuaderno escolar, viejo y deformado de tanto hojearlo. «Bueno», dijo el juez, hojeó el cuaderno y se dirigió a K. en tono afirmativo: «¿Es usted pintor de brocha gorda?». «No», dijo K. «Soy apoderado general de un banco importante.» A esa respuesta siguieron en el bando situado abajo a la derecha unas carcajadas tan cordiales que K. tuvo que reírse también. La gente apoyaba las manos en las rodillas y se agitaba como si tuviera un fuerte acceso de tos. Se rieron incluso algunos de la galería. El enfurecido juez de instrucción, que probablemente no podía hacer nada contra la gente de abajo, trató de desquitarse con la galería, se levantó de un salto, la amenazó, y sus cejas, normalmente poco llamativas, se fruncieron espesas, negras y grandes sobre los ojos.

La parte izquierda de la sala seguía sin embargo silenciosa, la gente permanecía de pie en filas, tenía el rostro vuelto hacia el estrado y escuchaba las palabras que se cruzaban arriba con tanta tranquilidad como ruido producía la otra parte, tolerando incluso que algunos de sus filas hicieran de vez en cuando causa común con ella. La gente del bando de la izquierda, por lo demás menos numerosa, podía ser en el fondo tan insignificante como la de la derecha, pero la serenidad de su comportamiento hacía que pareciera más importante. Cuando K. comenzó a hablar, estaba convencido de expresar el punto de vista de ella.

«Su pregunta de si soy pintor de brocha gorda, señor juez de instrucción —aunque más bien no me ha preguntado nada, sino que me ha lanzado esa afirmación—, resulta característica de la clase de procedimiento que se instruye contra mí. Podrá objetar que no se trata en absoluto de un procedimiento; tiene toda la razón, porque solo es un procedimiento si yo lo reconozco como tal. Sin embargo, de momento lo haré así, en cierto modo por compasión. No se puede ser más que compasivo, si es que se le quiere prestar atención siquiera. No diré que se trate de un procedimiento chapucero, pero quisiera ofrecerle ese calificativo para su propio gobierno.»

K. se interrumpió y miró abajo a la sala. Lo que había dicho era duro, más duro de lo que había pretendido, pero sin embargo exacto. Hubiera podido merecer aplausos aquí o allá, pero todos estaban silenciosos; evidentemente, aguardaban atentos lo que seguiría; tal vez se preparaba ya en silencio un estallido que acabaría con todo. Resultó molesto que se abriese entonces la puerta del fondo de la sala; entró la joven lavandera, que probablemente había terminado su trabajo y, a pesar de las precauciones que tomó, atrajo sobre ella las miradas. Solo el juez de instrucción dio a K. una alegría inmediata, porque pareció enseguida afectado por sus palabras. Había estado escuchando hasta entonces de pie, porque la intervención de K. lo había sorprendido cuando se levantó para increpar a la galería. Ahora, en la pausa, se sentó lentamente, como si no quisiera ser notado. Probablemente para tranquilizar su expresión, volvió a coger el cuadernillo.

«Eso no le servirá de nada», continuó K., «también su cuadernillo, señor juez de instrucción, confirmará lo que digo.» Satisfecho de oír solo sus propias palabras sosegadas en aquella asamblea ajena, K., sin vacilar, se atrevió incluso a quitar al juez de instrucción el cuaderno y a levantarlo por una de sus hojas centrales, como si le repeliera, de forma que a ambos lados colgaron las hojas de bordes amarillentos, manchadas y cubiertas de una escritura apretada. «Estas son las actas de un juez de instrucción», dijo dejando caer el cuaderno sobre la mesa. «Siga leyendo tranquilo, señor juez, porque ese cuaderno escolar no me da realmente ningún miedo, a pesar de que me resulta inaccesible, ya que no puedo tocarlo más que con dos dedos.» Solo podía ser signo de una profunda humillación o, por lo menos, había que interpretarlo así, el que el juez de instrucción cogiera el cuadernillo tal como había caído en la mesa, tratara de poner en él un poco de orden, y volviera a empezar a leerlo.

Los rostros de las personas de la primera fila estaban tan atentos que, por un momento, K. se quedó mirándolos. Eran sin excepción hombres de edad, algunos de ellos

de barba blanca. Tal vez eran los decisivos, los que podían influir en toda la asamblea, la cual, ni siquiera ante la humillación del juez de instrucción, salía de la inmovilidad en que se había sumido ante las palabras de K.

«Lo que me ha ocurrido», continuó K. en voz algo más baja que antes, escrutando una y otra vez los rostros de la primera fila, lo que hacía que su discurso resultara algo inquieto, «lo que me ha ocurrido no es solo un caso aislado y, como tal, no muy importante, dado que no me lo tomo muy en serio, sino que es significativo de los procesos que se instruyen contra muchos. Por ellos y no por mí estoy aquí ahora.»

Había levantado involuntariamente la voz. En algún lugar, alguien aplaudió levantando las manos y gritó: «¡Bravo! ¿Por qué no? ¡Bravo! ¡Otra vez bravo!». Algunos de la primera fila se mesaron la barba, pero nadie se volvió por aquella exclamación. Tampoco K. le dio importancia, aunque lo animó; no consideraba ya necesario que todos aplaudieran, bastaba con que el público comenzara a reflexionar sobre el asunto y con ganarse a alguien a veces, por convencimiento.

«No quiero tener éxito como orador», dijo K. movido por esa reflexión, «y tampoco podría lograrlo. El señor juez instructor habla probablemente mucho mejor, forma parte de su profesión. Lo que quiero es solo que se hable públicamente de una injusticia pública. Escuchen: hace unos diez días fui detenido; me río del hecho de la detención misma, pero este no es el momento de hablar de ella. Fui sorprendido temprano en la cama; quizá —no hay que excluirlo después de lo que ha dicho el juez de instrucción— se había dado la orden de detener a algún pintor de brocha gorda tan inocente como yo, pero me eligieron a mí. La habitación contigua fue ocupada por dos rudos guardianes. Si yo hubiera sido un bandido peligroso, no se habrían tomado más precauciones. Esos guardianes eran gentuza sin moral, me atronaron los oídos, quisieron que los sobornara, quisieron, con falsedades, quitarme la ropa interior y los trajes, y me pidieron dinero, supuesta-

mente para traerme el desayuno, después de haberse comido desvergonzadamente el mío ante mis ojos. Eso no bastó. Me llevaron a una tercera habitación, a presencia del inspector. Era la habitación de una dama a la que aprecio mucho, y tuve que presenciar cómo, por mí pero sin culpa por mi parte, se veía en cierto modo manchada por la presencia de los guardianes y del inspector. No me fue fácil conservar la calma. Sin embargo lo conseguí y, totalmente tranquilo, pregunté al inspector —si él estuviera aquí tendría que confirmarlo— por qué estaba detenido. ¿Qué respondió entonces ese inspector al que todavía veo ante mí, sentado en una silla de la mencionada dama como encarnación del orgullo más estúpido? Señores, en el fondo no respondió nada, quizá tampoco sabía nada, me había detenido y con eso se daba por satisfecho. Pero hizo algo más, pues había llevado a la habitación de esa dama a tres empleados subalternos de mi banco que se dedicaron a toquetear y desordenar fotografías propiedad de la dama. La presencia de esos empleados tenía naturalmente otro objetivo más: ellos debían, lo mismo que mi patrona y su criado, difundir la noticia de mi detención, perjudicar mi reputación y, especialmente, debilitar mi posición en el banco. Ahora bien, nada de eso se ha logrado en lo más mínimo; incluso mi patrona, una persona sumamente sencilla —mencionaré aquí su nombre para honrarla, es la señora Grubach—, fue suficientemente inteligente para comprender que una detención así no significa más que un asalto realizado por unos mozos de la calle insuficientemente vigilados. Lo repito, todo me ha causado molestias e indignación pasajera, pero ¿no hubiera podido tener consecuencias peores?»

Cuando K. se interrumpió en ese punto y miró al silencioso juez de instrucción, creyó observar que este estaba haciendo precisamente a alguien de la multitud un signo con los ojos. K. se rió y dijo: «El señor juez de instrucción acaba de hacer a alguien una señal secreta. Por consiguiente, hay entre ustedes personas dirigidas desde aquí

arriba. No sé si esa señal debe provocar ahora aplausos o siseos y, por el hecho de haberlo revelado prematuramente, he renunciado, de forma plenamente consciente, a conocer su significado. Me resulta completamente indiferente, y en público autorizo al señor juez instructor a capitanear a sus empleados a sueldo de ahí abajo, en lugar de con señales secretas, con palabras en voz alta, diciéndoles unas veces, por ejemplo: "Silbad ahora", y otras: "Ahora aplaudid"».

El juez de instrucción, por desconcierto o impaciencia, se revolvía en su silla. El hombre que tenía detrás y con el que había hablado antes se inclinó nuevamente hacia él, ya fuera para alentarle en general o para darle algún consejo concreto. Abajo, la gente hablaba en voz baja con animación. Los dos bandos, que antes habían parecido tener opiniones tan opuestas, se mezclaban, algunas personas aisladas señalaban con el dedo a K. y otras al juez de instrucción. El vaho neblinoso de la habitación era sumamente denso: impedía incluso observar bien a los que estaban lejos. Debía de ser especialmente molesto para los espectadores de la galería, que se veían obligados, aunque lanzando tímidas miradas de soslayo al juez de instrucción, a preguntar a los participantes en la asamblea para informarse mejor. Las respuestas eran dadas igualmente en voz baja, tapándose la boca con la mano.

«Enseguida acabo», dijo K., y como no había campanilla, golpeó la mesa con el puño, lo que hizo que, asustadas, se separasen al instante las cabezas del juez de instrucción y de su asesor. «Todo este asunto no me concierne, por eso puedo juzgarlo tranquilamente y ustedes, si algo les importa este pretendido tribunal, pueden beneficiarse mucho si me escuchan. Les ruego que dejen para luego sus comentarios sobre lo que digo, porque no tengo tiempo y tendré que marcharme pronto.»

Enseguida se hizo el silencio: tanto dominaba K. ahora la asamblea. Ya no se cruzaban gritos como al principio, ni siquiera se aplaudía ya, pero la gente parecía convencida o muy cerca de estarlo.

«No hay duda», dijo K. en voz muy baja, porque lo alegraba la tensa atención de toda la asamblea: de aquel silencio brotaba un zumbido que era más excitante que el aplauso más entusiasta, «no hay duda de que, detrás de todas las actuaciones de este tribunal —en mi caso, pues, detrás de la detención y de la investigación de hoy—, se encuentra una gran organización. Una organización que no solo emplea guardianes corruptos, inspectores ridículos y jueces de instrucción que, en el mejor de los casos, son mediocres, sino que mantiene a unos jueces de grado superior y supremo, con su séquito inevitable e innumerable de ujieres, escribientes, gendarmes y otros ayudantes; incluso tal vez verdugos, no me asusta la palabra. ¿Y cuál es el sentido de esa gran organización, señores? Consiste en detener a personas inocentes e instruir contra ellas procesos absurdos y la mayoría de las veces, como en mi caso, sin éxito. Teniendo en cuenta la falta de sentido del conjunto, ¿cómo evitar la peor de las corrupciones entre los funcionarios? Es imposible, eso no podría lograrlo ni el juez supremo por sí mismo. Por eso los guardianes de los detenidos tratan de robarles hasta la camisa del cuerpo, por eso los inspectores irrumpen en viviendas ajenas, y por eso los detenidos, en lugar de ser interrogados, se ven humillados ante asambleas enteras. Los guardianes me han hablado de depósitos a los que llevan las pertenencias de los detenidos, y yo quisiera ver alguna vez esos depósitos, en los que se pudre el patrimonio fatigosamente acumulado, si es que no ha sido ya saqueado por empleados ladrones.»

K. fue interrumpido por un chillido que venía del fondo de la sala; se protegió los ojos para ver, porque la opaca luz del día volvía blanquecino el vaho y deslumbraba. Era la lavandera, que K., en cuanto había entrado, había considerado como una interrupción molesta. Si era ella o no la culpable, no se podía saber. K. solo vio que un hombre la había arrastrado a un rincón, junto a la puerta, y se apretaba allí contra ella. Sin embargo, no era la mujer quien chillaba sino el hombre: tenía la boca muy abierta y mira-

ba al techo. Un pequeño círculo se había formado en torno a los dos y los espectadores de la galería parecían encantados de que la seriedad que había introducido en la asamblea se viera interrumpida de aquella forma. En un primer momento, K. quiso acudir allí, y pensó que todos querrían que se restableciera el orden y, por lo menos, se expulsara a la pareja de la sala, pero las primeras filas que tenía delante permanecieron firmes, nadie se movió y nadie dejó pasar a K. Al contrario, se lo impidieron: hombres ancianos lo sujetaron del brazo y una mano —no tuvo tiempo de volverse— lo agarró del cuello por detrás; K. no pensó ya en realidad en la pareja, le parecía que estaban limitando su libertad, como si quisieran detenerlo seriamente, y saltó sin consideraciones desde el estrado. Entonces se encontró frente a frente con la multitud. ¿Había juzgado mal a aquella gente? ¿Había confiado demasiado en el efecto de su discurso? ¿Habían fingido mientras él hablaba y ahora, cuando llegaba a las conclusiones, se habían cansado de fingir? ¡Qué rostros tenía alrededor! Pequeños ojillos negros se movían de un lado a otro, las mejillas colgaban como las de los borrachos, las largas barbas eran rígidas y ralas y, si se hubiera tratado de asirlas, habría sido como si la mano se convirtiese en garra y no como si se agarrase una barba. Sin embargo, bajo aquellas barbas —y ese fue el verdadero descubrimiento que hizo K.—, brillaban en las solapas insignias de distintos tamaños y colores. Hasta donde podía ver, todos llevaban aquellas insignias; todos —aquellos pretendidos bandos de derecha e izquierda— pertenecían a lo mismo y, cuando se volvió de pronto, vio la misma insignia en el cuello del juez de instrucción que, con las manos en las rodillas, miraba tranquilamente hacia abajo. «¡Ah!», exclamó K., levantando los brazos; aquella comprensión súbita requería espacio. «Todos sois funcionarios, según veo, todos sois esa banda corrupta contra la que yo he hablado; os habéis metido aquí para oír y espiar, habéis formado supuestos bandos y alguno ha aplaudido para ponerme a prueba; queríais saber cómo se puede engañar a un inocente. Bueno, espero que vuestra presencia no haya

sido inútil: o bien os habrá divertido que alguien esperase de vosotros que defendierais la inocencia, o bien... ¡Suéltame o te pego!», gritó K. a un anciano tembloroso que se le había acercado mucho, «habréis aprendido realmente algo. Y con ello os deseo suerte en vuestro oficio.» Cogió rápidamente su sombrero, que estaba al borde de la mesa, y se abrió paso en medio del silencio general –en cualquier caso el silencio de la más completa sorpresa– hacia la salida. Sin embargo, el juez de instrucción parecía haber sido más rápido que K., porque lo aguardaba junto a la puerta. «Un momento», dijo; K. se detuvo, pero no miró al juez sino a la puerta, cuya manilla había agarrado ya. «Solo quería señalarle», dijo el juez de instrucción, «que hoy –tal vez no haya tenido conciencia de ello– se ha privado de las ventajas que un interrogatorio reporta en cualquier caso al detenido.» K. se rió, mirando hacia la puerta. «Sinvergüenzas», exclamó, «os regalo vuestros interrogatorios». Abrió la puerta y se apresuró a bajar las escaleras. Detrás de él se alzó el ruido de la asamblea, otra vez viva, que comenzó probablemente a comentar lo ocurrido, al estilo de los escoliastas.

En la sala de vistas vacía.
El estudiante.
Las oficinas

Durante la semana siguiente, K. aguardó día tras día una nueva citación; no podía creer que hubieran tomado literalmente su renuncia a los interrogatorios y, cuando el sábado por la noche aún no había llegado la citación esperada, supuso que había sido tácitamente convocado de nuevo en el mismo edificio y a la misma hora. Por ello se dirigió allí otra vez el domingo, fue esta vez directamente por escaleras y pasillos, y algunas personas que se acordaban de él lo saludaron desde sus puertas, pero él no tuvo que preguntar ya a nadie y llegó pronto a la puerta acertada. Cuando llamó le abrieron enseguida y, sin volverse para mirar a la mujer, ya conocida, que se quedó junto a la puerta, quiso pasar inmediatamente a la habitación contigua. «No hay vista hoy», dijo la mujer. «¿Y por qué no hay vista?», preguntó él, sin querer creerlo. Pero la mujer lo convenció abriendo la puerta de la habitación de al lado. Estaba realmente vacía y, en su vacuidad, parecía más lamentable aún que el domingo anterior. Sobre la mesa, que seguía como siempre en el estrado, había algunos libros. «¿Puedo echar una ojeada a esos libros?», preguntó K., no por curiosidad especial sino para que no fuera totalmente inútil haber ido hasta allí. «No», dijo la mujer, cerrando de nuevo la puerta, «no está permitido. Los libros pertenecen al juez instructor.» «Ah», dijo K. asintiendo, «esos libros son sin duda libros de leyes, y es propio de esta clase de justicia sufrir condena no solo siendo inocente, sino permaneciendo además ignorante.» «Así debe de ser», dijo la mujer, que no lo había entendido bien. «Bueno, entonces me iré», dijo K. «¿Quiere que le diga algo al juez instructor?», preguntó la mujer. «¿Lo cono-

ce?», preguntó K. «Naturalmente», dijo la mujer, «mi marido es ujier del tribunal.» Solo entonces se dio cuenta K. de que la habitación, en la que la última vez no había más que una tina de lavar, era ahora un cuarto de estar totalmente amueblado. La mujer se percató de su asombro y dijo: «Sí, tenemos vivienda gratuita, pero los días de vistas hemos de despejar la habitación. El puesto de mi marido tiene algunos inconvenientes». «No me asombra tanto la habitación», dijo K., mirándola enojado, «como el hecho de que esté usted casada.» «¿Se refiere quizá a lo ocurrido en la última vista, en que interrumpí su discurso?» «Naturalmente», dijo K., «ahora ya ha pasado y está casi olvidado, pero entonces me puse francamente furioso. Y ahora me dice usted que está casada.» «No le perjudicó que interrumpiera su discurso. Luego lo juzgaron de forma muy desfavorable.» «Es posible», dijo K., eludiendo la cuestión, «pero eso no la disculpa.» «Me disculparon todos los que me conocen», dijo la mujer. «Ese que me abrazó me persigue hace tiempo. Puede ser que en general yo no sea muy atractiva, pero para él lo soy. Para eso no hay remedio, y también mi marido ha tenido que conformarse; si quiere conservar su puesto, tiene que tolerarlo, porque ese hombre es estudiante y probablemente llegará a tener mucho poder. Anda siempre detrás de mí; se acababa de ir cuando llegó usted.» «Eso concuerda con todo lo demás», dijo K.; «no me sorprende.» «Sin duda quiere usted mejorar aquí algunas cosas», dijo la mujer lenta y cuidadosamente, como si dijera algo peligroso tanto para K. como para ella. «Lo deduje de su discurso, que personalmente me gustó mucho. De todas formas, solo oí una parte: me perdí el comienzo y, al final, estaba con el estudiante en el suelo. Todo es tan repugnante aquí», dijo tras una pausa, cogiendo la mano de K. «¿Cree que conseguirá alguna mejora?» K. sonrió e hizo girar un poco su mano entre las suaves manos de ella. «En realidad», dijo, «no estoy aquí para lograr mejoras, como usted dice, y si se lo dijera, por ejemplo, al juez instructor, se reiría de usted o la castigaría. Realmente, no me habría mezclado en

estas cosas por mi propia voluntad, y la necesidad de mejorar esta justicia nunca me hubiera quitado el sueño. Sin embargo, como al parecer estoy detenido —la verdad es que estoy detenido—, me veo obligado a intervenir, y concretamente por mí. Sin embargo, si al mismo tiempo puedo serle útil de algún modo, lo haré naturalmente de buena gana. No solo por amor al prójimo, sino también porque usted puede ayudarme.» «¿Cómo podría ayudarlo?», preguntó la mujer. «Mostrándome, por ejemplo, los libros de esa mesa.» «Claro que sí», exclamó la mujer, arrastrándolo presurosa. Eran libros viejos y manoseados; la cubierta de uno estaba casi rota por el centro, y los pedazos se sostenían solo por hilos. «Qué sucio está todo», dijo K. sacudiendo la cabeza, y la mujer limpió superficialmente el polvo con su delantal antes de que él cogiera los libros. K. abrió el primer libro y apareció un grabado obsceno.° Un hombre y una mujer estaban sentados desnudos en un sofá; la baja intención del dibujante podía reconocerse claramente, pero su torpeza era tan grande que, en definitiva, solo se podía ver a un hombre y una mujer, cuyo físico destacaba en la imagen demasiado, que se sentaban exageradamente rígidos y que, como consecuencia de una perspectiva equivocada, solo con dificultad se miraban. K. no siguió hojeando sino que se limitó a abrir la cubierta del segundo libro; era una novela titulada: *Los tormentos que hubo de sufrir Grete por culpa de su marido*. «Estos son los códigos que se estudian aquí», dijo K. «Esa la gente que me va a juzgar.» «Yo lo ayudaré», dijo la mujer. «¿Quiere?» «¿Podría hacerlo realmente sin ponerse en peligro? Antes dijo que su marido dependía mucho de sus superiores.» «Lo ayudaré a pesar de todo», dijo la mujer. «Venga, tenemos que discutirlo. No me hable más de peligros, solo tengo miedo al peligro cuando quiero tenerlo. Venga.» Señaló el estrado y le rogó que se sentara con ella en el escalón. «Tiene usted unos bonitos ojos oscuros», dijo después de haberse sentado, mirando desde abajo el rostro de K.; «dicen que también yo tengo ojos bonitos, pero los suyos lo son mucho más. Por cier-

to, me llamó la atención enseguida, la primera vez que entró. También fue usted la razón de que luego entrara en la sala de vistas, lo que normalmente no hago nunca e incluso me está hasta cierto punto prohibido.» «De manera que es eso», pensó K.: «se me está ofreciendo; está corrompida como todos los de aquí y harta de los empleados del tribunal, lo que al fin y al cabo es comprensible, y por eso aborda a cualquier extraño haciéndole un cumplido sobre sus ojos.» Y K. se levantó en silencio, como si hubiera expresado sus pensamientos y, de esa forma, aclarado su conducta a la mujer. «No creo que pueda ayudarme», dijo; «para ayudarme realmente habría que tener conexiones con los altos funcionarios. Pero seguramente usted conoce solo a esos empleados subalternos que andan por aquí en gran número. A esos los conoce sin duda muy bien y podría conseguir de ellos muchas cosas, no lo dudo, pero lo máximo que podría lograr sería totalmente irrelevante para el resultado final del proceso. Y usted habría perdido con ello algunos amigos. Eso no lo quiero. Siga comportándose como hasta ahora con esas personas: me parece que eso le resulta imprescindible. Lo digo no sin pesar, porque, para responder de algún modo a su cumplido, también usted me gusta mucho, especialmente cuando, como ahora, me mira tristemente, para lo cual, por cierto, no hay motivo alguno. Usted pertenece a esa gente con la que tengo que luchar, se encuentra muy bien entre ella, incluso ama al estudiante y, si no lo ama, lo prefiere al menos a su marido. Eso se puede deducir fácilmente de sus palabras.» «No», exclamó ella, permaneciendo sentada y limitándose a coger la mano de K., que no la había retirado con rapidez suficiente. «No debe irse ahora, no debe irse con una falsa impresión de mí. ¿Sería capaz realmente de irse ahora? ¿Soy realmente tan insignificante que ni siquiera quiere darme el gusto de quedarse un rato?» «No me entiende», dijo K. sentándose, «si realmente quiere que me quede, me quedaré de buena gana; tengo tiempo, porque he venido esperando que hubiera una vista. Con lo que le he dicho antes solo quería

rogarle que no hiciera nada por mí en mi proceso. Pero tampoco eso debe ofenderla, si piensa que no me importa nada el resultado de ese proceso y que si me condenaran solo me reiría. Eso suponiendo que el proceso llegue a un verdadero final, cosa que dudo mucho. Creo más bien que, como consecuencia de la pereza, o del olvido, o incluso quizá como consecuencia del miedo de los funcionarios, mi proceso se ha interrumpido o se interrumpirá en fecha muy próxima. Es posible de todas formas que, con la esperanza de algún soborno importante, se finja proseguir el proceso, de forma totalmente inútil, como puedo decirle ya, porque yo no soborno a nadie. De todos modos, un favor que podría hacerme sería comunicar al juez instructor, o a cualquier otro a quien guste difundir noticias, que jamás podré ser inducido a un soborno por ninguna de esas argucias de las que sin duda disponen en abundancia esos señores. Sería totalmente inútil, puede decírselo abiertamente. Por lo demás, quizá se hayan dado cuenta ya por sí mismos y, aunque no fuera así, tampoco me importa tanto que lo sepan desde ahora. Con ello solo ahorraría trabajo a esos señores, pero me causaría también algunas molestias, que sin embargo acepto gustoso si sé que eso supone, al mismo tiempo, un golpe para el otro. Y de que así sea me encargaré yo. ¿Conoce realmente al juez instructor?» «Naturalmente», dijo la mujer, «fue incluso el primero en quien pensé al ofrecerle ayuda. No sabía que fuera un funcionario subalterno, pero, si usted lo dice, probablemente así será. A pesar de ello, creo que los informes que hace a sus superiores tienen cierta influencia. Y escribe muchos informes. Usted dice que los funcionarios son perezosos, desde luego no todos y especialmente no ese juez instructor: escribe demasiado. El domingo pasado, por ejemplo, la vista duró hasta la noche. Todos se fueron, pero el juez instructor se quedó en la sala y tuve que llevarle una lámpara; yo solo tenía una pequeña de cocina, pero se contentó con ella y comenzó enseguida a escribir. Entretanto había llegado mi marido, que libraba precisamente ese domingo, trajimos

los muebles, volvimos a arreglar nuestra habitación, vinieron vecinos, estuvimos conversando a la luz de una vela, en pocas palabras, nos olvidamos del juez instructor y nos fuimos a la cama. De pronto, en medio de la noche, debía de ser ya noche avanzada, me despierto, junto a mi cama está el juez instructor, que protege la lámpara con la mano para que la luz no caiga sobre mi marido; una precaución innecesaria porque mi marido duerme de tal modo que ni siquiera la luz lo hubiera despertado. Me asusté tanto que estuve a punto de gritar, pero el juez instructor fue muy amable, me exhortó a ser prudente, me susurró que había estado escribiendo hasta entonces y que ahora me devolvía la lámpara, y que nunca olvidaría el aspecto que yo tenía cuando me encontró dormida. Con todo eso solo quería decirle que el juez instructor escribe realmente muchos informes, especialmente sobre usted: porque su interrogatorio fue sin duda uno de los temas principales de la vista del domingo. Esos largos informes, sin embargo, no pueden carecer totalmente de importancia. Además, por ese incidente puede ver también que el juez instructor me pretende y que, precisamente en estos primeros tiempos —no debe de haberse fijado en mí hasta ahora—, puedo tener gran influencia sobre él. De que le importo mucho tengo también otras pruebas. Ayer me envió como regalo, por medio del estudiante, en quien tiene mucha confianza y que es su colaborador, unas medias de seda, supuestamente porque limpio la sala de vistas, pero eso es solo un pretexto, porque ese trabajo es mi obligación y a mi marido le pagan por él. Son unas medias bonitas, mire», estiró las piernas, se recogió la falda hasta la rodilla y las contempló también, «son unas medias bonitas, pero en realidad demasiado elegantes e inapropiadas para mí.»

De pronto se interrumpió, puso su mano en la mano de K., como si quisiera tranquilizarlo, y susurró: «¡Silencio, Berthold nos mira!». K. levantó lentamente los ojos. En la puerta de la sala de vistas había un joven; era pequeño, no tenía las piernas totalmente derechas y trataba de darse un aspecto digno mediante una barba rojiza, corta, que se

manoseaba continuamente. K. lo miró con curiosidad: era el primer estudiante de aquella ciencia jurídica desconocida que encontraba por decirlo así en persona, un hombre que probablemente llegaría también a ocupar altos puestos oficiales. El estudiante, en cambio, no se ocupó al parecer de K., y se limitó a hacer a la mujer un signo con un dedo que, por un instante, se quitó de la barba; la mujer se inclinó hacia K. y susurró: «No se enfade conmigo, se lo ruego por lo que más quiera, y tampoco piense mal de mí: ahora tengo que irme con él, con ese hombre horrible, mire esas piernas torcidas. Pero volveré enseguida y entonces me iré con usted, si quiere llevarme; iré a donde usted quiera, podrá hacer conmigo lo que quiera, seré feliz si puedo marcharme de aquí el mayor tiempo posible, y ojalá sea para siempre». Acarició aún la mano de K., se levantó de un salto y corrió a la ventana. Involuntariamente, K. buscó aún la mano de ella en el vacío. Aquella mujer lo atraía realmente y, a pesar de reflexionar mucho, no encontraba ningún motivo válido para no ceder a esa atracción. Rechazó sin esfuerzo la pasajera objeción de que la mujer pudiera estar seduciéndolo por encargo del tribunal. ¿De qué forma podía atraparlo? ¿No seguiría siendo libre para destrozar al tribunal, al menos en lo que a él se refería? ¿No podía tener ese mínimo de confianza en sí mismo? Y el ofrecimiento de ayuda por parte de ella sonaba sincero y quizá no fuera inútil. Y tal vez no habría mejor venganza contra el juez instructor y su séquito que quitarles aquella mujer y llevársela. Entonces podría ocurrir que, después de trabajar fatigosamente en sus mentirosos informes sobre K. hasta avanzada la noche, encontrase vacía la cama de la mujer. Vacía porque ella pertenecía a K., porque aquella mujer de la ventana, aquel cuerpo cálido, exuberante y flexible, dentro de un vestido oscuro de tela basta y pesada, solo pertenecía a K.

Después de haber apartado de esa forma sus dudas hacia la mujer, la conversación en voz baja junto a la ventana empezó a resultarle demasiado larga y golpeó con los nudillos en el estrado y luego con el puño. El estudiante

miró brevemente a K. por encima del hombro de la mujer, pero no se dejó interrumpir, e incluso se apretó más contra ella, rodeándola con sus brazos. Ella inclinó profundamente la cabeza, como si lo escuchara con atención, y él la besó ruidosamente en el cuello al inclinarse ella, sin interrumpir esencialmente lo que decía. K. vio en eso confirmada la tiranía que, según se había quejado la mujer, ejercía el estudiante sobre ella, se puso en pie y fue de un lado a otro por la habitación. Echando miradas de soslayo al estudiante, reflexionaba cómo podría deshacerse de él lo más rápidamente posible, y por eso no le desagradó que el estudiante, evidentemente molesto por aquel ir y venir de K., que a veces había degenerado ya en pataleo, observara: «Si se impacienta, puede marcharse. Hubiera podido marcharse ya antes, nadie lo habría echado de menos. Sí, hubiera debido irse, concretamente al llegar yo, y a toda velocidad». Aquella observación podía expresar quizá toda la rabia imaginable, pero en cualquier caso había también en ella la altivez de un futuro funcionario de justicia hablando a un acusado de mala reputación. K. se detuvo muy cerca de él y le dijo sonriendo: «Estoy impaciente, es cierto, pero la forma más fácil de disipar esa impaciencia sería que se fuera usted. Sin embargo, si ha venido quizá para estudiar —he sabido que es estudiante— le dejaré este lugar de buena gana y me iré con esta mujer. Por lo demás, tendrá que estudiar mucho aún antes de llegar a juez. No conozco muy bien todavía su jurisprudencia, pero supongo que, a pesar de los discursos groseros que tan insolentemente sabe usted pronunciar, todavía le queda mucho que aprender». «No hubieran debido dejarlo andar por ahí tan libremente», dijo el estudiante, como si quisiera dar a la mujer una explicación de las insultantes palabras de K., «fue un error. Se lo dije al juez instructor. Entre los interrogatorios se lo hubiera debido mantener al menos en su habitación. A veces el juez de instrucción resulta incomprensible.» «Palabras inútiles», dijo K., extendiendo la mano hacia la mujer. «Venga.» «Ah», dijo el estudiante, «no, no, no la tendrá usted», y, con una fuerza

de la que no se le habría creído capaz, levantó a la mujer con un brazo y, mirándola tiernamente, corrió con la espalda doblada hacia la puerta. Que sentía cierto miedo de K. resultaba inequívoco, pero se atrevió a irritarlo más aún, acariciando y apretando con la mano libre el brazo de la mujer. K. corrió unos pasos a su lado, dispuesto a agarrarlo y, si fuera necesario, estrangularlo, pero entonces la mujer dijo: «No hay nada que hacer, el juez instructor me ha enviado a buscar y no puedo irme con usted; este pequeño monstruo», y al decirlo pasó la mano por el rostro del estudiante, «este pequeño monstruo no me deja». «Y usted no quiere que la liberen», gritó K., poniendo la mano en el hombro del estudiante, que trató de morderla. «No», dijo la mujer, rechazando a K. con ambas manos, «no, no, sobre todo, eso no, ¡qué se figura! Sería mi ruina. Déjelo, por favor, déjelo. Solo cumple órdenes del juez instructor al llevarme hasta él.» «Pues que se vaya, y a usted no quiero verla más», dijo K. furioso por la decepción, y dio al estudiante un golpe en la espalda que lo hizo tambalearse brevemente, para enseguida, contento de no haberse caído, volver a saltar con su carga más ágilmente que antes. K. los siguió lentamente con la vista, comprendiendo que aquella era la primera derrota indudable que había sufrido de aquella gente. Naturalmente, no había motivo para inquietarse por ello: solo había sufrido la derrota porque había buscado la lucha. Cuando se quedaba en casa y llevaba su vida habitual, estaba mil veces por encima de aquella gente y a cualquiera podía apartarlo de su camino de un puntapié. Y se imaginó la ridículísima escena que se produciría, por ejemplo, si aquel estudiante lastimoso, aquel niño engreído, aquel torcido barbudo se arrodillara ante la cama de Elsa y, con las manos juntas, le pidiese clemencia. La idea gustó tanto a K. que decidió que, si había oportunidad de ello, llevaría al estudiante a casa de Elsa.

Por curiosidad, K. se apresuró a ir a la puerta: quería ver adónde llevaba el estudiante a la mujer, porque no podía transportarla en brazos por las calles. Resultó que el

camino era mucho más corto. Directamente enfrente de la puerta de entrada, una estrecha escalera de madera llevaba probablemente al desván; hacía un recodo, de forma que no se veía su final. Por aquella escalera llevaba el estudiante a la mujer, ya muy lentamente y gimiendo, debilitado por la reciente carrera. La mujer saludó con la mano a K., que estaba abajo, y trató de dar a entender, encogiéndose de hombros, que no tenía la culpa de aquel rapto, pero en su gesto tampoco había mucho pesar. K. la miró sin expresión, como a una extraña, no quería mostrar que estaba decepcionado, ni que podría superar fácilmente la decepción.

Los dos habían desaparecido ya, pero K. seguía en la puerta. Tenía que suponer que la mujer no solo le había engañado sino que también le había mentido diciendo que la llevaban al juez instructor. El juez instructor no podía estar esperando sentado en el desván. La escalera de madera no aclaraba nada, por mucho que la mirase. Entonces K. vio un papel junto a la entrada, fue hasta allí y leyó en un letrero infantil y torpe: «Subida a las oficinas del Tribunal». ¿De manera que en el desván de aquel edificio de alquiler se encontraban las oficinas del tribunal? No era una instalación que pudiera infundir mucho respeto, y para un acusado resultaba tranquilizador imaginarse de qué poco dinero disponía aquel tribunal, si tenía que instalar sus oficinas en donde los inquilinos, pertenecientes ellos mismos a los más pobres entre los pobres, tiraban sus trastos. De todas formas, no se podía excluir que hubiera dinero suficiente y los funcionarios se arrojaran sobre él antes de que pudiera utilizarse para fines judiciales. Aquello, según la experiencia anterior de K., era incluso muy probable, aquella degeneración del tribunal era sin duda muy humillante para un acusado, pero en el fondo más tranquilizadora que lo hubiera sido la pobreza. Ahora comprendía también K. que en el primer interrogatorio tuvieran vergüenza de citar al acusado en el desván y prefiriesen molestarlo en su vivienda. En qué situación se encontraría K. frente al juez, que este tenía que estar en un

desván, mientras que él tenía en el banco un gran despacho con una antesala y, a través de un gigantesco cristal, podía contemplar la animada plaza de abajo. De todas formas, no tenía ingresos secundarios por sobornos o malversaciones, y tampoco podía hacer que un ujier le llevase en brazos una mujer al despacho. Sin embargo, al menos en esta vida, K. estaba muy dispuesto a renunciar a ello.

K. estaba todavía de pie ante el letrero cuando un hombre subió la escalera, miró al cuarto de estar a través de la puerta abierta, desde la que se podía ver también la sala de vistas, y finalmente le preguntó si no había visto por allí a una mujer hacía poco. «¿Es usted el ujier, no?», preguntó K. «Sí», dijo el hombre. «Ah, usted es el acusado K., ahora lo reconozco, bienvenido.» Y le tendió la mano a K., que no la esperaba. «Sin embargo, hoy no hay anunciada ninguna vista», dijo entonces el ujier, mientras K. guardaba silencio. «Lo sé», dijo K., contemplando el traje de paisano del ujier, que mostraba como único distintivo, además de algunos botones ordinarios, dos botones dorados que parecían arrancados de algún viejo abrigo de oficial. «Hace un momento he hablado con su mujer. Ya no está aquí. El estudiante se la ha llevado al juez instructor.» «Ya ve», dijo el ujier, «siempre me la quitan. Hoy es domingo y no estoy obligado a trabajar, pero solo para alejarme de aquí me envían a hacer cualquier notificación inútil. Y no me envían muy lejos, para que tenga esperanzas de volver a tiempo si me apresuro mucho. De manera que corro tanto como puedo, grito mi mensaje por la puerta entreabierta de la oficina a la que me han enviado, tan sin aliento que apenas pueden comprenderme, y vuelvo corriendo, pero el estudiante se ha dado más prisa aún que yo, aunque es verdad que su camino era más corto, solo tenía que subir la escalera del desván. Si no dependiera tanto de mi puesto, hace tiempo que habría estrellado a ese estudiante contra la pared. Ahí, junto al letrero. Siempre sueño con eso. Aquí, un poco por encima del suelo, se queda aplastado, con los brazos extendidos, los dedos abiertos, las torcidas piernas

dobladas en arco y en torno salpicaduras de sangre. Pero hasta ahora solo ha sido un sueño.» «¿No hay otra solución?», preguntó K. sonriendo. «No que yo sepa», dijo el ujier. «Y ahora va a ser peor aún; hasta ahora solo se la llevaba para él, pero ahora se la lleva también al juez instructor, lo que de todas formas esperaba yo hace tiempo.» «¿Y no tiene su mujer culpa en eso?», preguntó K.; tuvo que dominarse al hacer esa pregunta, tan fuertes eran los celos que ahora sentía. «Claro que sí», dijo el ujier, «incluso le corresponde la mayor culpa. Ella se le ha echado al cuello. En cuanto a él, persigue a todas las mujeres. Solo en esta casa lo han echado ya de cinco viviendas en las que se había introducido. De todas formas, mi mujer es la más guapa de toda la casa, y precisamente yo no puedo defenderme.» «Si las cosas son así, entonces no hay remedio», dijo K. «¿Por qué no?», preguntó el ujier. «Un día, cuando vaya a tocar a mi mujer, tendría que darle tal paliza a ese estudiante, que es un cobarde, que no se atreviera a intentarlo nunca más. Pero yo no puedo hacerlo y nadie quiere hacerme ese favor, porque todos temen su poder. Solo un hombre como usted podría hacerlo.» «¿Por qué yo?», preguntó K. asombrado. «Usted está acusado», dijo el ujier. «Sí», dijo K., «pero por eso tendría que temerlo, ya que aunque quizá no pueda influir en el resultado del proceso, probablemente puede hacerlo en la investigación previa.» «Sí, desde luego», dijo el ujier, como si la opinión de K. fuera tan acertada como la suya. «Sin embargo, por regla general no se inician procesos inútiles.» «No opino lo mismo», dijo K., «pero eso no me impedirá ocuparme del estudiante en su momento.» «Le quedaría muy agradecido», dijo el ujier un tanto formalmente, aunque no parecía creer que su deseo fuera a cumplirse. «Podría ser», continuó K., «que también otros de sus funcionarios, por no decir todos, merecieran lo mismo.» «Sí, sí», dijo el ujier, como si se tratase de algo evidente. Luego miró a K. con mirada confiada, como hasta entonces no había hecho a pesar de toda su amabilidad, y añadió: «Siempre se rebela uno». Sin embargo, la conversación

parecía resultarle un tanto molesta, porque la interrumpió diciendo: «Ahora tengo que presentarme en la secretaría. ¿Quiere venir?». «No tengo nada que hacer allí», dijo K. «Puede ver las oficinas. Nadie se ocupará de usted.» «¿Vale la pena verlas?», preguntó K. titubeando, aunque tenía muchas ganas de acompañarlo. «Bueno», dijo el ujier, «pensé que le interesarían.» «Está bien», dijo K. finalmente, «iré con usted», y subió las escaleras más aprisa que el ujier.

Al entrar, estuvo a punto de caerse, porque tras la puerta había otro escalón. «No tienen mucha consideración con el público», dijo. «No tienen ninguna clase de consideración», dijo el ujier, «mire esta sala de espera.» Era un largo pasillo, desde el que unas puertas toscamente hechas conducían a los distintos departamentos del desván. A pesar de que la luz no llegaba directamente, no estaba por completo oscuro, porque muchos departamentos tenían hacia el pasillo, en lugar de paredes uniformes de tablas, simples enrejados de madera que, sin embargo, llegaban hasta el techo, por los que entraba alguna luz y por los que se podía ver también a algunos empleados que escribían en mesas o estaban de pie junto a la celosía, observando por los intersticios a la gente del pasillo. En el pasillo, probablemente porque era domingo, había poca gente. Causaban una impresión muy modesta. Se sentaban en dos filas de largos bancos de madera, situados a ambos lados del pasillo, a intervalos casi regulares. Todos iban desaliñadamente vestidos, a pesar de que la mayoría, a juzgar por la expresión de su rostro, su actitud, el corte de su barba y muchos pequeños detalles apenas perceptibles, pertenecían a las clases altas. Como no había perchero, habían dejado sus sombreros bajo el banco, probablemente siguiendo cada uno el ejemplo del otro. Cuando los que se sentaban más cerca de la puerta vieron a K. y al ujier, se pusieron en pie para saludarlos; como los siguientes lo vieron, creyeron que debían saludar también, de forma que todos se levantaron al pasar los dos. Nunca estaban totalmente erguidos: tenían las espaldas

encorvadas, las rodillas dobladas, aire de mendigos. K. aguardó un momento al ujier, que iba un poco por detrás de él, y le dijo: «Qué humillados deben de estar». «Sí», dijo el ujier, «son acusados, todos los que ve aquí son acusados.» «¿De veras?», dijo K. «Entonces son compañeros míos.» Y se volvió al más próximo, un hombre alto y delgado, casi canoso: «¿Qué espera?», le preguntó cortésmente. Pero aquella interpelación inesperada dejó confundido al hombre, lo que resultó tanto más penoso cuanto que, evidentemente, se trataba de un hombre de mundo, que en otro lugar hubiera sabido sin duda dominarse y no habría renunciado fácilmente a una superioridad ganada sobre muchos. Allí, sin embargo, no sabía responder a una pregunta tan sencilla, y miraba a los otros, como si estuvieran obligados a ayudarlo y como si nadie pudiera esperar de él una respuesta si le faltaba esa ayuda. Entonces se acercó el ujier y, para tranquilizar y animar al hombre, dijo: «Este señor le pregunta solo qué espera. Respóndale». La voz del ujier, sin duda conocida por él, produjo más efecto: «Estoy esperando», comenzó, y se detuvo. Evidentemente había elegido ese comienzo para responder muy concretamente a la pregunta hecha, pero no encontró la continuación. Algunos de los que esperaban se habían acercado y rodeaban al grupo; el ujier les dijo: «Apártense, apártense, dejen el paso libre». Retrocedieron un tanto, pero no a sus asientos anteriores. Entretanto, el interpelado se había rehecho y respondió incluso con una débil sonrisa: «Hace un mes he solicitado una prueba relativa a mi caso y estoy esperando a que se practique». «Parece usted esforzarse mucho», dijo K. «Sí», dijo el hombre, «se trata de mi caso.» «No todo el mundo piensa como usted», dijo K; «yo, por ejemplo, estoy acusado también, pero, tan cierto como que quiero ir al cielo, ni he solicitado ninguna prueba ni he emprendido nada por el estilo. ¿Lo considera necesario?» «No lo sé muy bien», dijo el hombre, de nuevo con una inseguridad completa; evidentemente creía que K. se estaba burlando de él, y por eso probablemente, por miedo a cometer algún nuevo error,

hubiera preferido repetir toda su respuesta anterior, pero ante la mirada impaciente de K. se limitó a decir: «En lo que a mí se refiere, he solicitado pruebas». «Quizá no crea que estoy acusado», le preguntó K. «Claro que sí», dijo el hombre, echándose un poco a un lado, pero en su respuesta no había fe sino solo miedo. «¿Así que no me cree?», preguntó K. e, inducido inconscientemente por la humildad del hombre, lo agarró del brazo como si quisiera obligarlo a creerle. Sin embargo, no quería hacerle daño y lo había agarrado muy suavemente, pese a lo cual el hombre se puso a gritar como si K. no lo hubiera cogido con dos dedos sino con unas tenazas al rojo. Aquellos gritos ridículos hicieron que K. se hartara definitivamente de él: si aquel hombre no creía que él estuviera acusado, tanto mejor; tal vez lo hubiese tomado incluso por un juez. Y entonces, a modo de despedida, lo agarró realmente con más fuerza, lo empujó hacia el banco y siguió su camino. «La mayoría de los acusados son muy sensibles», dijo el ujier. Detrás de ellos se estaban congregando ahora alrededor del hombre casi todos los que esperaban, y parecían pedirle detalles del incidente. Entonces vino hacia K. un guardián, reconocible principalmente por un sable, cuya vaina, al menos a juzgar por el color, era de aluminio. K. se asombró de ello e incluso la tocó con la mano. El guardián, que había acudido a causa de los gritos, preguntó qué había pasado. El ujier trató de tranquilizarlo con unas palabras, pero el guardián declaró que tenía que verlo por sí mismo, saludó y siguió adelante con pasos muy rápidos pero muy cortos, probablemente a consecuencia de la gota.

K. no se preocupó mucho tiempo de él ni de la gente que había en el pasillo, especialmente porque hacia la mitad de este vio la posibilidad de doblar a la derecha por una abertura sin puerta. Consultó con el ujier sobre si era el buen camino, el ujier asintió y K. torció efectivamente. Le resultaba molesto tener que ir siempre uno o dos pasos delante del ujier: al menos en aquel lugar, aquello podía dar la impresión de que lo llevaban detenido. Por eso

aguardó varias veces al ujier, pero este volvía a quedarse enseguida atrás. Finalmente, K., para poner fin a su malestar, dijo: «Ahora ya he visto qué aspecto tiene esto y me voy a ir». «No lo ha visto todo», dijo el ujier con toda inocencia. «No quiero verlo todo», dijo K., que, por lo demás, se sentía realmente cansado, «quiero irme, ¿por dónde se va a la salida?» «No me diga que se ha extraviado ya», dijo el ujier asombrado; «vaya por aquí hasta la esquina y luego a la derecha, por el pasillo, todo recto hasta la puerta.» «Venga conmigo», dijo K., «enséñeme el camino; si no, no lo encontraré: hay muchos caminos aquí.» «Es el único camino», dijo el ujier ahora en tono de reproche, «no puedo volver con usted, tengo que llevar todavía un mensaje y por su culpa he perdido ya mucho tiempo.» «Venga conmigo», repitió K. ahora más tajantemente, como si por fin hubiera sorprendido al ujier en una falsedad. «No grite tanto», susurró el ujier, «aquí hay oficinas por todas partes. Si no quiere volver solo, venga conmigo un trecho más o espéreme aquí hasta que haya comunicado mi mensaje, y entonces volveré con usted de buena gana.» «No, no», dijo K., «no quiero esperar y usted va a venir ahora conmigo.» K. no había mirado aún la habitación en que se encontraba, y solo cuando una de las muchas puertas de madera que había alrededor se abrió miró hacia ella. Apareció una muchacha, sin duda atraída por la fuerte voz de K., y le preguntó: «¿Qué desea el señor?». Detrás de ella, a lo lejos, se podía ver en la penumbra a otro hombre que se acercaba. K. miró al ujier. Este le había dicho que nadie se ocuparía de él y ahora venían ya dos; faltaba poco para que todos los funcionarios se dieran cuenta y quisieran una explicación de su presencia. La única comprensible y aceptable era que estaba acusado y quería saber la fecha del próximo interrogatorio, pero precisamente esa explicación no quería darla, especialmente porque no se ajustaba a la verdad, ya que solo había venido por curiosidad o, lo que todavía era más improbable aún como explicación, por el deseo de comprobar que el interior del siste-

ma judicial era tan repulsivo como su exterior. Y la verdad es que parecía que su suposición había sido exacta; no quería seguir más adelante, se sentía ya suficientemente deprimido por lo que había visto hasta entonces, y ahora no estaba en condiciones de enfrentarse con ningún funcionario superior, que podía surgir de cualquier puerta; quería irse, con el ujier, o solo si hacía falta.

Sin embargo, su forma de estar allí en silencio debía de llamar la atención, y la muchacha y el ujier lo miraban realmente como si un momento después fuera a producirse en él una gran transformación que no quisieran dejar de observar. Y en el hueco de la puerta estaba el hombre que K. había visto antes a lo lejos; se agarraba firmemente al dintel de aquella puerta baja y se balanceaba un tanto sobre la punta de los pies, como un espectador impaciente. Pero fue la muchacha la primera en darse cuenta de que el comportamiento de K. se debía a un ligero mal-estar; trajo una silla y le preguntó: «¿No quiere sentarse?». K. se sentó inmediatamente y, para sentirse aún más seguro, apoyó los codos en los brazos de la silla. «¿Se siente un poco mareado, no?», le preguntó ella. Él sentía ahora muy cerca el rostro de la muchacha, que tenía la severa expresión de muchas mujeres que están precisamente en su más hermosa juventud. «No se preocupe», dijo ella, «eso no es raro aquí, casi todo el mundo sufre una indisposición parecida cuando viene por primera vez. ¿Es la primera vez que está aquí? Bueno, entonces no es nada extraordinario. El sol calienta la armadura del tejado y la madera ardiente hace el aire denso y pesado. Por eso el lugar no es muy apropiado para oficinas, por muchas otras ventajas que pueda tener. Pero en lo que se refiere al aire, los días de mucha concurrencia, y son casi todos, apenas es respirable. Si piensa además que aquí se cuelga también a secar toda clase de ropa —lo cual no se puede prohibir totalmente a los inquilinos—, no se asombrará de sentirse un poco mareado. Sin embargo, al final se acostumbra uno muy bien a este aire. Cuando vuelva por segunda o tercera vez, apenas sentirá ya la opresión. ¿Se

siente ya mejor?» K. no respondió, le resultaba penoso estar a merced de aquella gente a causa de su debilidad súbita, y además, como ahora sabía las causas de su malestar, no se sentía mejor, sino algo peor. La muchacha se dio cuenta enseguida; para refrescar un poco a K. cogió un bichero que estaba apoyado en la pared y abrió con él un pequeño tragaluz situado precisamente por encima de K. y que daba afuera. Pero cayó tanto hollín que la muchacha tuvo que cerrar enseguida otra vez el tragaluz y limpiar de hollín con su pañuelo las manos de K., porque él estaba demasiado cansado para hacerlo por sí mismo. Le hubiera gustado quedarse allí sentado tranquilamente hasta haber reunido fuerzas suficientes para irse, lo que sucedería tanto más pronto cuanto menos se ocuparan de él. Sin embargo, la muchacha añadió entonces: «No puede quedarse aquí, estamos estorbando el paso». K. le preguntó con la mirada qué paso podía estar estorbando. «Si quiere, lo llevaré a la enfermería.» «Ayúdeme, por favor», dijo al hombre de la puerta, que acudió enseguida. Sin embargo, K. no quería ir a la enfermería, precisamente eso era lo que quería evitar, que lo llevaran más lejos; cuanto más lejos fuera, peor sería para él. «Puedo irme ya», dijo por ello y, mal acostumbrado por aquel cómodo asiento, se puso en pie temblando. Sin embargo, no podía mantenerse en pie. «No puedo», dijo sacudiendo la cabeza, y volvió a sentarse con un suspiro. Se acordó del ujier, que a pesar de todo podía llevarlo fácilmente afuera, pero parecía haberse ido hacía tiempo; K. trató de mirar entre la muchacha y el hombre que estaban ante él, pero no pudo encontrar al ujier.

«Creo», dijo el hombre, que por cierto iba vestido con mucha elegancia y llamaba la atención sobre todo por un chaleco gris terminado en dos puntas agudas, «que el mal-estar del señor se debe a la atmósfera de aquí; por eso lo mejor para él, y lo que también él preferirá sin duda, será que no lo llevemos a la enfermería sino simplemente fuera de estas oficinas.» «Eso es», exclamó K., interrumpiendo casi al hombre de pura alegría, «sin duda me sen-

tiré mejor enseguida; la verdad es que no soy tan débil, solo necesito que me sujeten un poco por los brazos, no les causaré muchas molestias, al fin y al cabo el camino no es muy largo, llévenme solo hasta la puerta, me sentaré allí un rato en los escalones y enseguida me repondré, no padezco esta clase de indisposiciones y a mí mismo me sorprende. Soy funcionario también y estoy acostumbrado al aire de las oficinas, pero este de aquí parece demasiado viciado, ustedes mismos lo han dicho. Tengan la amabilidad de acompañarme un poco, me dan mareos y me siento mal si me levanto solo.» Y alzó los hombros, para que los dos pudieran cogerle fácilmente de los brazos.

Sin embargo, el hombre no atendió su petición, sino que mantuvo tranquilamente las manos en los bolsillos del pantalón y soltó una carcajada: «Ya ve», dijo a la muchacha, «he dado en el clavo. El señor solo se siente mal aquí, no en general». La muchacha se rió también, pero golpeó ligeramente al hombre en el brazo con las yemas de los dedos, como si se hubiera permitido con K. una broma demasiado atrevida. «Qué se imagina», dijo el hombre sin dejar de reírse, «claro que voy a llevar afuera al señor.» «Entonces está bien», dijo la muchacha, inclinando su delicada cabeza por un momento. «No dé mucha importancia a esas risas», dijo a K., que, otra vez triste, miraba fijamente ante sí y no parecía necesitar ninguna explicación, «este señor, ¿puedo presentarlo?», el señor le dio permiso con un ademán, «este señor es el informador. Da a los que esperan todas las informaciones que necesitan, y como nuestra jurisdicción no es muy conocida entre la población, se le piden muchas informaciones. Conoce la respuesta a todas las preguntas. Si alguna vez tiene usted ganas, puede ponerlo a prueba. Sin embargo, ese no es su único privilegio; el segundo es ese atuendo elegante. Nosotros los funcionarios pensamos en su día que el informador, que trata con los interesados y de hecho es el primero en hacerlo, tendría que vestir elegantemente para dar una primera impresión digna. Los demás, como puede ver enseguida por mí, vamos por desgracia muy

mal vestidos y de forma pasada de moda; tampoco tiene mucho sentido gastar dinero en ropa, ya que estamos casi sin interrupción en las oficinas, incluso dormimos aquí. Pero, como ya he dicho, consideramos necesaria una bonita vestimenta para el informador. Sin embargo, como de nuestra administración, que en ese aspecto es un poco especial, eso no podía obtenerse, hicimos una colecta —también contribuyeron algunos encausados— y le compramos ese bonito traje y otros más. Todo está conforme ahora para causar una buena impresión, pero con esa risa lo echa a perder otra vez, asustando a la gente.» «Así es», dijo el señor con ironía, «pero no comprendo, señorita, por qué cuenta a este señor todas nuestras intimidades o, mejor, se las impone, porque él no quiere saber nada. Mírelo cómo está ahí sentado, evidentemente ocupado en sus propios asuntos.» K. no tenía ganas siquiera de contradecirlo, la intención de la muchacha podía ser buena, tal vez se proponía distraerlo o darle la posibilidad de recuperarse, pero el método era equivocado. «Tenía que explicarle su risa», dijo la muchacha. «Era ofensiva.» «Creo que perdonaría insultos todavía peores si lo llevara afuera de una vez.» K. no dijo nada, ni siquiera levantó la vista; toleraba que los dos hablaran de él como de una cosa, incluso lo prefería. Pero de pronto sintió la mano del informador en un brazo y la de la muchacha en el otro. «Bueno, arriba, hombre débil», dijo el informador. «Se lo agradezco mucho a los dos», dijo K. agradablemente sorprendido, se levantó lentamente y guió él mismo a aquellas manos ajenas a los lugares en que más necesitaba su apoyo. «Parece», dijo la muchacha en voz baja al oído de K., mientras se acercaban al pasillo, «como si yo tuviera mucho interés en presentar bajo un aspecto favorable al informador, pero tiene que creerme, solo pretendo decir la verdad. No es duro de corazón. No está obligado a llevar afuera a los encausados enfermos y sin embargo, como puede ver, lo hace. Quizá ninguno de nosotros sea duro de corazón, quizás ayudaríamos todos de buena gana, pero como funcionarios judiciales podemos parecer

fácilmente duros y poco dispuestos a ayudar a nadie. Yo sufro realmente por eso.» «¿No quiere sentarse aquí un poco?», preguntó el informador; estaban ya en el pasillo y precisamente delante del acusado al que K. había hablado antes. K. casi se avergonzó ante él; había estado antes tan erguido en su presencia y ahora tenían que sostenerlo entre dos, su sombrero lo llevaba en equilibrio el informador con los dedos extendidos, su pelo estaba desordenado y los cabellos le colgaban sobre la frente cubierta de sudor. Sin embargo, el acusado no pareció notar nada; estaba humildemente de pie ante el informador, que lo miraba sin verlo y solo trataba de disculpar su presencia. «Ya sé», dijo, «que no se podrá atender hoy a mis solicitudes. Sin embargo, he venido porque pensé que podría esperar aquí; es domingo, tengo tiempo y aquí no molesto a nadie.» «No tiene por qué disculparse tanto», dijo el informador, «su escrupulosidad es muy loable; sin duda ocupa usted aquí inútilmente un lugar, pero mientras no me moleste no quiero impedirle en absoluto seguir de cerca la marcha de su caso. Cuando se ha visto a gente que descuida vergonzosamente su deber, se aprende a ser paciente con las personas como usted. Siéntese.» «Qué bien sabe hablar con los encausados», susurró la muchacha. K. asintió, pero enseguida reaccionó cuando el informador volvió a preguntarle: «¿No quiere sentarse aquí?». «No», dijo K., «no quiero descansar.» Lo dijo con la mayor firmeza posible, aunque en realidad le hubiera hecho mucho bien sentarse; estaba como mareado. Creía estar en un barco en medio de una fuerte marejada. Le parecía que el agua se precipitaba contra los tabiques de madera, que venía del fondo del pasillo un bramido como de aguas que rompieran, y que el pasillo se balanceaba de un lado a otro y los encausados que aguardaban a ambos lados se alzaban y hundían. Tanto más incomprensible le resultaba la calma de la muchacha y del hombre que lo llevaban. Estaba en sus manos, si lo soltaban caería como una tabla. De los ojillos de ellos brotaban de un lado a otro miradas penetrantes; K. sentía sus pasos regulares sin poder

seguirlos, porque casi tenían que llevarlo paso a paso. Por último se dio cuenta de que le hablaban, pero no los comprendía, solo oía un ruido que lo llenaba todo y a través del cual parecía sonar una alta nota invariable, como la de una sirena. «Más alto», murmuró con la cabeza baja, avergonzándose, porque sabía que habían hablado suficientemente alto, aunque de forma para él incomprensible. Entonces, como si la pared se hubiera abierto delante de él, sintió por fin una corriente de aire fresco y oyó decir a su lado: «Primero quiere irse, pero luego se le dice cien veces que ahí está la salida y no se mueve». K. se dio cuenta de que estaba ante la puerta, que la muchacha había abierto. Le pareció haber recuperado todas sus fuerzas de golpe y, para tener un gusto anticipado de libertad, puso el pie inmediatamente en un escalón y se despidió desde allí de sus acompañantes, que se inclinaban hacia él. «Muchas gracias», repitió, les estrechó repetidas veces las manos y solo los soltó cuando creyó ver que ellos, acostumbrados al aire de las oficinas, soportaban mal el aire relativamente fresco que venía de la escalera. Apenas podían responder, y la muchacha se hubiera desplomado quizá si K. no hubiera cerrado la puerta con mucha rapidez. K. permaneció inmóvil todavía un momento, se alisó el cabello con ayuda de un espejo de bolsillo, recogió el sombrero, que estaba un escalón más abajo —sin duda el informador lo había lanzado allí— y bajó corriendo la escalera, tan animado y dando pasos tan grandes que casi tuvo miedo del cambio. Su estado de salud, normalmente bueno, no le había deparado nunca tales sorpresas. ¿Quería quizá su cuerpo rebelarse y prepararle para un nuevo proceso, ya que soportaba el antiguo tan fácilmente? No descartó del todo la idea de visitar a un médico en la primera oportunidad, pero en cualquier caso quería —y en eso podía aconsejarse a sí mismo— pasar todas las futuras mañanas de domingo de mejor forma.

El flagelador

Cuando K., una de las noches siguientes, pasaba por el corredor que separaba su oficina de la escalera principal —era casi el último en irse a casa, solo en el departamento de expedidurías trabajaban aún dos ordenanzas en el pequeño campo de luz de una lámpara incandescente—, oyó unos gemidos detrás de una puerta, tras la cual había sospechado siempre que había únicamente un cuarto trastero, sin haberlo visto nunca. Se detuvo asombrado y escuchó otra vez para estar seguro de no equivocarse... Por un momento reinó el silencio, pero luego se oyeron otra vez gemidos. Al principio quiso ir a buscar a alguno de los ordenanzas, tal vez haría falta un testigo, pero luego lo acometió una curiosidad tan irreprimible, que abrió la puerta literalmente de golpe. Como había supuesto con acierto, se trataba de un cuarto trastero. Al otro lado del umbral había viejos impresos inútiles y tinteros de barro vacíos y volcados. En la habitación misma, sin embargo, había tres hombres, agachados a causa del bajo techo. Una vela fijada en un estante los iluminaba. «¿Qué hacéis aquí?», preguntó K., atropellándose por la excitación, pero no en voz muy alta. Uno de los hombres, que evidentemente dominaba a los otros y era el que primero llamaba la atención, iba embutido en una especie de traje de cuero oscuro que dejaba al descubierto su cuello hasta el pecho y sus brazos enteros. No respondió. Pero los otros dos exclamaron: «Señor, debemos ser azotados porque te has quejado de nosotros al juez de instrucción».° Y solo entonces se dio cuenta K. de que eran realmente los guardianes Franz y Willem, y de que el tercer hombre tenía en la mano una vara para azotarlos.° «Bueno», dijo K., mirándolos fijamente, «no me quejé; solo dije lo que había pasado en mi casa. Y la verdad es que no os portasteis irreprochable-

mente.» «Señor», dijo Willem, mientras Franz, detrás de él, trataba visiblemente de protegerse del tercero, «si supierais lo mal que nos pagan, nos juzgaríais mejor. Tengo una familia que alimentar y Franz quería casarse, uno trata de enriquecerse como puede, y con el trabajo solo no se consigue, ni siquiera con el más duro; vuestra elegante ropa blanca me tentó; naturalmente a los guardianes nos está prohibido actuar así, estuvo mal, pero la tradición es que la ropa blanca pertenece a los guardianes, siempre ha sido esa, creedme; al fin y al cabo es comprensible: ¿qué significan esas cosas para quien tiene la desgracia de ser detenido? Sin embargo, si lo hace público, tiene que haber un castigo.» «Lo que me decís ahora no lo sabía, y tampoco pedí en modo alguno que os castigaran, para mí era una cuestión de principio.» «Franz», dijo Willem volviéndose hacia el otro guardián, «¿no te dije que el señor no había pedido nuestro castigo? Ahora ves que ni siquiera sabía que nos castigarían.» «No te dejes conmovir por sus palabras», dijo el tercero a K., «el castigo es tan justo como inevitable.» «No le escuches», dijo Willem interrumpiéndose solo para llevarse rápidamente la mano a la boca, en la que había recibido un golpe de vara: «solo se nos castiga porque nos has denunciado. De otro modo no nos hubiera ocurrido nada, aunque se hubiera sabido lo que habíamos hecho. ¿Se puede llamar a eso justicia? Los dos, y especialmente yo, habíamos demostrado durante mucho tiempo que éramos muy buenos guardianes —tú mismo tienes que reconocer que, desde el punto de vista de la autoridad, te vigilamos bien—; teníamos perspectivas de ser ascendidos y, sin duda, hubiéramos llegado pronto a flageladores, como este, que ha tenido la suerte de que nadie lo denunciara, porque una denuncia así solo se produce realmente raras veces. Y ahora, señor, todo se ha perdido, nuestra carrera ha terminado, tendremos que realizar trabajos mucho más subordinados todavía que el de guardián y por añadidura recibimos ahora estos azotes horriblemente dolorosos.» «¿Puede esa vara causar tantos dolores?», preguntó K.,

examinando la vara que el flagelador blandía ante él. «Tendremos que desnudarnos por completo», dijo Willem. «Ah», dijo K., mirando con más atención al flagelador; estaba tostado por el sol como un marinero y tenía un rostro salvaje y saludable. «¿Hay alguna posibilidad de evitarles a esos dos los azotes?», preguntó. «No», dijo el flagelador, y sacudió sonriente la cabeza. «Desnudaos», ordenó a los guardianes. Y a K. le dijo: «No debes creer todo lo que dicen. El miedo a los azotes los ha debilitado ya mentalmente. Por ejemplo, lo que ha dicho este», señaló a Willem, «sobre su carrera es francamente ridículo. Mira qué gordo está; los primeros golpes de vara se perderán en la grasa. ¿Sabes por qué está tan gordo? Tiene la costumbre de tomarse el desayuno de todos los detenidos. ¿No se tomó el tuyo? Ya te lo decía. Un hombre con esa barriga nunca puede convertirse en flagelador, eso queda excluido.» «Hay flageladores así», afirmó Willem, que se estaba soltando el cinturón. «¡No!», dijo el flagelador, pasándole la vara por el cuello de tal forma que el otro se estremeció. «No tienes que escuchar sino que desnudarte.» «Te recompensaría bien si los dejaras ir», dijo K. y, sin mirar otra vez al flagelador —esas cosas se hacen mejor por ambas partes con los ojos bajos—, sacó la cartera. «De manera que quieres denunciarme a mí también», dijo el flagelador, «y hacer que pruebe los azotes. ¡No, no!» «Sé razonable», dijo K., «si hubiera querido que esos dos fueran castigados, no querría ahora comprar su libertad. Hubiera podido cerrar simplemente la puerta, no ver ni oír nada más e irme a casa. Sin embargo, no lo hago, sino que tengo verdadero interés por liberarlos; si hubiera sospechado que serían castigados, o incluso que podían ser castigados, no habría dado sus nombres. Porque no los considero en absoluto culpables; culpable es la organización, culpables son los altos funcionarios.» «Así es», exclamaron los guardianes, y recibieron inmediatamente un golpe en sus espaldas ya desnudas. «Si tuvieras ante tu vara a un alto magistrado», dijo K., haciéndole bajar la vara, que iba a alzar otra vez, mientras hablaba,

«verdaderamente no te impediría golpear; al contrario, incluso te pagaría dinero a fin de darte fuerzas para la buena causa». «Lo que dices suena razonable», dijo el flagelador, «pero no me dejaré sobornar. Me pagan para azotar, de manera que azoto.» El guardián Franz, que, quizá esperando un resultado favorable de la intervención de K., se había mostrado hasta entonces bastante reservado, se dirigió hacia la puerta, vestido solo con los pantalones, se colgó del brazo de K., arrodillándose, y susurró: «Si no puedes conseguir que nos perdone a los dos, trata al menos de libramme a mí. Willem es mayor que yo, y en todos los sentidos menos sensible; además fue castigado ya hace unos años con una ligera pena de flagelación, pero yo no he sido deshonrado aún y solo he actuado como lo he hecho a causa de Willem, que es mi maestro en lo bueno y lo malo. Abajo, frente al banco, mi pobre novia espera el desenlace, me avergüenzo ya tan lastimosamente.» Se secó en la chaqueta de K. el rostro bañado en lágrimas. «No voy a esperar más», dijo el flagelador, agarró la vara con ambas manos y empezó a golpear a Franz, mientras Willem se acurrucaba en un rincón, mirando furtivamente sin atreverse a volver la cabeza. Entonces se alzó el grito de Franz, ininterrumpido y uniforme, no parecía proceder de un hombre sino de algún instrumento martirizado, el pasillo entero resonaba con él, la casa entera tenía que oírlo. «No grites», exclamó K.; no podía contenerse y mientras, con ansiedad, miraba en la dirección de la que tendrían que venir los ordenanzas, empujó a Franz, no fuerte pero sí lo suficiente para que el hombre, aturdido, cayera al suelo y, con convulsiones, arañara el suelo con las manos; pero no escapó a los golpes, la vara lo encontró también en el suelo y, mientras él se revolcaba, la punta de la vara subía y bajaba regularmente. Y ya aparecía a lo lejos un ordenanza y, unos pasos detrás, otro. K. había cerrado rápidamente la puerta, se había acercado a una ventana próxima y la había abierto. Los gritos habían cesado por completo. Para no dejar que los ordenanzas se aproximaran, gritó: «Soy yo».

«Buenas noches, señor apoderado», exclamaron a su vez. «¿Ha ocurrido algo?» «No, no», respondió K., «solo es un perro que ladra en el patio.» Y como los ordenanzas no se movían, añadió: «Pueden volver a su trabajo». Para no tener que entablar conversación con ellos, se asomó a la ventana. Cuando, al cabo de un momento, volvió a mirar al pasillo, se habían ido. K., sin embargo, permaneció junto a la ventana, no se atrevía a entrar en el cuarto trastero y tampoco quería irse a casa. Lo que veía era un pequeño patio rectangular, a su alrededor había oficinas, todas las ventanas estaban ya oscuras y solo las más altas captaban un reflejo de la luna. K. se esforzó por penetrar con la vista en la oscuridad de un rincón del patio, en el que había algunas carretillas encajadas unas en otras. Lo atormentaba no haber conseguido evitar los azotes, pero no era culpa suya no haberlo logrado; si Franz no hubiera gritado —sin duda, aquello debía de hacer mucho daño, pero en los momentos decisivos hay que dominarse—, si no hubiera gritado, K., al menos muy probablemente, habría encontrado algún medio de vencer al flagelador. Si todos los funcionarios subalternos eran chusma, ¿por qué iba a ser una excepción precisamente el flagelador, que era el de oficio más inhumano? K. había observado claramente cómo, al ver los billetes de banco, se le habían iluminado los ojos; evidentemente solo había azotado en serio para aumentar la cuantía del soborno. Y K. no habría escatimado, tenía realmente interés en liberar a los guardianes; si había comenzado ya a luchar contra la corrupción de aquella justicia, era lógico que atacase también por aquel lado. Sin embargo, en el momento en que Franz comenzó a gritar, todo terminó naturalmente. K. no podía dejar que los ordenanzas y tal vez incluso toda clase de personas imaginables viniesen y lo sorprendieran en negociaciones con la gente del trastero. Nadie realmente podía exigir de él ese sacrificio. Si hubiera tenido la intención de hacerlo, K. se habría desnudado y se habría ofrecido al flagelador como sustituto. Por lo demás, sin duda el flagelador no habría aceptado

esa sustitución, porque, sin lograr ninguna ventaja, habría infringido gravemente su deber y quizá doblemente, porque sin duda K., mientras estuviera sometido a procedimiento, debía de ser inviolable para todos los funcionarios del tribunal. De todas formas, también podían aplicarse allí disposiciones especiales. En cualquier caso, K. no había podido hacer otra cosa que cerrar la puerta de golpe, aunque con ello no se había alejado todo peligro para él. Que al final hubiera dado un empujón a Franz era lamentable y solo se podía disculpar por su excitación.

A lo lejos oyó los pasos de los ordenanzas; para no llamar su atención, cerró la ventana y fue hacia la escalera principal. Permaneció un momento escuchando a la puerta del cuarto trastero. Reinaba un silencio completo. Aquel hombre podía haber azotado a muerte a los guardianes, estaban totalmente a su merced. K. había alargado ya la mano hacia la manilla, pero la volvió a retirar. No podía ayudar a nadie ya y los ordenanzas iban a aparecer enseguida; pero se juró hacer que se hablara del asunto y, en la medida de sus fuerzas, castigar debidamente a los verdaderos culpables, los altos funcionarios, ninguno de los cuales se había atrevido a mostrarse. Cuando bajó la escalinata del banco, observó cuidadosamente a todos los transeúntes, pero ni siquiera en un amplio entorno logró ver a ninguna muchacha que esperase a nadie. La observación de Franz de que su novia lo esperaba resultó ser, aunque excusable, una mentira cuyo único objeto era suscitar mayor compasión.

Ni siquiera al día siguiente dejó de pensar K. en los guardianes: en el trabajo estaba distraído y, para terminarlo, tuvo que quedarse en la oficina hasta algo más tarde que el día anterior. Cuando al irse a casa volvió a pasar por delante del cuarto trastero, lo abrió como por costumbre. No supo qué hacer ante lo que, en lugar de la oscuridad esperada, tenía delante. Todo estaba igual que lo había encontrado la noche anterior al abrir la puerta. Los impresos y los tinteros al lado mismo del umbral, el

flagelador con la vara, los guardianes todavía completamente vestidos, la vela en la estantería y los guardianes que empezaban a quejarse y a gritar: «¡Señor!». Inmediatamente, K. cerró la puerta de un portazo, golpeándola además con los puños, como para cerrarla mejor. Casi llorando se dirigió a los ordenanzas, que trabajaban tranquilamente en sus copiadoras y, asombrados, interrumpieron su trabajo. «Limpiad de una vez ese cuarto trastero», exclamó. «Nos ahoga la porquería.» Los ordenanzas se mostraron dispuestos a hacerlo al día siguiente. K. asintió, no podía obligarlos a hacer ese trabajo, como había sido en realidad su intención, a una hora tan avanzada. Se sentó un momento para estar cerca de los ordenanzas un rato, revolvió algunas copias, con lo que creía dar la impresión de que las estaba inspeccionando y luego, como comprendió que los ordenanzas no se atreverían a irse al mismo tiempo que él, se fue a casa, cansado y sin pensar en nada.

El tío. Leni

Una tarde -K. estaba precisamente muy ocupado, antes de la salida del correo-, Karl, el tío de K., ° un pequeño terrateniente que residía en el campo, entró en su despacho metiéndose entre dos ordenanzas que traían documentos. Al verlo, K. se asustó menos de lo que se había asustado hacía ya tiempo al imaginarse su llegada. Su tío iba a venir, eso lo sabía K. con seguridad desde hacía alrededor de un mes. Ya entonces había creído verlo mientras, un poco inclinado, con un sombrero de paja abollado en la mano izquierda, le tendía la derecha desde lejos y, con precipitación desconsiderada, se la daba por encima del escritorio, derribando cuanto había en su camino. El tío andaba siempre con prisas, porque lo acosaba la desventurada idea de que, durante sus estancias en la capital, siempre de un solo día, tenía que hacer todo lo que se había propuesto y, además, no debía perderse ninguna conversación, negocio o diversión que ocasionalmente se le ofreciera. K., que le estaba especialmente obligado porque había sido su tutor, tenía que ayudarlo en todo y además alojarlo. «El fantasma del campo», solía llamarlo.

Inmediatamente después de saludarlo -no tuvo tiempo para sentarse en el sillón que le ofreció-, el tío rogó a K. que tuvieran una pequeña conversación privada. «Es necesario», dijo, tragando dificultosamente, «es necesario para mi tranquilidad.» K. hizo salir enseguida a los ordenanzas del despacho, dándoles instrucciones de que no dejaran entrar a nadie. «¿Qué he oído, Josef?», exclamó el tío cuando estuvieron solos; se sentó en la mesa, colocándose debajo varios documentos, sin mirarlos, para estar más cómodo. K. guardó silencio; sabía lo que iba a seguir, pero, liberado de pronto como se sentía de su fa-

tigoso trabajo, se entregó ante todo a cierta indolencia, mirando por la ventana al lado opuesto de la calle, del que desde su asiento solo podía ver una pequeña sección triangular, un trozo de pared vacía entre dos escaparates. «¡Y tú te pones a mirar por la ventana!», exclamó el tío levantando los brazos. «Por el amor del cielo, Josef, respóndeme. ¿Es verdad? ¿Puede ser verdad?» «Querido tío», dijo K., haciendo un esfuerzo para concentrarse, «no sé qué quieres de mí.» «Josef», dijo su tío advirtiéndolo, «por lo que yo sé, siempre me has dicho la verdad. ¿Debo interpretar tus últimas palabras como un signo?» «Sospecho lo que quieres», dijo K. dócilmente. «Probablemente has oído hablar de mi proceso.» «Así es», dijo el tío, asintiendo lentamente, «he oído hablar de tu proceso.» «¿A quién?», preguntó K. «Me ha escrito Erna. No tiene ningún trato contigo, por desgracia no te ocupas mucho de ella, pero a pesar de eso lo ha sabido. Hoy he recibido su carta y, naturalmente, he venido enseguida. No tenía otra razón, pero esa parece razón suficiente. Puedo leerte el pasaje que se refiere a ti.» Sacó la carta de su cartera. «Aquí está. Escribe: “A Josef no lo he visto hace tiempo, la semana pasada estuve un día en el banco, pero estaba tan ocupado que no me dejaron verlo; esperé casi una hora, pero luego tuve que irme a casa porque tenía clase de piano. Me hubiera gustado hablar con él, tal vez tenga pronto la oportunidad de hacerlo. Por mi cumpleaños me mandó una gran caja de bombones, fue muy amable y atento por su parte. Me olvidé de escribíroslo entonces, y solo ahora que me preguntas me acuerdo. Los bombones, debéis saber, desaparecen inmediatamente en el pensionado, apenas te das cuenta de que te han regalado bombones cuando han desaparecido ya. Sin embargo, en lo que se refiere a Josef, quería deciros algo más: como he dicho, no me dejaron verlo en el banco, porque precisamente estaba negociando con un señor. Después de haber esperado un rato tranquilamente, pregunté a un ordenanza si esa negociación iba a durar mucho aún. Él me dijo que muy bien podía ser, porque probablemente se

trataba del proceso instruido contra el señor apoderado. Le pregunté de qué clase de proceso se trataba y si no se equivocaba, pero él me dijo que no: se trataba de un proceso y, además, de un proceso grave, pero no sabía más. A él mismo le hubiera gustado ayudar al señor apoderado, porque era un hombre muy bueno y justo, pero no sabía qué podía hacer y solo podía confiar en que señores influyentes intercedieran por él. Sin duda sería así y, en definitiva, todo acabaría bien, pero de momento, como se podía deducir del humor del señor apoderado, las cosas no iban bien. Naturalmente, no di mucha importancia a sus palabras y traté además de tranquilizar a aquel ordenanza ingenuo, le prohibí hablar de ello con otros, y creo que todo no es más que pura palabrería. Sin embargo, quizá fuera bueno que tú, queridísimo padre, trataras de aclarar el asunto en tu próxima visita; te será fácil saber más detalles y, si fuera realmente necesario, podrías intervenir mediante tus muchas e influyentes relaciones. En caso de que no lo fuera, que es lo más probable, ello daría al menos a tu hija oportunidad de abrazarte, lo que la alegraría». Buena chica», dijo el tío cuando había terminado de leer, secándose unas lágrimas de los ojos. K. asintió; como consecuencia de las diversas molestias de los últimos tiempos, se había olvidado por completo de Erna, hasta su cumpleaños había olvidado, y la historia de los bombones, evidentemente, se la había inventado ella para protegerlo de tío y tía. Era muy conmovedor, y nunca se podría compensar suficientemente con las entradas de teatro que pensaba enviarle desde ahora con regularidad, pero de visitar el pensionado y conversar con una pequeña estudiante de diecisiete años no se sentía capaz. «¿Y qué dices ahora?», preguntó el tío, que con la carta había olvidado toda su prisa y excitación y parecía estar releeyéndola. «Sí, tío», dijo K., «es verdad.» «¿Verdad?», exclamó el tío. «¿Qué es verdad? ¿Cómo puede ser verdad? ¿De qué proceso se trata? ¿No será un proceso penal?» «Un proceso penal», respondió K. «¿Y te quedas ahí tan tranquilo teniendo encima un proceso penal?», ex-

clamó el tío, que gritaba cada vez más. «Cuanto más tranquilo esté, mejor será para el resultado», dijo K. cansado. «No tengas miedo.» «Eso no puede tranquilizarme», exclamó el tío. «Josef, querido Josef, piensa en ti, en tus parientes, en nuestro buen nombre. Hasta ahora has sido nuestro orgullo, no puedes convertirte en nuestra vergüenza. Tu actitud», miró a K. ladeando la cabeza, «no me gusta, así no se comporta un acusado inocente que todavía conserva sus fuerzas. Dime rápidamente de qué se trata, para que pueda ayudarte. ¿Se trata del banco, naturalmente?» «No», dijo K., poniéndose en pie. «Pero hablas muy fuerte, querido tío, probablemente el ordenanza está escuchando detrás de la puerta. Eso me resulta desagradable. Será mejor que nos vayamos. Entonces responderé a todas tus preguntas lo mejor que pueda. Sé muy bien que debo rendir cuentas a la familia.» «Exacto», gritó el tío, «totalmente exacto, pero date prisa, Josef, date prisa.» «Todavía tengo que dar algunas instrucciones», dijo K., y llamó por teléfono a su adjunto, que entró a los pocos instantes. El tío, en su excitación, le indicó con la mano que era K. quien lo había llamado, de lo que de todas formas no hubiera habido duda. K., que estaba ante el escritorio, en voz baja y con ayuda de diversos documentos explicó al joven, que lo escuchaba fría pero atentamente, lo que habría que hacer todavía ese día en su ausencia. El tío molestaba, ante todo porque estaba allí con los ojos muy abiertos y mordiéndose nerviosamente los labios, sin escuchar, aunque su sola presencia era ya suficientemente molesta. Luego, para colmo, comenzó a ir de un lado a otro por la habitación, deteniéndose de vez en cuando ante la ventana o ante un cuadro, y prorrumpiendo entonces en diversas exclamaciones como: «Me resulta totalmente incomprensible» o «Pero bueno, dime qué es esto». El joven fingía no darse cuenta de nada, escuchó tranquilamente hasta el final las instrucciones de K., anotó incluso algunas cosas y se fue, después de inclinarse tanto ante K. como ante el tío, que precisamente le daba la espalda, miraba por la ventana y, con las manos ex-

tendidas, arrugaba las cortinas. Apenas se había cerrado la puerta cuando el tío exclamó: «Por fin se ha ido ese fantoche, ahora podemos irnos nosotros también. ¡Por fin!». Sin embargo, no hubo forma de hacer que el tío renunciara a preguntar por el proceso en el vestíbulo, en donde había empleados y ordenanzas, y que precisamente atravesaba en ese momento el director adjunto. «Bueno, Josef», comenzó el tío, mientras respondía con leves saludos a las inclinaciones de los que estaban a su alrededor, «dime ahora francamente de qué proceso se trata.» K. hizo algunas observaciones que no decían nada, incluso se rió un poco, y solo en la escalera explicó a su tío que no había querido hablar francamente delante de aquella gente. «Muy bien», dijo el tío, «pero ahora habla.» Con la cabeza inclinada y fumando un puro a chupadas breves y rápidas, escuchó. «Ante todo, tío», dijo K., «no se trata de un proceso ante un tribunal ordinario.» «Eso es malo», dijo el tío. «¿Por qué?», dijo K., mirando a su tío. «Creo que es malo», repitió el tío. Estaban en la escalinata que llevaba a la calle; como el portero parecía estar escuchando, K. hizo bajar a su tío; el intenso tráfico los recibió. El tío, que se había colgado del brazo de K., no preguntaba ahora tan insistentemente por el proceso, e incluso continuaron durante algún tiempo en silencio. «Pero ¿cómo ocurrió?», preguntó finalmente, deteniéndose tan de súbito que los que iban detrás de ellos se apartaron asustados. «Esas cosas no ocurren de pronto, se preparan largo tiempo, tiene que haber habido indicios, ¿por qué no me escribiste? Sabes que haré cualquier cosa por ti, soy todavía en cierto modo tu tutor y hasta hoy estaba orgulloso de serlo. Naturalmente, ahora te ayudaré también, pero como el proceso está ya en marcha es muy difícil. Lo mejor sería de todas formas que te tomaras unas pequeñas vacaciones y vinieras al campo con nosotros. La verdad es que has adelgazado un poco, ahora me doy cuenta. En el campo recuperarás las fuerzas, lo que te vendrá bien, porque te esperan muchas fatigas. Además, estarás en cierto modo sustraído al tribunal. Aquí

tienen todos los medios imaginables, que en caso necesario utilizarán contigo automáticamente; en el campo, tendrían que delegar en otros o tratar de influir en ti sólo por correo, telégrafo o teléfono. Eso, naturalmente, debilitará el efecto, no te librerá, pero te dejará respirar.» «Me podrían prohibir que me fuera», dijo K., al que las palabras de su tío habían arrastrado un tanto en su razonamiento. «No creo que lo hicieran», dijo el tío pensativo: «no sería tan grande la pérdida de poder que sufrirían con tu marcha.» «Yo creía», dijo K., agarrando a su tío por debajo del brazo, para impedirle que se detuviera, «que tú darías a todo menos importancia aún que yo, y ahora te lo tomas tan en serio.» «Josef», exclamó el tío, queriendo soltarse y detenerse, aunque K. no le dejó. «Has cambiado, siempre has tenido una capacidad de comprensión tan grande, ¿y ahora precisamente te abandona? ¿Es que quieres perder el proceso? ¿Sabes lo que eso significa? Significa que quedarás sencillamente eliminado. Y que todos tus parientes se verán arrastrados o, por lo menos, humillados hasta lo más bajo. Josef, recupera el sentido común. Tu indiferencia me saca de quicio. Al verte, uno creería casi en el proverbio que dice: “Tener un proceso significa haberlo perdido ya”.» «Querido tío», dijo K., «tu excitación es inútil; lo es por tu parte y lo sería también por la mía. Con excitación no se ganan los procesos; concede algún valor a mi experiencia práctica, lo mismo que yo, aunque te sorprenda, lo concedo siempre a la tuya, también ahora. Como dices que la familia padecerá con mi proceso —lo que, por mi parte, no puedo comprender, pero eso es accesorio—, te seguiré de buena gana en todo. Sin embargo, mi estancia en el campo no la considero beneficiosa, ni siquiera en el sentido que tú dices, porque eso significaría huida y sentimiento de culpa. Además, aunque es verdad que aquí me veo más perseguido, también puedo hacer más por mi asunto.» «Exacto», dijo el tío, en un tono que parecía indicar que se estaban aproximando; «solo te he hecho esa propuesta porque veía el asunto en peligro a causa de tu indiferencia, si te queda-

bas aquí, y me pareció mejor ocuparme yo y no tú. Pero si quieres hacerlo con todas tus fuerzas, naturalmente será mucho mejor.» «Entonces estamos de acuerdo en eso», dijo K. «¿Tienes alguna propuesta sobre lo que debería hacer antes de nada?» «Naturalmente, todavía tengo que pensarlo», dijo el tío, «tienes que tener en cuenta que llevo ya veinte años en el campo casi sin interrupción, y eso hace que se pierda el olfato para estas cosas. Diversas relaciones importantes con personalidades que quizá hubieran sabido más se han ido debilitando solas. En el campo estoy un tanto abandonado, ya lo sabes. En realidad, uno no se da cuenta más que en ocasiones como esta. En parte, tu asunto me ha resultado inesperado, aunque, curiosamente, después de la carta de Erna ya sospechaba algo así y hoy, al verte, tuve casi la seguridad. Pero eso es indiferente, lo más importante es que ahora no pierdas tiempo.» Mientras hablaba, había hecho una señal a un coche, poniéndose de puntillas, y entonces hizo entrar a K. detrás de él en el coche, al tiempo que daba al conductor una dirección. «Vamos a casa del abogado Huld», dijo, «fue compañero de colegio. ¿Sin duda lo conoces de nombre? ¿No? Es curioso. Sin embargo, como defensor y abogado de pobres tiene gran reputación. Pero tengo mucha confianza en él, sobre todo como persona.» «Me parece bien lo que hagas», dijo K., aunque la forma apresurada y apremiante con que su tío se ocupaba de su asunto le causaba desazón. Como acusado, no era muy agradable acudir a un abogado de pobres. «No sabía», dijo, «que también en un asunto así se podía recurrir a un abogado.» «Naturalmente», dijo el tío, «eso es lógico. ¿Por qué no? Y ahora cuéntame, para estar exactamente informado del asunto, todo lo que te ha ocurrido.» K. comenzó inmediatamente a contarle, sin callarse nada; su total franqueza era la única protesta que podía permitirse frente a la opinión de su tío de que el proceso era una gran vergüenza. A la señorita Bürstner la mencionó solo una vez y de pasada, pero eso no afectaba a su franqueza, porque la señorita Bürstner no tenía relación alguna

con el proceso. Mientras contaba, vio que precisamente se estaban acercando a la parte de los suburbios en donde estaban las oficinas del tribunal; se lo hizo notar a su tío, pero él no encontró especialmente sorprendente la coincidencia. El coche se detuvo ante un edificio oscuro. El tío llamó enseguida en la primera puerta de la planta baja; mientras aguardaban, enseñó sonriendo sus grandes dientes y susurró: «Las ocho, una hora insólita para visitas de clientes. Pero Huld no me lo tomará a mal». En la mirilla de la puerta aparecieron dos grandes ojos negros, miraron un momento a los dos huéspedes y desaparecieron, pero la puerta no se abrió. El tío y K. se confirmaron mutuamente que habían visto aquellos dos ojos. «Una nueva criada que tendrá miedo de los extraños», dijo el tío, volviendo a llamar. Otra vez aparecieron los mismos ojos, casi se podía decir que tristes, aunque tal vez era solo una ilusión provocada por la llama de gas que ardía cerca de sus cabezas, silbando con fuerza pero dando poca luz. «Abra la puerta», gritó el tío, golpeando la puerta con el puño. «Somos amigos del señor abogado.» «El señor Huld está enfermo», susurró alguien a sus espaldas. En una puerta situada al otro extremo del pequeño pasillo había un señor en bata que había dado esa información en voz sumamente baja. El tío, que estaba ya furioso por la larga espera, se volvió hacia él de golpe y exclamó: «¿Enfermo? ¿Dice usted que está enfermo?», y se dirigió hacia él casi amenazador, como si aquel señor fuera la enfermedad. «Le han abierto ya», dijo el señor, señalando la puerta del abogado, se recogió la bata y desapareció. Habían abierto efectivamente la puerta: una muchacha —K. reconoció los ojos oscuros y algo saltones— estaba en el vestíbulo, con un largo delantal blanco y sosteniendo una vela en la mano. «La próxima vez abra antes», dijo el tío a guisa de saludo, mientras la muchacha hacía una pequeña reverencia. «Ven, Josef», dijo entonces a K., que pasó lentamente por delante de la muchacha. «El señor abogado está enfermo», dijo la muchacha, dado que el tío, sin detenerse, se dirigía apresuradamente a una puer-

ta. K. siguió mirando a la muchacha, que se había vuelto ya para cerrar otra vez la puerta de la vivienda: tenía un rostro redondo de muñeca, no solo las pálidas mejillas y la barbilla eran redondas, sino también las sienes y el perfil de la frente. «Josef», gritó el tío otra vez, y preguntó a la muchacha: «¿Es el corazón?». «¡Creo que sí!», dijo la muchacha, que había encontrado tiempo para adelantarse con la vela y abrir la puerta de la habitación. En un rincón del cuarto al que aún no llegaba la luz de la vela, un rostro de larga barba se incorporó en la cama. «¿Quién viene, Leni?», preguntó el abogado que, deslumbrado por la vela, no conoció a los huéspedes. «Soy Albert, tu viejo amigo», dijo el tío. «Ah, Albert», dijo el abogado dejándose caer en la almohada, como si ante aquella visita no tuviera que fingir. «¿Estás realmente tan mal?», preguntó el tío, sentándose en el borde de la cama. «No lo creo. Es uno de tus ataques cardíacos y pasará como los otros.» «Quizá», dijo el abogado en voz baja, «pero es peor de lo que ha sido nunca. Respiro con dificultad, no duermo nada y pierdo fuerzas a diario.» «Vaya», dijo el tío, apretando firmemente su sombrero de paja contra la rodilla con su enorme mano. «Esas son malas noticias. Por cierto, ¿te cuidan bien? Esto es tan triste, tan oscuro. Hace ya mucho tiempo que estuve aquí por última vez, pero entonces me pareció más alegre. Tampoco esta pequeña señorita parece muy divertida, o lo disimula.» La muchacha seguía con la vela cerca de la puerta y, en la medida en que su mirada incierta lo dejaba ver, miraba más bien a K. que al tío, incluso cuando este hablaba de ella. K. se apoyaba en una silla que había acercado la muchacha. «Cuando se está tan enfermo como yo», dijo el abogado, «hay que estar tranquilo. A mí no me parece triste.» Tras una pequeña pausa, añadió: «Y Leni me cuida bien, es muy buena». Al tío, sin embargo, aquello no lo convenció, estaba evidentemente mal dispuesto hacia la enfermera y, aunque no contradujo al enfermo, la siguió con mirada severa cuando ella se acercó a la cama, dejó la vela en la mesilla de noche, se incli-

nó sobre el enfermo y, mientras le arreglaba las almohadas, le susurró algo. El tío olvidó casi toda consideración hacia el enfermo, se puso en pie, fue de un lado a otro por detrás de la enfermera, y a K. no le habría asombrado si, cogiéndola de las faldas, la hubiera apartado de la cama. K. mismo lo miraba todo tranquilamente: ni siquiera la enfermedad del abogado le resultaba inoportuna, no había podido oponerse al celo que había desplegado su tío por su asunto, pero aceptaba de buena gana la desviación que ese celo sufría ahora, sin haber hecho él nada. Entonces el tío, tal vez solo para ofender a la enfermera, dijo: «Señorita, por favor, déjenos un momento, tengo que hablar con mi amigo de un asunto personal». La enfermera, que todavía seguía inclinada sobre el enfermo y estaba alisando en aquel momento la sábana del lado de la pared, se limitó a volver la cabeza y dijo con mucha calma, lo que contrastaba sorprendentemente con las palabras del tío, entrecortadas por la cólera y luego desbordantes: «Miren, el señor está tan enfermo que no puede hablar de ningún asunto». Probablemente solo por comodidad había repetido las palabras del tío, pero incluso alguien imparcial podía haberlas considerado burlonas y el tío, naturalmente, saltó como si lo hubieran pinchado: «Maldita», dijo en un primer borboteo de excitación de una forma todavía bastante incomprensible; K., sin embargo, se asustó a pesar de que había esperado algo parecido, y se precipitó hacia su tío con la firme intención de taponarle la boca con las dos manos. Por fortuna, detrás de la muchacha se incorporó el enfermo, el tío puso un gesto sombrío, como si estuviera tragando algo horrible, y dijo luego más tranquilo: «Naturalmente, no hemos perdido la razón; si lo que pido no fuera posible, no lo pediría. Por favor, váyase ahora». La enfermera estaba erguida junto a la cama, totalmente vuelta hacia el tío, y con una mano, según le pareció observar a K., acariciaba la mano del abogado. «Puedes decir delante de Leni lo que quieras», dijo el enfermo, indudablemente en tono de ruego encarecido. «No se trata de mí», dijo el tío, «no es

un secreto mío.» Y se volvió, como si pensara no seguir hablando más, pero dando sin embargo algo de tiempo para la reflexión. «¿De quién se trata entonces?», preguntó el abogado con voz apagada, volviendo a echarse. «De mi sobrino», dijo el tío, «lo he traído conmigo.» Y lo presentó: «El apoderado Josef K.». «Oh», dijo el enfermo mucho más animadamente y tendiendo la mano a K., «perdone, no le había visto.» «Vete ahora», dijo luego a su enfermera, que tampoco se resistió, tendiéndole la mano como si se tratara de una despedida para mucho tiempo. «Así pues», dijo finalmente al tío, que también se había acercado, conciliador, «no has venido para visitar a un enfermo sino por negocios.» Era como si la idea de una visita de enfermo hubiera paralizado hasta entonces al abogado, tan recuperado parecía ahora; estaba todo el tiempo apoyado en un codo, lo que debía de ser bastante cansado, y se tiraba una y otra vez de un mechón de pelo que tenía en mitad de la barba. «Pareces estar ya mucho mejor», dijo el tío, «desde que se ha ido esa bruja.» Se interrumpió y susurró: «Apuesto a que está escuchando», y se dirigió de un salto a la puerta. Pero detrás de la puerta no había nadie, el tío volvió, no decepcionado, porque no escuchar le parecía una maldad aún mayor, pero sí irritado. «La juzgas mal», dijo el abogado, sin seguir defendiendo a la enfermera; tal vez quería dar a entender que ella no necesitaba protección. Sin embargo, en un tono mucho más amistoso, continuó: «Por lo que se refiere al asunto de tu sobrino, me consideraría feliz de todos modos si mis fuerzas bastaran para esa tarea, sumamente difícil; mucho me temo que no basten, pero en cualquier caso no dejaré de intentarlo todo; si yo no bastara, siempre se podría recurrir a algún otro. Para serte sincero, el asunto me interesa demasiado para ser capaz de renunciar a toda participación. Si mi corazón no aguanta, al menos habrá encontrado una oportunidad digna para dejar de funcionar por completo». K. creía no entender ni una palabra de todo aquel discurso; miró a su tío para encontrar una explicación, pero él estaba senta-

do con la vela en la mano sobre la mesilla de noche, de la que había caído rodando al suelo un frasco de medicamento; asentía a todo lo que decía el abogado, estaba de acuerdo con todo y de vez en cuando miraba a K., invitándolo a manifestar el mismo acuerdo. Tal vez su tío había hablado ya antes del proceso al abogado, pero eso resultaba imposible, todo lo que había pasado antes hablaba en contra. «No comprendo», dijo por ello. «Bueno, ¿los he entendido mal, quizá?», preguntó el abogado, tan asombrado y desconcertado como K. «Tal vez me haya precipitado. ¿De qué querían hablar conmigo? Creía que se trataba de su proceso.» «Naturalmente», dijo el tío, y preguntó luego a K.: «¿Qué quieres entonces?». «Sí, pero ¿cómo sabe nada de mí ni de mi proceso?», preguntó K. «Ah», dijo el abogado sonriendo, «soy abogado, me muevo en los medios judiciales; se habla de diversos procesos y los más notables, especialmente si afectan al sobriño de un amigo, se recuerdan. No tiene nada de extraordinario.» «Entonces ¿qué quieres?», preguntó el tío otra vez. «Estás tan inquieto.» «¿Usted se mueve en esos medios judiciales?», preguntó K. «Sí», dijo el abogado. «Preguntas como un niño», dijo el tío. «¿En dónde iba a moverme si no es con gente de mi profesión?», añadió el abogado. Sonaba tan irrefutable que K. no respondió. «Pero trabaja en el tribunal del Palacio de Justicia y no en el del desván», hubiera querido decir, pero no consiguió decirlo efectivamente. «Tiene que pensar», continuó el abogado en el tono de quien explica algo evidente, de forma innecesaria y de pasada, «tiene que pensar que, de ese trato, obtengo también grandes ventajas para mi clientela, y de muchos modos, por eso es mejor no hablar siempre de ello. Naturalmente, ahora, como consecuencia de mi enfermedad, estoy un tanto impedido, pero a pesar de todo recibo visitas de buenos amigos de los tribunales y me entero de algunas cosas. Tal vez me entere de más cosas que algunos que, gozando de buena salud, se pasan el día entero allí. Así, por ejemplo, precisamente en este momento tengo una visita que aprecio mucho.» Y señaló

hacia un oscuro rincón de la habitación. «¿Dónde?», preguntó K., casi grosero en el primer momento de sorpresa. Miró inseguro a su alrededor; la luz de la pequeña vela no llegaba ni con mucho hasta la pared opuesta. Y, efectivamente, algo comenzó a moverse en el rincón. A la luz de la vela que el tío sostenía ahora en alto, se vio a un hombre de cierta edad, sentado junto a una pequeña mesita. Sin duda no debía de haber respirado siquiera para haber pasado tanto tiempo inadvertido. Ahora se levantó con gran ceremonia, visiblemente descontento de que se hubiera llamado la atención sobre él. Era como si quisiera apartar con las manos, que agitaba como alitas, toda clase de presentaciones y saludos; como si quisiera no molestar en ningún caso a los otros con su presencia y como si rogara insistentemente ser trasladado a la oscuridad y que se olvidaran de él. Pero eso ya no era posible concedérselo. «La verdad es que nos habéis sorprendido», dijo el abogado como explicación, haciendo un signo alentador al hombre para que se acercara, lo que él hizo lentamente, mirando vacilante a su alrededor y, sin embargo, con cierta dignidad. «El señor director de la secretaría —ah, perdón, no he hecho las presentaciones: este es mi amigo Albert K., este su sobrino el apoderado Josef K. y este el señor director de la secretaría—, así pues, el señor director de la secretaría ha tenido la amabilidad de visitarme. El valor de esa visita solo puede apreciarlo realmente el iniciado, que sabe lo abrumado de trabajo que está el señor director de la secretaría. Bueno, pues él ha venido a pesar de todo, y estábamos conversando pacíficamente, en la medida en que mi debilidad lo permitía; verdad es que no habíamos prohibido a Leni que dejara entrar visitas, porque no esperábamos ninguna, pero nuestra intención era sin embargo permanecer solos, y entonces se produjo tu golpear con el puño, Albert; el señor director de la secretaría se desplazó con silla y mesa a ese rincón, pero ahora resulta que, posiblemente, es decir, si lo desean, tenemos una oportunidad común de hablar y podríamos muy bien acercarnos. Señor director de la se-

cretaría», dijo con una inclinación de cabeza y una sonrisa servil, señalando un sillón colocado cerca de su cama. «Por desgracia solo puedo quedarme unos minutos», dijo amablemente el director de la secretaría, se sentó cómodamente en el sillón y miró el reloj: «los asuntos me reclaman. Sin embargo, no quiero dejar pasar la oportunidad de conocer a un amigo de mi amigo.» Incluyó ligeramente la cabeza hacia el tío, que parecía muy contento de su nueva relación pero, como consecuencia de su forma de ser, no era capaz de expresar sentimientos de afecto y acompañó las palabras del director de la secretaría con una risa incómoda y ruidosa. ¡Un espectáculo desagradable! K. podía observarlo todo tranquilamente, porque nadie se ocupaba de él; el director de la secretaría, como parecía ser su costumbre ahora que se había hecho visible, tomó las riendas de la conversación; el abogado, cuya debilidad inicial quizá tenía por único objeto ahuyentar a los nuevos visitantes, escuchaba atentamente, con la mano en la oreja; y el tío, como portador de la vela —la mantenía en equilibrio sobre el muslo y el abogado lo miró varias veces preocupado—, pronto se libró de su incomodidad y estaba encantado tanto por la elocuencia del director de la secretaría como por los suaves ademanes ondulados con que la acompañaba. K., que se apoyaba en el barrote de la cama, fue completamente olvidado por el director de la secretaría, quizá deliberadamente, y solo servía de oyente a aquellos ancianos caballeros. Por lo demás, apenas sabía de qué se hablaba y pronto se puso a pensar en la enfermera y en el mal trato que había recibido de su tío, y poco después, en si no había visto ya alguna vez al director de la secretaría, quizá incluso en la asamblea del primer interrogatorio. Aunque podía estar equivocado, el director de la secretaría, sin embargo, hubiera encajado perfectamente en la primera fila de los participantes en la asamblea, la de los ancianos caballeros de barba rala.

Entonces, un ruido como de porcelana rota que vino del vestíbulo hizo que todos prestaran oído. «Voy a ver

qué ha pasado», dijo K., saliendo lentamente, como si diera a los otros ocasión de retenerlo. Apenas había llegado al vestíbulo e intentaba orientarse en la oscuridad, cuando sobre la mano con que todavía sujetaba la puerta vino a posarse una mano pequeña, mucho más pequeña que la de K., que cerró suavemente la puerta. Era la enfermera, que aguardaba allí. «No ha pasado nada», susurró, «solo he tirado un plato contra la pared para hacer que usted saliera.» K., en su confusión, dijo: «Yo también he pensado en usted». «Tanto mejor», dijo la enfermera. «Venga.» Al cabo de unos pasos llegaron a una puerta de cristal opaco, que la enfermera abrió delante de K. «Entre», dijo. Era en cualquier caso el gabinete de trabajo del abogado; por lo que se podía ver a la luz de la luna, que iluminaba ahora intensamente un pequeño trozo rectangular de suelo junto a cada una de las dos grandes ventanas, estaba decorado con muebles antiguos y pesados. «Aquí», dijo la enfermera, señalando un arcón oscuro de respaldo de madera tallada. Incluso después de haberse sentado, K. siguió mirando la habitación: era una habitación grande y de techo alto, y los clientes de aquel abogado de los pobres debían de sentirse allí perdidos. K. creyó ver los pasitos con que se acercaban los visitantes al poderoso escritorio. Luego, sin embargo, se olvidó de ello y solo tuvo ojos para la enfermera, que se sentaba muy cerca de él, apretándolo casi contra el brazo del arcón. «Pensaba que usted vendría por sí mismo», dijo ella, «sin que tuviera que llamarlo. La verdad es que era raro. Primero no ha dejado de mirarme en cuanto ha entrado y luego me ha hecho esperar. Por cierto, llámeme Leni», añadió rápida e inesperadamente, como si no hubiera que perder un instante de aquella conversación. «Con mucho gusto», dijo K. «En cuanto a esa rareza, Leni, puede explicarse fácilmente. En primer lugar, tenía que escuchar la palabrería de esos ancianos señores y no podía irme sin un motivo; pero, en segundo lugar, no soy nada atrevido sino más bien tímido, y la verdad es que usted, Leni, no parecía alguien a quien pudiera conquistarse de golpe.»

«No es eso», dijo Leni, pasando el brazo por el respaldo y mirando a K., «sino que no le gusté y, probablemente, tampoco le gusto ahora.» «Gustar sería decir poco», dijo K. evasivo. «¡Oh!», exclamó ella sonriendo y, gracias a la observación de K. y a aquella exclamación, logró cierta superioridad. Por eso, K. permaneció silencioso un momento. Como se había acostumbrado ya a la oscuridad de la habitación, podía distinguir diversos detalles del mobiliario. Le llamó especialmente la atención un gran cuadro^o que colgaba a la derecha de la puerta y se inclinó hacia delante para verlo mejor. Representaba a un hombre con toga de juez; estaba sentado en un trono alto, cuyos dorados destacaban en diversos puntos del cuadro. Lo insólito era que el juez no aparecía sentado, sereno y digno, sino que apoyaba firmemente el brazo izquierdo en el respaldo y el brazo del sillón, tenía su brazo derecho totalmente libre y solo con la mano agarraba el otro brazo del sillón, como si quisiera levantarse un instante después con movimiento violento y tal vez airado, para decir algo decisivo o, incluso, para dictar sentencia. Había que imaginar sin duda al acusado al pie de la escalera, cuyos escalones superiores, cubiertos por una alfombra amarilla, podían verse también en el cuadro. «Quizá sea mi juez», dijo K., señalando el cuadro con el dedo. «Lo conozco», dijo Leni, levantando también los ojos hacia él, «viene a menudo. El cuadro es de su juventud, pero nunca puede haber sido ni siquiera parecido, porque él es casi diminuto. A pesar de ello, en el cuadro se hizo representar así de alto porque es insensatamente vanidoso, como todos los de aquí. Pero yo también soy vanidosa y estoy muy descontenta porque no le gusto nada.» A esta última observación, K. respondió solo rodeando con su brazo a Leni y atrayéndola hacia sí; ella apoyó en silencio la cabeza en su hombro. En cuanto al resto, él dijo: «¿Y qué categoría tiene?». «Es juez de instrucción», dijo ella, cogiendo la mano con que él la rodeaba y jugando con sus dedos.^o «Otro juez de instrucción», dijo K. decepcionado, «los altos funcionarios se esconden. Pero este se sienta en un tro-

no.» «Es todo invención», dijo Leni, con el rostro inclinado sobre la mano de K.; «en realidad está sentado en una silla de cocina, cubierta con una vieja manta de caballo. Pero ¿tiene usted que pensar continuamente en su proceso?», añadió lentamente. «No, en absoluto», dijo K., «probablemente incluso pienso demasiado poco en él.» «No es ese el error que comete», dijo Leni. «He oído decir que es usted demasiado intransigente.» «¿Quién ha dicho eso?», preguntó K.; sentía el cuerpo de ella contra su pecho y bajó los ojos para ver su abundante cabello oscuro, firmemente trenzado. «Diría demasiado si le revelara eso», respondió Leni. «No me pregunte nombres, por favor, pero corrija ese defecto, no sea tan intransigente; contra ese tribunal no se puede uno defender, hay que confesar. Confiese en la primera oportunidad. Solo entonces tendrá una posibilidad de escapar, solo entonces. Sin embargo, incluso entonces le será imposible sin ayuda ajena, pero no se inquiete por eso, porque yo misma se la prestaré.» «Sabe usted muchas cosas de ese tribunal y de los engaños que son necesarios», dijo K., y, como se apretaba demasiado contra él, la puso sobre sus rodillas. «Eso está bien», dijo ella, y se puso cómoda sobre las rodillas de K., alisándose la falda y arreglándose la blusa. Luego se le colgó con ambas manos del cuello, se echó hacia atrás y lo miró largo rato. «Y si no hago esa confesión, ¿no podrá ayudarme?», preguntó K. tentativamente. «No hago más que reclutar mujeres que me ayuden», pensó casi admirado, «primero la señorita Bürstner, luego la mujer del ujier y finalmente esta enfermera, que parece tener una incomprensible necesidad de mí. Aquí está sentada en mis rodillas, como si fuera el único sitio que le corresponde.» «No», respondió Leni, sacudiendo lentamente la cabeza, «entonces no podré ayudarle. Pero la verdad es que usted no quiere mi ayuda, no le interesa nada, es usted tozudo^o y no se deja convencer. ¿Tiene usted novia?», preguntó al cabo de un momento. «No», dijo K. «Oh, sí», dijo ella. «Sí, es verdad», dijo K., «imagínese: he negado su existencia y, sin embargo, incluso llevo

su fotografía.» A ruegos de ella, le mostró una fotografía de Elsa, y ella, acurrucada sobre sus rodillas, estudió el retrato. Era una instantánea, habían fotografiado a Elsa después de un baile vertiginoso, como le gustaba bailar en la taberna, su falda flotaba aún alrededor con los pliegues del giro, y ella se había puesto las manos en las caderas y miraba hacia un lado riéndose, con el cuello estirado; no se podía ver en la foto a quién iba dirigida la sonrisa. «Va muy ceñida», dijo Leni, mostrando el punto en donde, en su opinión, eso se podía ver. «No me gusta, es torpe y basta. Sin embargo, quizá con usted sea tierna y amable, se podría deducir de la fotografía. Esas muchachas grandes y fuertes no saben a menudo ser otra cosa que tiernas y amables. Pero ¿se sacrificaría por usted?» «No», dijo K., «no es ni tierna ni amable, y tampoco se sacrificaría por mí. Y hasta ahora tampoco le he pedido una cosa ni la otra. Ni siquiera he mirado la fotografía con tanto detalle como usted.» «Entonces no le importa mucho», dijo Leni, «no es su novia.» «Sí», dijo K., «no me retracto.» «Quizá sea ahora su novia», dijo Leni, «pero no la echaría mucho de menos si la perdiera o la cambiara por otra, por ejemplo por mí.» «Sin duda», dijo K. sonriendo, «sería imaginable, pero ella tiene una gran ventaja sobre usted: no sabe nada de mi proceso, e incluso aunque lo supiera no pensaría en él. No trataría de convencerme de que fuera más transigente.» «Eso no es una ventaja», dijo Leni. «Si no tiene otra, no perderé las esperanzas. ¿Tiene algún defecto físico?» «¿Un defecto físico?», preguntó K. «Sí», dijo Leni. «Yo tengo un pequeño defecto físico, mire.» Separó el dedo medio y el anular de su mano derecha, entre los que la piel que los unía llegaba casi hasta la articulación superior de sus cortos dedos. K. no se dio cuenta enseguida en la oscuridad de lo que ella quería mostrarle, y por eso ella le guió la mano para que lo tocara. «Qué capricho de la naturaleza», dijo K., añadiendo, después de haber examinado toda la mano: «¡Qué hermosa zarpa!». Con una especie de orgullo, Leni miraba cómo K., asombrado, le separaba y volvía a jun-

tar una y otra vez los dos dedos, hasta que finalmente se los besó fugazmente y los soltó. «¡Oh!», exclamó ella enseguida. «¡Me ha besado!» Presurosa, con la boca abierta, trepó con sus rodillas sobre las de él; ahora que estaba tan cerca se desprendía de ella un olor amargo y excitante, como de pimienta; atrajo la cabeza de K. hacia sí, se inclinó sobre él y lo mordió y besó en el cuello, mordiéndole incluso el cabello. «La ha cambiado por mí», exclamaba de cuando en cuando, «ya ve, ahora la ha cambiado por mí a pesar de todo.» Entonces se le resbaló una rodilla y, con un gritito, cayó casi sobre la alfombra, K. la rodeó con sus brazos para sostenerla y se vio arrastrado por ella. «Ahora me perteneces», dijo Leni.

«Aquí tienes la llave de la casa, ven cuando quieras», fueron las últimas palabras de ella y, al irse él, un beso atolondrado le acertó en la espalda. Cuando K. salió por la puerta de la calle, caía una lluvia ligera, se disponía a ir por el centro de la calzada para ver quizá todavía a Leni en la ventana cuando su tío se precipitó sobre él desde un automóvil que aguardaba ante la casa y que K., en su distracción, no había visto; su tío lo agarró por los brazos y lo empujó contra la puerta, como si quisiera clavarlo allí. «Muchacho», exclamó, «¿cómo has podido hacer una cosa así! Has perjudicado terriblemente tu asunto, que iba por buen camino. Te escondes con esa pequeña basura, que es además, evidentemente, la querida del abogado, y te quedas horas. Ni siquiera buscas un pretexto, no disimulas nada, no, eres totalmente franco, te vas con ella y te quedas con ella. Y entretanto ahí estamos los tres: tu tío, que tanto se esfuerza por ti; el abogado, al que tienes que ganar para tu causa, y sobre todo el director de la secretaría, ese importante señor en cuyas manos está claramente tu asunto en su fase actual. Queremos deliberar sobre la forma de ayudarte: yo tengo que tratar con cautela al abogado; él, a su vez, tiene que hacerlo con el director de la secretaría, y tú tendrías todas las razones del mundo para apoyarme al menos. En lugar de lo cual, te ausentas. Finalmente, es imposible esconderlo; ahora bien,

son hombres educados y hábiles, y no hablan de ello, tienen consideración conmigo, pero finalmente tampoco ellos pueden dominarse ya más y, como no pueden hablar de lo ocurrido, no hablan. Hemos pasado minutos enteros en silencio, escuchando para ver si por fin venías. Finalmente, el director de la secretaría, que se había quedado mucho más tiempo del que quería, se levantó, se despidió, me compadeció evidentemente, sin poder ayudarme, aguardó todavía un rato en la puerta, con increíble amabilidad, y luego se marchó. Naturalmente, me alegré de que se fuera; apenas podía ya respirar. Todo eso ha hecho mayor efecto aún al abogado enfermo; el buen hombre no podía decir palabra cuando me despedí de él. Probablemente has contribuido a su derrumbamiento completo, acelerando así la muerte de un hombre del que dependes. Y a mí, tu tío, me dejas aquí esperando bajo la lluvia durante horas; tócame, estoy empapado.»

Abogado.
Fabricante.
Pintor

Una mañana de invierno —fuera caía la nieve en un día nublado— K. estaba en su oficina, sumamente fatigado ya a pesar de la hora temprana. Para protegerse al menos de los empleados subalternos, había dado instrucciones al ordenanza de que no dejara pasar a nadie, porque estaba ocupado en un trabajo importante. Sin embargo, en lugar de trabajar, se dio la vuelta en el sillón, desplazó lentamente algunos objetos sobre su mesa, y luego, sin darse cuenta, extendió por completo el brazo sobre ella y permaneció inmóvil, con la cabeza baja.

El pensamiento del proceso ya no lo abandonaba. Con frecuencia había pensado si no sería mejor preparar un escrito de defensa y presentarlo al tribunal. Quería hacer en él una breve descripción de su vida y explicar, con respecto a cada acontecimiento importante, por qué razones había actuado así; si, según su criterio actual, esa forma de actuar debía ser rechazada o aprobada, y qué razones podía aducir para una cosa o la otra. Las ventajas que un escrito de defensa tenía sobre la simple defensa de un abogado, por lo demás tampoco intachable, eran evidentes. K. no sabía nada de lo que hacía el abogado; en cualquier caso, no era mucho: desde hacía ya un mes no lo había hecho llamar y tampoco en ninguna de sus entrevistas anteriores había tenido K. la impresión de que aquel hombre pudiera hacer mucho por él. Sobre todo, casi no le había hecho preguntas. Y sin embargo había tanto que preguntar. Preguntar era lo fundamental. K. tenía la sensación de poder hacer él mismo todas las preguntas necesarias. El abogado, en cambio, en lugar de preguntar, contaba algo él mismo o se sentaba mudo frente a él, se inclinaba un poco

sobre el escritorio, seguramente porque oía mal, se tiraba de un mechón del centro de la barba y bajaba la vista a la alfombra, quizá precisamente al lugar en donde K. había yacido con Leni. De vez en cuando, dirigía a K. algunas vanas exhortaciones, como se hacen a los niños. Exhortaciones tan inútiles como aburridas, por las que K., en la minuta final, no pensaba pagar ni un céntimo. Cuando el abogado creía haberlo humillado lo suficiente, comenzaba normalmente a animarlo un poco. Él, decía entonces, había ganado ya, total o parcialmente, muchos procesos semejantes, procesos que, aunque en realidad no eran quizá tan difíciles como aquel, aparentemente eran más desesperados aún. Tenía una relación de esos procesos en el cajón —y entonces golpeaba cualquier cajón de la mesa—, pero por desgracia no podía mostrarle los documentos, porque se trataba de secretos profesionales. Sin embargo, la gran experiencia que había adquirido con todos esos procesos, sin duda beneficiaría ahora a K. Naturalmente, había comenzado a trabajar enseguida, y la primera solicitud estaba ya casi terminada. Era muy importante, porque la primera impresión que daba la defensa determinaba a menudo toda la orientación del procedimiento. Desgraciadamente, y eso tenía que señalárselo de todos modos a K., a veces ocurría que el tribunal no leyera esas primeras solicitudes. Se unían simplemente al expediente, indicando que, de momento, el interrogatorio y examen del acusado eran más importantes que cualquier documento escrito. Cuando el solicitante insistía, se agregaba que, antes de decidir, cuando se hubiera completado el expediente, se examinarían en ese contexto todos los documentos, incluido, por lo tanto, ese primer escrito. Por desgracia, tampoco eso era exacto la mayoría de las veces: la primera petición se traspapelaba normalmente o se perdía del todo, e incluso cuando se conservaba hasta el final, según había sabido el abogado —aunque solo era un rumor— apenas se leía. Todo aquello era lamentable, pero no carecía por completo de justificación; K. no debía olvidar que el procedimiento no era público, podía

serlo si el tribunal lo estimaba necesario, pero la Ley no prescribía ese carácter. Como consecuencia, tampoco los escritos del tribunal, sobre todo el de acusación, eran accesibles al acusado y a su defensa, por lo que, en general, no se sabía, o por lo menos no exactamente, contra qué había que dirigir ese primer escrito, y por ello, en realidad, solo casualmente podía contener algo que fuera de importancia para el asunto. Escritos realmente eficaces y probatorios solo se podían preparar más tarde, cuando, en el curso de los interrogatorios del acusado, se destacaban más claramente o podían adivinarse los distintos cargos y su fundamento. En esas condiciones, la defensa se encuentra naturalmente en una situación muy desfavorable y difícil. Pero también eso es intencionado. La verdad es que la Ley no autoriza realmente la defensa, sino solo la tolera, e incluso se discute si hay que interpretar el pasaje pertinente de la Ley siquiera como tolerancia. Por ello, en sentido estricto, no hay abogados acreditados ante el tribunal; todos los que comparecen como tales ante ese tribunal son en el fondo picapleitos. Ello, naturalmente, resulta muy deshonoroso para toda la corporación, y cuando K. fuera la próxima vez a las oficinas del tribunal, debería ver, simplemente para haberla visto alguna vez, la sala de abogados. Probablemente se espantaría de la gente que allí se reunía. Ya la sala estrecha y de techo bajo que les estaba destinada mostraba el desprecio que sentía el tribunal por aquella gente. La sala es iluminada solo por un pequeño tragaluz, situado tan alto que, cuando alguien quiere mirar afuera —con lo que, por cierto, el humo de una chimenea situada delante se le mete en la nariz y le ennegrece el rostro—, tiene que buscar antes a un compañero que quiera subirlo en hombros. En el suelo de esa sala —para dar solo otro ejemplo de las condiciones—, hay ya desde hace más de un año un agujero, no tan grande como para que un hombre pueda caerse por él, pero sí lo suficiente para meter la pierna entera. La sala de abogados se encuentra en el segundo desván, de manera que, si alguien introduce la pierna, esta le cuelga

en el primer desván, y precisamente sobre el pasillo en donde están los encausados. No es exagerado que en los círculos de abogados se califiquen esas condiciones de vergonzosas. Las quejas a la administración no surten el menor efecto, pero además se prohíbe a los abogados, de la forma más estricta, modificar cualquier cosa en la sala a su propia costa. Sin embargo, también esa forma de tratar a los abogados tiene su fundamento. Se quiere eliminar la defensa en lo posible, todo debe recaer sobre el acusado mismo. En el fondo, no es un punto de vista desacertado, pero nada sería más erróneo que deducir que, ante ese tribunal, los abogados son innecesarios para los acusados. Al contrario: ante ningún otro tribunal son tan necesarios como ante ese. En efecto, el procedimiento no es solo en general secreto para el público, sino también para los acusados. Naturalmente, solo en la medida en que eso es posible, pero es posible en gran medida. Tampoco el acusado tiene conocimiento de los escritos del tribunal, y resulta muy difícil deducir de los interrogatorios cuáles son los escritos que les sirven de base, especialmente para el acusado, que es parte implicada y tiene todas las preocupaciones imaginables que lo distraen. Entonces solo puede intervenir la defensa. En general, los abogados no deben estar presentes en los interrogatorios, y por eso, después de que estos terminan y en lo posible a la puerta de la sala de vistas, tienen que preguntar al acusado sobre el interrogatorio y sacar de esos relatos, a menudo muy confusos, lo que pueda ser útil para la defensa. Pero lo más importante no es eso, porque mucho no se puede averiguar de esa forma, aunque naturalmente, en eso, como en todo, un hombre hábil averigua más que otros. Lo más importante siguen siendo con todo las relaciones personales del abogado, en ellas radica el valor principal de la defensa. Ahora bien, sin duda había aprendido ya K. por propia experiencia que la organización inferior del tribunal no era perfecta, y que en ella había empleados incumplidores y corrompidos, por lo que, en cierto modo, se abrían brechas en la severa impermeabilidad del

tribunal. Ahí es donde trata de introducirse la mayoría de los abogados, ahí se soborna y se espía, incluso, en otros tiempos al menos, hubo casos de robo de expedientes. No se puede negar que, de esa manera, pueden conseguirse algunos resultados incluso sorprendentemente favorables, y de ello se enorgullecen también esos abogaduchos, atrayendo nuevos clientes, pero para el curso ulterior del proceso eso no significa nada, o nada bueno. Verdadero valor tienen solo unas honradas relaciones personales, concretamente con funcionarios superiores, con lo cual, naturalmente, se quiere decir solo funcionarios superiores de la categoría más baja. Solo de esa forma se puede influir en el curso del proceso: aunque al principio de forma únicamente imperceptible, luego de un modo cada vez más claro. Eso solo pueden lograrlo, naturalmente, unos pocos abogados, y por eso la elección de K. había sido muy afortunada. Solo uno o dos abogados quizá podían alardear de relaciones parecidas a las del doctor Huld. Ninguno de ellos se preocupa de la gente de la sala de abogados ni tiene nada que ver con ella, pero tanto más estrecha es su relación con los funcionarios del tribunal. No era ni siquiera necesario que el doctor Huld fuera al tribunal, aguardara en la antesala del juez de instrucción su aparición casual y, según el humor de este, obtuviera algún éxito, la mayoría de las veces solo aparente, o ni siquiera eso. No, K. había podido verlo por sí mismo: los funcionarios, y entre ellos algunos muy altos, le daban voluntariamente información, clara o, por lo menos, fácil de interpretar; hablaban del curso de los procesos, e incluso, en casos aislados, se dejaban convencer y adoptaban de buena gana su punto de vista. Con todo, precisamente en este último aspecto no se debía confiar demasiado en ellos; por contundente que fuera una nueva opinión favorable a la defensa, podían ir directamente a su oficina y tomar al día siguiente una decisión judicial que fuera exactamente la contraria y quizá para el acusado mucho más severa aún que su intención primera, de la que pretendían haberse apartado por completo. Contra ello, naturalmente,

no se podía hacer nada, porque lo que decían en privado lo decían precisamente así y no se podía sacar ninguna conclusión oficial, aun cuando la defensa no hubiera tenido que esforzarse por otras razones para conservar la benevolencia de aquellos señores. Por otra parte, también era cierto sin duda que aquellos señores no se relacionaban con la defensa sin más, solo naturalmente con una defensa experta, por amor al prójimo, por ejemplo, o por sentimientos amistosos; más bien, en cierto sentido, incluso dependían de ella. En eso se revelaba precisamente la desventaja de una organización judicial que, incluso en sus comienzos, insistía en el secreto del procedimiento. A los funcionarios les faltaban los contactos con la población; estaban bien pertrechados para los procesos medios ordinarios, uno de esos procesos se encarrila rápidamente y solo necesita de vez en cuando un empujón, pero frente a los asuntos muy sencillos o también frente a los especialmente difíciles se sienten a menudo desconcertados; como están continuamente metidos día y noche en sus leyes, no tienen afinado el sentido para las relaciones humanas y lo echan mucho en falta en esas ocasiones. Entonces acuden a los abogados para pedir consejo, y detrás de ellos un ujier lleva los expedientes que tan secretos son. Junto a aquella ventana podía encontrarse a algunos señores, a los que nunca se hubiera esperado encontrar allí, que, francamente desesperados, miraban a la calle en tanto que el abogado, en su mesa, estudiaba los expedientes para poder darles un buen consejo. Por lo demás, precisamente en aquellas ocasiones podía verse lo extraordinariamente en serio que se tomaban su profesión aquellos señores y cómo, ante obstáculos que, por su naturaleza, no podían superar, se sumían en una gran desesperación. Su situación tampoco era fácil por otros conceptos, no se debía cometer con ellos la injusticia de considerarla fácil. La jerarquía y el escalafón del sistema judicial eran infinitos e incluso imprevisibles para los iniciados. Sin embargo, el procedimiento ante los tribunales de justicia era en general secreto también para los funcionarios subalter-

nos, por lo que casi nunca podían seguir por completo, en su curso ulterior, los asuntos en que habían trabajado; los asuntos aparecían en su circunscripción sin que con frecuencia supieran de dónde venían, y continuaban su curso sin que supieran adónde iban. Por consiguiente, las enseñanzas que se podía sacar del estudio de las distintas fases del proceso, la decisión final y sus fundamentos, quedaban fuera del alcance de esos funcionarios. Tenían que ocuparse solo de la parte del proceso que la Ley les delimitaba y la mayoría de las veces sabían del resto, es decir de los resultados de su propio trabajo, menos que la defensa, que por regla general seguía en contacto con el acusado casi hasta el final del proceso. Así pues, también en ese sentido podían enterarse de muchas cosas valiosas por la defensa. Teniendo en cuenta todo ello, no podía sorprender a K. la irritabilidad de los funcionarios, que a veces se manifestaba hacia los encausados —todo el mundo lo experimentaba— de una forma ofensiva. Todos los funcionarios estaban irritados, incluso cuando parecían tranquilos. Naturalmente los pequeños abogados eran los que lo padecían especialmente. Se contaba, por ejemplo, la siguiente anécdota, que tenía muchas apariencias de verdad. Un viejo funcionario, señor bondadoso y tranquilo, tenía un asunto difícil, que se había complicado sobre todo por las peticiones de los abogados, y lo había estudiado sin interrupción un día y una noche enteros; esos funcionarios son realmente diligentes como nadie. Al llegar la mañana, después de veinticuatro horas de un trabajo probablemente no muy fructuoso, fue a la puerta de entrada, se escondió allí y empezó a lanzar escaleras abajo a todos los abogados que pretendían entrar. Los abogados se congregaron abajo en el descansillo y deliberaron sobre lo que debían hacer; por una parte, no tenían verdadero derecho a ser admitidos, por lo que difícilmente podían emprender jurídicamente acción alguna contra el funcionario, y debían guardarse también, como ya se ha dicho, de indisponerse con el cuerpo de funcionarios. Por otra, sin embargo, todo día no pasado en el tribunal era

para ellos un día perdido, de ahí su interés por entrar. Finalmente, se pusieron de acuerdo en fatigar al viejo funcionario. Una y otra vez enviaban a un abogado, que subía corriendo la escalera y entonces, ofreciendo la mayor resistencia posible, aunque pasiva, se dejaba arrojar escaleras abajo, en donde era recogido por sus compañeros. Eso duró alrededor de una hora, momento en que el viejo funcionario, que estaba ya agotado por su trabajo nocturno, se cansó realmente y regresó a su oficina. Los de abajo no querían creérselo al principio y enviaron primero a uno para que mirase tras la puerta y se asegurase de que no había realmente nadie. Solo entonces entraron, sin atreverse probablemente a refunfunar siquiera. Porque los abogados —e incluso el más pequeño de ellos tiene que comprender, al menos parcialmente, las circunstancias— no piensan en absoluto en introducir o tratar de lograr cualquier mejora en el tribunal, mientras que —y eso es muy significativo— casi todos los acusados, incluso personas muy simples, ya en la primerísima fase de su proceso comienzan a pensar en propuestas de mejora y malgastan así tiempo y energías que podrían utilizar mucho mejor de otra forma. Lo único que se puede hacer es adaptarse a las condiciones existentes. Incluso si fuera posible —aunque es una superstición absurda— mejorar detalles, se lograría algo, en el mejor de los casos, para asuntos futuros, pero con ello se habría perjudicado uno mismo inconmensurablemente, al atraer especialmente la atención del siempre vengativo cuerpo de funcionarios. ¡No hay que llamar la atención! ¡Conservar la calma, por mucho que no le gusten a uno las cosas! Tratar de comprender que ese gran organismo judicial permanece en cierto modo eternamente en equilibrio y que, cuando uno cambia por sí mismo algo de donde está, se está quedando sin suelo bajo los pies y puede hundirse, mientras que el gran organismo compensa en otro lugar —todo está relacionado— esa pequeña perturbación y permanece inmutable, si es que no se vuelve más vigilante, más severo, más malvado, lo que es más probable. Hay que dejar que los abo-

gados hagan su trabajo en lugar de estorbarlos. Los reproches no servían de mucho, especialmente cuando no se podía hacer comprender toda su significación, pero sin embargo había que decir cuánto había perjudicado K. su asunto con su comportamiento hacia el director de la secretaría. Aquel hombre influyente casi podía tacharse de la lista de aquellos frente a quienes se podía interceder por K. Con intención evidente, pasaba por alto hasta la más ligera mención de su proceso. En muchos aspectos, los funcionarios eran como niños. A menudo, por cosas inocentes —aunque entre ellas, por desgracia, no se encontraba el comportamiento de K.— podían ofenderse de tal modo que incluso dejaban de hablar con buenos amigos, se apartaban de ellos cuando los encontraban y trabajaban para perjudicarlos de todas las formas imaginables. Luego, sin embargo, un día, de manera sorprendente y sin motivo especial, se reían de alguna pequeña broma a la que solo se habían atrevido porque todo parecía sin esperanza, y se reconciliaban. Era al mismo tiempo difícil y fácil tratar con ellos, para eso no había principios fijos. A veces había que admirarse de que una sola vida bastase para aprender las cosas que hacían posible trabajar allí con algún éxito. Había sin embargo horas tristes, como todo el mundo tiene, en que uno creía no haber logrado lo más mínimo, y le parecía que solo los procesos destinados desde el principio a un feliz resultado terminaban bien, y que así hubiera ocurrido también sin su ayuda, mientras que todos los demás se perdían a pesar de todo el seguimiento, todos los esfuerzos, de todos los pequeños éxitos aparentes de los que tanto se había alegrado uno. Entonces, naturalmente, nada le parecía a uno seguro, y ni siquiera se atrevería a negar, ante determinadas preguntas, que algunos procesos que por su naturaleza se desarrollaban bien se habían torcido a causa de la ayuda prestada. También eso constituye al fin y al cabo una especie de presunción, pero es la única que queda entonces. Los abogados están especialmente expuestos a esos accesos —porque naturalmente son solo accesos, nada más—

cuando de pronto les quitan de las manos un proceso que han llevado muy lejos y de forma satisfactoria. Eso es sin duda lo peor que puede ocurrirle a un abogado. No es que el proceso se lo quite el acusado, eso no ocurre nunca, desde luego; un acusado que ha tomado a un abogado determinado tiene que quedarse con él, ocurra lo que ocurra. ¡Cómo podría seguir adelante solo, una vez que ha recabado ayuda! Por lo tanto, eso no ocurre, pero sí ocurre a veces que el proceso toma una dirección en la que el abogado no puede continuarlo. Se despoja sencillamente al abogado del proceso, del acusado y de todo; entonces, ni las mejores relaciones con los funcionarios sirven ya, porque ellos mismos no saben nada. El proceso ha entrado en una fase en la que no se puede ya prestar ayuda, en que trabajan en él tribunales inaccesibles, en que el acusado no es ya accesible para el abogado. Entonces el abogado vuelve un día a casa y se encuentra sobre la mesa las muchas peticiones que ha preparado con toda diligencia y con las más hermosas esperanzas en el asunto; le han sido devueltas porque no deben pasar a la nueva fase del proceso, son pedazos de papel sin valor. Sin embargo, el proceso no tiene por qué estar perdido aún, en absoluto, por lo menos no hay ninguna razón decisiva para suponerlo; sencillamente no se sabe nada más del proceso y tampoco se sabrá nunca más de él. Ahora bien, tales casos son por fortuna excepciones, e incluso aunque el proceso de K. fuera uno de ellos, de momento estaba muy lejos todavía de llegar a esa fase. Había aún abundantes oportunidades para el trabajo de un abogado y K. podía estar seguro de que serían aprovechadas. La petición, como había dicho, no había sido presentada todavía, pero eso no corría prisa; mucho más importantes parecían las entrevistas preliminares con los funcionarios competentes y se habían realizado ya. Con éxito diverso, como había que confesar abiertamente. Era mucho mejor no revelar de momento detalles que solo podían influir en K. desfavorablemente, haciéndole esperar demasiado o volviéndolo demasiado temeroso, bastaba con decir que

algunos se habían manifestado muy favorablemente y se habían mostrado también muy dispuestos a ayudar, mientras que otros se habían expresado de forma menos favorable, pero no habían rehusado en modo alguno su ayuda. Así pues, el resultado era en conjunto muy satisfactorio, aunque no se debía sacar de ello conclusiones especiales, porque todas las negociaciones preliminares comenzaban de forma semejante y solo la evolución posterior mostraba el valor de esas negociaciones. En cualquier caso, nada se había perdido aún, y si se conseguía ganarse al director de la secretaría, a pesar de todo —se habían hecho diversas gestiones con ese fin—, todo sería, como dicen los cirujanos, una herida limpia, y se podría aguardar con confianza la continuación.

En discursos de esa clase y semejantes, el abogado era inagotable. Se repetían en cada visita. Siempre había progresos, pero nunca se podía comunicar la naturaleza de esos progresos. Siempre estaba trabajando en la primera solicitud, pero nunca la terminaba, lo que la mayoría de las veces resultaba ser una gran ventaja en la próxima visita, porque los últimos tiempos, en contra de lo que se hubiera podido prever, habrían sido muy desfavorables para su presentación. Si K. observaba a veces, completamente agotado por aquel discurso, que incluso teniendo en cuenta todas las dificultades se avanzaba muy despacio, se le respondía que no se avanzaba despacio pero sin duda se estaría mucho más avanzado si K. hubiera recurrido a tiempo al abogado. Por desgracia, no lo había hecho, y esa omisión traería otras desventajas aún, no solo temporales.

La única interrupción bienhechora de aquellas visitas era Leni, que siempre se las arreglaba para llevar al abogado el té cuando K. estaba allí. Entonces se colocaba detrás de K., miraba aparentemente cómo el abogado, con una especie de avidez, se inclinaba profundamente sobre su taza, se servía té y se lo bebía, y dejaba que K. le cogiera en secreto la mano. Reinaba un silencio total. El abogado bebía, K. apretaba la mano de Leni y Leni se atrevía

a veces a acariciar suavemente el cabello de K. «¿Todavía estás aquí?», preguntaba el abogado cuando había terminado. «Quería llevarme la bandeja», decía Leni, había un último apretón de manos, y el abogado se limpiaba la boca y comenzaba a convencer a K. con nuevas fuerzas.

¿Era consuelo o desesperación lo que quería conseguir el abogado? K. no lo sabía, pero pronto consideró seguro que su defensa no estaba en buenas manos. Podía muy bien ser exacto todo lo que decía el abogado, aunque era también transparente que, en lo posible, trataba de darse importancia y probablemente nunca había llevado un proceso tan importante como, en su opinión, era el de K. Sin embargo, seguían siendo sospechosas sus relaciones personales con los funcionarios, continuamente puestas de relieve. ¿Eran utilizadas exclusivamente en provecho de K.? El abogado nunca olvidaba observar que se trataba de funcionarios subalternos, es decir, de funcionarios en una posición muy dependiente, para cuyo progreso ciertos cambios del proceso podían ser probablemente importantes. ¿Utilizaban quizá al abogado para conseguir esos cambios, naturalmente siempre desfavorables? Tal vez no lo hacían en todos los procesos, seguro, eso no era probable, tenía que haber sin duda procesos en cuyo transcurso concedían ventajas al abogado por sus servicios, porque al fin y al cabo debía interesarles también que conservara intacta su reputación. Sin embargo, si las cosas eran realmente así, ¿de qué forma intervendrían en el proceso de K., que, como explicaba el abogado, era un proceso muy difícil y por consiguiente importante, y desde el principio mismo había suscitado en el tribunal una gran expectación? No podía ser muy dudoso lo que harían. Se podía ver indicios de ello en el hecho mismo de que la primera petición no se hubiera presentado todavía, a pesar de que el proceso duraba ya meses, y de que, según las manifestaciones del abogado, se encontraba en sus comienzos, lo que naturalmente resultaba muy apropiado para adormecer al acusado y mantenerlo indefenso, y para sorprenderlo de pronto con una decisión o, por lo menos, con la notificación de que la primera

instrucción, desfavorable para él, se había remitido a instancias superiores.

Era absolutamente necesario que K. interviniera por sí mismo. Precisamente en estados de gran cansancio, como en aquella mañana de invierno en que, sin querer, todo le pasaba por la cabeza, aquella convicción era imposible de apartar. El desprecio que antes había sentido por el proceso no existía ya. Si hubiera estado solo en el mundo, habría podido despreciar fácilmente aquel proceso, aunque también estaba seguro de que, en ese caso, el proceso no se hubiera producido. Ahora, sin embargo, su tío lo había arrastrado al abogado y en ello intervenían consideraciones familiares; su posición no era ya totalmente independiente del curso del proceso; él mismo, de forma imprudente, había mencionado el proceso con cierta satisfacción inexplicable ante conocidos, otros habían sabido del proceso no se sabía cómo, su relación con la señorita Bürstner parecía fluctuar de acuerdo con el proceso; en pocas palabras, ya no podía elegir entre aceptar o rechazar el proceso, estaba metido en él y tenía que defenderse. Si se sentía cansado, mala cosa.

De todos modos, de momento no había motivo para una exagerada preocupación. En un tiempo relativamente breve, había sabido abrirse camino en el banco hasta su alto puesto y, reconocido por todos, mantenerse en él; ahora solo tenía que aplicar al proceso una parte de las facultades que se lo habían permitido, y no había duda de que todo resultaría bien. Sobre todo, si quería lograr algo era necesario rechazar de antemano toda idea de una posible culpa. No había ninguna culpa. El proceso no era otra cosa que un negocio importante, como él mismo había realizado ya a menudo en beneficio del banco, un negocio dentro del cual, como era la norma, acechaban diversos peligros que hacía falta alejar. Con ese fin, no se debía desde luego jugar con la idea de ninguna culpa, sino aferrarse en lo posible a la idea del propio interés. Desde este punto de vista, era también inevitable retirar muy pronto al abogado su representación, lo mejor sería aquella mis-

ma tarde. Sin duda, a juzgar por lo que él contaba, era algo inaudito y probablemente muy ofensivo, pero K. no podía tolerar que sus esfuerzos en el proceso tropezaran con obstáculos quizá puestos por su propio abogado. Sin embargo, una vez desembarazado del abogado, la petición debería ser presentada enseguida y, posiblemente, habría que insistir todos los días para que se tomase en consideración. Para ello no bastaría naturalmente con que K. se sentara en el pasillo como los otros, colocando su sombrero bajo el banco. Él mismo, o las mujeres u otros mensajeros tendrían que importunar día tras día a los funcionarios, obligándolos a que, en lugar de mirar al pasillo a través de la celosía, se sentaran a su mesa y estudiaran la petición de K. No había que cejar en esos esfuerzos, había que organizarlo y vigilarlo todo; por una vez, el tribunal debía tropezar con un acusado que sabía defender sus derechos.

Aunque K. se consideraba capaz de hacer todo eso, la dificultad de redactar la petición era abrumadora. Antes, aproximadamente hacía una semana, solo con un sentimiento de vergüenza había pensado que alguna vez podría ser necesario que él mismo hiciera una petición así, pero no había creído que eso pudiera ser difícil. Recordó que una vez, por la mañana, cuando estaba precisamente sobrecargado de trabajo, apartó de pronto todo y cogió un cuaderno para intentar esbozar los razonamientos de una petición de esa clase para, quizá, ponerlos a disposición del inepto de su abogado, y cómo, precisamente en ese momento, se abrió la puerta de la dirección y entró el director adjunto con una gran cajada. Fue muy penoso para K., a pesar de que el director adjunto, naturalmente, no se había reído de la petición, de la que nada sabía, sino de un chiste de la Bolsa que acababa de oír, un chiste que, para su comprensión, requería un dibujo que ahora el director adjunto, inclinado sobre el escritorio de K., trazaba con el lápiz que le había quitado de la mano en el cuaderno que había estado destinado a la petición.

Hoy K. no sabía nada de vergüenzas; había que redactar la petición. Si en la oficina no encontraba tiempo para ello, lo que era muy probable, tendría que hacerlo en casa por la noche. Y si las noches no bastaban, tendría que tomarse unas vacaciones. Sobre todo no detenerse a mitad de camino; eso era lo más insensato, no solo en los negocios sino siempre y en todas partes. La petición, evidentemente, significaba un trabajo casi interminable. No había que ser de carácter muy apocado para llegar a creer fácilmente que era imposible terminar nunca la petición. No por pereza o insidia, que eran lo único que podía estorbar al abogado, sino porque, en la ignorancia de la acusación existente, y mucho más de sus posibles implicaciones, había que repasar la vida entera en sus más pequeños actos y acontecimientos, relatarlos y examinarlos por todas partes. Y qué triste sería además ese trabajo. Era apropiado quizá para, un día, después de la jubilación, ocupar una mente infantilizada, ayudándola a pasar los largos días. Sin embargo ahora, cuando K. tenía que dedicar todo su pensamiento al trabajo, cuando cada hora, dado que estaba aún ascendiendo y significaba ya una amenaza para el director adjunto, pasaba con la mayor rapidez, y cuando quería disfrutar de su juventud durante las breves tardes y noches, justo ahora tenía que empezar a redactar esa petición. Una vez más, sus pensamientos se convirtieron en quejas. Casi involuntariamente, solo para poner fin a aquello, oprimió con el dedo el botón de la campanilla eléctrica que comunicaba con la antesala. Mientras apretaba, levantó la vista hacia el reloj de pared. Eran las once, se había pasado soñando dos horas, un tiempo largo y precioso, y naturalmente estaba más fatigado todavía que antes. En cualquier caso, no había sido tiempo perdido: había tomado decisiones que podían ser valiosas. El ordenanza trajo, además del correo diverso, dos tarjetas de visita de unos señores que desde hacía ya bastante tiempo aguardaban a K. Eran precisamente clientes muy importantes del banco, a los que, de hecho, en ningún caso se hubiera debido hacer esperar. ¿Por qué ve-

nían en un momento tan inoportuno y por qué, parecían preguntarse a su vez aquellos señores tras la puerta cerrada, el diligente K. dedicaba a sus asuntos privados la mejor hora de la jornada? Cansado de lo ocurrido anteriormente y cansado de lo que le esperaba a continuación, K. se puso en pie para recibir al primero.

Era un señor pequeño y alegre, un fabricante a quien K. conocía bien. Lamentó haber molestado a K. en medio de un trabajo importante, y K. lamentó a su vez haber hecho esperar tanto tiempo al fabricante. Sin embargo, expresó ese pesar de una forma tan mecánica y con una entonación tan falsa, que el fabricante, si no hubiera estado totalmente ocupado en su negocio, habría tenido que notarlo. En lugar de ello, sacó rápidamente cálculos y gráficos de todos los bolsillos, los desplegó ante K., explicó diversas partidas, corrigió un pequeño error de cálculo que le había llamado la atención incluso en aquella ojeada rápida, recordó a K. un negocio similar que había hecho con él hacía aproximadamente un año, mencionó de pasada que esta vez otro banco estaba dispuesto a grandes sacrificios para conseguir el negocio y enmudeció finalmente, para conocer la opinión de K. Efectivamente, K. había seguido al principio atentamente el discurso del fabricante, la idea de un importante negocio le había interesado también, pero por desgracia no por mucho tiempo; pronto había dejado de escuchar y durante un rato había asentido con la cabeza a las exclamaciones del fabricante, pero finalmente había dejado también de hacerlo, limitándose a contemplar su calva cabeza, inclinada sobre los papeles, y a preguntarse cuándo se daría cuenta el fabricante por fin de que todo su discurso era inútil. Cuando este se calló, K. creyó al principio que era realmente para darle oportunidad de reconocer que no era capaz de escuchar. Solo con pesar se dio cuenta, sin embargo, por la mirada tensa del fabricante, evidentemente preparado para todas las respuestas, de que tenía que continuar aquella conversación de negocios. De manera que bajó la cabeza como ante una orden y comenzó a recorrer lenta-

mente el papel con el lápiz, de un lado a otro, deteniéndose aquí o allá y mirando algunas cifras. El fabricante previó objeciones, quizá las cifras no eran realmente definitivas, quizá no eran lo decisivo, en cualquier caso, cubrió los papeles con la mano y comenzó de nuevo a hacer una exposición general del asunto, acercándose mucho a K. «Es difícil», dijo K., frunciendo los labios, y como los papeles, lo único tangible, permanecían cubiertos, se apoyó en el brazo del sillón. Apenas levantó la vista, se abrió la puerta de la dirección y apareció allí la figura del director adjunto, no muy definida, como detrás de un velo de gasa. K. no pensó más en ello sino que observó solo su efecto inmediato, para él muy agradable. Porque el fabricante saltó de su asiento en el acto y se precipitó hacia el director adjunto; K., sin embargo, hubiera deseado que fuera diez veces más rápido, porque temía que el director adjunto pudiera desaparecer de nuevo. Era un miedo injustificado, ya que los dos señores se encontraron, se dieron la mano y se dirigieron juntos hacia el escritorio de K. El fabricante se lamentó de haber encontrado en el apoderado tan poca disposición hacia su negocio, señalando a K., quien, bajo la mirada del director adjunto, se inclinaba otra vez sobre los papeles. Cuando entonces los dos se apoyaron en el escritorio y el fabricante comenzó a tratar de ganarse al director adjunto, para K. fue como si dos hombres, cuyo tamaño se imaginaba desmesurado, negociaran acerca de él mismo por encima de su cabeza. Lentamente, levantando los ojos con prudencia, trató de saber lo que estaba ocurriendo allí arriba, cogió del escritorio, sin mirar, uno de los papeles, se lo puso sobre la palma de la mano y lo alzó poco a poco, mientras él mismo se levantaba a la altura de los dos señores. Mientras tanto no pensaba en nada concreto, sino que actuaba solo con la sensación de que así tendría que comportarse cuando hubiera terminado la importante petición que habría de exculparlo por completo. El director adjunto, que participaba en la conversación con toda atención, echó solo una rápida ojeada al papel, no leyó siquiera lo que decía,

porque lo que era importante para el apoderado carecía de importancia para él, lo tomó de la mano de K. y dijo: «Gracias, lo sé ya todo», y volvió a dejarlo tranquilamente sobre la mesa. K. lo miró de soslayo con amargura. El director adjunto, sin embargo, no notó nada o, si lo notó, solo se animó más, se rió varias veces a carcajadas, con una aguda respuesta sumió al fabricante en desconcierto evidente, del que lo sacó, sin embargo, enseguida, haciéndose una objeción a sí mismo, y lo invitó finalmente a pasar a su despacho, en donde tendrían oportunidad de concluir el asunto. «Es un asunto muy importante», dijo al fabricante, «lo comprendo perfectamente. Y el señor apoderado», pero incluso al hacer esa observación hablaba únicamente, en realidad, con el fabricante, «estará sin duda encantado de que se lo quitemos de encima. El asunto requiere una reflexión tranquila. Él, sin embargo, parece estar hoy sobrecargado de trabajo, y además algunas personas llevan horas esperándolo en la antesala.» K. tuvo aún suficiente dominio de sí mismo para apartar la vista del director adjunto y dedicar solo al fabricante su sonrisa amable pero rígida; por lo demás no intervino: ligeramente inclinado, se apoyó con ambas manos en el escritorio, como un empleado detrás de su pupitre, y miró cómo los dos señores, sin dejar de hablar, recogían los papeles de la mesa y desaparecían hacia la dirección. En la puerta, el fabricante se volvió y dijo que no se despedía aún sino que, naturalmente, informaría al señor apoderado del resultado de la entrevista, y que también tenía que comunicarle algo de poca importancia.

K. estaba por fin solo. No tenía ninguna intención de hacer entrar a otros clientes y solo vagamente tuvo conciencia de lo agradable que era que las personas de fuera creyeran que seguía negociando con el fabricante y, por esa razón, ni siquiera el ordenanza entrase en su oficina. Fue a la ventana, se sentó en el antepecho, agarrándose de la falleba con una mano,° y miró afuera, a la plaza. La nieve seguía cayendo, todavía no había aclarado.

Estuvo así sentado largo tiempo, sin saber qué era lo que realmente le preocupaba; solo de cuando en cuando miraba asustado por encima del hombro hacia la puerta de la antesala, en donde, equivocadamente, había creído oír algún ruido. Sin embargo, como nadie entró, se tranquilizó, se dirigió al lavabo, se lavó con agua fría y volvió con la cabeza más despejada a su lugar en la ventana. La decisión de encargarse por sí mismo de su defensa le parecía ahora más grave de lo que había supuesto al principio. Mientras había descargado la defensa en el abogado, se había visto en el fondo poco afectado por el proceso, lo había observado de lejos y apenas había sido alcanzado por él; había podido inspeccionar cuando quería cómo estaba su asunto, pero había podido retirarse también cuando quería. Ahora, en cambio, si llevaba personalmente su defensa, tendría que quedar totalmente expuesto al tribunal, al menos de momento; verdad era que el resultado sería más adelante su liberación definitiva y total, pero para lograrlo tendría que moverse, provisionalmente al menos, en medio de peligros mucho mayores que hasta entonces. Si hubiera dudado de ello, su reunión de hoy con el director adjunto y con el fabricante lo habría convencido suficientemente de lo contrario. ¡Cómo se había quedado allí, totalmente aturdido simplemente por la decisión de defenderse por sí mismo! ¿Qué pasaría luego? ¿Qué días lo aguardaban! ¿Encontraría el camino que, a través de todo, lo llevase a un final feliz? ¿No significaría una defensa cuidadosa —y cualquier otra carecería de sentido—, no significaría una defensa cuidadosa también la necesidad de apartarse en lo posible de todo lo demás? ¿Podría soportarlo? ¿Y cómo podría hacerlo desde el banco? Al fin y al cabo, no se trataba solo de la petición, para la que unas vacaciones habrían bastado quizá, a pesar de que pedir unas vacaciones precisamente ahora habría sido muy arriesgado; se trataba de todo un proceso cuya duración era imprevisible. ¡Qué obstáculo habían lanzado de repente en la carrera de K.!

¿Y ahora tenía que trabajar para el banco? Miró su mesa de despacho. ¿Ahora tenía que hacer entrar a los

clientes y negociar con ellos? Mientras su proceso continuaba, mientras allí arriba en el desván los funcionarios del tribunal estudiaban los documentos de ese proceso, ¿tenía que ocuparse de los negocios del banco? ¿No parecía una tortura, aprobada por el tribunal, relacionada con el proceso y que lo acompañaba? Y en el banco, ¿tendrían en cuenta su especial situación al juzgar su trabajo? Nadie lo haría, nunca. Desde luego, su proceso no era totalmente desconocido, aunque todavía no resultaba muy claro quién sabía de él y cuánto. Sin embargo, era de esperar que el rumor no hubiera llegado hasta el director adjunto; de otro modo se habría visto ya claramente cómo, sin solidaridad ni humanidad algunas, lo utilizaba contra K. ¿Y el director? Indudablemente, estaba bien dispuesto hacia K. y probablemente, en cuanto hubiera sabido del proceso, habría querido aligerar su trabajo en lo que estuviera en su mano, pero difícilmente lo habría logrado, porque, ahora que el contrapeso que K. había representado hasta entonces comenzaba a debilitarse, K. se encontraba cada vez más bajo la influencia del director adjunto, quien, además, aprovechaba el mal estado de salud del director para reforzar su propio poder. Así pues, ¿qué podía esperar K.? Quizá debilitara con esas consideraciones su capacidad de resistencia, pero era necesario también no engañarse a sí mismo y verlo todo tan claramente como de momento fuera posible.

Sin motivo especial, únicamente para, de momento, no tener que volver todavía a su escritorio, abrió la ventana. Solo se podía abrir con dificultad y tuvo que hacer girar la falleba con las dos manos. Entonces, por todo lo ancho y lo alto de la ventana entró en la habitación un humo mezclado con niebla, llenándola de un ligero olor a quemado. También entraron algunos copos de nieve empujados por el viento. «Un otoño horrible», dijo detrás de K. el fabricante, que, volviendo de la oficina del director adjunto, había entrado en el despacho sin ser notado. K. asintió, mirando inquieto la cartera de documentos del fabricante, de la que sin duda sacaría ahora papeles para comunicar

a K. el resultado de las negociaciones con el director adjunto. El fabricante, sin embargo, siguió la mirada de K., dio un golpecito en su cartera y dijo sin abrirla: «Querrá usted saber cómo han ido las cosas. Regular. Ya tengo casi en el bolsillo la conclusión del contrato. Un hombre encantador, su director adjunto, pero no deja de ser peligroso». Se rió, estrechó la mano de K. y quiso hacerlo reír también. Sin embargo, a K. le pareció sospechoso que el fabricante no quisiera enseñarle los papeles y no encontró motivo de risa en la observación del fabricante. «Señor apoderado», dijo el fabricante, «sin duda le afecta el tiempo atmosférico. Hoy parece tan deprimido.» «Sí», dijo K., llevándose la mano a la sien, «dolor de cabeza, preocupaciones familiares.» «Tiene toda la razón», dijo el fabricante, que era un hombre apresurado y no podía escuchar a nadie tranquilamente, «todos tenemos nuestra cruz.» Involuntariamente, K. había dado un paso hacia la puerta, como si quisiera acompañar afuera al fabricante, pero este dijo: «Señor apoderado, tenía que comunicarle otra cosa. Mucho me temo que, precisamente hoy, le incoordinaré con ella, pero en los últimos tiempos he estado ya dos veces con usted y cada vez se me ha olvidado. Si lo sigo aplazando, perderá probablemente su sentido. Y sería una pena, porque, en el fondo, quizá lo que tengo que decirle no carezca de utilidad». Antes de que K. tuviera tiempo de responderle, el fabricante se le acercó, le dio un ligero golpecito en el pecho con los nudillos y dijo en voz baja: «Tiene usted un proceso, ¿verdad?». K. retrocedió y exclamó enseguida: «Eso se lo ha dicho el director adjunto». «Claro que no», dijo el fabricante, «¿cómo iba a saberlo el director adjunto?» «¿Y usted?», preguntó K., ya mucho más sereno. «Yo me entero de cosas del tribunal, aquí o allá», dijo el fabricante. «A eso se refiere precisamente lo que tengo que comunicarle.» «¡Hay tanta gente que tiene relación con el tribunal!», dijo K. con la cabeza baja, y llevó al fabricante hacia el escritorio. Volvieron a sentarse como antes, y el fabricante dijo: «Por desgracia no es mucho lo que tengo que comunicarle. Pero en esos

asuntos no hay que descuidar lo más mínimo. Además, tengo muchas ganas de ayudarlo, por modesta que sea mi ayuda. Hasta ahora hemos sido buenos amigos en los negocios, ¿no? Pues entonces». K. quiso excusarse por su comportamiento durante la entrevista de aquel día, pero el fabricante no quería ser interrumpido, se sujetó mejor la cartera bajo el brazo, para indicar que tenía prisa, y continuó: «Sé de su proceso por un tal Titorelli.° Es pintor, Titorelli es solo su nombre artístico, su verdadero nombre no lo sé. Desde hace años viene de cuando en cuando a mi oficina y me trae pequeños cuadros, por los que —es casi un mendigo— le doy siempre una especie de limosna. Son, por cierto, cuadros bonitos, paisajes de las landas y cosas así. Esas ventas —los dos nos habíamos acostumbrado ya— se desarrollaban sin problemas. En una ocasión, sin embargo, sus visitas se repitieron con demasiada frecuencia y se lo reproché, comenzamos a hablar, me interesaba cómo podía mantenerse solo pintando, y entonces supe con asombro que su principal fuente de ingresos es la pintura de retratos. Me dijo que trabajaba para el tribunal. Le pregunté que para qué tribunal. Y entonces me habló del tribunal. Sin duda, podrá imaginarse mejor que nadie lo asombrado que estaba yo con sus historias. Desde entonces, en cada una de sus visitas me entero de alguna novedad del tribunal y poco a poco adquiero cierta comprensión en la materia. De todas formas, Titorelli es un charlatán, y a menudo tengo que evitarlo, no solo porque, sin duda, miente también, sino sobre todo porque un hombre de negocios como yo, que casi sucumbe bajo sus propias preocupaciones, no puede ocuparse mucho de asuntos ajenos. Pero eso es solo accesorio. Quizá —he pensado— Titorelli pueda serle de alguna utilidad: conoce a muchos jueces y, aunque él mismo no debe de tener mucha influencia, puede aconsejarle sobre la forma de llegar a diversas personas influyentes. Y aunque esos consejos, en sí mismos, no sean decisivos, en mi opinión serán de gran importancia en su poder. Usted es casi un abogado. Suelo decir siempre: el apoderado K.

es casi un abogado. Oh, no me preocupa su proceso. Pero ¿quiere usted ver a Titorelli? Por recomendación mía, hará sin duda todo lo que sea posible. Creo realmente que debería ir a verlo. Naturalmente, no tiene que ser hoy; alguna vez, cuando se presente la ocasión. De todas formas —quiero añadir—, por el hecho de que yo le dé ese consejo no está obligado en lo más mínimo a ir realmente a ver a Titorelli. No, si cree poder prescindir de él, sin duda será mejor dejarlo de lado completamente. Quizá tiene usted ya un plan muy detallado y Titorelli podría estorbarlo. No, en ese caso, naturalmente, no vaya a verlo de ningún modo. Hace falta sin duda un gran dominio de sí mismo para dejarse aconsejar por un tipo así. Bueno, como quiera. Aquí está mi carta de recomendación y aquí la dirección».

Decepcionado, K. cogió la carta y se la metió en el bolsillo. Incluso en el más favorable de los casos, las ventajas que podía reportarle aquella recomendación eran desproporcionadamente menores que el perjuicio que suponía que el fabricante conociera su proceso y que el pintor propagara la noticia. Apenas consiguió decir unas palabras de agradecimiento al fabricante, que se dirigía ya a la puerta. «Iré a verlo», dijo, cuando se despedía del fabricante en la puerta, «o, como estoy muy ocupado, le escribiré para ver si quiere venir a verme a la oficina.» «Ya sabía que encontraría la mejor solución», dijo el fabricante. «De todas formas, pensé que preferiría no invitar a venir al banco a gente como ese Titorelli para hablar aquí con él del proceso. No siempre es beneficioso poner cartas en manos de esta gente. Pero sin duda ha pensado usted en todo y sabe lo que debe hacer.» K. asintió y acompañó al fabricante incluso a la antesala. Sin embargo, a pesar de su tranquilidad exterior, estaba asustado de sí mismo. Realmente solo había dicho que escribiría a Titorelli, para mostrar al fabricante de algún modo que sabía apreciar su recomendación y que estaba pensando en la posibilidad de ir a ver inmediatamente a Titorelli, pero si hubiera considerado útil el apoyo de este, no habría titu-

beado en escribirle. Sin embargo, solo por la observación del fabricante se había dado cuenta de los peligros que eso podía acarrearle. ¿Podía realmente fiarse tan poco de su propio juicio? Si era posible que invitase al banco a un personaje dudoso, mediante una carta explícita, para, separado solo por una puerta del director adjunto, pedirle consejo sobre su proceso, ¿no era posible e incluso probable que no viera otros peligros, o que se metiera en ellos? No siempre tenía a alguien para avisarle. Y precisamente ahora, cuando debía intervenir haciendo acopio de fuerzas, tenían que surgir esas dudas, hasta entonces desconocidas, sobre su propia cautela. ¿Iban a empezar también en el proceso las dificultades que encontraba para realizar su trabajo en la oficina? De todas formas, no comprendía cómo era posible que hubiera querido escribir a Titorelli para invitarle a venir al banco.

Todavía estaba sacudiendo la cabeza al respecto, cuando el ordenanza se le acercó y llamó su atención sobre los tres señores que se sentaban en un banco de la antesala. Hacía ya mucho tiempo que esperaban ser recibidos por K. Ahora que el ordenanza estaba hablando con K., se habían puesto en pie, y cada uno quería aprovechar la ocasión favorable para verlo antes que los otros. Puesto que el banco era tan desconsiderado como para hacerlos perder su tiempo allí en la sala de espera, tampoco ellos mismos querían ser considerados: «Señor apoderado», dijo uno de ellos. Sin embargo, K. había hecho ya que el ordenanza le trajera el abrigo y dijo a los tres, mientras se lo ponía con ayuda del ordenanza: «Perdónenme, señores; en este momento, por desgracia, no tengo tiempo de recibirlos. Les ruego que me disculpen, pero tengo que arreglar un asunto urgente y debo irme enseguida. Ya han visto cuánto tiempo me han retenido. ¿Serían tan amables de volver mañana o cuando quieran? O quizá podríamos hablar del asunto por teléfono. O bien me podrían decir ahora brevemente de qué se trata y les daría una respuesta detallada por escrito. Lo mejor sería de todos modos que vinieran en otra ocasión». Aquellas propuestas de K.

sumieron en tal asombro a los señores que, según resultaba ahora, habían aguardado de forma totalmente inútil, que se miraron unos a otros en silencio. «¿De acuerdo entonces?», preguntó K., vuelto hacia el ordenanza, que ahora le traía también el sombrero. Por la puerta abierta del despacho de K. se veía que afuera caía la nieve con más fuerza. Por ello K. se subió el cuello del abrigo y se lo abrochó hasta la barbilla.

Precisamente entonces salió el director adjunto de la habitación contigua, miró sonriente a K. con su abrigo puesto mientras negociaba con aquellos señores, y dijo: «¿Se va ya, señor apoderado?». «Sí», dijo K. irguiéndose, «tengo gestiones que hacer.» Pero el director adjunto se había vuelto ya hacia aquellos señores: «¿Y estos señores?», preguntó. «Creo que esperan desde hace tiempo.» «Nos hemos puesto ya de acuerdo», dijo K. Pero fue imposible contener a los señores, que dijeron que no habrían esperado durante horas si sus asuntos no hubieran sido importantes y no tuvieran que tratarlos ahora, detalladamente y en privado. El director adjunto los escuchó un momento, contempló también a K., que sostenía su sombrero en la mano y le quitaba algunas motas de polvo, y dijo luego: «Señores, hay una solución muy sencilla. Si se conforman conmigo, me ocuparé con mucho gusto de las negociaciones en lugar del señor apoderado. Naturalmente, hay que discutir enseguida sus asuntos. Somos hombres de negocios como ustedes y sabemos valorar debidamente el tiempo de los hombres de negocios. ¿Quieren pasar por aquí?». Y abrió la puerta que llevaba a la antesala de su despacho.

¡Cómo sabía el director adjunto apoderarse de todo lo que K., obligado por la necesidad, tenía que abandonar! Sin embargo ¿no estaba abandonando K. más de lo estrictamente necesario? Mientras él, con esperanzas inciertas y, como tenía que confesarse, muy escasas, corría a ver a un pintor desconocido, su prestigio sufría allí un daño irreparable. Probablemente hubiera sido mucho mejor quitarse de nuevo el abrigo para volver a ganarse al me-

nos a los dos caballeros que tenían que aguardar aún allí al lado. K. lo hubiera intentado probablemente, de no haber visto entonces cómo el director adjunto buscaba algo en las estanterías de su propio despacho, como si fuera suyo. Cuando K., excitado, se acercó a la puerta, el otro exclamó: «Ah, todavía no se ha ido». Volvió hacia él el rostro, cuyas muchas arrugas profundas no parecían indicar edad sino fuerza, y enseguida volvió a buscar. «Busco la copia de un contrato», dijo, «que el representante de la empresa afirma que debe de tener usted. ¿No quiere ayudarme?». K. dio un paso, pero el director adjunto dijo: «Gracias, lo he encontrado ya», y volvió a entrar en su despacho con un gran paquete de documentos, que no solo contenía la copia del contrato, sino también, sin duda, muchas otras cosas.

«Ahora no estoy a su altura», se dijo K., «pero cuando mis dificultades personales hayan sido eliminadas, él será realmente el primero en sentirlo, y de la forma más amarga posible.» Un tanto tranquilizado por ese pensamiento, K. encargó al ordenanza, que hacía ya rato mantenía abierta para él la puerta del pasillo, que informara al director, llegado el momento, de que estaba arreglando unos negocios, y salió del banco, casi feliz de poder dedicarse completamente por algún tiempo a su asunto.

Se dirigió inmediatamente en coche a casa del pintor, que vivía en un suburbio diametralmente opuesto al de las oficinas del tribunal. Era una vecindad todavía más pobre; las casas todavía más oscuras, las calles llenas de una suciedad que se desplazaba lentamente sobre la nieve fundida. En la casa en que el pintor vivía solo estaba abierta una de las hojas de la gran puerta; bajo la otra, en el muro, había un agujero del que, en el momento en que K. se acercaba, salió un repulsivo líquido humeante y amarillento ante el cual algunas ratas salieron huyendo al canal cercano. Al pie de la escalera había un niño pequeño, de bruces en el suelo, llorando, pero apenas se le podía oír a consecuencia del ruido ensordecedor que procedía de un taller de fontanería situado al otro lado de la puerta de

entrada. La puerta del taller estaba abierta; tres aprendices estaban de pie, en semicírculo, en torno a una pieza de metal que golpeaban con sus martillos. Una gran plancha de hojalata que colgaba de la pared arrojaba una luz pálida que se colaba entre dos aprendices, iluminando sus rostros y mandiles. K. echó a todo solo una ojeada rápida; quería acabar allí lo antes posible, hacer al pintor únicamente algunas preguntas inquisitivas y volver enseguida al banco. Si tenía allí éxito, por pequeño que fuera, ello tendría aún un efecto favorable en su trabajo en el banco. En el tercer piso tuvo que moderar el paso, estaba totalmente sin aliento; tanto los escalones como los pisos eran desmesuradamente altos y, al parecer, el pintor vivía en lo más alto, en una buhardilla. Además, el aire era muy sofocante, no había hueco en la escalera sino que los estrechos escalones estaban cerrados a ambos lados por paredes, en las que solo de vez en cuando y muy en alto se habían practicado pequeñas ventanas. En el momento en que K. se detuvo un instante, algunas niñas salieron corriendo de una vivienda y, riéndose, continuaron corriendo escaleras arriba. K. las siguió lentamente, alcanzó a una de las niñas, que había tropezado, quedándose retrasada, y le preguntó, mientras seguían los dos subiendo: «¿Vive aquí un pintor llamado Titorelli?». La niña, una niña un poco encorvada de apenas trece años, le dio un codazo, mirándolo de soslayo. Ni su juventud ni su defecto físico habían podido impedir que estuviera ya totalmente corrompida. Ni siquiera sonrió, sino que miró a K. seriamente, con una mirada viva y provocadora. K. fingió no darse cuenta de su actitud y le preguntó: «¿Conoces a un pintor Titorelli?». Ella asintió y preguntó a su vez: «¿Qué quiere de él?». A K. le pareció conveniente informarse un poco rápidamente sobre Titorelli: «Quiero que me pinte un retrato», dijo. «¿Que le pinte un retrato?», preguntó ella, abrió desmesuradamente la boca, golpeó a K. ligeramente con la mano, como si hubiera dicho algo extraordinariamente sorprendente o torpe, se recogió con las dos manos la faldita, de todas formas muy corta, y co-

rrió tan deprisa como pudo tras las otras niñas, cuyos gritos se perdían ya confusamente en las alturas. Sin embargo, en el recodo siguiente de la escalera, K. volvió a encontrarse a todas las niñas. Evidentemente, la jorobadita les había informado de las intenciones de K. y lo esperaban. Estaban de pie a ambos lados de la escalera, apretándose contra la pared para que K. pudiera pasar cómodamente y alisándose con las manos el delantal. Todos aquellos rostros y también el hecho de que formaran pasillo traslucía una mezcla de infantilismo y degeneración. Arriba, a la cabeza de las niñas que ahora se cerraban riendo detrás de K., estaba la jorobadita, que tomó el mando. K. tuvo que agradecerle el haber encontrado enseguida el camino. Él hubiera seguido subiendo derecho, pero ella le indicó que tenía que tomar una ramificación de la escalera para llegar hasta Titorelli. La escalera que llevaba hasta él era especialmente estrecha, muy larga, sin vueltas, podía abarcarse con la vista en toda su longitud y terminaba directamente en la puerta de Titorelli. Aquella puerta, que, a diferencia del resto de la escalera, estaba relativamente bien iluminada por un tragaluz situado en ángulo sobre ella, estaba hecha de tablas sin pintar, en las que aparecía trazado el nombre de Titorelli con anchas pinceladas de color rojo. Apenas había llegado K. con su séquito a la mitad de la escalera, cuando arriba, evidentemente a causa del ruido de los muchos pasos, la puerta se abrió un tanto y apareció en el quicio un hombre vestido solo, aparentemente, con un camisón. «¡Oh!», exclamó al ver venir al grupo, y desapareció. La jorobadita aplaudió de alegría y las otras niñas se apretaron detrás de K. para obligarlo a avanzar más deprisa.

Sin embargo, todavía no habían llegado arriba cuando el pintor abrió la puerta de par en par y, con una profunda reverencia, invitó a K. a entrar. A las niñas, en cambio, las rechazó: no quiso dejar entrar a ninguna, por mucho que le rogaron y por mucho que intentaran meterse dentro, si no con su permiso al menos en contra de su voluntad. Solo la jorobadita consiguió colarse por debajo de

su brazo extendido, pero el pintor corrió tras ella, la agarró por la faldita, le hizo dar una vuelta a su alrededor, y la depositó luego ante la puerta con las otras niñas, que, mientras el pintor había abandonado su puesto, no se habían atrevido a traspasar el umbral. K. no sabía cómo juzgar todo aquello, porque parecía que todo se desarrollaba con amistoso acuerdo. Las niñas de la puerta estiraban una tras otra el cuello y gritaban al pintor diversas bromas que K. no entendía, y también el pintor se rió mientras casi hacía volar por los aires a la jorobadita. Luego cerró la puerta, se inclinó otra vez ante K., le tendió la mano y dijo, presentándose: «Pintor Titorelli». K. señaló la puerta, tras la que las niñas cuchicheaban, y dijo: «Parece ser usted muy apreciado en esta casa». «¡Ah, esas crías!», dijo el pintor, intentando vanamente abrochase hasta el cuello el camisón. Por lo demás, estaba descalzo y vestido solo con unos anchos pantalones de lino amarillentos, sujetos con una correa cuyo largo extremo golpeaba de un lado a otro. «Esas crías son para mí una verdadera carga», continuó, mientras, dejando de ocuparse de su camisón, cuyo último botón acababa de caerse, traía una silla e invitaba a K. a sentarse. «Una vez pinté a una de ellas —ni siquiera está hoy— y desde entonces todas me persiguen. Mientras estoy aquí, solo entran cuando se lo permito, pero si me marchó, siempre hay una al menos aquí dentro. Se han hecho hacer una llave de mi puerta, que se prestan unas a otras. Apenas puede imaginarse lo molesto que es. Vengo a casa, por ejemplo, con una señora a la que tengo que pintar, abro la puerta con mi llave y me encuentro, digamos, a la jorobadita ahí junto a la mesita, que se está pintando los labios de rojo con un pincel, mientras sus hermanos pequeños, a los que tiene que cuidar, enredan por ahí, ensuciando todos los rincones del cuarto. O bien, como me ocurrió ayer, llego a casa tarde por la noche —a eso se debe, disculpe, mi estado y el desorden de la habitación—, bueno, llego a casa tarde por la noche y voy a meterme en la cama, cuando algo me pellizca en la pierna; miro bajo la cama y saco a una de

esas cosas. Por qué me acosan no lo sé; como habrá notado, no trato de atraerlas. Naturalmente, eso me molesta también en mi trabajo. Si no hubieran puesto gratis a mi disposición este estudio, hace tiempo que me habría mudado.» Precisamente entonces una vocecita, tierna y temerosa, gritó detrás de la puerta: «Titorelli, ¿podemos entrar ya?». «No», respondió el pintor. «¿Yo sola tampoco?», volvió a preguntar la voz. «Tampoco», dijo el pintor, yendo a la puerta y echando el cerrojo.

K., entretanto, había echado una ojeada al cuarto; nunca hubiera imaginado que se pudiera llamar estudio a aquel cuartito miserable. Apenas se podía dar más de dos zancadas a lo largo y a lo ancho. Todo, suelo, paredes y techo, era de madera, y entre las tablas se veían pequeñas grietas. Frente a K., contra la pared, estaba la cama, cubierta con ropa de cama de distintos colores. En medio de la habitación había, sobre un caballete, un cuadro tapado por una camisa cuyas mangas colgaban hasta el suelo. Detrás de K. estaba la ventana, a través de la cual, en la niebla, no se podía ver otra cosa que el tejado cubierto de nieve de la casa vecina.

El giro de la llave en la cerradura recordó a K. que había querido irse pronto. Por eso sacó la carta del fabricante de su bolsillo, se la tendió al pintor y dijo: «A través de este caballero, conocido suyo, he sabido de usted, y he venido aquí siguiendo su consejo». El pintor leyó la carta por encima y la tiró sobre la cama. Si el fabricante no hubiera hablado con toda claridad de Titorelli como conocido suyo, como un pobre hombre que dependía de sus limosnas, se hubiera podido creer realmente que Titorelli no conocía al fabricante o, por lo menos, no se acordaba de él. Además, el pintor preguntó entonces: «¿Quiere usted comprar cuadros o hacerse un retrato?». K. lo miró asombrado. ¿Qué ponía realmente en la carta? K. había supuesto lógicamente que el fabricante decía en ella al pintor que K. no quería otra cosa que informarse sobre su proceso. ¡Había ido allí con demasiada prisa y sin reflexionar! Sin embargo, ahora tenía que responder algo al

pintor, y dijo, echando una ojeada al caballete: «¿Trabaja ahora en un cuadro?». «Sí», dijo el pintor, arrojando sobre la cama, después de la carta, la camisa que colgaba sobre el caballete. «Es un retrato. Un buen trabajo, pero no terminado todavía.» La casualidad favorecía a K.: se le ofrecía literalmente la posibilidad de hablar del tribunal, porque era sin ninguna duda el retrato de un juez. Era además sorprendentemente parecido al cuadro del gabinete del abogado. Se trataba, es cierto, de un juez muy distinto, un hombre grueso de barba negra y poblada que le subía mucho por las mejillas; por lo demás, aquel otro cuadro era un óleo, mientras que este estaba esbozado débil y borrosamente al pastel. Sin embargo, todo lo demás era semejante, porque también en este caso el juez estaba a punto de levantarse amenazador de su trono, cuyo brazo agarraba. «Es un juez», hubiera querido decir K. enseguida, pero se contuvo de momento y se acercó al cuadro como si quisiera estudiar sus detalles. No pudo explicarse una gran figura que aparecía en el centro, sobre el respaldo del trono, y le preguntó sobre ella al pintor. «Hay que trabajarla todavía un poco», respondió él, tomó de una mesita un lápiz pastel y dibujó un poco los contornos de la figura, sin que por ello le resultara a K. más clara. «Es la Justicia», dijo el pintor por fin. «Ahora la reconozco», dijo K., «aquí está la venda en los ojos y aquí la balanza. Pero ¿no tiene alas en los talones y no está corriendo?» «Sí», dijo el pintor, «tengo que pintarla así por encargo; en realidad es la Justicia y la diosa de la Victoria al mismo tiempo.» «No es una buena combinación», dijo K. sonriendo, «la Justicia tiene que reposar; si no, se moverá la balanza y será imposible una sentencia justa.» «Tengo que someterme a quien me ha hecho el encargo», dijo el pintor. «Desde luego», dijo K., que no había querido molestar a nadie con su observación. «Usted ha pintado esa figura tal como está realmente sobre el trono.» «No», dijo el pintor, «no he visto esa figura ni ese trono, todo es invención, pero me dijeron lo que tenía que pintar.» «¿Cómo?», preguntó K., fingiendo

intencionadamente que no comprendía del todo al pintor. «Sin embargo, es un juez que se sienta en un sillón de juez.» «Sí», dijo el pintor, «pero no es un juez de alta categoría y nunca se ha sentado en un trono así.» «Y, sin embargo, ¿se deja pintar en una actitud tan solemne? Está ahí como un presidente de tribunal.» «Sí, esos señores son vanidosos», dijo el pintor. «Pero tienen autorización superior para hacerse pintar así. A cada uno se le prescribe exactamente cómo puede hacerse pintar. Por desgracia, sin embargo, no se pueden juzgar en ese cuadro los detalles de la toga y del asiento, el pastel no resulta apropiado para representarlos.» «Sí», dijo K., «es curioso que esté pintado al pastel.» «El juez lo quería así», dijo el pintor, «el retrato está destinado a una dama.» La vista del cuadro parecía haberle dado deseos de trabajar, se recogió las mangas del camión, tomó algunos lápices y K. vio cómo, bajo las temblorosas puntas de los pasteles, se iba formando en torno a la cabeza del juez una sombra rojiza que, en forma de rayos, se desvanecía hacia los bordes del cuadro. Poco a poco, el juego de sombras iba rodeando la cabeza como un adorno o una alta distinción. Sin embargo, en torno a la figura de la Justicia siguió reinando la claridad, salvo un matiz imperceptible; en medio de aquella claridad, la figura parecía destacarse especialmente, apenas recordaba ya a la diosa de la Justicia, pero tampoco a la de la Victoria; ahora parecía totalmente la diosa de la caza. El trabajo del pintor interesaba a K. más de lo que hubiera querido; finalmente, sin embargo, se reprochó haber estado tanto tiempo allí sin haber hecho en el fondo nada por su asunto. «¿Cómo se llama ese juez?», preguntó de pronto. «Eso no puedo decirlo», respondió el pintor; estaba profundamente inclinado sobre el cuadro y desatendía claramente a su huésped, al que había recibido al principio con tanta consideración. K. lo atribuyó al capricho y se irritó por perder tanto tiempo así. «¿Sin duda es usted hombre de la confianza del tribunal?», inquirió. Inmediatamente el pintor dejó los lápices a un lado, se enderezó, se frotó las manos y miró a K. son-

riendo. «La verdad es lo primero», dijo. «Usted quiere saber algo del tribunal, como dice su carta de recomendación, pero ha empezado a hablar de mis cuadros para conquistarme. Sin embargo, no se lo tomo a mal: la verdad es que no podía saber que no es esa la forma de tratarme. ¡Por favor!», dijo rechazándolo tajantemente cuando K. quiso objetar algo. Y continuó luego: «Por lo demás, tiene usted toda la razón en lo que ha dicho: soy hombre de la confianza del tribunal». Hizo una pausa, como si quisiera dar tiempo a K. para acostumbrarse al hecho. Otra vez se oía a las niñas detrás de la puerta. Probablemente se agrupaban en torno al ojo de la cerradura, quizá se podía ver también dentro del cuarto a través de las grietas. K. renunció a disculparse de algún modo, porque no quería distraer al pintor, pero desde luego tampoco quería que el pintor se sintiera demasiado importante, haciéndose así en cierto modo inaccesible, y por eso le preguntó: «¿Es una posición reconocida oficialmente?». «No», dijo el pintor brevemente, como si con ello no pudiera seguir hablando. K., sin embargo, no quería que enmudeciera y dijo: «Bueno, a menudo esas posiciones no reconocidas oficialmente son más influyentes que las reconocidas». «Ese es exactamente mi caso», dijo el pintor, asintiendo con la frente fruncida. «Ayer hablé de su asunto con el fabricante, me preguntó si no quería ayudarlo y le respondí: “Que venga a verme”, y ahora me alegro de que haya venido tan pronto. El asunto parece afectarle mucho, lo que naturalmente no me extraña. ¿No querría quizá quitarse el abrigo?» Aunque K. solo tenía la intención de permanecer allí muy poco rato, acogió con agrado la invitación del pintor. El aire del cuarto le había ido resultando poco a poco sofocante, y ya varias veces había mirado asombrado una pequeña estufa de hierro, que indudablemente no estaba encendida; el calor del cuarto era inexplicable. Mientras K. se quitaba el abrigo y se desbrochaba también la chaqueta, el pintor dijo disculpándose: «Necesito calor. Aquí se está muy bien, ¿verdad? En ese sentido, la habitación está muy bien situada». K. no

dijo nada, pero no era realmente el calor lo que le producía malestar, sino aquel aire húmedo que casi impedía respirar; sin duda hacía tiempo que no se ventilaba el cuarto. Esa incomodidad se acentuó aún porque el pintor le rogó que se sentara en la cama, mientras él mismo se sentaba en la única silla del cuarto, delante del caballete. Por lo demás, el pintor no pareció comprender por qué se sentaba K. al borde de la cama, y le rogó que se pusiera cómodo y, como K. titubeara, él mismo hizo que se hundiera profundamente entre colchas y cojines. Luego volvió a su silla y formuló por fin la primera pregunta concreta, que hizo que K. se olvidara de todo lo demás. «¿Es usted inocente?», preguntó. «Sí», dijo K. La respuesta a esa pregunta le causó realmente alegría, especialmente porque la dirigía a un particular, es decir, a alguien sin ninguna clase de responsabilidad. Nadie le había preguntado aún tan francamente. Para saborear su alegría hasta el final, añadió: «Soy completamente inocente». «Ya», dijo el pintor, bajó la cabeza y pareció reflexionar. De pronto levantó de nuevo la cabeza y dijo: «Si es usted inocente, el asunto es muy sencillo». La mirada de K. se nubló: aquel supuesto hombre de confianza del tribunal hablaba como un niño ignorante. «Mi inocencia no simplifica el asunto», dijo K. A pesar de todo tuvo que sonreír y movió lentamente la cabeza. «Todo depende de muchas sutilezas en las que el tribunal se pierde. Al final, sin embargo, saca de alguna parte, en donde al principio no había nada, una enorme culpa.» «Sí, sí, sin duda», dijo el pintor, como si K. turbara innecesariamente su razonamiento. «Pero ¿no es usted inocente?» «Bueno, sí», dijo K. «Eso es lo principal», dijo el pintor. No le hacían efecto los argumentos contrarios, pero a pesar de su decisión no resultaba claro si hablaba así por convicción o solo por indiferencia. K. quiso averiguarlo primero y por ello dijo: «Sin duda usted conoce el tribunal mucho mejor que yo; yo no sé al respecto más que lo que he oído, aunque de personas muy distintas. Sin embargo, en una cosa estaban todas de acuerdo: en que no se formulan acusacio-

nes a la ligera y el tribunal, cuando acusa, está firmemente convencido de la culpabilidad del acusado y solo con dificultad se deja disuadir de esa convicción». «¿Con dificultad?», preguntó el pintor, levantando una mano. «Nunca se puede disuadir al tribunal. Si pintara a todos los jueces uno al lado de otro sobre un lienzo y se defendiera usted ante ese lienzo, tendría más éxito que ante el verdadero tribunal.» «Sí», dijo K. para sus adentros, olvidando que solo había querido sondear al pintor.

Otra vez comenzó a preguntar la niña de detrás de la puerta: «Titorelli, ¿no se va a ir ya pronto?». «Silencio», exclamó el pintor hacia la puerta, «¿es que no veis que estoy conversando con este señor?». Sin embargo, la niña no se dio por satisfecha y preguntó: «¿Vas a pintarlo?». Y, como el pintor no respondió, añadió: «Por favor, no lo pintes, es un hombre tan feo». Siguió una confusión de gritos de aprobación incomprensibles. El pintor dio un salto hacia la puerta, la entreabrió —se vieron las manos juntas de las niñas, extendidas en actitud implorante— y dijo: «Si no os estáis calladas, os tiraré a todas por las escaleras. Sentaos ahí en los escalones y no hagáis ruido». Probablemente no le obedecieron enseguida, porque tuvo que ordenar: «¡Sentaos en los escalones!». Solo entonces se hizo el silencio.

«Perdone», dijo el pintor cuando volvió con K. Este apenas se había vuelto hacia la puerta, dejando por completo al pintor decidir si debía protegerlo y cómo. Tampoco hizo apenas movimiento alguno cuando el pintor se inclinó hacia él y le susurró al oído, para que no lo oyeran desde fuera: «También esas niñas forman parte del tribunal». «¿Cómo?», dijo K., ladeó la cabeza y miró al pintor. Este, sin embargo, volvió a sentarse en su silla y dijo medio en broma y medio como explicación: «Todo forma parte del tribunal». «No me había dado cuenta todavía», dijo K. brevemente; la observación general del pintor quitaba a su referencia a las niñas todo aspecto intranquilizador. Sin embargo, K. miró un momento a la puerta, detrás de la cual las niñas se mantenían ahora

quietas sobre los escalones. Solo una había metido una paja por una grieta de las tablas y la movía lentamente arriba y abajo.

«No parece usted tener aún una idea general del tribunal», dijo el pintor; tenía las piernas estiradas y muy abiertas y golpeaba en el suelo con la punta de los pies. «Pero, como es usted inocente, tampoco la necesitará. Yo solo lo sacaré de esto.» «¿Cómo va a hacerlo?», preguntó K. «Usted mismo me ha dicho hace un momento que el tribunal es totalmente impermeable a las pruebas.» «Impermeable solo a las pruebas que se presentan al tribunal», dijo el pintor, levantando el índice, como si K. no hubiera percibido una sutil diferencia. «Se comporta de otra forma con lo que se intenta al respecto por detrás de las vistas públicas, es decir, en las salas de deliberación, en los pasillos o, por ejemplo, en este estudio.» Lo que el pintor decía ahora no parecía ya a K. tan increíble, más bien mostraba una gran coincidencia con lo que había oído también de otras personas. Sí, incluso era muy esperanzador. Si los jueces eran realmente tan fáciles de manejar como había dicho el abogado, las relaciones del pintor con los vanidosos jueces eran especialmente importantes y no debían subestimarse en ningún caso. Eso hacía que el pintor se integrara muy bien en el círculo de personas dispuestas a ayudarlo que K. iba reuniendo gradualmente a su alrededor. Un día, en el banco, habían elogiado su talento organizador; ahora que dependía únicamente de sí mismo, era una buena ocasión de demostrar todo lo que daba de sí. El pintor observaba el efecto que había causado su explicación en K., y dijo luego con cierto temor: «¿No le llama la atención que hable casi como un jurista? Es el trato ininterrumpido con los señores del tribunal lo que tanto me influye. Naturalmente, obtengo mucho provecho de ello, pero mi impulso artístico se pierde en gran parte». «¿Cómo entró usted por primera vez en relación con los jueces?», preguntó K; quería ganarse la confianza del pintor, antes de tomarlo francamente a su servicio. «Fue muy fácil», dijo el pintor, «heredé esa rela-

ción. Ya mi padre fue pintor del tribunal. Es un puesto que se hereda siempre. Para eso no se puede utilizar a gente nueva. Efectivamente, para pintar a los funcionarios de distintos grados hay reglas tan diversas, numerosas y, sobre todo, secretas, que no se conocen siquiera fuera de determinadas familias. En ese cajón, por ejemplo, tengo notas de mi padre que no muestro a nadie. Solo quien las conoce es capaz de pintar a los jueces. Sin embargo, incluso si las perdiera, serían tantas las reglas que solo yo tengo en la cabeza, que nadie podría disputarme el puesto. Todo juez quiere ser pintado como fueron pintados los antiguos y grandes jueces, y eso solo puedo hacerlo yo.» «Eso es envidiable», dijo K., pensando en su puesto en el banco. «¿Entonces su puesto es inamovible?» «Sí, inamovible», dijo el pintor, encogiéndose orgulloso de hombros. «Por eso puedo atreverme de cuando en cuando a ayudar a algún pobre hombre que tiene un proceso.» «¿Y cómo lo hace?», preguntó K., como si no fuera a él a quien el pintor acababa de llamar pobre hombre. Pero el pintor no se dejó distraer y dijo: «En su caso, por ejemplo, como es usted completamente inocente, haré lo siguiente». La reiterada mención de su inocencia molestaba ya a K. A veces le parecía como si el pintor hiciera del resultado favorable de su proceso la condición para su ayuda, con lo que esta, naturalmente, caía por su base. A pesar de sus dudas, K. se contuvo y no interrumpió al pintor. No quería renunciar a su ayuda, a eso estaba decidido, y por lo demás esa ayuda no le parecía en absoluto más discutible que la del abogado. K. la prefería con mucho, porque era ofrecida de una manera mucho más ingenua y franca.

Titorelli acercó su silla a la cama y continuó, con voz apagada: «Me he olvidado de preguntarle ante todo qué clase de liberación quiere. Hay tres posibilidades, a saber, la absolución auténtica, la absolución aparente y el aplazamiento indefinido. La absolución auténtica es naturalmente la mejor, pero no tengo la más mínima influencia en esa clase de solución. En mi opinión, no hay nadie que tenga influencia en la absolución auténtica. En ese caso

decide probablemente solo la inocencia del acusado. Como es usted inocente, sería realmente posible que confiara únicamente en su inocencia. Pero entonces no necesitaría mi ayuda ni ninguna otra».

Aquella descripción metódica dejó estupefacto a K. al principio, pero luego dijo, en voz tan baja como el pintor: «Creo que se contradice usted». «¿Por qué?», preguntó el pintor pacientemente, reclinándose mientras sonreía. Aquella sonrisa dio a K. la sensación de que se trataba de descubrir contradicciones no tanto en las palabras del pintor como en el procedimiento judicial mismo. Sin embargo, no cejó y dijo: «Antes ha señalado que el tribunal es impermeable a las pruebas, luego lo ha limitado a las vistas públicas y ahora dice incluso que el inocente no necesita ayuda alguna ante el tribunal. En eso hay ya una contradicción. Además, ha dicho anteriormente que se puede influir en los jueces personalmente, pero ahora niega que la absolución auténtica, como usted la llama, pueda conseguirse nunca por medio de esa clase de influencias. En eso está la segunda contradicción». «Esas contradicciones son fáciles de explicar», dijo el pintor. «He hablado de dos cosas distintas: de lo que dice la Ley y de lo que he sabido por mi experiencia personal, no debe usted confundirlas. En la Ley, aunque no la he leído, dice naturalmente, por una parte, que el inocente será absuelto, y por otra no dice que se pueda influir en los jueces. Ahora bien, mi experiencia es exactamente la contraria. No conozco ninguna absolución auténtica, pero sí, en cambio, muchas influencias. Naturalmente, es posible que entre todos los casos que conozco no hubiera ninguno de inocencia. Sin embargo, ¿no es improbable? En tantos casos, ¿ni uno solo de inocencia? Ya de niño escuchaba atentamente a mi padre cuando, en casa, hablaba de los procesos; también los jueces que iban a su estudio hablaban del tribunal, en nuestros círculos no se habla de otra cosa; apenas tuve posibilidad de ir yo mismo al tribunal, la aproveché siempre, he presenciado innumerables procesos en fases importantes y los he seguido en la medida en que era po-

sible, y –tengo que confesarlo– no he conocido una sola absolución auténtica.» «Así que ni una sola», dijo K. como si hablara consigo mismo y con sus esperanzas. «Eso confirma la opinión que ya tengo del tribunal. Por consiguiente, también por ese lado carece de sentido. Un solo verdugo podría sustituir al tribunal entero.» «No tiene que generalizar», dijo el pintor descontento, «solo he hablado de mis experiencias.» «Que bastan», dijo K., «¿o es que ha oído hablar de absoluciones de épocas anteriores?» «Debe de haberlas habido, en cualquier caso», respondió el pintor. «Pero es muy difícil comprobarlo. Las decisiones finales del tribunal no se publican, ni siquiera son accesibles a los jueces; como consecuencia, sobre los casos judiciales solo se han conservado leyendas. Estas hablan siempre de una mayoría de absoluciones auténticas, se puede creer en ellas, pero no son demostrables. No obstante, no se las debe descuidar, sin duda contienen cierta verdad, y además son muy hermosas; yo mismo he pintado algunos cuadros cuyo tema son esas leyendas.» «Las simples leyendas no cambiarán mi opinión», dijo K., «y sin duda no se podrá citar tampoco esas leyendas ante el tribunal.» El pintor se rió. «No, no se puede», dijo. «Entonces es inútil hablar de ellas», dijo K.; de momento quería aceptar todas las opiniones del pintor, aunque las considerase improbables y contradijeran otras informaciones. No tenía tiempo ahora para comprobar su veracidad, ni mucho menos para refutarlas, y habría logrado ya lo máximo si inducía al pintor a ayudarle de alguna forma, aunque no fuera decisiva. Por eso dijo: «Vamos a prescindir pues de la absolución auténtica; sin embargo, usted mencionó otras dos posibilidades». «La absolución aparente y el aplazamiento indefinido. Solo puede tratarse de ellas», dijo el pintor. «Pero antes de que hablemos, ¿no quiere quitarse la chaqueta? Sin duda tiene calor.» «Sí», dijo K., que hasta entonces no había prestado atención más que a las explicaciones del pintor, pero que, ahora que le había recordado el calor, sentía la frente inundada de sudor. «Es casi insoportable.» El pintor asin-

tió, como si comprendiera muy bien el malestar de K. «¿No se podría abrir la ventana?», preguntó K. «No», dijo el pintor. «No es más que un cristal encastrado, no se puede abrir.» Entonces se dio cuenta K. de que todo el tiempo había esperado que, de pronto, el pintor o él mismo irían a la ventana y la abrirían de par en par. Incluso estaba dispuesto a respirar la niebla con la boca abierta. La sensación de estar completamente aislado del aire le producía mareos. Golpeó ligeramente con la mano en la colcha que tenía al lado, y dijo con voz débil: «Esto es incómodo y malsano». «Oh, no», dijo el pintor en defensa de su ventana. «Como no se puede abrir, a pesar de que es un cristal sencillo, el calor se conserva mejor que con una ventana doble. Pero si quiero ventilar, lo que no es muy necesario porque el aire entra por todas partes a través de las grietas de las tablas, puedo abrir una de mis puertas, o incluso las dos.» K., un tanto tranquilizado por esa explicación, miró a su alrededor para encontrar la segunda puerta. El pintor se dio cuenta y dijo: «Está detrás de usted, he tenido que bloquearla con la cama». Solo entonces vio K. la puertecita de la pared. «Todo es aquí demasiado pequeño para un estudio», dijo el pintor, como si quisiera anticiparse a una crítica de K. «He tenido que instalarme como he podido. La cama delante de la puerta está, naturalmente, en mal lugar. Por ejemplo, el juez al que estoy pintando ahora entra siempre por la puerta que está junto a la cama, y le he dado también una llave de esa puerta para que, aunque yo no esté en casa, pueda aguardarme en el estudio. Ahora bien, normalmente viene muy temprano por la mañana, cuando yo duermo todavía. Naturalmente, siempre me arranca del sueño más profundo cuando abre la puerta de al lado de mi cama. Perdería usted todo respeto por los jueces si oyera las maldiciones con que lo recibo cuando, muy temprano, trepa por mi cama. Podría quitarle la llave, pero sería peor. Aquí se puede, con un esfuerzo mínimo, sacar de sus goznes todas las puertas.» Durante todo este discurso, K. reflexionaba si debía quitarse la chaqueta, hasta que fi-

nalmente comprendió que si no lo hacía sería incapaz de permanecer allí más tiempo; por consiguiente se quitó la chaqueta, pero se la puso sobre las rodillas, para poder volver a ponérsela enseguida si la entrevista terminaba. Apenas se había quitado la chaqueta, una de las niñas gritó: «Se ha quitado ya la chaqueta», y se oyó cómo todas se apretujaban contra las grietas para poder ver el espectáculo. «Las niñas», dijo el pintor, «creen que voy a pintarlo y que por eso se está quitando la ropa.» «Ah», dijo K., no muy divertido, porque no se sentía mejor que antes, a pesar de estar ahora en mangas de camisa. Casi malhumorado preguntó: «¿Cómo llamó a las otras dos posibilidades?». Había vuelto a olvidar las expresiones. «Absolución aparente y aplazamiento indefinido», dijo el pintor. «La elección depende de usted. Las dos pueden conseguirse con mi ayuda, naturalmente no sin esfuerzo; la diferencia al respecto es que la absolución aparente requiere un esfuerzo concentrado, aunque temporal, y el aplazamiento indefinido un esfuerzo mucho menor, pero continuo. Hablemos primero, pues, de la absolución aparente. Si lo desea, le escribiré en una hoja de papel un certificado de inocencia. El texto de ese certificado me fue transmitido por mi padre y es totalmente irrefutable. Con ese certificado hago la ronda de los jueces que conozco. Comienzo, por ejemplo, con el juez que estoy pintando ahora, y esta noche, cuando venga a posar, le presento el certificado. Le presento el certificado y le explico que es usted inocente y que respondo de su inocencia. Sin embargo, no se trata de una garantía simplemente formal, sino realmente vinculante.» En la mirada del pintor había como un reproche porque K. quisiera imponerle la carga de esa garantía. «Sería muy amable», dijo K. «¿Y el juez le creerá y, sin embargo, no me absolverá realmente?» «Ya se lo he dicho», respondió el pintor. «Por lo demás, no es nada seguro que todos los jueces me crean; algunos, por ejemplo, exigirán que lo conduzca a su presencia. Y entonces tendrá que venir. De todos modos, en un caso así el asunto está ya medio ganado, sobre todo por-

que, como es natural, le diré exactamente cómo tiene que comportarse ante el juez en cuestión. Será peor en el caso de los jueces que de antemano —y eso ocurrirá— me rechacen. A esos tendremos que renunciar, aunque desde luego no dejaré de hacer múltiples intentos, pero podremos permitirnoslo, porque los jueces aislados no son decisivos. Cuando tenga en ese certificado un número suficiente de firmas de jueces, iré con él al juez que esté llevando su proceso en ese momento. Posiblemente tendré también su firma, y entonces todo se desarrollará un poco más deprisa que normalmente. En general, entonces no hay muchos obstáculos, esa es para el acusado la época de mayor confianza. Es curioso pero cierto: la gente tiene en esa época más confianza que después de la absolución. No hacen falta ya esfuerzos especiales. El juez tiene con el certificado la garantía de cierto número de jueces, puede absolverlo sin preocupaciones y, si bien después de cumplir diversas formalidades, lo hará para agradarme a mí y agradar a otros amigos. Usted, sin embargo, saldrá del tribunal y será libre.» «Entonces ¿seré libre?», dijo K. dudando. «Sí», dijo el pintor, «pero solo aparentemente libre o, más exactamente, provisionalmente libre. Porque los jueces subalternos, entre los que se encuentran los que yo conozco, no pueden absolver definitivamente; ese derecho solo lo tiene el tribunal superior, totalmente inalcanzable para usted, para mí y para todos. Cómo son las cosas allí no lo sabemos y, dicho sea de paso, tampoco queremos saberlo. Así pues, nuestros jueces no tienen el gran privilegio de liberar de la acusación, pero sí el de desprender de ella. Eso quiere decir que, cuando es usted absuelto de esa forma, de momento queda sustraído a la acusación, pero esta se sigue cerniendo sobre usted y, en cuanto llega una orden superior, puede entrar en vigor inmediatamente. Como estoy en buena relación con el tribunal, puedo decirle también cómo se distingue, en las instrucciones para las oficinas del tribunal, entre la absolución auténtica y la aparente, de una forma puramente superficial. En una absolución auténtica, las actas del pro-

ceso deben anularse totalmente, desaparecen por completo del procedimiento; no solo la acusación, sino también el procesamiento y hasta la absolución son aniquilados. Otra cosa ocurre con la absolución aparente. En el expediente no se han producido otros cambios que el haberse enriquecido con el certificado de inocencia, la absolución y la fundamentación de la absolución. Por lo demás, sigue en tramitación, se envía a los tribunales superiores, como requiere la actuación incesante de las oficinas, vuelve a los inferiores, y va y viene así, con oscilaciones grandes o pequeñas, y con grandes o pequeñas interrupciones. Esos desplazamientos son imprevisibles. Visto desde fuera, puede parecer a veces que todo se ha olvidado hace tiempo, que se ha perdido el expediente y la absolución es completa. Pero el iniciado no lo creerá. Ningún expediente se pierde, el tribunal no olvida nada. Un día —nadie lo espera— algún juez toma en sus manos el expediente con más atención, se da cuenta de que en ese caso la acusación sigue viva, y ordena la detención inmediata. He supuesto que entre la absolución aparente y la nueva detención transcurre largo tiempo; es posible y conozco casos de esos, pero es posible también que la persona absuelta vuelva a casa desde el tribunal y encuentre ya a enviados que lo esperan para volver a detenerlo. Entonces, naturalmente, se acaba la vida en libertad.» «¿Y comienza nuevamente el proceso?», preguntó K. casi incrédulo. «Claro que sí», dijo el pintor, «el proceso comienza de nuevo, pero vuelve a haber la posibilidad, lo mismo que antes, de lograr una absolución aparente. Hay que hacer nuevamente acopio de fuerzas y no darse por vencido.» Esto último lo dijo el pintor quizá por la impresión que le produjo K., que se había hundido un tanto. «Sin embargo», preguntó K. como si ahora quisiera anticiparse a cualquier revelación del pintor, «¿no es más difícil lograr esta segunda absolución que la primera?» «A ese respecto», respondió el pintor, «no se puede decir nada seguro. ¿Sin duda supone usted que los jueces se verán influidos en su juicio, en contra del acusado, a causa de esa segun-

da detención? No es así. Los jueces, al absolverlo, previeron ya esa detención. Por consiguiente, esta circunstancia apenas influye. Sin embargo, por innumerables razones, tanto el talante de los jueces como su apreciación jurídica del asunto pueden haber cambiado, y por ello los esfuerzos por lograr la segunda absolución deben adaptarse al cambio de las circunstancias y, en general, ser tan vigorosos como antes de la primera absolución.» «Pero esa segunda absolución tampoco es definitiva», dijo K., y torció la cabeza con desaprobación. «Naturalmente que no», dijo el pintor, «a la segunda absolución sigue la tercera detención, a la tercera absolución, la cuarta detención y así sucesivamente. Eso está implícito en el concepto de absolución aparente.» K. guardó silencio. «Evidentemente, la absolución aparente no le parece ventajosa», dijo el pintor, «quizá le convenga más el aplazamiento indefinido. ¿Quiere que le explique la esencia del aplazamiento indefinido?» K. asintió. El pintor se había puesto cómodo en su silla, tenía el camisón ampliamente abierto y había deslizado una mano dentro, con la que se acariciaba el pecho y los costados. «El aplazamiento indefinido», dijo el pintor, mirando ante sí, como si buscara una explicación totalmente exacta, «el aplazamiento indefinido consiste en mantener continuamente el proceso en sus fases procesales inferiores. Para conseguirlo es necesario que el acusado y la persona que lo ayuda, especialmente esta, estén en constante contacto personal con el juez. Repito: no se necesita en este caso emplear tantas fuerzas como para alcanzar una absolución aparente, pero sí es necesaria una atención mucho mayor. No se debe perder de vista el proceso, hay que ir a ver al juez competente a intervalos regulares y también en ocasiones especiales, y tratar por todos los medios de mantenerlo bien dispuesto; si no se conoce personalmente al juez, hay que influir en él a través de los jueces conocidos, sin renunciar por ello a las entrevistas directas. Si no se descuida nada a ese respecto, cabe suponer con suficiente certeza que el proceso no pasará de su fase inicial. El proceso no se interrumpe,

pero el acusado está casi tan seguro de no ser condenado como si estuviera libre. En comparación con la absolución aparente, el aplazamiento indefinido tiene la ventaja de que el futuro del acusado es menos incierto, está a salvo del espanto de una detención repentina y no tiene que temer tener que soportar los esfuerzos y tensiones que lleva consigo el logro de la absolución aparente, por ejemplo en momentos en que sus circunstancias son menos favorables para ello. Es cierto que el aplazamiento indefinido tiene para el acusado ciertos inconvenientes que no se deben subestimar. No pienso ahora en que, en este caso, nunca está libre, porque tampoco lo está, en sentido exacto, en la absolución aparente. Hay otro inconveniente. El proceso no puede detenerse sin que haya al menos motivos aparentes para ello. Por eso, de cara al exterior, en el proceso tiene que ocurrir algo. En consecuencia, de cuando en cuando hay que tomar diversas medidas, se debe interrogar al acusado, hay que realizar investigaciones, etcétera. El proceso debe girar de forma continua en el pequeño círculo al que artificialmente se ha reducido. Eso, naturalmente, supone ciertas incomodidades para el acusado, que no debe usted imaginarse demasiado serias. Todo es pura formalidad, los interrogatorios, por ejemplo, son muy cortos; si no se tiene tiempo o ganas de ir se puede uno excusar; con algunos jueces se puede incluso fijar de común acuerdo las citaciones con mucha anticipación; esencialmente se trata de que, como uno está acusado, tiene que comparecer de cuando en cuando ante su juez.» Ya durante las últimas palabras K. se había echado la chaqueta sobre el brazo y se había puesto en pie. «Se ha levantado ya», gritaron enseguida al otro lado de la puerta. «¿Se va ya?», preguntó el pintor, que también se había levantado. «Sin duda es el aire lo que lo echa de aquí. Me resulta muy penoso. Todavía tenía muchas cosas que decirle. He tenido que expresarme muy concisamente. Pero espero haberme hecho entender.» «Oh, sí», dijo K., a quien le dolía la cabeza por el esfuerzo que había hecho para escuchar. A pesar de esa confirmación, el pintor lo

resumió todo otra vez, como si quisiera dar algún consuelo a K. al irse a casa: «Los dos métodos tienen en común que impiden la condena del acusado». «Pero impiden también la absolución auténtica», dijo K. en voz baja, como si se avergonzara de haberse dado cuenta. «Ha comprendido el meollo del asunto», dijo el pintor rápidamente. K. puso la mano en su abrigo, pero no pudo decirse a ponérselo. Hubiera querido cogerlo todo y correr al aire fresco. Ni siquiera las niñas podían inducirlo a vestirse, a pesar de que, anticipadamente, se gritaban unas a otras que se estaba vistiéndolo. Al pintor le interesaba conocer de algún modo el estado de ánimo de K., y por eso dijo: «Sin duda no se ha decidido aún con respecto a mis propuestas. Me parece bien. Incluso le hubiera desaconsejado que se decidiera enseguida. Las ventajas e inconvenientes son sutiles. Hay que sopesarlo todo cuidadosamente. De todos modos, no se puede perder demasiado tiempo». «Volveré pronto», dijo K. que, con súbita decisión, se puso la chaqueta, se echó el abrigo por los hombros y se dirigió apresuradamente hacia la puerta, detrás de la cual comenzaron a chillar las niñas. K. creía ver a aquellas niñas gritonas a través de la puerta. «Pero tendrá que cumplir su palabra», dijo el pintor, que no lo había seguido, «porque si no, tendré que ir yo al banco para preguntarle en persona». «Abra la puerta», dijo K., moviendo la manilla, que las niñas, como notaba por la resistencia, sujetaban por fuera. «No querrá que las niñas lo molesten», preguntó el pintor. «Será mejor que utilice esta salida», y le mostró la puerta que había detrás de la cama. K. estuvo de acuerdo y regresó de un salto a la cama. Sin embargo, en lugar de abrir la puerta, el pintor se agachó bajo la cama y dijo desde allí: «Solo un minuto más. ¿No quiere ver algún cuadro que yo pudiera venderle?». K. no quiso ser descortés, el pintor se había ocupado realmente de él y había prometido seguir ayudándolo; además, por distracción de K. no se había hablado en absoluto de la remuneración de su ayuda, por lo que K. no podía negarse ahora y dejó que le enseñara el cua-

dro, aunque temblaba de impaciencia por salir del estudio. El pintor sacó de debajo de la cama un montón de cuadros sin enmarcar, tan cubiertos de polvo que, cuando el pintor trató de soplarlo del cuadro de arriba, permaneció largo tiempo revoloteando ante sus ojos, asfixiante. «Un paisaje de landas», dijo el pintor, tendiendo a K. el cuadro. Representaba dos árboles frágiles que, muy alejados entre sí, se alzaban en la hierba oscura. Al fondo se veía una puesta de sol multicolor. «Muy bien», dijo K., «lo compro.» Sin pensarlo se había expresado demasiado concisamente, y por eso se alegró de que el pintor, en lugar de tomárselo a mal, levantara del suelo otro cuadro. «Aquí está la pareja de ese cuadro», dijo el pintor. Podía haber sido concebido como la pareja, pero no se podía observar la menor diferencia con respecto al primero: allí estaban las flores, allí la hierba y allí la puesta de sol. Pero a K. no le importaba. «Son dos bonitos paisajes», dijo, «los compro los dos y los colgaré en mi oficina.» «El motivo parece gustarle», dijo el pintor, sacando un tercer cuadro. «Es una suerte que tenga todavía otro cuadro parecido.» Pero no era parecido, más bien era exactamente el mismo paisaje de las landas. El pintor aprovechaba bien aquella oportunidad de vender viejos cuadros. «Me lo llevo también», dijo K. «¿Cuánto cuestan los tres?» «De eso hablaremos pronto», dijo el pintor. «Ahora tiene usted prisa y estaremos en contacto. Por lo demás, me alegra que le gusten los cuadros, le daré todos los que tengo aquí abajo. No son más que paisajes de las landas, he pintado ya muchos. Hay gente que rechaza esos cuadros porque son demasiado sombríos, pero a otros, y usted es uno de ellos, les gusta precisamente lo sombrío.» Pero K. no estaba ahora de humor para las experiencias profesionales de aquel pintor andrajoso. «Envuélvame todos los cuadros», exclamó, interrumpiendo al pintor, «mañana vendrá a buscarlos mi ordenanza.» «No es necesario», dijo el pintor. «Creo que podré conseguirle un porteador que vaya con usted ahora.» E, inclinándose por fin sobre la cama, abrió la puerta. «No tenga

miedo de pisar la cama», dijo el pintor, «todo el que viene lo hace.» K., incluso sin esa invitación, no hubiera tenido ningún reparo; había puesto ya un pie en medio de la colcha cuando miró por la puerta abierta y retiró el pie.° «¿Qué es eso?», preguntó al pintor. «¿De qué se asombra?», preguntó este, asombrándose a su vez. «Son las oficinas del tribunal. ¿No sabía usted que había aquí? Hay oficinas del tribunal en casi todos los desvanes: ¿por qué habrían de faltar precisamente aquí? También mi taller pertenece en realidad a las oficinas del tribunal, pero el tribunal lo ha puesto a mi disposición.» K. no se había asustado tanto del hecho de que también allí hubiera oficinas del tribunal, como de sí mismo, de su desconocimiento de los asuntos judiciales. Le parecía que una norma fundamental para el comportamiento del acusado era estar siempre preparado, no dejarse sorprender, no mirar inconscientemente a la derecha cuando el juez estaba a su lado a la izquierda, y precisamente esa regla fundamental era la que contravenía siempre. Delante de él se extendía un largo corredor del que venía un aire comparado con el cual el del estudio resultaba refrescante. A ambos lados del corredor había bancos, exactamente como en la sala de espera del negociado competente en el asunto de K. Parecía haber también instrucciones exactas para la instalación de negociados. De momento, el tráfico de encausados no era muy grande. Un hombre estaba allí medio tumbado en el banco, con el rostro enterrado en los brazos, y parecía dormir; otro se mantenía en penumbra al final del pasillo. K. pasó por encima de la cama y el pintor le siguió con los cuadros. Encontraron pronto un ujier—K. reconocía ahora a todos los ujieres por el botón dorado que llevaban en su traje de paisano bajo los botones habituales— y el pintor le encargó que acompañara a K. con los cuadros. K. se tambaleaba más que andaba, con el pañuelo apretado contra la boca. Estaban ya cerca de la salida, cuando se precipitaron hacia ellos las niñas, lo que tampoco K. pudo evitar. Evidentemente, habían visto abrir la segunda puerta del estudio y habían dado un rodeo

para introducirse por ese lado. «No puedo acompañarlo ya», exclamó el pintor riéndose ante la afluencia de niñas. «¡Adiós! ¡Y no se lo piense demasiado!» K. ni siquiera se volvió para mirarlo. En la calle, tomó el primer coche que pasó. Tenía interés por librarse del ujier, cuyo botón de oro ofendía su vista, aunque probablemente no llamaba la atención a nadie más. En su obsequiosidad, el ujier quiso sentarse incluso en el pescante, pero K. lo hizo bajar. Hacía tiempo que había pasado el mediodía cuando K. llegó al banco. Le hubiera gustado dejar los cuadros en el coche, pero temió que, en alguna ocasión, tuviera que justificarse con ellos ante el pintor. Por ello hizo que los subieran a su despacho y los encerró en el último cajón de su mesa, para ponerlos a salvo, al menos en los próximos días, de las miradas del director adjunto.

El comerciante Block. Despido del abogado

Por fin se había decidido K. a retirar al abogado su defensa. No podía eliminar las dudas sobre si era acertado actuar así, pero el convencimiento de que era necesario predominó. La decisión le había quitado a K. mucha capacidad de trabajo, el día en que quería ir a ver al abogado trabajó de forma especialmente lenta, tuvo que quedarse mucho tiempo en la oficina y eran ya pasadas las diez cuando, por fin, estuvo ante la puerta del abogado. Antes de llamar, reflexionó si no sería mejor despedir al abogado por teléfono o por carta: la entrevista personal resultaría sin duda muy penosa. Sin embargo, K. no quiso en definitiva renunciar a ella; cualquier otra forma de despido sería acogida en silencio con algunas palabras formales y, si Leni no podía averiguar algo, K. no sabría nunca cómo había recibido el abogado su despido, ni qué consecuencias tendría para K., según la opinión, no carente de importancia, del abogado. Por el contrario, si el abogado estaba sentado frente a K. y se veía sorprendido por el despido, K., aunque el abogado no dejara traslucir mucho, podría deducir fácilmente de su rostro y su conducta todo lo que quería. Ni siquiera quedaba excluido que K. se convenciera entonces de que haría bien en dejar la defensa al abogado y retirase su despido.

La primera llamada a la puerta del abogado fue, como de costumbre, inútil. «Leni podría espabilarse», pensó K. Sin embargo, era ya una suerte que no se mezclara un tercero, como normalmente ocurría, ya fuera el hombre de la bata o algún otro que empezara a molestar. Mientras K. apretaba por segunda vez el timbre, volvió la vista hacia la otra puerta, pero esta vez permaneció igualmente cerrada. Finalmente aparecieron en la mirilla del abogado

dos ojos, pero no eran los de Leni. Alguien recorrió el cerrojo, pero de momento siguió apoyado contra ella y gritó hacia el interior de la vivienda: «Es él». Y solo entonces abrió por completo. K. había estado empujando contra la puerta, porque oía ya cómo, a sus espaldas, se apresuraban a dar la vuelta a la llave en la puerta de la otra vivienda. Por eso, cuando la puerta se abrió por fin ante él, se precipitó literalmente en el vestíbulo y alcanzó a ver aún, por el pasillo que comunicaba las dos habitaciones, a Leni —a quien había ido destinada la advertencia del que abrió la puerta—, que huía en camisón. La siguió un momento con la vista y luego se volvió a mirar al que había abierto la puerta. Era un hombre pequeño y seco, de barba cerrada, que tenía una vela en la mano. «¿Trabaja usted aquí?», preguntó K. «No», respondió el hombre, «no soy de la casa, el abogado es solo mi defensor; estoy aquí por un asunto jurídico.» «¿Sin chaqueta?», preguntó K., señalando con un ademán la insuficiente vestimenta del hombre. «Ah, perdone», dijo el hombre, iluminándose a sí mismo con la vela, como si viera por primera vez su estado. «¿Es Leni su amante?», preguntó concisamente K. Tenía las piernas un tanto separadas y las manos en que sostenía el sombrero cruzadas detrás. La simple posesión de un fuerte abrigo le hacía sentirse muy superior a aquel hombre flaco. «Ay Dios», dijo él, y se llevó una mano al rostro, con espantado rechazo. «No, no, ¿qué se imagina?» «Parece digno de crédito», dijo K. sonriendo, «sin embargo... Venga.» Le hizo un signo con el sombrero y dejó que lo precediera. «¿Cómo se llama?», preguntó K. mientras iban de camino. «Block, comerciante Block», dijo el hombrecillo, volviéndose hacia K. al hacer su presentación, pero K. no le dejó que se detuviera. «¿Es ese su nombre verdadero?» «Naturalmente», fue la respuesta, «¿por qué lo duda?» «Pensé que podía tener razones para ocultar su nombre», dijo K. Se sentía libre como solo se siente uno normalmente cuando habla en el extranjero con gente humilde, reservándose todo lo que se refiere a sí mismo y hablando con ecuanimidad de los intereses de

otros; ellos se sienten así más importantes, pero se los puede abandonar también cuando se quiere. Junto a la puerta del gabinete del abogado, K. se detuvo, la abrió y gritó al comerciante, que obedientemente había seguido adelante: «¡No tan deprisa! Ilumine». K. pensaba que Leni podía haberse escondido allí, e hizo que el comerciante buscara por todos los rincones, pero la habitación estaba vacía. Ante el retrato del juez, K. retuvo al comerciante desde atrás por los tirantes. «¿Lo conoce?», preguntó, señalando con el índice hacia lo alto. El comerciante levantó la vela, miró hacia arriba parpadeando y dijo: «Es un juez». «¿Un alto juez?», preguntó K., situándose al lado del comerciante para observar qué impresión le producía el cuadro. El negociante alzó la vista admirado: «Un alto juez», dijo. «No entiende usted mucho», dijo K.: «es el más bajo de los bajos entre los jueces de instrucción.» «Ahora lo recuerdo», dijo el comerciante bajando la vela, «también yo lo he oído.» «Naturalmente», exclamó K.; «me olvidaba, naturalmente, de que debe de haberlo oído ya.» «Pero ¿por qué, por qué?», preguntó el comerciante mientras avanzaba hacia la puerta, empujado con las manos por K. Fuera, en el pasillo, K. dijo: «Supongo que sabe dónde se ha escondido Leni». «¿Escondido?», dijo el comerciante. «No, debe de estar en la cocina preparando una sopa para el abogado.» «¿Por qué no me lo ha dicho enseguida?», preguntó K. «Quería llevarlo allí, pero usted me hizo regresar», respondió el comerciante, como confuso por aquellas órdenes contradictorias. «Sin duda se cree muy listo», dijo K. «¡Lléveme entonces!» K. no había estado nunca en la cocina, que era sorprendentemente grande y bien equipada. Solo el hogar era tres veces mayor que un hogar ordinario, y de lo demás no se distinguían detalles, porque la cocina estaba ahora iluminada solo por una lámpara que colgaba a la entrada. Junto al hogar estaba Leni con un delantal blanco, volcando huevos en una cazuela que había sobre un hornillo de alcohol. «Buenas noches, Josef», le dijo con una mirada de reojo. «Buenas noches», dijo K., y señaló con la mano una silla aparta-

da, para que se sentase el comerciante, lo que este hizo. K., sin embargo, se acercó mucho a Leni por detrás, se inclinó sobre su hombro y le preguntó: «¿Quién es este hombre?». Leni rodeó a K. con un brazo, sin dejar de revolver la sopa con el otro, lo atrajo hacia sí y dijo: «Un hombre digno de lástima, un pobre comerciante, un tal Block. No hay más que verlo». Los dos miraron hacia atrás. El comerciante estaba sentado en la silla que K. le había señalado, había soplado la vela, cuya luz era ahora innecesaria, y apretaba con los dedos el pabito para evitar el humo. «Estabas en camisón», dijo K., forzándole a volver otra vez la cabeza hacia el hogar. Ella guardó silencio. «¿Es tu amante?», preguntó K. Ella quiso agarrar la cazuela de sopa, pero K. le cogió ambas manos y dijo: «¡Responde!». Ella dijo: «Vamos al gabinete, te lo explicaré todo». «No», dijo K., «quiero que me lo expliques aquí.» Ella se colgó de él y quiso besarlo, pero K. la rechazó diciendo: «No quiero que me beses ahora». «Josef», dijo Leni, mirando a K. a los ojos, suplicante y sin embargo con franqueza: «no estarás celoso del señor Block.» Luego, volviéndose hacia el comerciante, dijo: «Rudi, ayúdame; ya ves que sospechan de mí, deja esa vela». Se hubiera podido creer que él no había prestado atención, pero estaba perfectamente al tanto. «Yo tampoco sé realmente por qué habría de estar celoso», dijo de forma poco sagaz. «Tampoco yo lo sé en realidad», dijo K., mirando al comerciante con una sonrisa. Leni soltó la carcajada y aprovechó la distracción de K. para colgarse de su brazo y susurrarle: «Déjalo ahora, ya ves qué clase de persona es. Me he ocupado un poco de él porque es buen cliente del abogado, por ninguna otra razón. ¿Y tú? ¿Quieres hablar hoy todavía con el abogado? Está muy mal, pero, si quieres, te anunciaré. Sin embargo, esta noche te quedarás conmigo sin falta. Hace ya tanto tiempo que no vienes, hasta el abogado ha preguntado por ti. ¡No descuides tu proceso! También yo tengo que comunicarte varias cosas que he sabido. ¡Pero ante todo quítate el abrigo!». Le ayudó a quitárselo, le cogió el sombrero, corrió al vestíbulo a colgarlos, y volvió

corriendo otra vez para vigilar la sopa. «¿Te anuncio primero o le llevo antes la sopa?» «Anúnciame primero», dijo K. Estaba irritado porque había tenido la intención de hablar con Leni detalladamente de su asunto, sobre todo de la dudosa cuestión de si dejar al abogado, pero la presencia del comerciante le había quitado las ganas. Ahora, sin embargo, consideró el asunto demasiado importante para que aquel pequeño comerciante pudiera influir de manera tal vez decisiva, y volvió a llamar a Leni, que estaba ya en el pasillo. «Llévale primero la sopa», dijo, «tiene que fortalecerse para la entrevista conmigo; lo va a necesitar.» «Es usted también cliente del abogado», dijo en voz baja el comerciante desde su rincón, como para confirmarlo. Sin embargo, su comentario fue mal recibido. «¿A usted qué le importa?», dijo K. Y Leni dijo: «¿Quieres callarte?». «Entonces le llevaré primero la sopa», dijo a K., echando la sopa en un plato: «solo es de temer que se duerma enseguida; en cuanto ha comido se duerme.» «Lo que tengo que decirle lo mantendrá despierto», dijo K.; quería dejar ver continuamente que tenía la intención de tratar de algo importante con el abogado, quería que Leni le preguntase qué era y solo entonces pedirle consejo. Sin embargo, ella se limitaba a cumplir puntualmente las órdenes que le daba. Cuando ella pasó con la taza por su lado, tropezó suavemente con él, de forma deliberada, y le susurró: «En cuanto se haya tomado la sopa, te anunciaré, para volver a tenerte lo antes posible». «Ve», dijo K., «ve.» «Podrías ser más amable», dijo ella volviéndose en la puerta otra vez con la taza.

K. la siguió con la vista; ahora estaba definitivamente decidido a despedir al abogado, sin duda era mejor también no haber hablado antes con Leni al respecto; ella no tenía una visión suficiente del conjunto, sin duda se lo hubiera desaconsejado, posiblemente lo hubiera disuadido realmente del despido por esta vez, él hubiera seguido teniendo dudas e inquietudes y, finalmente, al cabo de algún tiempo habría cumplido su decisión, porque era una decisión demasiado imperativa. Cuanto antes se realizase,

tantos más perjuicios se evitarían. Por lo demás, quizá el comerciante supiera algo a ese respecto.

K. se volvió y, apenas lo vio el comerciante, se puso enseguida en pie. «Siga sentado», dijo K., acercando a él su silla. «¿Es usted un antiguo cliente del abogado?», preguntó. «Sí», dijo el comerciante, «un cliente muy antiguo.» «¿Cuántos años hace que lo defiende?», preguntó K. «No sé a qué se refiere», dijo el comerciante; «en los asuntos de negocios —tengo un negocio de cereales—, el abogado me defiende ya desde que me hice cargo del mío, es decir, desde hace unos veinte años; en mi propio proceso, que es probablemente a lo que alude, me defiende desde el principio, hace ya más de cinco años. Sí, más de cinco años», añadió, sacando una vieja billetera, «aquí lo tengo todo anotado; si quiere le puedo decir las fechas exactas. Es difícil acordarse de todo. Mi proceso dura ya probablemente mucho más, comenzó poco después de la muerte de mi mujer, y de eso hace ya más de cinco años y medio.» K. se acercó a él. «Entonces ¿el abogado se encarga también de asuntos ordinarios?», preguntó. Esa relación entre el tribunal y la justicia le pareció enormemente tranquilizadora. «Desde luego», dijo el comerciante, y susurró a K: «Incluso se dice que es mejor en esos asuntos jurídicos que en los otros». Pero pareció luego lamentar lo que había dicho, le puso a K. una mano en el hombro y dijo: «No me delate, se lo ruego». K., para tranquilizarlo, le dio un golpecito en el muslo y dijo: «No, no soy un traidor». «Él es vengativo», dijo el comerciante. «Seguro que no haría nada contra un cliente tan fiel», dijo K. «Oh, sí», dijo el negociante, «cuando se excita no distingue, y además no le soy realmente fiel.» «¿Por qué no?», preguntó K. «No sé si debo confiárselo», dijo el comerciante dubitativo. «Creo que puede hacerlo», dijo K. «Bueno», dijo el comerciante, «se lo confiaré en parte, pero usted debe decirme también algún secreto, para que hagamos frente común contra el abogado.» «Es usted muy precavido», dijo K., «pero le diré un secreto que lo tranquilizará completamente. Así pues, ¿en qué consiste su in-

fidelidad al abogado?» «Tengo», dijo el comerciante titubeando y como si estuviera confesando algo deshonesto, «tengo además de él otros abogados.» «Eso no es tan grave», dijo K. un tanto decepcionado. «Aquí lo es», dijo el comerciante, respirando con dificultad desde su confesión, pero cobrando más confianza como consecuencia de la observación de K. «No está permitido. Y mucho menos permitido está tener, además de lo que se llama un abogado, otros picapleitos. Y precisamente eso es lo que he hecho; tengo además de él cinco picapleitos.» «¡Cinco!», exclamó K., a quien solo la cifra dejó atónito. «¿Cinco abogados además de este?» El comerciante asintió: «Precisamente ahora estoy negociando con un sexto». «Pero ¿para qué necesita tantos abogados?», preguntó K. «Los necesito a todos», dijo el comerciante. «¿Me lo puede explicar?», preguntó K. «Con mucho gusto», dijo el comerciante. «Ante todo, no quiero perder mi proceso, lo cual es lógico. Como consecuencia, no puedo descuidar nada de lo que podría serme de provecho; aunque la esperanza de un provecho en algún caso determinado sea muy escasa, no puedo desecharla. Por eso he gastado en el proceso cuanto poseo. Así, por ejemplo, he retirado de mi negocio todo mi dinero; antes mis oficinas ocupaban casi un piso, hoy me basta con una pequeña habitación en la parte de atrás, en donde trabajo con un aprendiz. Ese retroceso no se debe solo, naturalmente, a haber reducido mi dinero, sino mucho más a haber reducido mi capacidad de trabajo. Si uno quiere hacer algo por su proceso, no se puede ocupar mucho del resto.» «Entonces ¿usted mismo trabaja ante el tribunal?», preguntó K., «precisamente de eso me gustaría saber algo.» «No le puedo decir gran cosa», dijo el comerciante; «al principio, desde luego, lo intenté yo también, pero pronto lo abandoné. Es demasiado agotador y no se obtienen muchos resultados. Trabajar allí y hacer negocios resultó, al menos para mí, totalmente imposible. Simplemente estar sentado allí y esperar supone un gran esfuerzo. Ya conoce usted el aire sofocante de los negociados.» «¿Cómo sabe que he estado

allí?», preguntó K. «Estaba precisamente en la sala de espera cuando usted pasó.» «¡Qué coincidencia!», exclamó K., totalmente absorto y olvidado por completo de la anterior ridiculez del comerciante. «¡De manera que me vio! Estaba en la sala de espera cuando pasé. Sí, pasé una vez por ella.» «No es tanta coincidencia», dijo el comerciante, «estoy allí casi todos los días.» «Yo también tendré que ir probablemente con frecuencia», dijo K., «pero sin duda no es fácil que sea recibido con tantos honores como entonces. Todos se pusieron en pie. Sin duda creyeron que era un juez.» «No», dijo el comerciante, «saludábamos al ujier. Que era usted un acusado lo sabíamos. Esas noticias se difunden muy rápidamente.» «Así que ya lo sabía», dijo K., «entonces mi comportamiento le parecería tal vez arrogante. ¿No se habló de eso?» «No», dijo el comerciante, «al contrario. Pero eso son tonterías.» «¿Qué tonterías?», preguntó K. «¿Por qué me pregunta eso?», dijo el comerciante irritado. «Usted parece no conocer aún a la gente de allí, y quizá lo entienda mal. Tiene que pensar que durante el procedimiento se habla una y otra vez de cosas que escapan a la razón: uno está sencillamente demasiado cansado y distraído para muchas cosas y, como sustitutivo, se entrega a la superstición. Hablo de los otros, pero yo no soy mejor. Una de esas supersticiones consiste, por ejemplo, en que muchos pretenden saber por el rostro del acusado, especialmente por el dibujo de sus labios, el resultado del proceso. Esa gente estimó que, a juzgar por sus labios, usted sería condenado con seguridad, y pronto. Lo repito, se trata de una superstición ridícula y, en la mayoría de los casos, totalmente desmentida por los hechos, pero, cuando se convive con esas personas, es difícil sustraerse a sus opiniones. Usted habló allí con alguien, ¿no? Él apenas logró responderle. Naturalmente, hay muchas razones para estar allí confuso, pero una de ellas fue también ver sus labios. Luego contó que había creído ver también en sus labios el signo de su propia condena.» «¿En mis labios?», preguntó K., que sacó un espejo de bolsillo y se miró. «No alcanzo a ver en mis la-

bios nada especial. ¿Y usted?» «Yo tampoco», dijo el comerciante, «en absoluto.» «Qué supersticiosa es la gente», exclamó K. «¿No se lo había dicho?», preguntó el comerciante. «Entonces ¿tienen mucho trato entre sí e intercambian opiniones?», dijo K. «Hasta ahora me he mantenido totalmente al margen.» «En general, no tienen trato entre sí», dijo el comerciante, «no sería posible, son demasiados. Tampoco tienen intereses comunes. Cuando a veces, en un grupo, surge la creencia de que tienen un interés común, pronto resulta ser un error. En común no se puede hacer nada en el tribunal. Cada asunto es investigado en sí mismo, es el más minucioso de los tribunales. Así pues, en común no se puede hacer nada; solo algún individuo logra a veces algo en secreto; y solo cuando lo ha logrado lo saben los otros; nadie sabe cómo ha ocurrido. Por lo tanto, no hay solidaridad, la gente se encuentra de vez en cuando en las salas de espera, pero allí se habla poco. Las opiniones supersticiosas existen desde muy antiguo y proliferan solas.» «Yo vi a todos aquellos señores en la sala de espera», dijo K., «y su espera me pareció tan inútil.» «Esperar no es inútil», dijo el comerciante, «solo es inútil intervenir independientemente. Ya le he dicho que, además de este, tengo otros cinco abogados. Se podría creer —yo mismo lo creí al principio— que podría ahora confiarles por completo mi asunto. Pero sería un gran error. Tengo menos motivos para confiárselo que si fueran uno solo. ¿He de suponer que no lo entiende?» «No», dijo K. y, para evitar que el comerciante hablara tan aprisa, puso la mano tranquilizadamente en su mano, «pero quisiera rogarle que hablase un poco más despacio: se trata de cosas muy importantes para mí y no puedo seguirle bien.» «Está bien que me lo recuerde», dijo el comerciante. «Usted es nuevo, es joven. Su proceso tiene seis meses, ¿no? Sí, lo he oído decir. ¡Un proceso tan joven! Yo, sin embargo, he tenido que pensar en esas cosas innumerables veces, para mí son lo más evidente del mundo.» «Sin duda estará contento de que su proceso esté ya tan avanzado», dijo K.; no quería preguntar di-

rectamente cómo iban los asuntos del comerciante. Sin embargo, tampoco obtuvo una respuesta clara. «Sí, he llevado la carga de mi proceso durante cinco años», dijo el comerciante, bajando la cabeza, «no es poco». Luego guardó silencio un momento. K. aguzó el oído para saber si Leni volvía. Por una parte, no quería que volviera, porque tenía aún muchas cosas que preguntar y tampoco quería que Leni lo encontrara en aquella conversación confidencial con el comerciante; por otra, sin embargo, lo irritaba que ella, a pesar de su presencia, se quedara tanto tiempo con el abogado, mucho más del necesario para servirle la sopa. «Recuerdo muy bien aún la época», volvió a comenzar el comerciante y K. le prestó enseguida toda su atención, «en que mi proceso tenía aproximadamente la antigüedad del suyo. Entonces yo no tenía más que este abogado, pero no estaba muy contento con él.» «Ahora lo sabré todo», pensó K., asintiendo vivamente, como si pudiera así animar al comerciante a decir todo lo que valía la pena saber. «Mi proceso», continuó el comerciante, «no avanzaba; desde luego había interrogatorios, yo iba a todos, reunía documentación, incluso presenté al tribunal mis libros de contabilidad, lo que, como supe luego, ni siquiera era necesario, venía una y otra vez a ver al abogado, y él presentó también diversas peticiones.» «¿Diversas peticiones?», preguntó K. «Sí, desde luego», dijo el comerciante. «Eso es muy importante para mí», dijo K.; «en mi caso sigue trabajando en la primera petición. Todavía no ha hecho nada. Ahora comprendo que me descuida vergonzosamente.» «Que la petición no esté lista aún puede tener diversos motivos justificados», dijo el comerciante. «Por lo demás, en el caso de mis peticiones se vio luego que no tenían ninguna utilidad. Incluso leí una gracias a la amabilidad de un funcionario del tribunal. Era muy erudita, pero en realidad carecía de contenido. Sobre todo mucho latín, que no entiendo, y luego páginas enteras de apelaciones generales al tribunal, después adulaciones a determinados funcionarios en particular, a los que no se nombraba pero

que un iniciado reconocería sin duda, luego autoelogios del abogado, mediante los cuales se humillaba ante el tribunal de una forma francamente perruna, y finalmente diligencias de casos judiciales de épocas pasadas, supuestamente parecidos al mío. Verdad es que, en la medida en que podía seguir las, esas diligencias estaban hechas muy cuidadosamente. Con esto no quiero emitir un juicio sobre el trabajo del abogado, tanto menos cuanto que la petición que leí era solo una entre muchas, pero en cualquier caso, y de eso quiero hablarle ahora, en aquella época no lograba ver en mi proceso ningún progreso.» «¿Qué progreso quería ver?», preguntó K. «Su pregunta es muy sensata», dijo el comerciante sonriendo, «en esos procesos solo rara vez se ven progresos. Sin embargo, en aquella época no lo sabía. Soy comerciante y entonces lo era mucho más que hoy, quería ver progresos palpables, todo debía encaminarse hacia un fin o, por lo menos, emprender el debido curso ascendente. En lugar de ello solo había interrogatorios, cuyo contenido era la mayoría de las veces idéntico; tenía ya las respuestas listas como una letanía; varias veces por semana iban mensajeros del tribunal a mi negocio, a mi vivienda o adondequiera que pudieran encontrarme, y eso resultaba naturalmente molesto (hoy, al menos en ese sentido, las cosas son mucho mejores, porque las llamadas telefónicas molestan mucho menos); además, entre mis relaciones de negocios, pero especialmente entre mis parientes, comenzaban a difundirse rumores sobre mi proceso, me veía perjudicado por todas partes, pero no había el menor signo que indicara que en fecha próxima fuera a comenzar ningún procedimiento. De manera que acudí a ver al abogado y me quejé. Él, desde luego, me dio largas explicaciones, pero rehusó decididamente hacer nada de lo que yo quería: nadie tenía influencia en la fijación de una vista, insistir en algo así en una petición —como yo exigía— era algo sencillamente inaudito y sería mi perdición y la suya. Yo pensé: lo que ese abogado no quiere o no puede, otro lo querrá y podrá. De forma que me busqué otros abogados. Quiero an-

ticiparlo ya: ninguno pidió ni consiguió la fijación de la vista principal, que es realmente, con una salvedad de la que enseguida hablaré, realmente imposible: en eso este abogado no me engañó; por lo demás, sin embargo, tampoco tuve que lamentar haber acudido a otros abogados. Sin duda sabrá ya muchas cosas por el doctor Huld sobre los picapleitos, probablemente se los habrá descrito como muy despreciables, y realmente lo son. De todas formas, cuando él habla de ellos y los compara consigo mismo, o compara a sus colegas con ellos, comete un pequeño error, que quiero señalarle de pasada. Para distinguirse, llama siempre a los abogados de su círculo los "grandes abogados". Eso es falso; naturalmente, todo el mundo puede llamarse "grande" si quiere, pero en este caso lo decisivo es solo el uso del tribunal. Según ese uso, además de los picapleitos hay también pequeños y grandes abogados. Este abogado y sus colegas, sin embargo, son solo pequeños abogados; los grandes abogados, de los que solo he oído hablar pero a los que nunca he visto, se sitúan en la jerarquía incomparablemente más altos por encima de los pequeños abogados que estos de los despreciados picapleitos.» «¿Los grandes abogados?», preguntó K. «¿Quiénes son? ¿Cómo se llega hasta ellos?» «De manera que nunca ha oído hablar de los grandes abogados», dijo el comerciante. «Apenas hay acusado que, después de haber sabido de ellos, no haya soñado con ellos durante cierto tiempo. No se deje arrastrar a tal cosa. No sé quiénes son los grandes abogados y sin duda es imposible llegar hasta ellos. No conozco ningún caso en el que pueda decir con seguridad que hayan intervenido. Defienden a algunos, pero es algo que no se puede lograr por voluntad propia: solo defienden a los que ellos quieren defender. El caso del que se hacen cargo, sin embargo, debe de haber salido ya del tribunal inferior. Por lo demás es mejor no pensar en ellos, porque de otro modo las entrevistas con los otros abogados y sus consejos y prestaciones le parecen a uno tan repulsivos e inútiles —yo mismo lo he experimentado— que en-

tran ganas de dejarlo todo, meterse en la cama y no volver a saber nada más.° Eso, naturalmente, sería sin embargo de lo más estúpido, porque tampoco en la cama se estaría tranquilo mucho tiempo.» «Entonces ¿no pensó usted en los grandes abogados?», preguntó K. «No mucho tiempo», dijo el comerciante, volviendo a sonreír, «aunque por desgracia es algo que no se puede olvidar por completo, sobre todo la noche favorece esos pensamientos. Pero en aquella época yo quería éxitos inmediatos, y por ello fui a los picapleitos.»

«Qué bien estáis aquí sentados tan juntitos», exclamó Leni, que había vuelto con la taza y se había detenido en la puerta. Realmente estaban sentados muy juntos, con el menor movimiento habrían chocado sus cabezas; el comerciante, que, prescindiendo de su pequeñez, mantenía la espalda encorvada, había obligado a K. a inclinarse también profundamente si quería oírlo todo. «Un momento», exclamó K., rechazando a Leni, y la mano que seguía teniendo sobre la mano del comerciante se contrajo impaciente. «Quería que le hablase de mi proceso», dijo el comerciante a Leni. «Háblale, háblale», dijo ella. Hablaba con el comerciante afectuosamente pero de un modo un poco condescendiente, lo que no gustó a K.; como ahora sabía, aquel hombre valía algo, al menos tenía experiencias que sabía comunicar. Leni, probablemente, lo juzgaba mal. Miró irritado cómo Leni quitaba al comerciante de la mano la vela que había sostenido todo el tiempo, le secaba la mano en su delantal y se arrodillaba a su lado para rascarle un poco de cera que había goteado la vela en sus pantalones. «Iba usted a hablarme de los picapleitos», dijo K., apartando sin más comentario la mano de Leni. «Pero ¿qué te pasa?», preguntó Leni, dio un golpecito a K. y continuó su tarea. «Sí, los picapleitos», dijo el comerciante, pasándose la mano por la frente como si pensara. K. quiso ayudarlo y dijo: «Usted quería resultados inmediatos y por eso fue a los picapleitos». «Exacto», dijo el comerciante, pero no siguió. «Quizá no quiera hablar de ello delante de Leni», pensó K.; dominó su impa-

ciencia por oír enseguida el resto y no siguió apremiando al comerciante.

«¿Me has anunciado?», le preguntó a Leni. «Naturalmente», dijo ella, «te espera. Deja ahora a Block; con Block puedes hablar más tarde, se va a quedar aquí.» K. titubeaba aún. «¿Se va a quedar aquí?», preguntó al comerciante; quería su propia respuesta, no quería que Leni hablase del comerciante como de alguien ausente; estaba lleno de una secreta irritación contra Leni. Y otra vez respondió solo Leni: «Duerme aquí con frecuencia». «¿Duerme aquí?», exclamó K.; había pensado que el comerciante lo esperaría solo a él, mientras despachaba rápidamente la entrevista con el abogado, y que luego se irían juntos y hablarían de todo a fondo y sin ser molestados. «Sí», dijo Leni, «no todo el mundo es admitido como tú a cualquier hora a presencia del abogado, Josef. No parece asombrarte nada que, a pesar de su enfermedad, el abogado te reciba después de las once de la noche. Aceptas lo que tus amigos hacen por ti como algo totalmente natural. Bueno, tus amigos, o por lo menos yo, lo hacemos con gusto. No quiero otro agradecimiento ni necesito otro agradecimiento que tu cariño.» «¿Cariño?», pensó K. en el primer momento, y solo luego le pasó por la cabeza: «Bueno, sí, le tengo cariño». Sin embargo, dijo, olvidando el resto: «Me recibe porque soy su cliente. Si también para eso hiciera falta ayuda ajena, a cada paso habría que mendigar y dar las gracias a un tiempo». «Qué difícil está hoy, ¿verdad?», comentó Leni al comerciante. «Ahora soy yo el ausente», pensó K., y casi se irritó también con el comerciante cuando este, haciendo suya la descortesía de Leni, dijo: «El abogado lo recibe también por otras razones. Su caso es más interesante que el mío. Además, su proceso está en los comienzos, es decir, probablemente no muy embrollado, y el abogado se ocupa de él todavía con gusto. Más adelante será otra cosa». «Sí, sí», dijo Leni, mirando al comerciante y riéndose. «¡Qué pico tiene! A él», se volvió hacia K., «no debes creerle nada. Es tan simpático como charlatán. Quizá por eso no lo puede aguantar

el abogado. En cualquier caso, solo lo recibe cuando está de humor. Yo me he esforzado ya mucho por cambiar eso, pero es imposible. Imagínate, a veces anuncio a Block, pero no lo recibe hasta tres días más tarde. Pero si Block no está aquí cuando lo llama, todo se echa a perder y tiene que ser anunciado de nuevo. Por eso he permitido a Block dormir aquí; ya ha ocurrido que lo haya llamado de noche. De manera que Block está preparado de noche también. De todos modos, ocurre que el abogado, cuando ve que Block está aquí, anula a veces su llamada.» K. miró al comerciante de forma interrogativa. Él asintió y dijo tan francamente como antes, cuando había hablado con K., aunque quizá embargado ahora por la vergüenza: «Sí, luego se vuelve uno muy dependiente de su abogado». «Solo se queja por las apariencias», dijo Leni. «Le gusta mucho dormir aquí, como me ha confesado a menudo.» Fue hacia una puertecita y la abrió. «¿Quieres ver su alcoba?», preguntó. K. se adelantó y miró desde el umbral aquel cuarto bajo y sin ventanas, completamente ocupado por una cama estrecha. Para encaramarse a ella había que trepar por encima de los barrotes. En la cabecera había un hueco en el muro y allí había, meticulosamente ordenados, una vela, tintero y pluma, así como un fajo de papeles, probablemente documentos del proceso. «¿Duerme usted en el cuarto de la criada?», preguntó K., volviéndose hacia el comerciante. «Leni me lo ha arreglado», respondió él, «resulta muy cómodo.» K. lo miró largamente; la primera impresión que había tenido del comerciante era quizá la acertada; tenía experiencia, porque su proceso duraba desde hacía mucho tiempo, pero había pagado cara esa experiencia. De pronto, K. no soportó ya la vista del comerciante. «Acuéstalo», le gritó a Leni, que no pareció comprenderle. Él mismo quería ir a ver al abogado y, al despedirlo, librarse no solo del abogado sino también de Leni y del comerciante. Sin embargo, antes de que llegara a la puerta, el comerciante le habló en voz baja: «Señor apoderado». K. se volvió con rostro malhumorado. «Se ha olvidado de su promesa», dijo el comer-

ciente, irguiéndose suplicante en su asiento hacia K., «debía decirme aún un secreto.» «Es verdad», dijo K., echando también una ojeada a Leni, que lo miraba con atención, «escuche; de todos modos no es casi un secreto ya. Voy ahora a ver al abogado para despedirlo.» «Va a despedirlo», exclamó el comerciante, se levantó de su asiento de un salto y corrió con los brazos en alto hacia la cocina. Una y otra vez gritaba: «¡Va a despedir al abogado!» Leni quiso enseguida ir hacia K. pero el comerciante se interpuso en su camino, por lo que ella lo golpeó con los puños. Todavía con los puños cerrados corrió detrás de K., que sin embargo le llevaba una gran ventaja. Había entrado ya en la habitación del abogado cuando Leni lo alcanzó. Casi había cerrado detrás de sí la puerta, pero Leni, que mantenía abierta la hoja con el pie, lo agarró del brazo y quiso hacerlo retroceder. Sin embargo, él le apretó la muñeca tan fuerte que ella, dando un gemido, tuvo que soltarlo. No se atrevió a entrar en la habitación, pero K. cerró la puerta con llave.°

«Hace ya tiempo que le espero», dijo el abogado desde la cama, dejó en la mesilla de noche un documento que había estado leyendo a la luz de una vela y se puso unas gafas, con las que miró a K. de un modo penetrante. En lugar de disculparse, K. dijo: «Enseguida me iré otra vez». El abogado no prestó atención a la observación de K., porque no se trataba de una excusa, y dijo: «Pronto no lo admitiré ya a esta hora tardía». «Eso coincide con mis intenciones», dijo K. El abogado lo miró inquisitivo. «Siéntese», dijo. «Ya que me lo pide», dijo K., acercó una silla a la mesilla de noche y se sentó. «Me ha parecido que ha cerrado la puerta con llave», dijo el abogado. «Sí», dijo K., «ha sido por Leni.» No tenía intención de ser benévolo con nadie. Pero el abogado le preguntó: «¿Ha sido ella otra vez insistente?». «¿Insistente?», preguntó K. «Sí», dijo el abogado, riéndose; tuvo un acceso de tos y, cuando se le hubo pasado, comenzó a reírse de nuevo. «Sin duda se habrá dado cuenta ya de su insistencia», comentó, dando a K. un golpecito en la mano que este, distraído, había apoyado en

la mesilla de noche y retiró entonces precipitadamente. «No le da usted mucha importancia», dijo el abogado cuando K. se quedó en silencio, «tanto mejor. De otro modo quizá habría tenido que disculparme con usted. Es una peculiaridad de Leni, que por lo demás le he perdonado hace tiempo y de la que tampoco hablaría si no hubiera cerrado usted la puerta con llave. Una peculiaridad, de todos modos, que sería a usted al que menos tendría que explicársela, pero me mira tan desconcertado que lo voy a hacer; la peculiaridad consiste en que Leni encuentra atractivos a la mayoría de los acusados. Les toma afecto a todos, los quiere a todos, y parece ser querida también por todos; para distraerme, me cuenta luego, cuando se lo permito, muchas cosas al respecto. Todo eso no me sorprende tanto como parece sorprenderle a usted. Si se mira bien, con frecuencia se encuentra realmente atractivos a los acusados. Se trata de todos modos de un curioso fenómeno, en cierto modo de ciencias naturales. Naturalmente, como consecuencia de la acusación no se produce un cambio claro de aspecto que pueda determinarse exactamente. No es como en otros asuntos judiciales; la mayoría sigue viviendo de la forma habitual y, si tienen un buen abogado que se ocupe de ellos, no se ven muy afectados. Sin embargo, los que tienen experiencia en la materia son capaces de reconocer a los acusados, uno por uno, en la mayor de las multitudes. ¿Cómo?, preguntará usted. Mi respuesta no lo satisfará. Los acusados son precisamente los más atractivos. No puede ser la culpa lo que los hace atractivos, porque —así tengo que hablar al menos como abogado— no todos son culpables; tampoco puede ser el castigo futuro el que los hace ya atractivos, porque no todos son castigados; por consiguiente, solo puede ser el proceso iniciado contra ellos, que de algún modo trae eso consigo. Verdad es que, entre los atractivos, los hay también especialmente atractivos. Pero atractivos son todos, incluso Block, ese gusano miserable.»

Cuando el abogado terminó, K. se había serenado por completo, había asentido incluso ostensiblemente a sus úl-

timas palabras, y se había confirmado a sí mismo en su vieja opinión de que el abogado trataba siempre, y aquella vez también, mediante observaciones generales que no venían a cuento, de distraerlo de la cuestión principal, que era qué trabajo real había hecho para favorecer el asunto de K. El abogado se dio cuenta sin duda de que aquella vez K. ofrecía más resistencia que de costumbre, porque se calló para darle oportunidad de hablar y, como K. seguía sin decir nada, le preguntó: «¿Ha venido a verme con alguna intención concreta?». «Sí», dijo K., tapando un poco la vela con la mano, para ver mejor al abogado, «quería decirle que, con fecha de hoy, le retiro mi defensa.» «No sé si le entiendo bien», preguntó el abogado, incorporándose a medias en la cama y apoyándose con una mano en las almohadas. «Supongo que sí», dijo K., muy erguido y como al acecho. «Bueno, podemos hablar de ese plan», dijo el abogado al cabo de un momento. «No es ya un plan», dijo K. «Puede ser», dijo el abogado, «pero no debemos precipitarnos.» Utilizaba el *nosotros* como si no tuviera intención de dejar a K. y quisiera, si no podía ser ya su defensor, seguir siendo al menos su asesor. «No es nada precipitado», dijo K., que se levantó lentamente y se situó detrás de su silla; «es algo muy pensado, tal vez incluso por demasiado tiempo. Mi decisión es definitiva.» «En ese caso permítame unas palabras aún», dijo el abogado, que apartó la colcha y se sentó al borde de la cama. Sus piernas desnudas y de pelos blancos temblaban de frío. Le pidió a K. que le trajera una manta del canapé. K. le trajo la manta y dijo: «Se está exponiendo innecesariamente a un resfriado». «El motivo es suficientemente importante», dijo el abogado, mientras se cubría con la colcha la parte superior del cuerpo y se envolvía luego las piernas con la manta. «Su tío es amigo mío y también a usted, con el paso del tiempo, le he tomado afecto. Lo confieso francamente. No tengo que avergonzarme de ello.» Aquellas palabras conmovedoras del anciano fueron muy mal acogidas por K., porque le obligaban a dar una explicación más detallada, que le hubiera gustado

evitar, y además lo desconcertaban, como tuvo que confesarse francamente, aunque de todos modos no podían hacer que se volviera atrás en su decisión. «Le agradezco su amistosa disposición», dijo, «y reconozco también que se ha ocupado de mi asunto tanto como le era posible y le parecía favorable para mí. Sin embargo, en los últimos tiempos he llegado a la conclusión de que eso no basta. Naturalmente, no voy a tratar de convencer de mi opinión a una persona mucho mayor y experimentada; si a veces involuntariamente lo he intentado, perdóneme, pero el asunto, como usted mismo ha dicho, es suficientemente importante y, según mi convicción, es necesario intervenir mucho más enérgicamente en el proceso de lo que se ha hecho hasta ahora.» «Le comprendo», dijo el abogado. «Está usted impaciente.» «No estoy impaciente», dijo K. un tanto irritado, sin cuidar tanto sus palabras. «Debió de notar usted en mi primera visita, cuando vine con mi tío, que el proceso no me importaba mucho; si, por decirlo así, no se me obligaba a recordarlo, lo olvidaba por completo. Sin embargo, mi tío insistió en que le confiara a usted mi defensa, y lo hice para complacerlo. Hubiera cabido esperar entonces que el proceso me resultaría más ligero que hasta el momento, porque la defensa se confía a un abogado para liberarse un tanto de la carga del proceso. Sin embargo, ocurrió lo contrario. Nunca antes había tenido tantas preocupaciones por el proceso como desde que usted me defiende. Mientras estaba solo, yo no hacía nada por mi asunto, pero apenas lo notaba; desde el momento en que tengo un defensor, sin embargo, todo está preparado para que ocurra algo, aguardo incesantemente y cada vez más tenso su intervención, pero eso no llega a ocurrir. Es verdad que he obtenido por usted diversas informaciones sobre el tribunal, que quizá no hubiera podido obtener de nadie más. Sin embargo, eso no puede bastarme cuando el proceso, literalmente, se me echa encima en secreto cada vez más.» K. había apartado de sí su silla y ahora estaba allí, derecho, con las manos en los bolsillos del pantalón. «A partir de cierto momen-

to de la práctica profesional», dijo el abogado en voz baja y tranquila, «no ocurre ya nada esencialmente nuevo. Cuántos clientes, en etapas parecidas de sus procesos, han estado ante mí de forma parecida y me han dicho cosas parecidas.» «Entonces», dijo K., «todos esos clientes parecidos tenían tanta razón como yo. Eso no me contradice en nada.» «No quería contradecirlo», dijo el abogado, «pero quisiera añadir que, en su caso, hubiera esperado más discernimiento que en otros, especialmente porque le he dado a conocer más acerca de la justicia y de mi actividad de lo que normalmente suelo dar a conocer a mis clientes. Y ahora veo que, a pesar de todo, no tiene suficiente confianza en mí. No me facilita mucho las cosas.» ¡Cómo se estaba humillando el abogado ante K.! Sin consideración alguna al honor de su profesión, que sin duda en ese aspecto era de lo más sensible. ¿Y por qué lo hacía? A juzgar por las apariencias, era un abogado muy ocupado y, por añadidura, un hombre rico; no podían importarle mucho los honorarios ni tampoco la pérdida de un cliente. Además, estaba enfermo y hubiera tenido que pensar por sí mismo en renunciar al trabajo. Y sin embargo se aferraba tanto a K. ¿Por qué? ¿Era simpatía personal por su tío, o consideraba su proceso realmente tan extraordinario y esperaba distinguirse con él ante K. o —la posibilidad no podía excluirse— ante sus amigos del tribunal? Por él mismo no se podía saber, por muy desconsideradamente que K. lo mirase. Casi se hubiera podido suponer que, con expresión intencionadamente reservada, aguardaba el efecto de sus palabras. Sin embargo, sin duda interpretó el silencio de K. demasiado favorablemente para él, porque continuó: «Habrá notado que, aunque tengo una oficina importante, no empleo ayudantes. Antes era distinto, hubo un tiempo en que algunos juristas jóvenes trabajaban para mí, pero hoy trabajo solo. Eso se debe en parte a la modificación de mi actividad, ya que cada vez me limito más a asuntos jurídicos como el suyo, y en parte al conocimiento cada vez más profundo que tengo de esos asuntos. Descubrí que no podía dejar

ese trabajo a nadie, si no quería quedar en falta con mis clientes y con la tarea que había asumido. Sin embargo, la decisión de hacer todo el trabajo yo mismo, naturalmente, tuvo consecuencias: tuve que rechazar casi todas las solicitudes y defensas y solo pude dedicarme a las que me interesaban especialmente..., aunque hay muchos, incluso muy cerca, que se arrojan sobre cada migaja que tiro. Además enfermé por exceso de trabajo. Sin embargo, no lamento mi decisión; es posible que hubiera debido rechazar más defensas de las que he rechazado, pero el haberme entregado por completo a los procesos aceptados por mí ha resultado ser absolutamente necesario y ha sido recompensado por el éxito. Una vez encontré en un texto muy bellamente expresada la diferencia entre la defensa en asuntos jurídicos ordinarios y la defensa en estos asuntos. Un abogado conduce a su cliente del roncal hasta el juicio; el otro se echa el cliente a la espalda y sin soltarlo lo lleva hasta el juicio, incluso más lejos. Así es. Pero no sería totalmente exacto que dijera que nunca me arrepiento de hacer todo ese trabajo. Cuando, como ocurre en su caso, mi trabajo es tan completamente subestimado, casi me arrepiento». A K. el discurso lo dejó más impaciente que convencido. Creía percibir de algún modo en el tono de voz del abogado lo que le aguardaba si cedía; otra vez comenzarían las buenas palabras, las alusiones a la petición que progresaba, al mejor talante de los funcionarios del tribunal, pero también a las grandes dificultades que se oponían al trabajo. En pocas palabras, recurriría a todo lo conocido hasta la saciedad, para volver a engañar a K. con esperanzas indefinidas y atormentarlo con indefinidas amenazas. Aquello había que impedirlo definitivamente, y por eso dijo: «¿Qué haría usted en mi asunto, si conservara la defensa?». El abogado encajó incluso aquella ofensiva pregunta y respondió: «Continuar lo que ya he hecho por usted». «Lo sabía», dijo K; «por eso resulta superfluo seguir hablando.» «Voy a hacer un intento más», dijo el abogado, como si lo que irritaba a K. no le ocurriera a K., sino a él. «Tengo la sos-

pecha de que no solo su juicio equivocado sobre mi asistencia jurídica, sino también el resto de su comportamiento se debe a que, a pesar de ser acusado, lo han tratado demasiado bien o, mejor dicho, lo han tratado con negligencia, con aparente negligencia. También esto tiene su razón; con frecuencia es mejor estar encadenado que libre.° Sin embargo, quisiera enseñarle cómo se trata a otros acusados y quizá entonces pueda sacar una lección de ello. Voy a llamar a Block, abra la puerta y siéntese aquí, junto a la mesilla de noche.» «De buena gana», dijo K., haciendo lo que el abogado le había pedido; siempre estaba dispuesto a aprender. No obstante, para asegurarse en cualquier caso, preguntó aún: «Pero ¿ha tomado nota de que le retiro mi defensa?». «Sí», dijo el abogado, «si bien hoy mismo puede volverse atrás en su decisión.» Volvió a echarse en la cama, se subió la colcha hasta la barbilla y se volvió hacia la pared. Luego llamó con la campanilla. Casi al mismo tiempo que el sonido de la campanilla apareció Leni que, de una rápida ojeada, trató de saber lo que había ocurrido; el que K. estuviera sentado tranquilamente junto a la cama le pareció tranquilizador. Sonriente, hizo un signo de cabeza a K., que la miró fijamente. «Trae a Block», dijo el abogado. Pero ella, en lugar de traerlo, solo fue hasta la puerta y gritó: «¡Block! ¡El abogado!» y entonces, probablemente porque el abogado siguió vuelto hacia la pared sin ocuparse de nada, se deslizó detrás de la silla de K. A partir de entonces no dejó de molestarlo, inclinándose sobre el respaldo de la silla, pasándole la mano por el pelo o acariciándole las mejillas, aunque muy tierna y cuidadosamente. Por último, K. trató de impedirselo, cogiéndole una mano que, tras algo de resistencia, ella le abandonó.

Block había venido enseguida al ser llamado, pero se quedó de pie en la puerta, pareciendo reflexionar sobre si debía entrar o no. Enarcó las cejas e inclinó la cabeza, como si atendiera para ver si se repetía la orden de entrar a ver al abogado. K. hubiera podido animarlo a entrar, pero se había propuesto romper definitivamente no solo

con el abogado sino también con todo lo que había en aquella casa, y por eso se mantuvo inmóvil. También Leni guardaba silencio. Block se dio cuenta de que por lo menos nadie lo echaba, y entró de puntillas, con el rostro tenso y las manos crispadas a la espalda. Había dejado la puerta abierta para una posible retirada. K. no lo miró, sino que siguió mirando la gruesa colcha, bajo la cual no se podía ver siquiera al abogado, que se había arrimado mucho a la pared. Pero entonces se oyó su voz: «¿Está Block ahí?», preguntó. Esa pregunta dio literalmente a Block, que había avanzado ya un buen trecho, un golpe en el pecho y otro en la espalda, se tambaleó, permaneció profundamente inclinado y dijo: «Para servirlo». «¿Qué quieres?», preguntó el abogado, «vienes en mal momento.» «¿No se me ha llamado?», preguntó Block, más a sí mismo que al abogado; adelantó las manos como para protegerse, dispuesto a salir corriendo. «Se te ha llamado», dijo el abogado, «pero sin embargo vienes en mal momento.» Y tras una pausa añadió: «Siempre vienes en mal momento». Desde que el abogado había empezado a hablar, Block no miraba ya a la cama; más bien miraba fijamente a algún lugar en un rincón, limitándose a escuchar, como si la vista del que hablaba fuera demasiado deslumbrante para poder soportarla. Pero incluso oírlo era difícil, porque el abogado hablaba hacia la pared, en voz baja y deprisa. «¿Queréis que me vaya?», preguntó Block. «Ahora que estás ahí», dijo el abogado, «¡quédate!» Se hubiera podido creer que el abogado no había atendido el deseo de Block, sino que lo había amenazado, por ejemplo con azotes, porque Block comenzó entonces a temblar realmente. «Ayer», dijo el abogado, «estuve con el tercer juez, mi amigo, y poco a poco llevé la conversación a lo tuyo. ¿Quieres saber lo que dijo?» «Por favor», dijo Block. Como el abogado no respondió enseguida, Block repitió su ruego y se inclinó como si fuera a arrojarse. Sin embargo, entonces intervino K.: «Pero ¿qué haces?», gritó. Como Leni quisiera impedirle gritar, él le cogió también la otra mano. No la sujetaba con presión

amorosa; ella gimió varias veces y trató de soltarse. Sin embargo, Block fue castigado por el grito de K., porque el abogado le preguntó: «¿Quién es tu abogado?». «Vos lo sois», dijo Block. «¿Y además de mí?», preguntó el abogado. «Nadie más que vos.» «Entonces no obedezcas a nadie más», dijo el abogado. Block aceptó por completo sus palabras, lanzó a K. una mirada aviesa y sacudió con violencia la cabeza. Si se hubiera traducido su comportamiento en palabras, habrían sido insultos groseros. ¡Y con aquel hombre había querido K. hablar amigablemente de su asunto! «No volveré a molestarte», dijo K., echándose atrás en la silla, «arrodíllate o arrástrate a cuatro patas, haz lo que quieras, no me ocuparé más de ti.» Sin embargo, Block tenía su dignidad, al menos frente a K., porque se dirigió a él agitando los puños y gritó, tan fuerte como se atrevía a hacerlo en presencia del abogado: «No puede hablarme así, no está permitido. ¿Por qué me ofende? ¿Y por añadidura aquí, delante del señor abogado, ante el que solo por misericordia somos tolerados los dos, usted y yo? Usted no es mejor que yo, porque también usted está acusado y tiene también un proceso. Si, a pesar de ello, es un señor, yo soy tan señor como usted, si no más. Y quiero que se me hable también como tal, precisamente por usted. Sin embargo, si se considera privilegiado porque puede estar ahí sentado tranquilamente y escuchar tranquilamente mientras yo, como ha dicho, me arrastro a cuatro patas, recuerde la vieja máxima jurídica: para el sospechoso el movimiento es mejor que el reposo, porque quien reposa, sin saberlo, puede estar en una balanza y ser pesado con sus pecados». K. no dijo nada, solo miró asombrado, con ojos impasibles, a aquel hombre trastornado. ¡Qué cambios se habían producido en él en la última hora! ¿Era el proceso lo que lo lanzaba de un lado a otro sin permitirle reconocer quién era amigo o enemigo? ¿Acaso no veía que el abogado lo humillaba intencionadamente y aquella vez no pretendía más que jactarse de su poder ante K. y, con ello, quizá, someterlo también? Sin embargo, si Block no era

capaz de comprenderlo, o si temía tanto al abogado que ninguna comprensión podía ayudarlo, ¿cómo era posible que fuera tan astuto o tan audaz como para engañar al abogado y esconderle que también otros abogados trabajaban para él? ¿Y cómo se atrevía a atacar a K., que podía revelar inmediatamente su secreto? Pero se atrevió a más, porque se acercó a la cama del abogado y comenzó a quejarse de K.: «Señor abogado», dijo, «ya ha oído lo que ha dicho este hombre. Su proceso se cuenta por horas y ya quiere darme lecciones a mí, que llevo cinco años de proceso. Incluso me insulta. No sabe nada y me insulta a mí, que en la medida de mis escasas fuerzas he estudiado exactamente lo que exigen las conveniencias, el deber y el uso de los tribunales». «No te preocupes de nadie», dijo el abogado, «y haz lo que te parezca correcto.» «Sin duda», dijo Block, como si se diera ánimos a sí mismo y, echando una breve mirada de soslayo, se arrojó muy cerca de la cama. «Ya estoy de rodillas, mi abogado», dijo. Pero el abogado guardó silencio. Block acarició con una mano cuidadosamente la colcha. En el silencio que ahora reinaba, Leni dijo, liberando sus manos de K.: «Me haces daño. Déjame. Quiero ir con Block». Fue allí y se sentó al borde de la cama. Block se alegró mucho de su llegada y le rogó enseguida, mediante signos expresivos, aunque mudos, que intercediera por él ante el abogado. Evidentemente, necesitaba con mucha urgencia las informaciones del abogado, pero quizá solo para que las aprovecharan sus otros abogados. Probablemente Leni sabía muy bien cómo congraciarse con el abogado, señaló la mano de este y frunció los labios en un beso. Inmediatamente, Block besó la mano del abogado y, a instigación de Leni, lo repitió dos veces más. Sin embargo, el abogado seguía en silencio. Entonces Leni se inclinó sobre él, al estirarse se hizo visible la hermosa hechura de su cuerpo y, profundamente inclinada hacia su rostro, le acarició el blanco cabello. Eso lo obligó a responder. «Vacilo en decírselo», dijo el abogado, y se vio cómo sacudía un poco la cabeza, quizá para disfrutar más de la mano de Leni.

Block escuchaba con la cabeza inclinada, como si, al hacerlo, infringiera un mandamiento. «¿Por qué vacilas?», preguntó Leni. K. tuvo la sensación de oír una conversación aprendida que se había repetido ya a menudo, que se repetiría a menudo aún y que solo para Block no podía perder su novedad. «¿Cómo se ha portado hoy?», preguntó el abogado en lugar de responder. Antes de manifestarse, Leni bajó la vista hacia Block y lo miró un momento, mientras él levantaba las manos hacia ella, frotándose las suplicante. Finalmente, asintió con seriedad, se volvió hacia el abogado y dijo: «Ha estado tranquilo y ha sido aplicado». Un viejo comerciante, un hombre de barba larga, suplicaba a una muchacha una buena calificación. Aunque pudiera tener para ello segundas intenciones, nada podía justificarlo a los ojos de un semejante. Casi degradaba al que lo veía. K. no comprendía cómo el abogado había podido pensar que aquella demostración podía convencerlo. Si no lo hubiera ahuyentado ya anteriormente, lo habría conseguido con aquella escena. Estos eran los efectos del método del abogado, al que, por fortuna, K. no había estado expuesto suficiente tiempo; el cliente se olvidaba del mundo entero y esperaba solo arrastrarse por aquel camino equivocado hasta el fin de su proceso. No era ya un cliente, sino el perro del abogado. Si se le hubiese ordenado meterse debajo de la cama como en una perrera y ladrar desde allí, lo habría hecho con gusto. K. escuchaba críticamente y con distanciamiento, como si se le hubiera encargado registrar todo con exactitud, comunicarlo a una instancia superior y presentar un informe. «¿Qué ha hecho en todo el día?», preguntó el abogado. «Para que no me molestara en mi trabajo», dijo Leni, «lo he encerrado en el cuarto de la criada, en donde al fin y al cabo está normalmente. Por el tragaluz yo podía ver de cuando en cuando lo que hacía. Estaba siempre arrodillado en la cama, había desplegado en el alféizar los documentos que le habías dejado y los estaba leyendo. Eso me causó buena impresión; la verdad es que la ventana da a un pozo de ventilación. Que Block

leyera, sin embargo, me mostró lo obediente que es.» «Me alegra oírlo», dijo el abogado. «Pero ¿leía con entendimiento?» Durante esa conversación, Block movía incesantemente los labios; al parecer formulaba las respuestas que esperaba de Leni. «A eso, naturalmente», dijo Leni, «no puedo responder con seguridad. En cualquier caso, lo he visto leer concienzudamente. Durante todo el día leyó la misma página y, al leer, seguía las líneas con el dedo. Cada vez que yo lo miraba, estaba suspirando, como si leer le costase mucho esfuerzo. Los documentos que le dejaste son probablemente difíciles de comprender.» «Sí», dijo el abogado, «la verdad es que lo son. No creo que comprenda nada de ellos. Solo deben darle una idea de lo difícil que es la lucha que yo libro en su defensa. ¿Y por quién libro esa lucha tan difícil? Por —casi es ridículo decirlo— Block. Tiene que aprender también a comprender lo que eso significa. ¿Estuvo estudiando sin interrupción?» «Casi sin interrupción», respondió Leni, «solo una vez me pidió agua para beber. Entonces le di un vaso por el tragaluz. Luego, a las ocho, lo dejé salir y le di algo de comer.» Block echó a K. una mirada de reojo, como si estuvieran contando de él algo elogioso que además tuviese que impresionarlo. Parecía tener ahora buenas esperanzas, se movía más libremente y se desplazaba de rodillas de un lado a otro. Por eso fue tanto más evidente cómo lo inmovilizaron las siguientes palabras del abogado. «Tú lo elogias», dijo el abogado, «pero precisamente eso hace que me resulte más difícil hablar. Porque lo cierto es que el juez no se ha expresado favorablemente, ni sobre Block ni sobre su proceso.» «¿No se ha expresado favorablemente?», preguntó Leni. «¿Cómo es posible?» Block la miró con una mirada tan tensa como si confiara en su capacidad de dar un giro favorable para él a las palabras del juez, hacía tiempo pronunciadas. «No», dijo el abogado. «Incluso estaba desagradablemente impresionado cuando empecé a hablar de Block. “No me hable de Block”, me dijo. “Es mi cliente”, dije yo. “Deja que abuse de usted”, repitió él. “No creo”, dije, “Block es diligente en su pro-

ceso y lo sigue continuamente. Casi vive en mi casa para estar siempre al tanto. No siempre se encuentra un celo parecido. Es cierto que, personalmente, no es agradable, tiene unos modales detestables y es sucio, pero desde el punto de vista procesal es irreprochable.” Dije “irreprochable”, exagerando intencionadamente. Entonces él dijo: “Block es simplemente astuto. Ha acumulado mucha experiencia y sabe cómo prolongar su proceso. Sin embargo, su ignorancia es mucho mayor aún que su astucia. ¿Qué diría si supiera que su proceso no ha comenzado aún, si se le dijera que ni siquiera ha sonado la campanilla que señala el comienzo del proceso?”. Tranquilo, Block», dijo el abogado, porque Block había empezado a levantarse sobre sus inseguras rodillas y, evidentemente, quería una explicación. Era la primera vez que el abogado, de forma expresa, se dirigía a Block. Miró hacia abajo con ojos cansados, en parte sin objetivo fijo y en parte a Block, que ante aquella mirada volvió a caer lentamente de rodillas. «Esa declaración del juez no tiene importancia para ti», dijo el abogado. «No te asustes a cada palabra. Si eso se repite, no te diré nada más. No se puede empezar una frase sin que tú mires como si se tratase de tu sentencia definitiva. ¡Debería darte vergüenza delante de mi cliente! Además, socavas su confianza en mí. ¿Qué quieres? Todavía estás vivo, todavía estás bajo mi protección. ¡Es un miedo absurdo! Has leído en alguna parte que la sentencia firme se conoce a veces inesperadamente por una boca cualquiera y en un momento cualquiera. Con muchas reservas, eso es cierto sin lugar a dudas, pero también es cierto que tu miedo me repugna y veo en él una falta de la confianza necesaria. ¿Qué te he dicho? He citado la declaración de un juez. Sabes que las opiniones sobre el proceso se acumulan hasta ser impenetrables. Ese juez, por ejemplo, sitúa el comienzo del proceso en un momento distinto que yo. Una diferencia de opinión y nada más. Según una antigua tradición,^o en cierta fase del proceso se hace sonar la campanilla. En opinión de ese juez, el proceso comienza entonces. No puedo decirte ahora todo lo

que habla en contra de esta opinión. Además, no lo comprenderías; debe bastarte saber que hay muchas cosas que hablan en contra.» Desconcertado, Block hundía los dedos en el pelo de la alfombrilla, el miedo por lo manifestado por el juez hacía que, en parte, olvidase su propia sumisión al abogado; solo pensaba en sí mismo, dando vueltas a las palabras del juez en todos los sentidos. «Block», dijo Leni en tono de advertencia, levantándolo un tanto por el cuello de la chaqueta. «Deja ahora esa piel y escucha al abogado.»

En la catedral

K. recibió el encargo de mostrar a un cliente italiano del banco, que era muy importante y por primera vez estaba en la ciudad, algunos monumentos artísticos. Era un encargo que en otros tiempos hubiera considerado sin duda honroso, pero que ahora, cuando solo con gran esfuerzo podía conservar su prestigio en el banco, aceptó de mala gana. Cada hora que quitaba a la oficina le causaba preocupaciones; era verdad que no sabía aprovechar su tiempo en la oficina como antes, ni mucho menos; a veces pasaba horas solo con una mínima apariencia de estar trabajando realmente, pero sus preocupaciones eran por ello tanto mayores cuando no estaba en la oficina. Entonces creía ver cómo el director adjunto, que al fin y al cabo siempre lo había espiado, entraba de cuando en cuando en su despacho, se sentaba frente a su escritorio, buscaba entre sus papeles, recibía a clientes de los que K., desde hacía años, era casi amigo y se los arrebatava, incluso quizá descubriría errores por los que K. se creía ahora siempre amenazado de mil maneras en su trabajo y que no sabía evitar ya. De ahí que si se le encargaba, aunque fuera honorariamente, alguna gestión de negocios o incluso algún pequeño viaje —tales encargos se habían amontonado en los últimos tiempos de una forma totalmente casual—, no podía evitar la sospecha de que lo querían alejar por cierto tiempo de su despacho para inspeccionar su trabajo o por lo menos de que en la oficina se le consideraba fácilmente prescindible. La mayoría de esos encargos habría podido rechazarlos sin dificultad, pero no se atrevía, porque, si sus temores tenían el más mínimo fundamento, rechazar el encargo hubiera supuesto confesar su miedo. Por esa razón aceptaba esos encargos con aparente indiferencia, e incluso cuando tuvo que

hacer un fatigoso viaje de negocios de dos días, no dijo nada de su fuerte resfriado, para no quedar expuesto al riesgo de que se le impidiera hacer el viaje, dado el lluvioso tiempo otoñal. Cuando volvió del viaje con un rabioso dolor de cabeza, se enteró de que se le había designado para acompañar al día siguiente al cliente italiano. La tentación de negarse al menos aquella vez fue muy grande, sobre todo porque lo que se le confiaba no era ningún trabajo directamente relacionado con los negocios; el cumplimiento de aquella obligación social con el cliente era sin duda suficientemente importante, pero no para K., que sabía muy bien que solo lograría mantenerse a flote si tenía éxito en su trabajo y que, si no lo conseguía, sería totalmente inútil que, aun sin esperarlo, aquel italiano lo encontrase incluso encantador; no quería ser apartado de su ambiente de trabajo ni siquiera por un día, porque el miedo de no poder volver era demasiado grande, un miedo que reconocía claramente como exagerado, pero que sin embargo lo atenazaba. En aquel caso, de todas formas, era casi imposible inventar una excusa plausible; los conocimientos de K. de italiano, es cierto, no eran muy grandes, pero sí suficientes; sin embargo, lo decisivo era que K. tenía, de otros tiempos, algunos conocimientos de arte, lo que se había sabido en el banco de forma sumamente exagerada por el hecho de que K., durante algún tiempo, y por cierto solo por razones profesionales, había sido miembro de la Asociación de Conservación de Monumentos Artísticos de la ciudad. Ahora bien, el italiano, según se rumoreaba, era un conocedor del arte, y la elección de K. como acompañante resultaba por ello lógica.

Era una mañana muy lluviosa y tormentosa cuando K., muy irritado por el día que le esperaba, llegó ya a las siete de la mañana a la oficina, para trabajar al menos un rato antes de que el visitante lo apartara de todo aquello. Estaba muy cansado, porque se había pasado la mitad de la noche estudiando una gramática italiana a fin de prepararse un poco; la ventana en la que, en los últimos tiem-

pos, solía sentarse con demasiada frecuencia, lo atraía más que su escritorio, pero se resistió y se sentó a trabajar. Por desgracia, en ese momento entró el ordenanza y le comunicó que el señor director lo había enviado para saber si el señor apoderado estaba ya en su despacho; si estaba, que hiciera el favor de ir a la sala de recepciones, porque el señor de Italia había llegado ya. «Ya voy», dijo K., se metió un pequeño diccionario en el bolsillo, se puso bajo el brazo un álbum de curiosidades turísticas que había preparado para el extranjero, y se dirigió, a través del despacho del director adjunto, a la dirección. Estaba contento de haber llegado tan pronto al despacho y poder estar disponible inmediatamente, lo que sin duda nadie había podido esperar seriamente. El despacho del director adjunto estaba naturalmente vacío aún, como en plena noche; probablemente habían encargado también al ordenanza que lo llamase a la sala de recepciones, pero sin éxito. Cuando K. entró en la sala, los dos señores se levantaron de sus profundos sillones. El director sonrió con amabilidad; evidentemente estaba muy contento de la llegada de K., hizo enseguida las presentaciones, el italiano estrechó con fuerza la mano de K. y, riéndose, calificó a alguien de madrugador; K. no entendió bien lo que quería decir, además, había empleado una palabra extraña, cuyo sentido no adivinó hasta poco después. Respondió con unas frases sencillas, que el italiano acogió nuevamente con risas, mientras se pasaba varias veces una mano nerviosa por el espeso bigote, de un gris azulado. Aquel bigote estaba evidentemente perfumado, y uno sentía casi la tentación de acercarse y olerlo. Cuando todos se habían sentado y comenzó una pequeña conversación introductoria, K. se dio cuenta, con gran malestar, de que solo entendía al italiano parcialmente. Cuando hablaba con calma, le comprendía casi por completo, pero se trataba de excepciones raras; la mayoría de las veces al italiano le brotaban literalmente las palabras de la boca, y movía la cabeza como si eso le causara placer. Cuando hablaba así, se enredaba regularmente en un dialecto que

para K. no tenía nada de italiano, pero que el director no solo comprendía sino que hablaba también, lo que de todos modos podía haber previsto K., porque el extranjero procedía del sur de Italia, en donde había vivido el director algunos años. En cualquier caso, K. comprendió que se le privaba en gran parte de la posibilidad de entenderse con el italiano, porque también el francés de este era difícilmente comprensible, y además el bigote ocultaba el movimiento de sus labios, cuya vista hubiera quizá ayudado. K. comenzó a prever muchas cosas desagradables, y de momento renunció a tratar de entender al italiano —en presencia del director, que lo entendía tan fácilmente, hubiera sido un esfuerzo inútil— y se limitó a observarlo de mal humor, mientras el otro reposaba profunda y sin embargo ligeramente en su sillón, se tiraba con frecuencia de la chaquetilla corta y entallada, e intentó una vez, con los brazos levantados y unas manos que se movían flexiblemente en sus articulaciones, representar algo que K. no pudo comprender a pesar de que, inclinado hacia delante, no lo perdía de vista. Finalmente, se manifestó en K. —que, por lo demás, sin participar, se limitaba a seguir mecánicamente con la mirada el ir y venir de la conversación— su cansancio anterior, y una vez, con espanto, se sorprendió a sí mismo, por suerte todavía a tiempo, a punto de levantarse distraído, darse la vuelta e irse. Por fin el italiano miró el reloj y se puso en pie de un salto. Después de despedirse del director, se acercó a K., tanto que K. tuvo que hacer retroceder su sillón para poder moverse. El director, que sin duda leía en los ojos de K. el apuro en que se encontraba con respecto a aquel italiano, se mezcló en la conversación, y lo hizo de una forma tan inteligente y delicada que parecía que solo aportaba algunos pequeños consejos, cuando en realidad hacía comprender a K., muy brevemente, lo que el italiano, que lo interrumpía sin cesar, estaba diciendo. K. supo así que el italiano, de momento, tenía que hacer aún algunas gestiones; que, por desgracia, disponía también, en general, de poco tiempo; que de ningún modo tenía la in-

tención de recorrer a toda prisa las curiosidades turísticas; y que había resuelto más bien –aunque solo si K. estaba de acuerdo, solo de él dependía la decisión– visitar únicamente la catedral, pero de forma detenida. Se alegraba enormemente de poder realizar esa visita en compañía de un hombre tan erudito y amable –se refería a K., que solo se ocupaba de no prestar atención al italiano y captar rápidamente las palabras del director–, y le rogaba que, si la hora le convenía, estuviera en la catedral dentro de dos horas, hacia las diez. Él confiaba en poder estar allí sin falta a esa hora. K. respondió algo apropiado, el italiano dio la mano primero al director, luego a K. y luego otra vez al director, y se dirigió hacia la puerta seguido por los dos, vuelto solo a medias hacia ellos pero sin dejar de hablar. K. se quedó todavía un momento con el director, que aquel día tenía un aspecto especialmente enfermizo. Creyó tener que excusarse con K. de algún modo y dijo –estaban familiarmente juntos– que al principio había tenido la intención de ir él mismo con el italiano, pero luego –no dio otra razón más precisa– había decidido que sería mejor enviar a K. Si K., al principio, no entendía al italiano, no debía dejarse desconcertar por ello; muy pronto empezaría a comprenderlo y, aunque no entendiera muchas cosas, tampoco sería tan grave, porque para el italiano no era tan importante ser comprendido. Por lo demás, el italiano que hablaba K. era sorprendentemente bueno, y sin duda se las arreglaría estupendamente. Con eso despidió a K. El tiempo que le quedaba libre K. lo dedicó a copiar del diccionario algunas palabras que necesitaría para la visita de la catedral. Era una tarea sumamente penosa, los ordenanzas traían el correo, venían empleados con diversas preguntas y, como veían a K. ocupado, se quedaban en la puerta, pero no se movían hasta que K. los había escuchado; el director adjunto no perdió ocasión de molestarlo, entró varias veces, le quitó el diccionario de la mano y lo hojeó, evidentemente sin motivo alguno; hasta aparecían clientes cuando se abría la puerta, en la penumbra de la antesala, que se inclinaban titu-

beando, querían hacerse notar, pero no estaban seguros de haber sido vistos. Todo eso bullía en torno a K. como si él fuera el centro, mientras reunía las palabras que necesitaba, las buscaba luego en el diccionario, las copiaba, practicaba luego la pronunciación y, finalmente, trataba de aprendérselas de memoria. Su memoria, antes buena, parecía haberle abandonado por completo; a veces se sentía tan furioso con el italiano que lo obligaba a hacer aquel esfuerzo, que sepultaba el diccionario bajo los papeles, con la firme intención de no prepararse más, pero luego comprendía que no podía ir de un lado a otro con el italiano permaneciendo mudo ante las obras de arte de la catedral, y volvía a sacar el diccionario, con furia aún mayor.

A las nueve y media, cuando se disponía a irse, hubo una llamada telefónica: Leni le dio los buenos días y le preguntó cómo estaba; K. le dio las gracias apresuradamente y dijo que no le era posible charlar porque tenía que ir a la catedral. «¿A la catedral?», preguntó Leni. «Bueno, sí, a la catedral.» «¿Por qué a la catedral?», preguntó Leni. K. trató de explicárselo brevemente, pero apenas había comenzado, Leni dijo de pronto: «Te acosan». K. no podía soportar una compasión que no había pedido ni esperado, y se despidió con dos palabras, pero todavía dijo, mientras colgaba el auricular, a medias para sí mismo y a medias para aquella lejana muchacha, a la que no oía ya: «Sí, me acosan».

Ahora era ya tarde, y casi corría el riesgo de no llegar a tiempo. Fue en automóvil; en el último momento se había acordado del álbum que no había tenido posibilidad de entregar antes y que, por eso, llevó consigo. Lo sostuvo sobre las rodillas, tamborileando nervioso sobre él durante todo el trayecto. La lluvia se había hecho más débil, pero hacía un día húmedo, frío y sombrío; en la catedral se vería poco, y sin duda el resfriado de K. empeoraría mucho como consecuencia de pasar demasiado tiempo sobre las frías baldosas.

La plaza de la catedral estaba completamente vacía; K. recordó que, ya de niño, le había llamado la atención

que en las casas de aquella estrecha plaza casi todas las cortinas de las ventanas estuvieran siempre echadas. Con el tiempo que hacía aquel día resultaba de todos modos más comprensible que de costumbre. También la catedral estaba vacía, naturalmente; a nadie se le había ocurrido ir allí a esa hora. K. recorrió las dos naves laterales y solo encontró a una anciana que, envuelta en un paño de abrigo, estaba arrodillada ante un cuadro de la Virgen, mirándolo. Desde lejos vio a un sacristán renqueante desaparecer por una puerta del muro. K. había llegado puntual, precisamente cuando entraba habían dado las once,° pero el italiano no estaba allí. K. regresó a la puerta principal, se quedó un rato indeciso y luego dio la vuelta a la catedral bajo la lluvia, para comprobar si el italiano lo aguardaba quizá en alguna puerta lateral. No se le veía por parte alguna. ¿Quizá el director había comprendido mal la hora? Cómo se podía comprender bien a aquel hombre. Sea como fuere, K. tendría que esperarlo al menos media hora. Como estaba cansado, quiso sentarse, volvió otra vez a la catedral, encontró en un escalón un pequeño trozo como de alfombra, lo empujó con la punta del pie hasta delante de un banco próximo, se envolvió más en su abrigo, se cerró el cuello hasta arriba y se sentó. Para distraerse, abrió el álbum y lo hojeó un poco, pero pronto tuvo que dejarlo, porque se hizo tan oscuro que, al levantar la vista, apenas podía distinguir un solo detalle de la nave lateral cercana.

A lo lejos, un gran triángulo de velas centelleaba sobre el altar mayor; K. no hubiera podido decir con certeza si las había visto antes. Quizá las acababan de encender. Los sacristanes se mueven silenciosamente, como corresponde a su profesión, pasan inadvertidos. Cuando K. se volvió por casualidad, vio, no muy lejos a sus espaldas, una vela alta y fuerte que ardía también, sujeta a una columna. Por hermoso que resultara, para iluminar los cuadros, que en su mayoría colgaban en la oscuridad de los altares laterales, resultaba completamente insuficiente; más bien aumentaba las tinieblas. El italiano había actuado tan sen-

sata como descortésmente al no venir: no habría visto nada y hubiera tenido que contentarse con explorar algunos cuadros pulgada a pulgada con la linterna de bolsillo de K. Para ver qué se podía esperar, K. se dirigió a una pequeña capilla lateral, subió unos escalones hasta una baja balaustrada de mármol e, inclinándose sobre ella, iluminó con la linterna el cuadro del altar. Delante de él colgaba, enojosa, una lamparilla. Lo primero que K. vio, y en parte adivinó, fue un alto caballero con armadura representado en el borde mismo del cuadro. Se apoyaba en su espada, que había clavado ante sí en el suelo desnudo; solo algunas briznas de hierba brotaban aquí o allá. Parecía contemplar atentamente algo que se desarrollaba ante él. Era sorprendente que permaneciera así de inmóvil, sin acercarse. Tal vez estaba allí para montar guardia. K., que no había visto cuadros desde hacía tiempo, contempló al caballero largo rato, a pesar de que continuamente tenía que guiñar los ojos porque no soportaba la luz verde de la lamparilla. Cuando luego recorrió con la luz el resto del cuadro, descubrió que era un entierro de Cristo, de concepción tradicional; por lo demás se trataba de un cuadro reciente. Se guardó la linterna y volvió a su sitio.

Probablemente era ya innecesario aguardar al italiano, pero fuera llovía sin duda torrencialmente y, como allí no hacía tanto frío como K. había esperado, decidió quedarse de momento. Cerca de él estaba el gran púlpito, en cuyo pequeño techo redondo había, semiacostadas, dos cruces doradas cuyos extremos se cruzaban. La pared exterior del púlpito y su transición a la columna de soporte estaban formadas por un follaje verde del que pendían angelotes, a veces vivaces y a veces tranquilos. K. se acercó al púlpito y lo examinó por todos lados: el trabajo de la piedra era sumamente cuidadoso, la profunda oscuridad que había entre el follaje y su fondo parecía cautiva y encerrada allí; K. puso la mano en una de esas oquedades y tanteó luego la piedra con precaución; hasta entonces no había sabido de la existencia de aquel púlpito. Entonces observó por casualidad, detrás de la fila de bancos más

próxima, a un sacristán que, con una vestimenta negra, amplia y plisada, estaba allí con una tabaquera en la mano izquierda, contemplándolo. «¿Qué querrá ese hombre?», pensó K. «¿Le resulto sospechoso? ¿Querrá una propina?» Pero cuando el sacristán vio que K. lo observaba, señaló con la mano derecha, con un pellizco de tabaco todavía entre dos dedos, en una dirección indeterminada. Su comportamiento era casi incomprensible, K. aguardó un momento aún, pero el sacristán no dejaba de señalar algo con la mano, subrayándolo además con movimientos de cabeza. «Pero ¿qué quiere?», se preguntó K. en voz baja, no se atrevía a gritar allí; luego, sin embargo, sacó la cartera y se metió entre los bancos más próximos para llegar hasta el hombre. Este, sin embargo, hizo enseguida un ademán de rechazo con la mano, se encogió de hombros y se fue cojeando. Con un paso parecido a aquel cojear apresurado, K., de niño, trataba de imitar a un hombre cabalgando. «Un viejo chocho», pensó K., «su entendimiento le basta solo para atender a la iglesia. Se detiene si yo me detengo, y acecha para ver si continúo.» Sonriendo, K. siguió al anciano por toda la nave lateral, casi hasta la altura del altar mayor, el anciano no dejaba de señalar algo, pero K., intencionadamente, no se volvió: aquel gesto no debía de tener otra finalidad que hacer que dejara de seguir al anciano. Finalmente, lo dejó realmente, no quería asustarlo demasiado, y además, por si acaso el italiano venía aún, no quería espantar aquella aparición.

Quando volvía a la nave principal para buscar su sitio, en donde había dejado el álbum, observó junto a una columna, casi al lado de los bancos del coro del altar, un pequeño púlpito lateral, muy sencillo, de piedra pálida y desnuda. Era tan pequeño que, desde lejos, parecía una hornacina aún vacía destinada a alojar una imagen. El predicador, desde luego, no podría retroceder un paso desde la balaustrada. Además, la bóveda de piedra del púlpito arrancaba insólitamente de muy abajo y ascendía hacia el techo sin ningún adorno pero tan inclinada que

un hombre de altura mediana no podría mantenerse allí erguido, a no ser que permaneciera continuamente inclinado sobre la balaustrada. El conjunto parecía destinado a torturar al predicador; era incomprendible para qué servía aquel púlpito, cuando se disponía de otro tan grande y tan artísticamente adornado.

A K., sin duda, no le habría llamado la atención el pequeño púlpito si no hubieran puesto una lámpara encima, como suele hacerse poco antes de un sermón. ¿Iban a pronunciar ahora un sermón? ¿En aquella iglesia vacía? K. miró la escalera, que, pegada a la columna, llevaba al púlpito, y que era tan estrecha que no parecía destinada a personas sino solo a adorno de la columna. Sin embargo, abajo, junto al púlpito —K. sonrió de asombro—, había realmente un sacerdote, con la mano apoyada en la balaustrada, dispuesto a subir y mirando a K. Asintió muy ligeramente con la cabeza, y K. se santiguó y se inclinó, lo que hubiera debido hacer ya antes. El sacerdote tomó un poco de impulso y subió al púlpito con pasos cortos y rápidos. ¿Iba a comenzar realmente un sermón? Tal vez el sacristán no estaba tan privado de entendimiento y había querido empujar a K. hacia el sacerdote, lo que sin lugar a dudas era sumamente necesario en aquella iglesia vacía. Por lo demás, en algún lugar había una anciana delante de un cuadro de la Virgen, también ella hubiera debido acercarse. Y si iba a haber un sermón, ¿por qué no era anunciado por el órgano? El órgano sin embargo permanecía silencioso, centelleando solo débilmente desde las tinieblas de su gran altura.

K. pensó si no debía marcharse a toda prisa; si no lo hacía ahora, no podría hacerlo durante el sermón y tendría que quedarse mientras durase; había perdido ya demasiado tiempo de oficina, y hacía ya mucho que no estaba obligado a esperar al italiano; miró la hora, eran las once. Pero ¿podía haber realmente un sermón? ¿Podía K. ser el único representante de toda una congregación? ¿Qué habría pasado si solo hubiera sido un extranjero que quería visitar la iglesia? En el fondo no era otra cosa. Era absur-

do pensar que se iba a predicar ahora, a las once, en un día laborable y con el tiempo más espantoso posible. Sin duda el sacerdote —pues era indudablemente un sacerdote, un joven de rostro liso y oscuro— solo subía para apagar la lámpara, que había sido encendida por error.

Sin embargo, no era así: antes bien, el sacerdote comprobó la luz y la aumentó un poco aún, volviéndose luego lentamente hacia la balaustrada, cuyo borde anguloso agarró con ambas manos. Así permaneció un momento, mirando a su alrededor sin volver la cabeza. K. había retrocedido un buen trecho y se apoyaba con los codos en el primer banco. Con ojos inseguros vio en alguna parte, sin poder determinar exactamente dónde, al sacristán que, con la espalda encorvada, se encogía sobre sí mismo, pacíficamente, como si hubiera terminado su tarea. ¡Qué silencio reinaba ahora en la catedral! Sin embargo, K. tenía que perturbarlo, no tenía intención de quedarse allí; si era obligación del sacerdote predicar a una hora determinada, con independencia de las circunstancias, que lo hiciera, pero podría arreglárselas también sin ayuda de K., del mismo modo que su presencia no aumentaría sin duda el efecto. Así pues, K. se puso lentamente en movimiento, tanteando con las puntas de los pies a lo largo del banco, llegó luego al ancho pasillo central y lo recorrió sin ser molestado, a no ser porque aquel suelo de piedra resonaba bajo el paso más ligero y las bóvedas devolvían el eco, débilmente pero sin interrupción, en múltiples progresiones regulares. K. se sintió un tanto abandonado mientras caminó solo entre los bancos vacíos, quizá observado por el sacerdote, y le pareció que el tamaño de la catedral estaba en el límite de lo humanamente soportable. Cuando llegó a su anterior asiento, agarró sin detenerse el álbum que había dejado allí y se lo llevó. Casi había dejado ya la zona de los bancos y se estaba acercando al espacio libre que había entre ellos y la salida, cuando oyó por primera vez la voz del sacerdote. Una voz potente y cultivada. ¡Cómo atravesaba la catedral, dispuesta a recibirla! Sin embargo, no fue a la congregación a la que se dirigió

el sacerdote, sino que con toda claridad y sin dejarle escapatoria gritó: «¡Josef K.!».

K. se detuvo y miró al suelo. De momento, todavía era libre, podía seguir su camino y largarse por una de las tres puertecitas de madera que no quedaban lejos. Significaría eso que no había comprendido o que había comprendido pero no quería hacer caso. Por el contrario, si se volvía, estaría atrapado, pues habría reconocido haber comprendido bien, ser realmente el interpelado y estar dispuesto a obedecer. Si el sacerdote lo hubiese llamado otra vez, K. se habría marchado sin duda, pero, como todo quedó en silencio mientras K. esperaba también, volvió un poco la cabeza, pues quería ver qué estaba haciendo el sacerdote. Este permanecía tranquilamente en el púlpito como antes, pero se podía ver con claridad que había notado el movimiento de cabeza de K. Habría resultado un juego infantil de escondite el que K. no se hubiera vuelto ahora por completo. Lo hizo, y el sacerdote le indicó con el dedo que se acercara. Como ahora todo podía hacerse abiertamente, corrió hacia el púlpito —lo hizo por curiosidad y para abreviar el asunto— con pasos largos y ligeros. En los primeros bancos se detuvo, pero al sacerdote la distancia le pareció demasiado grande aún, extendió la mano y señaló, con un dedo índice que apuntaba decididamente hacia abajo, un lugar situado muy cerca del púlpito. K. lo obedeció de nuevo; en aquel lugar tenía que echar la cabeza muy atrás para seguir viendo al sacerdote. «Eres Josef K.», dijo el sacerdote, levantando la mano de la balaustrada con un vago ademán. «Sí», dijo K.; pensó con cuánta frecuencia daba antes siempre su nombre; desde hacía algún tiempo, sin embargo, le resultaba una carga, ahora conocían su nombre personas a las que veía por primera vez, qué bonito era presentarse primero y ser conocido luego. «Estás acusado», dijo el sacerdote en voz especialmente baja. «Sí», dijo K., «me lo han hecho saber.» «Entonces eres el que busco», dijo el sacerdote. «Soy el capellán de la prisión.» «Ah», dijo K. «Te he hecho llamar», dijo el sacerdote, «para hablar contigo.» «No lo sabía»,

dijo K. «He venido para enseñar la catedral a un italiano.» «Deja lo secundario», dijo el sacerdote. «¿Qué tienes en la mano? ¿Un libro de oraciones?» «No», respondió K., «un álbum de curiosidades turísticas.» «Déjalo», dijo el sacerdote. K. lo tiró con tanta fuerza que el álbum se abrió y, con las hojas dobladas, se deslizó un trecho por el suelo. «¿Sabes que tu proceso va mal?», preguntó el sacerdote. «Eso me parece también», dijo K. «Me he esforzado todo lo posible, pero hasta ahora sin resultado. Verdad es que mi petición no está aún terminada.» «¿Cómo te imaginas el final?», preguntó el sacerdote. «Antes pensaba que acabaría bien», dijo K., «pero ahora yo mismo dudo a veces. No sé cómo acabará. ¿Lo sabes tú?» «No», dijo el sacerdote, «pero me temo que acabe mal. Te consideran culpable. Tal vez tu proceso no salga nunca de un tribunal inferior. Por lo menos provisionalmente, tu culpa se considera probada.» «Sin embargo, no soy culpable», dijo K. «Es un error. ¿Cómo puede ser siquiera culpable el ser humano? Todos somos aquí seres humanos, tanto unos como otros.» «Eso es cierto», dijo el sacerdote, «pero así suelen hablar los culpables.» «¿Tienes también algún prejuicio contra mí?», preguntó K. «No tengo ningún prejuicio contra ti», dijo el sacerdote. «Te lo agradezco», dijo K. «Sin embargo, todos los demás que intervienen en el proceso tienen algún prejuicio contra mí. Y se lo infunden también a los que no intervienen. Mi situación se hace cada vez más difícil.» «No entiendes los hechos», dijo el sacerdote. «La sentencia no se dicta de repente: el proceso se convierte poco a poco en sentencia.» «De manera que es así», dijo K., bajando la cabeza. «¿Qué vas a hacer con tu asunto en lo venidero?», preguntó el sacerdote. «Voy a buscar más ayuda», dijo K., levantando la cabeza para ver cómo juzgaba el sacerdote sus palabras. «Hay ciertas posibilidades que no he aprovechado.» «Buscas demasiada ayuda ajena», dijo el sacerdote con desaprobación, «y especialmente de mujeres. No te das cuenta de que no es esa la verdadera ayuda.» «A veces, incluso con frecuencia, podría darte la ra-

zón», dijo K., «pero no siempre. Las mujeres tienen mucho poder. Si pudiera hacer que algunas mujeres que conozco trabajaran juntas para mí, seguro que lo lograría. Sobre todo ante ese tribunal, compuesto casi exclusivamente de mujeriegos. Muéstrale de lejos una mujer al juez de instrucción y derribará la mesa del juicio y a los acusados para alcanzarla cuanto antes.» El sacerdote bajó la cabeza hacia la balaustrada; solo entonces pareció oprimirlo el techo del púlpito. ¡Qué temporal debía de hacer fuera! No era ya un día nublado, era noche cerrada. Ninguna de las vidrieras de las grandes ventanas lograba romper la oscura pared con el más vago resplandor. Y precisamente entonces comenzó el sacristán a apagar una tras otra las velas del altar mayor. «¿Estás irritado conmigo?», preguntó K. al sacerdote. «Quizá no sabes a qué tribunal sirves.» No recibió respuesta. «Son solo mis experiencias», dijo K. Arriba seguía reinando el silencio. «No quería ofenderte», dijo K. Entonces el sacerdote gritó desde arriba a K.: «¿Es que no puedes ver a dos pasos?». Era un grito de cólera, pero al mismo tiempo como el de alguien que ve caer a otro y, al asustarse él mismo, se pone a gritar sin querer, imprudentemente.

Los dos guardaron silencio entonces largo rato. El sacerdote, es cierto, no podía distinguir bien a K. en la oscuridad que reinaba allí abajo, mientras que K. veía claramente al sacerdote a la luz de la pequeña lámpara. ¿Por qué no bajaba el sacerdote? No había pronunciado un sermón, solo había dado a K. algunas informaciones que, si las tenía en cuenta, más bien lo perjudicarían que le aprovecharían. Sin embargo, a K. la buena intención del sacerdote le parecía indudable, no era imposible que, si bajaba, llegase a un acuerdo con él; que recibiera de él algún consejo decisivo y aceptable; que, por ejemplo, enseñara a K. no cómo influir en el proceso, sino cómo salir del proceso, cómo evitarlo, cómo vivir fuera del proceso. Esa posibilidad debía de existir, había pensado K. con frecuencia en los últimos tiempos. Sin embargo, si el sacerdote conocía esa posibilidad, quizá, si se lo rogaba, se la

revelaría, a pesar de que él mismo pertenecía al tribunal y a pesar de que, cuando K. había atacado al tribunal, había reprimido su dulzura natural, llegando incluso a gritarle.

«¿No quieres bajar?», dijo K. «No hay sermón que pronunciar. Ven aquí abajo conmigo.» «Ahora puedo bajar», dijo el sacerdote; quizá se arrepentía ya de haberle gritado. Mientras descolgaba la lámpara de su gancho, dijo: «Tenía que hablarte antes desde lejos. Si no, me dejo influir fácilmente y me olvido de mi ministerio».

K. lo aguardó al pie de la escalera. El sacerdote le tendió ya la mano mientras bajaba, desde uno de los escalones superiores. «¿Tienes un poco de tiempo para mí?», preguntó K. «Tanto como necesites», dijo el sacerdote, alargando a K. la lamparilla que llevaba. Tampoco de cerca perdía cierta solemnidad su persona. «Eres muy amable conmigo», dijo K. Fueron juntos de un lado a otro por la oscura nave lateral. «Eres una excepción entre todos los que pertenecen al tribunal. Tengo más confianza en ti que en cualquiera de ellos, aunque conozco a muchos. Contigo puedo hablar francamente.» «No te engañes», dijo el sacerdote. «¿En qué podría engañarme?», preguntó K. «Te engañas con respecto al tribunal», dijo el sacerdote. «En los escritos de introducción a la Ley se dice de ese engaño: ante la Ley^o hay un guardián. A ese guardián llega un hombre del campo y le ruega que le deje entrar a la Ley. Pero el guardián le dice que no puede dejarlo entrar aún. El hombre reflexiona y pregunta si, entonces, podrá entrar más tarde. “Es posible”, dice el guardián, “pero no ahora.” Como la puerta de la Ley está abierta como siempre y el guardián se echa a un lado, el hombre se asoma para mirar por la puerta al interior. Cuando el guardián lo ve, se ríe y dice: “Si tanto te atrae, intenta entrar a pesar de mi prohibición. Pero ten en cuenta una cosa: soy poderoso. Y solo soy el más humilde de los guardianes. Sala tras sala hay otros guardianes, cada uno más poderoso que el anterior. Ni siquiera yo puedo soportar ya la vista del tercer guardián”. El hombre del

campo no había previsto aquellas dificultades; la Ley, piensa, debería ser accesible siempre y para todos, pero cuando mira con más atención al guardián, con su abrigo de piel, su gran nariz puntiaguda y su barba tártara, escasa y negra, prefiere esperar a recibir autorización para entrar. El guardián le da un taburete y le permite sentarse a un lado de la puerta. Allí pasa días y años. Hace muchos intentos para ser admitido y fatiga al guardián con sus ruegos. El guardián lo somete con frecuencia a pequeños interrogatorios, le pregunta por su país natal y por muchas otras cosas, pero son preguntas indiferentes, como las que hacen los grandes señores, y, al final, le dice siempre que no puede dejarlo entrar aún. El hombre, que se ha provisto de muchas cosas para su viaje, lo utiliza todo, por precioso que sea, para sobornar al guardián. Este lo acepta todo, pero al hacerlo dice: "Lo acepto solo para que no creas que has dejado de intentarlo todo". Durante todos esos años el hombre observa casi ininterrumpidamente al guardián. Olvida a los otros guardianes, y ese primero le parece el único obstáculo para entrar a la Ley. Maldice aquella desgraciada casualidad, en los primeros años en voz alta, y luego, cuando se hace viejo, murmurando solo para sí. Chochea, y como al estudiar durante años al guardián ha llegado a conocer hasta a las pulgas de su cuello de piel, ruega a las pulgas que le ayuden a cambiar el talante del guardián. Finalmente, su vista se debilita y ya no sabe si realmente se ha hecho más oscuro a su alrededor o si solo lo engañan sus ojos. Sin embargo, percibe ahora en la oscuridad un resplandor que brota inextinguible de la puerta de la Ley. No vivirá ya mucho. Antes de su muerte, todas las experiencias de todo ese tiempo se acumulan en su cabeza en una pregunta que hasta entonces no ha hecho al guardián. Le hace una señal, porque no puede enderezar ya su cuerpo rígido. El guardián tiene que inclinarse profundamente hacia él, porque la diferencia de talla ha aumentado en perjuicio del hombre. "Qué quieres saber aún?", le pregunta el guardián. "Eres insaciable." "Todos ansían llegar a la Ley",

dice el hombre, “¿cómo puede ser que, en todos estos años, nadie más que yo haya solicitado entrar?” El guardián se da cuenta de que el hombre se está muriendo y, para hacer llegar las palabras a su oído que se va perdiendo, le grita: “Por aquí no podía entrar nadie más, porque esta entrada te estaba a ti solo destinada. Ahora me iré y la cerraré”.»

«Entonces, el guardián engañó al hombre», dijo K. enseguida, muy atraído por la historia. «No te apresures», dijo el sacerdote; «no aceptes una opinión ajena sin examinarla. Te he contado la historia tal como está en la Escritura. En ella no se dice nada de un engaño.» «Sin embargo, está claro», dijo K., «y tu primera interpretación era muy acertada. El guardián solo comunicó el mensaje salvador cuando ya no podía ayudar al hombre.» «Tampoco se le preguntó antes», dijo el sacerdote; «piensa también que solo era guardián y, como tal, cumplió su deber.» «¿Por qué crees que cumplió su deber?», preguntó K. «No lo cumplió. Su deber era quizá rechazar a los extraños, pero a aquel hombre al que estaba destinada la entrada hubiera tenido que dejarlo entrar.» «No tienes suficiente respeto por la Escritura y tergiversas la historia», dijo el sacerdote. «La historia contiene sobre la entrada a la Ley dos declaraciones importantes del guardián: una al principio y otra al final. Una dice que “ahora no puede dejarlo entrar aún”, y la otra: “esta entrada estaba destinada solo a ti”. Si hubiera una contradicción entre esas declaraciones, tendrías razón y el guardián habría engañado al hombre. Pero no hay ninguna contradicción. Al contrario, la primera declaración apunta incluso a la segunda. Se podría decir casi que el guardián se excedió en su deber al sugerir al hombre una posibilidad futura de ser admitido. En ese momento, su deber parece haber sido solo rechazar al hombre. Y, efectivamente, muchos intérpretes de la Escritura se asombran de que el guardián hiciera siquiera esa insinuación, porque parece amar la precisión y desempeña su cargo con rigor. Durante muchos años no deja su puesto y solo cierra la puerta al final mismo; tie-

ne plena conciencia de la importancia de su puesto, porque dice "soy poderoso"; respeta a sus superiores, porque dice "solo soy el más humilde de los guardianes"; cuando se trata del cumplimiento de sus deberes, no se deja conmover ni irritar, porque se dice del hombre que "fatiga al guardián con sus ruegos"; no es charlatán, porque durante todos esos años solo hace "preguntas indiferentes"; no es sobornable, porque ante un regalo dice: "lo acepto solo para que no creas que has dejado de probar alguna cosa"; y finalmente, también su aspecto externo indica un carácter meticuloso: la gran nariz afilada y la barba tártara, larga y escasa. ¿Puede haber un guardián más cumplidor? Ahora bien, el guardián tiene otros rasgos de carácter que, para quien solicita ser admitido, son muy favorables y que, en cualquier caso, hacen comprensible que, al hacer alusión a una posibilidad futura, haya podido excederse un tanto en su deber. Porque no puede negarse que es un poco simple y, a consecuencia de ello, un tanto presumido. Aunque sus manifestaciones sobre su propio poder y sobre el poder de los otros guardianes, cuyo aspecto incluso para él mismo resulta insoportable..., quiero decir, aunque todas esas manifestaciones puedan ser en sí mismas exactas, la manera en que las hace muestra que su percepción está empañada por la simpleza y la arrogancia. Los intérpretes dicen al respecto: la exacta comprensión de una cosa y su mala interpretación no se excluyen totalmente. En cualquier caso, hay que admitir que esa simpleza y arrogancia, por mínimamente que se manifiesten, debilitan la vigilancia de la entrada, son deficiencias en el carácter del guardián. A ello se añade que el guardián, según su disposición natural, parece ser amable; no se comporta siempre, en absoluto, como un personaje oficial. Ya en los primeros momentos, bromea invitando al hombre a entrar a pesar de la prohibición expresa estrictamente observada, y luego no lo despide, sino que da al hombre, como se nos dice, un taburete y le deja sentarse en él a un lado de la puerta. La paciencia con que, a lo largo de todos esos años,

soporta los ruegos del hombre, los pequeños interrogatorios, su aceptación de los regalos, la magnanimidad con que permite que el hombre que está a su lado maldiga en voz alta al desgraciado azar que ha puesto allí al guardián, todo ello permite deducir sentimientos de compasión. No todo guardián hubiera actuado así. Y finalmente, a una señal del hombre se inclina aún profundamente hacia él, para darle oportunidad de formular una última pregunta. Solo una ligera impaciencia —el guardián sabe que todo ha acabado— se manifiesta en las palabras: “Eres insaciable”. Algunos van incluso más lejos en esa especie de explicación y dicen que las palabras “eres insaciable” expresan una especie de admiración amistosa, aunque no desprovista de cierta condescendencia. En cualquier caso, la figura del guardián cobra así un carácter distinto del que crees.» «Tú conoces la historia mejor que yo y desde hace más tiempo», dijo K. Se quedaron silenciosos un momento. Luego K. dijo: «Entonces ¿crees que el hombre no fue engañado?». «No me comprendas mal», dijo el sacerdote, «solo te muestro las opiniones que hay al respecto. No debes prestar demasiada atención a las opiniones. La Escritura es inmutable y las opiniones no son a menudo más que expresión de la desesperación ante ese hecho. En este caso hay incluso una opinión según la cual es precisamente el guardián el engañado.» «Es una opinión muy aventurada», dijo K. «¿En qué se basa?» «Se basa», respondió el sacerdote, «en la simpleza del guardián. Se dice que él no conoce el interior de la Ley, sino solo el camino que tiene que recorrer ante la entrada, una y otra vez. Las ideas que tiene del interior se consideran infantiles y se supone que él mismo tiene miedo de aquello con lo que quiere meter miedo al hombre. Incluso tiene más miedo que el hombre, porque este solo quiere entrar, incluso después de oír hablar de los terribles guardianes del interior; en cambio el guardián no quiere hacerlo, al menos no se sabe nada de eso. Es cierto que otros dicen que tiene que haber estado ya en el interior, porque ha sido admitido al servicio de la Ley y eso solo puede haber ocu-

rrido dentro. A eso puede responderse que también puede haber sido nombrado guardián por una voz desde el interior y que, en cualquier caso, no debe de haber penetrado mucho, porque no puede soportar ya la vista del tercer guardián. Además, no se dice tampoco que durante todos esos años haya contado nada del interior, salvo esa observación sobre los guardianes. Podría haberle estado prohibido entrar, pero tampoco ha dicho nada de una prohibición. De todo ello se deduce que no sabe nada de la apariencia y significación del interior, y se encuentra engañado al respecto. Sin embargo, también sobre el hombre del campo debe de estar engañado, porque está subordinado a ese hombre sin saberlo. Que trata al hombre como a un subordinado se reconoce en muchas cosas, de las que quizá te acuerdes. Sin embargo, según esa opinión se deduce de forma igualmente clara que es él quien le está subordinado. En primer lugar, un hombre libre es siempre superior al que depende de otro. Ahora bien, el hombre es efectivamente libre, puede ir a donde quiera, solo la entrada en la Ley le está vedada, y además solo por una persona, por el guardián. Si se sienta en un taburete a un lado de la puerta y se queda la vida entera, lo hace voluntariamente; la historia no habla de ninguna coacción. El guardián, en cambio, está atado a su puesto, no puede alejarse de allí, y según todas las apariencias, tampoco entrar en el interior, aunque quiera. Además, aunque está al servicio de la Ley, su servicio se limita a esa puerta, es decir, solo al hombre al que está destinada la puerta. También por este motivo le está subordinado. Hay que suponer que, durante muchos años, en cierto modo durante toda una vida adulta, solo ha prestado un servicio vacío, porque lo que se dice es que llega un hombre, es decir, alguien de edad adulta, de lo que se deduce que el guardián tuvo que esperar mucho antes de cumplir su finalidad, es decir, hasta que quiso el hombre, puesto que vino voluntariamente. Sin embargo, también el final de su servicio está determinado por el final de la vida del hombre y, por lo tanto, sigue estándole subordinado has-

ta el fin. Y una y otra vez se subraya que el guardián no parece saber nada de todo eso. En ello, sin embargo, no se ve nada de extraño, porque, según esa opinión, el guardián se encuentra en un engaño mucho mayor en lo que se refiere a su servicio. Efectivamente, al final habla de la puerta y dice: "Ahora me iré y la cerraré", pero al principio se dice que la puerta que lleva a la Ley está abierta como siempre; si está siempre abierta, siempre, es decir, con independencia de la duración de la vida del hombre al que está destinada, el guardián no podrá cerrarla. En eso divergen las opiniones sobre si el guardián, al anunciar que cerrará la puerta, solo quiere dar una respuesta, o subrayar su deber, o sumir al hombre, en el último momento, en el arrepentimiento y el pesar. En una cosa, sin embargo, están muchos de acuerdo: en que no podrá cerrar la puerta. Creen incluso que, al menos al final, también está subordinado al hombre en sus conocimientos, porque este ve el resplandor que sale de la entrada de la Ley, mientras que el guardián, como tal, está sin duda de espaldas a la entrada y no da muestras de haber percibido ningún cambio.» «Bien razonado», dijo K., que había repetido para sí, a media voz, algunos pasajes de la explicación del sacerdote. «Está bien razonado y ahora yo también creo que el guardián está engañado. Sin embargo, no renuncio a mi opinión anterior, porque las dos coinciden parcialmente. Que el guardián vea claramente o se engañe no es decisivo. He dicho que el hombre está engañado. Si el guardián viera claramente, se podría dudar, pero si el guardián se engaña, su engaño debe comunicarse necesariamente al hombre. En ese caso, el guardián no es un estafador, pero sí tan simple que debería ser despedido inmediatamente de su puesto. Tienes que pensar que el engaño en que se encuentra el guardián no lo perjudica a él, pero sí, mil veces, al hombre.» «Aquí tropiezas con una opinión contraria», dijo el sacerdote. «En efecto, algunos dicen que la historia no permite a nadie juzgar al guardián. Nos parezca lo que nos parezca, es sin embargo un servidor de la Ley, es decir, pertenece a la Ley

y, por consiguiente, queda sustraído al juicio humano. Por eso tampoco se debe creer que el guardián esté subordinado al hombre. Estar vinculado por su servicio, aunque solo sea a la entrada de la Ley, es incomparablemente más que vivir libremente en el mundo. El hombre acaba de llegar a la Ley, el guardián está ya allí. Ha sido designado para el servicio por la Ley; dudar de su dignidad sería dudar de la Ley.» «No estoy de acuerdo con esa opinión», dijo K. sacudiendo la cabeza, «porque, si se acepta, hay que considerar cierto todo lo que dice el guardián. Que eso, sin embargo, no es posible, lo has demostrado tú mismo detalladamente.» «No», dijo el sacerdote, «no hay que considerar que todo es verdad, solo necesario.» «Una triste opinión», dijo K., «la mentira se convierte en principio universal.»

K. dijo eso para terminar, pero no era su última palabra. Estaba demasiado cansado para poder abarcar todas las consecuencias de la historia; además esa historia llevaba a razonamientos inhabituales, cosas irreales, más apropiadas para ser debatidas por los funcionarios del tribunal que por él. Aquella historia simple se había vuelto informe, quería librarse de ella, y del sacerdote, que ahora mostraba una gran delicadeza, lo aceptó y aceptó en silencio la observación de K., aunque sin duda no coincidía con su propia opinión.

Siguieron andando un rato en silencio, K. se mantenía muy cerca del sacerdote, sin saber en la oscuridad dónde se encontraba él. La lámpara que tenía en la mano se había apagado hacía tiempo. Una vez centelleó delante de él la estatua de un santo, solo con el resplandor de la plata, y enseguida volvió a la oscuridad. Para no depender por completo del sacerdote, K. le preguntó: «¿Estamos cerca de la entrada principal?». «No», dijo el sacerdote. «Estamos muy lejos. ¿Quieres irte ya?» Aunque K. no había pensado precisamente en ello, dijo enseguida: «Claro, tengo que irme. Soy apoderado de un banco, me esperan; solo he venido aquí para enseñar la catedral a un cliente.» «Bueno», dijo el sacerdote, tendiendo a K. la mano,

«entonces vete.» «Sin embargo, no podré encontrar solo el camino en la oscuridad», dijo K. «Ve a la izquierda hasta la pared», dijo el cura, «y luego sigue a lo largo de ella sin dejarla y llegarás a una salida.» Apenas se había alejado el sacerdote unos pasos cuando K. le gritó en voz muy alta: «Por favor, espera». «Espero», dijo el sacerdote. «¿No quieres algo más de mí?», preguntó K. «No», dijo el sacerdote. «Antes has sido tan amable conmigo», dijo K., «y me lo has explicado todo, y ahora me despides como si yo no te importara nada.» «Es que ahora tienes que irte», dijo el sacerdote. «Bueno», dijo K., «compréndelo.» «Comprende tú antes quién soy yo», dijo el sacerdote. «Eres el capellán de la prisión», dijo K., acercándose al sacerdote; su regreso inmediato al banco no era tan necesario como se había imaginado, podía muy bien quedarse aún allí. «Por consiguiente, formo parte del tribunal», dijo el sacerdote. «¿Por qué tendría que querer nada de ti? El tribunal no quiere nada de ti. Te recibe cuando vienes y te despide cuando te vas.»

Fin

La noche anterior a su trigésimo primer aniversario^o —eran alrededor de las nueve, la hora del silencio en las calles—, dos hombres llegaron al piso de K. Con levita, pálidos y gruesos, y con sombreros de copa en apariencia inamovibles. Tras algunos pequeños cumplidos ante la puerta del piso, por ver quién pasaba primero, los mismos cumplidos, ampliados, se repitieron ante la puerta de K. Sin que se le hubiera anunciado la visita, K., igualmente vestido de negro, estaba sentado en una silla al lado de la puerta, poniéndose lentamente unos guantes nuevos muy ceñidos, en la actitud de quien espera invitados. Se puso en pie enseguida y miró a aquellos señores con curiosidad. «Entonces, ¿vienen por mí?», preguntó. Los señores asintieron, y uno señaló con el sombrero de copa en la mano al otro. K. se confesó que había estado esperando otra visita. Fue a la ventana y echó otra mirada a la oscura calle. Casi todas las ventanas del otro lado estaban también oscuras, y en muchas habían bajado las persianas. En una ventana iluminada, dos niños pequeños jugaban tras una reja y, todavía incapaces de moverse de su sitio, se tocaban con sus manecitas. «Me envían viejos actores de segunda», se dijo K., y miró a su alrededor para convenirse otra vez. «Quieren deshacerse de mí de una forma barata.» K. se volvió hacia ellos de pronto y preguntó: «¿En qué teatro actúan?». «¿Teatro?», preguntó uno de los señores al otro, pidiéndole consejo, con las comisuras de la boca temblorosas. El otro se comportó como si fuera un mudo que luchara con su propio organismo rebelde. «No están preparados para que les pregunten», se dijo K., yendo a buscar su sombrero.

Ya en la escalera, los señores quisieron coger a K. del brazo, pero K. dijo: «No hasta la calle, no estoy enfermo».

Sin embargo, inmediatamente antes de la puerta agarraron a K. de una forma que él no había experimentado nunca con persona alguna. Arrimaron mucho sus hombros, por detrás de los suyos, y no doblaron los brazos sino que los utilizaron para rodear los brazos de K. en toda su longitud, y sujetarle las manos abajo con una presión estudiada, experimentada e irresistible. K. anduvo rígido entre ellos, y los tres formaron entonces tal unidad que si hubieran derribado a uno hubieran derribado a todos. Era una unidad casi como solo se puede formar con algo inanimado.

Debajo de las farolas, K. intentó varias veces, por difícil que resultara al ser llevado tan apretadamente, ver a sus acompañantes con más claridad de lo que le había sido posible en la penumbra del cuarto. Tal vez sean tenores, pensó al ver su pesada sotabarba. La limpieza de sus rostros lo asqueaba. Se veía literalmente que una mano limpiadora había pasado por el bordé de sus ojos, frotado sus labios superiores y rascado las arrugas de sus barbillas.

Cuando K. se dio cuenta se detuvo, y como consecuencia se detuvieron también los otros; estaban a la entrada de una plaza abierta,^o vacía y adornada con parterres. «¿Por qué los han enviado a ustedes precisamente!», gritó más que preguntó. Los señores no conocían al parecer la respuesta, y aguardaron con los brazos libres caídos, como enfermeros cuando el enfermo quiere descansar. «No voy a seguir», dijo K. para probar. A eso no necesitaban responder los señores, bastaba con que no aflojaran su presa y trataran de mover a K. de su sitio, pero K. se resistió. «No necesitaré ya mis fuerzas mucho tiempo, las utilizaré ahora», pensó. Pensó en las moscas cuyas patitas se desgarran cuando se esfuerzan por escapar del papel matamoscas. «Estos señores van a tener trabajo.»

Entonces, desde una calle situada más abajo, subió delante de ellos hacia la plaza, por una escalerita, la señorita Bürstner. No era totalmente seguro que fuera ella, pero el parecido era sin duda grande. A K. no le importaba que fuera verdaderamente la señorita Bürstner, pero tuvo con-

ciencia enseguida de la inutilidad de su resistencia. No tenía nada de heroico que resistiera, que causara dificultades a aquellos señores, que tratase de disfrutar aún con ese recurso de una última apariencia de vida. Se puso en movimiento y algo de la alegría que con ello dio a los señores se le transmitió también. Toleraron entonces que fuera él quien decidiera el camino, y él lo decidió siguiendo el que la señorita tomaba delante de ellos, no porque quisiera alcanzarla ni porque quisiera verla el mayor tiempo posible, sino porque no quería desdeñar la señal que ella representaba para él. «Lo único que puedo hacer ahora», se dijo, y la regularidad de sus pasos y de los pasos de los otros le confirmó en su idea, «lo único que puedo hacer ahora es mantener hasta el final la cabeza fría y tranquila. Siempre he querido agarrar el mundo con veinte manos, y además con fines no muy aceptables. Estaba equivocado, ¿voy a mostrar ahora que ni siquiera un proceso de un año ha podido enseñarme algo? ¿Debo acabar como un hombre de escaso talento? ¿Dirán de mí que al principio del proceso quería terminar y que ahora, cuando llega a término, quiero empezar otra vez? No quiero que se diga eso. Estoy agradecido porque me hayan dado para este camino a estos caballeros semimudos e insensibles, dejándome a mí decir lo necesario.»

Entretanto, la mujer había torcido por una calle lateral, pero K. podía ya prescindir de ella y se abandonó a sus acompañantes. Los tres atravesaron ahora en perfecta formación un puente a la luz de la luna; a cada pequeño movimiento que hacía K., los señores cedían de buena voluntad y, cuando se volvía un poco hacia la barandilla, se volvían también hacia allá, formando un solo frente. El agua que resplandecía y temblaba bajo la luz de la luna se dividía en torno a una pequeña isla, en la que las masas de follaje de los árboles y arbustos se amontonaban como apretadas. Bajo ellas, invisibles ahora, había caminos de grava con cómodos bancos, en los que K., muchos veranos, se había estirado y desahogado. «No quería detenerme», dijo a sus acompañantes, avergonzándose de la

buena voluntad de estos. Uno pareció hacer al otro, a espaldas de K., un suave reproche por aquella parada equivocada, y luego siguieron adelante.

Recorrieron algunas calles empinadas, en las que había policías, quietos o en movimiento, unas veces a lo lejos y otras en la proximidad más inmediata. Uno de bigote espeso, con la mano en la empuñadura del sable, se acercó como intencionadamente a aquel grupo no del todo libre de sospecha. Los señores se detuvieron y el policía estaba abriendo ya la boca, cuando K., a la fuerza, hizo seguir a los señores. Varias veces se volvió prudentemente, para ver si el policía los seguía; sin embargo, cuando doblaron una esquina, K. comenzó a correr y, casi sin aliento, los señores tuvieron que correr también.

Así salieron rápidamente de la ciudad que, en aquella dirección, lindaba casi sin transición con los campos. Había una pequeña cantera, abandonada y desierta, en la proximidad de una casa perteneciente todavía a la ciudad. Allí hicieron alto los dos señores, fuera porque aquel lugar había sido su meta desde el principio, fuera porque estaban demasiado agotados para seguir corriendo. Entonces soltaron a K., que aguardó en silencio, se quitaron los sombreros de copa y, mientras echaban una ojeada a la cantera, se secaron con el pañuelo el sudor de la frente. Por todas partes se difundía la luz de la luna, con esa calma y naturalidad que ninguna otra luz tiene.

Tras intercambiar algunas cortesías sobre quién tenía que realizar las siguientes tareas —al parecer, se les habían encomendado aquellas tareas indistintamente—, uno de ellos se acercó a K. y le quitó la chaqueta, el chaleco y, finalmente, la camisa. K., involuntariamente, se estremeció, y entonces el señor le dio una ligera palmada tranquilizadora en la espalda. Luego dobló las prendas cuidadosamente, como cosas que hubiera de utilizar todavía, aunque no de forma inmediata. Para no exponer a K., inmóvil, al aire nocturno, al fin y al cabo fresco, lo cogió del brazo y paseó con él un poco, arriba y abajo, mientras el otro señor inspeccionaba la cantera, buscando un lugar

apropiado. Cuando lo encontró hizo un signo con la mano y el otro señor acompañó a K. hasta allí. Era cerca de la pared escarpada y había allí una piedra desprendida. Los señores sentaron a K. en el suelo, lo apoyaron contra la piedra y le recostaron la cabeza encima. A pesar de todos los esfuerzos que hicieron y a pesar de toda la buena voluntad demostrada por K., su postura resultaba forzada e inverosímil. Uno de los señores rogó por un momento al otro que le dejara colocar a K. solo, pero tampoco resultó mejor. Finalmente dejaron a K. en una posición que no era siquiera la mejor de las antes probadas. Entonces, uno de los señores se abrió la levita y sacó de una funda, que colgaba de un cinto que le ceñía el chaleco, un cuchillo de carnicero largo y delgado, afilado por ambos lados, lo levantó en alto y probó su filo. Otra vez comenzaron aquellas repulsivas cortesías, uno alargó el cuchillo al otro, por encima de K., y el otro volvió a alargárselo por encima. K. sabía ahora muy bien que su deber hubiera sido coger el cuchillo que pasaba de mano en mano por encima de él y clavárselo él mismo. Sin embargo, no lo hizo, sino que movió el cuello, todavía libre, y miró a su alrededor. No podía mostrarse completamente a la altura, descargar de todo trabajo a los funcionarios; la responsabilidad de aquel último error incumbía a quien le había rehusado el resto de fuerzas necesario. Su mirada cayó en el último piso de la casa que lindaba con la cantera. Al igual que brota una luz, los batientes de una ventana se abrieron, un hombre delgado y débil a aquella distancia y altura se inclinó con una sacudida hacia delante y estiró el brazo más aún. ¿Quién era? ¿Un amigo? ¿Un hombre bueno? ¿Alguien que se compadecía? ¿Alguien que quería ayudar? ¿Era uno solo? ¿Eran todos? ¿Cabía esperar ayuda aún? ¿Había objeciones que se habían olvidado? Sin duda las había. La lógica es sin duda inmovible, pero no resiste a un hombre que quiere vivir. ¿Dónde estaba aquel juez al que no había visto nunca? ¿Dónde el alto tribunal al que nunca había llegado? Levantó las manos, separando los dedos.°

Sin embargo, las manos de uno de los señores estaban ya en su garganta, mientras el otro le clavaba el cuchillo en el corazón, haciéndolo girar allí dos veces. Con ojos que se quebraban, K. vio aún cómo, cerca de su rostro, aquellos señores, mejilla contra mejilla, observaban la decisión. «¡Como un perro!»,^o dijo; fue como si la vergüenza debiera sobrevivirlo.^o

FRAGMENTOS

La amiga de B.

En el tiempo que siguió, a K. le resultó imposible intercambiar siquiera unas palabras con la señorita Bürstner. Trató de abordarla de las formas más diversas, pero ella supo siempre evitarlo. Él volvía a casa inmediatamente después de la oficina, se quedaba en su cuarto sin encender la luz, sentado en el canapé, y no se ocupaba más que de observar la antesala. Si la criada pasaba y cerraba la puerta de su habitación, aparentemente vacía, se levantaba al cabo de un rato y la volvía a abrir. Por la mañana se levantaba una hora antes de lo normal, para poder encontrar quizá sola a la señorita Bürstner cuando ella fuera a la oficina. Pero ninguno de sus intentos tuvo éxito. Luego le escribió una carta, tanto a la oficina como al piso, trató de justificar en ella una vez más su comportamiento, se ofreció a cualquier reparación, prometió no traspasar nunca los límites que ella le fijara y le rogó que le diera solo oportunidad de hablar con ella una vez, sobre todo porque no podía hacer nada con la señora Grubach mientras no la hubiera consultado a ella; finalmente, le informó de que el domingo siguiente aguardaría todo el día en su habitación algún signo de ella que le indicara que su ruego sería atendido, o que, al menos, le explicase por qué no era posible atenderlo, a pesar de haber prometido él someterse a todo. Las cartas no le fueron devueltas pero tampoco tuvo respuesta. En cambio, el domingo hubo un signo cuyo significado era claro. Muy de mañana, K. observó por el ojo de la cerradura un movimiento inhabitual en la antesala, que pronto se explicó. Una profesora de francés, que por lo demás era alemana y se llamaba Montag, muchacha pálida, débil y un poco

coja, que hasta entonces había tenido su propia habitación, se estaba trasladando a la habitación de la señorita Bürstner. Durante horas se la vio arrastrar los pies por la antesala. Siempre había olvidado alguna prenda interior, o un pequeño cobertor, o un libro que era preciso buscar y llevarlo a su nuevo alojamiento.

Cuando la señora Grubach llevó a K. el desayuno —desde que K. se había encolerizado tanto, no confiaba el más mínimo servicio a la criada—, K. no pudo contenerse y, por primera vez desde hacía cinco días, le habló: «¿Por qué hay tanto ruido en la antesala?», preguntó mientras se servía café. «¿No se podría aplazar eso? ¿Hay que poner orden precisamente en domingo?» Aunque K. no miró a la señora Grubach, se dio cuenta sin embargo de que ella respiraba como aliviada. Incluso las severas preguntas de K. las consideraba como un perdón o como un comienzo de perdón. «No se está poniendo orden, señor K.», dijo, «la señorita Montag se está trasladando a la habitación de la señorita Bürstner y está llevando sus cosas.» No dijo más, sino que aguardó para ver cómo se lo tomaba K. y si le permitiría seguir hablando. Sin embargo, K. la puso a prueba, revolviendo pensativamente el café con la cucharilla y guardando silencio. Luego la miró y dijo: «¿Se han disipado ya sus antiguas sospechas con respecto a la señorita Bürstner?». «Señor K.», exclamó la señora Grubach, que solo esperaba esa pregunta, alargando hacia él las manos juntas: «recientemente tomó usted muy a pecho una observación casual. No pensaba en lo más mínimo ofenderle a usted ni a nadie. Me conoce ya desde hace tiempo suficiente, señor K., para estar convencido de ello. ¡No sabe usted lo que he sufrido en los últimos tiempos! ¡Calumniar yo a mis inquilinos! ¡Y usted, señor K., se lo cree! ¡Y dijo que quería irse de mi casa! ¡Irse de mi casa!» La última exclamación se ahogó en sollozos; ella se llevó el delantal a la cara y sollozó en alto.

«No llore, señora Grubach», dijo K., mirando por la ventana; solo estaba pensando en la señorita Bürstner y en que había aceptado a una muchacha desconocida en su ha-

bitación. «No llore», dijo otra vez cuando se volvió hacia la habitación y vio que la señora Grubach seguía llorando. «No lo dije con tan mala intención. Nos comprendimos mal. Les puede pasar también a viejos amigos.» La señora Grubach se quitó el delantal de los ojos, para ver si K. se había reconciliado realmente. «Así», dijo K. y, como, a juzgar por el comportamiento de la señora Grubach, el capitán no le había dicho nada, se atrevió a añadir: «¿Cree realmente que podría reñir con usted por una muchacha desconocida?». «De eso se trata, señor K.», dijo la señora Grubach; tenía la mala suerte de que, en cuanto se sentía algo más aliviada, decía algo inoportuno: «no hacía más que preguntarme: ¿por qué se preocupa tanto el señor K. de la señorita Bürstner? ¿Por qué se pelea conmigo a pesar de que sabe que cada palabra dura suya me quita el sueño? No dije sobre la señorita más que lo que había visto con mis propios ojos.» K. no dijo nada, hubiera tenido que echarla de la habitación al oír sus primeras palabras, y eso no quería hacerlo. Se contentó con tomarse su café y hacer sentir a la señora Grubach que estaba de más. Fuera se oyó otra vez el paso arrastrado de la señorita Montag, que atravesaba la antesala. «¿Oye eso?», preguntó K. señalando hacia la puerta con la mano. «Sí», dijo la señora Grubach suspirando, «quería ayudarla y hacer que la ayudara también la criada, pero es testaruda y quiere trasladarlo todo ella. Me sorprende la señorita Bürstner. A menudo me resulta molesto tener a la señorita Montag como inquilina, y la señorita Bürstner va y la acoge incluso en su habitación.» «Eso no debe preocuparla», dijo K., aplastando los restos del azúcar en su taza. «¿Ha sufrido algún perjuicio por ello?» «No», dijo la señora Grubach, «en el fondo me viene muy bien: de esa forma tengo una habitación libre y puedo alojar allí a mi sobrino el capitán. Hace ya tiempo que me temía que en estos últimos días, mientras he tenido que alojarlo en el cuarto de estar a su lado, hubiera podido molestarlo. No es muy considerado.» «¡Qué idea!», dijo K., poniéndose en pie. «De eso ni hablar. Usted parece considerar-

me hipersensible porque no puedo soportar –ahora vuelve otra vez– esos paseos de la señorita Montag.» La señora Grubach se sintió completamente impotente. «Señor K., ¿debo decirle que aplace el resto de la mudanza? Si quiere, se lo digo enseguida.» «¡Pero es que tiene que mudarse al cuarto de la señorita Bürstner!», dijo K. «Sí», dijo la señora Grubach, que no comprendía del todo lo que K. quería decir. «Pues entonces», dijo K., «tiene que trasladar sus cosas.» La señora Grubach se limitó a asentir. Aquel desamparo mudo, que exteriormente solo parecía obstinación, irritó más aún a K. Comenzó a ir y venir por el cuarto, de la ventana a la puerta, privando así a la señora Grubach de la posibilidad de irse, lo que de otro modo hubiera hecho probablemente.

K. acababa de llegar otra vez a la puerta cuando llamaron a ella. Era la criada, que le dijo que a la señorita Montag le gustaría hablar un momento con el señor K. y que, por ello, le rogaba que fuera al comedor, en donde lo esperaba. K. escuchó pensativamente a la criada, y luego se volvió, con mirada casi burlona, a la asustada señora Grubach. Aquella mirada parecía decir que hacía tiempo que K. había previsto esa invitación de la señorita Montag y que eso concordaba muy bien con los tormentos que, en aquella mañana de domingo, tenía que sufrir de los inquilinos de la señora Grubach. Envió a la criada de vuelta con la respuesta de que iría enseguida, y fue entonces al armario ropero para cambiarse de chaqueta y, como respuesta para la señora Grubach, que se quejaba en voz baja de aquella persona molesta, tuvo el ruego de que se llevase la bandeja del desayuno. «Casi no lo ha tocado», dijo la señora Grubach. «Vamos, lléveselo», exclamó K.; le parecía que, de algún modo, la señorita Montag estaba mezclada en todo y lo hacía repugnante.

Cuando atravesó la antesala, miró la puerta cerrada del cuarto de la señorita Bürstner. Sin embargo, no lo habían invitado a ir allí sino al comedor, cuya puerta abrió de par en par, sin llamar.

Era una habitación larga pero estrecha, de una sola ventana. Solo había lugar para colocar en diagonal en los rincones, a ambos lados de la puerta, dos armarios, mientras que el resto de la habitación estaba totalmente ocupado por la larga mesa de comedor, que comenzaba cerca de la puerta y llegaba hasta poco antes de la gran ventana, haciéndola así casi inaccesible. La mesa estaba ya puesta y para muchas personas, porque los domingos casi todos los inquilinos comían allí.

Cuando K. entró, la señorita Montag fue desde la ventana hacia él, a lo largo de uno de los lados de la mesa. Se saludaron en silencio. Luego la señorita Montag dijo, como siempre con la cabeza insólitamente erguida: «No sé si me conoce». K. la miró con ojos entornados. «Claro», dijo. «Desde hace algún tiempo se aloja con la señora Grubach.» «Sin embargo, según creo, no se ocupa usted mucho de la pensión», dijo la señorita Montag. «No», dijo K. «¿No quiere sentarse?», preguntó la señorita Montag. En silencio, ambos trajeron sendas sillas del extremo más alejado de la mesa y se sentaron frente a frente. Sin embargo, la señorita Montag se levantó otra vez enseguida, porque se había dejado el bolso en el alféizar de la ventana y fue a buscarlo; arrastró los pies por la habitación entera. Cuando volvió, columpiando ligeramente el bolso, dijo: «Quisiera decirle ahora unas palabras, por encargo de mi amiga. Ella quería venir en persona, pero hoy no se siente muy bien. Tendrá que disculparla y escucharme en su lugar. Por otra parte, no hubiera podido decirle otra cosa que lo que le diré yo. Al contrario, creo que yo puedo decirle incluso más, ya que estoy relativamente al margen. ¿No cree?». «¿Qué podría decir?», respondió K., que estaba cansado de ver los ojos de la señorita Montag continuamente fijos en sus labios. De esa forma ella se arrogaba un dominio sobre lo que él quisiera decir. «Evidentemente, la señorita Bürstner no quiere concederme la entrevista personal que le he pedido.» «Así es», dijo la señorita Montag, «o mejor dicho no es así, usted lo expresa de una forma demasiado tajante.

En general, las entrevistas ni se conceden ni lo contrario. Pero puede ocurrir que se considere una entrevista innecesaria, y ese es el caso. Después de su observación, puedo hablar francamente. Usted ha pedido a mi amiga, por escrito o de palabra, una entrevista. Ahora bien, mi amiga sabe, o al menos así lo supongo, de qué se trataría en esa entrevista, y por ello, por razones que desconozco, está convencida de que no sería de utilidad para nadie que tuviera lugar. Por lo demás, no me habló de ello hasta ayer, y solo de pasada; me dijo que, en cualquier caso, tampoco usted debía de dar mucha importancia a esa entrevista, porque solo había tenido esa idea por casualidad, y usted mismo, sin necesidad de explicación, comprendería pronto, si es que no lo había hecho ya, lo absurdo de todo el asunto. Yo le respondí que todo eso podía ser cierto, pero que, para una aclaración completa, consideraba conveniente que usted recibiera una respuesta expresa. Me ofrecí a realizar esa tarea y, tras alguna vacilación, mi amiga cedió. Sin embargo, confío en haber actuado también en su interés, porque hasta la menor inseguridad en la cosa más insignificante es siempre atormentadora y cuando, como en el presente caso, se puede alejar fácilmente, mejor es hacerlo enseguida.» «Se lo agradezco», dijo K. enseguida, se levantó lentamente, miró a la señorita Montag, luego por encima de la mesa, luego a la ventana —la casa de enfrente estaba al sol—, y se dirigió a la puerta. La señorita Montag lo siguió unos pasos, como si no confiara del todo en él. Sin embargo, ante la puerta tuvieron que retroceder los dos, porque se abrió y entró el capitán Lanz. K. lo vio por primera vez de cerca. Era un hombre alto, de unos cuarenta años, con un rostro carnoso y moreno. Hizo una ligera inclinación, dirigida también a K., y fue luego hacia la señorita Montag y le besó respetuosamente la mano. Se movía con mucha soltura. Su cortesía con la señorita Montag contrastaba llamativamente con el trato que ella había recibido de K. Sin embargo, la señorita Montag no parecía enfadada con K., porque incluso quiso, según creyó observar K., presentar-

lo al capitán. Sin embargo, K. no quería ser presentado; no hubiera estado en condiciones de ser amable con el capitán ni con la señorita Montag; para él aquel beso en la mano los había unido en un bando que, bajo una apariencia de la máxima inocencia y altruismo, quería mantenerlo alejado de la señorita Bürstner. K., sin embargo, no creyó reconocer solo eso, sino que reconoció también que la señorita Montag había elegido un medio acertado, aunque de dos filos. Ella exageraba la importancia de la relación entre la señorita Bürstner y K., exageraba sobre todo la importancia de la conversación solicitada, y al mismo tiempo trataba de retorcerlo de forma que pareciera que era K. quien lo exageraba todo. Se engañaba: K. no quería exagerar nada, sabía que la señorita Bürstner era una pequeña mecanógrafa, que no le opondría resistencia mucho tiempo. Deliberadamente, no tomó en cuenta lo que había sabido por la señora Grubach sobre la señorita Bürstner. En todo eso reflexionaba mientras, sin saludar apenas, salió de la habitación. Quería ir enseguida a su cuarto, pero una risita de la señorita Montag, que oyó detrás en el comedor, le dio la idea de que quizá pudiera dar una sorpresa a los dos: al capitán y a la señorita Montag. Miró a su alrededor y escuchó para saber si de alguno de los cuartos podía esperar alguna interrupción; todo estaba silencioso; solo se oía la conversación en el comedor, y en el pasillo que llevaba a la cocina la voz de la señora Grubach. La ocasión parecía favorable, K. fue a la puerta de la habitación de la señorita Bürstner y llamó suavemente. Como nada se movió, llamó de nuevo, pero siguió sin haber respuesta. ¿Estaría durmiendo? ¿O realmente se sentía mal? ¿O era que disimulaba solo porque sospechaba que solo podía ser K. quien llamara tan suavemente? K. supuso que disimulaba y llamó más fuerte, y finalmente, como sus golpes no tenían éxito, abrió la puerta con precaución y no sin la sensación de estar haciendo algo ilícito y, por añadidura, inútil. En la habitación no había nadie. Por lo demás, apenas le recordaba la habitación que K. había conocido. Contra la pared

había ahora dos camas, una detrás de la otra, y tres sillas situadas junto a la puerta estaban cubiertas de vestidos y ropa interior. La señorita Bürstner se había ido probablemente mientras la señorita Montag trataba de convencer a K. en el comedor. K. no se sintió muy desconcertado por ello, no había esperado encontrar a la señorita Bürstner tan fácilmente; había hecho aquel intento casi exclusivamente como desafío a la señorita Montag. Sin embargo le resultó tanto más penoso ver, mientras volvía a cerrar la puerta, a la señorita Montag y al capitán hablando en la abierta puerta del comedor. Estaban ya allí quizá desde que K. había abierto la puerta, evitaban dar la impresión de que lo observaban, hablaban en voz baja y seguían los movimientos de K. solo con la mirada, como se mira distraídamente alrededor durante una conversación. Sin embargo, a K. aquellas miradas le pesaban, y se apresuró a regresar a su cuarto a lo largo de la pared.

Fiscal

A pesar del conocimiento de los hombres y la experiencia del mundo que K. había adquirido en el banco durante su largo tiempo de servicio, el círculo de su tertulia le había parecido siempre extraordinariamente digno de respeto y nunca negaba para sus adentros que para él era un gran honor pertenecer a aquel círculo. Se componía casi exclusivamente de jueces, fiscales y abogados, y también se admitía a algunos funcionarios y pasantes de abogado muy jóvenes, pero estos se sentaban al extremo de la mesa y solo podían intervenir en los debates si se les hacían preguntas concretas. Esas preguntas, sin embargo, solo tenían por objeto, la mayoría de las veces, divertir al círculo; especialmente al fiscal Hasterer, que era normalmente vecino de mesa de K., le gustaba avergonzar de ese modo a los jóvenes. Cuando abría su mano fuerte y velluda en el centro de la mesa y se volvía hacia el extremo de la mesa, todos escuchaban. Y cuando alguno recogía la pre-

gunta pero no podía siquiera descifrarla, o contemplaba pensativo su cerveza o, en lugar de hablar, abría y cerraba las mandíbulas, o bien —eso era lo peor— sostenía una opinión equivocada o no autorizada, los caballeros de más edad se revolvían sonriendo en sus asientos y solo entonces parecían sentirse a gusto. Las conversaciones profesionales realmente serias les estaban reservadas solo a ellos.

A K. lo había introducido en ese círculo un abogado que era el representante jurídico del banco. Hubo un tiempo en que K. había tenido que mantener con ese abogado largas conversaciones en el banco, hasta horas avanzadas de la noche, y así había ocurrido naturalmente que cenara con el abogado en aquella tertulia, y le había gustado la compañía de aquella gente. Veía allí a hombres eruditos, bien considerados y en cierto sentido poderosos, cuya distracción consistía en tratar de resolver cuestiones difíciles solo de lejos relacionadas con la vida ordinaria, y esforzarse en ello. Aunque él, naturalmente, podía comprender solo poco, tenía la posibilidad de aprender muchas cosas, lo que más pronto o más tarde podía resultarle ventajoso en el banco, y además podía establecer relaciones personales con los tribunales, que siempre eran útiles. Pero también aquellas personas parecían aceptarlo de buena gana. Pronto fue reconocido como experto en cuestiones comerciales y su opinión en esas cosas pasaba —aunque no totalmente sin ironía— por algo irrefutable. Ocurría no pocas veces que dos personas que juzgaban una cuestión jurídica de distinta forma solicitaran la opinión de K. sobre los hechos, y que el nombre de K. apareciera en todas las réplicas y contrarréplicas y hasta en las investigaciones más abstractas, que K. no podía seguir hacía rato. De todas formas, muchas cosas se le aclaraban paulatinamente, sobre todo porque tenía a su lado, en el fiscal Hasterer, a un buen asesor que lo trataba amistosamente. A menudo K. lo acompañaba incluso a su casa de noche. Sin embargo, durante mucho tiempo no pudo acostumbrarse a ir del brazo al lado de aquel hombre gi-

gantesco, que hubiera podido esconderlo en su capa sin que se le viera.

Con el paso del tiempo se llevaban tan bien que todas las diferencias de formación, profesión y edad se borraban. Se relacionaban como si se hubieran conocido siempre, y si, en esa relación, a veces uno de ellos parecía exteriormente superior, no era Hasterer, sino K., porque sus experiencias prácticas le daban la mayoría de las veces la razón, por haber sido adquiridas directamente, lo que en el estrado de un tribunal nunca puede ocurrir.

Esa amistad, naturalmente, fue pronto observada en la tertulia por todos, casi se olvidó quién había llevado a K. al grupo, y en cualquier caso, ahora era Hasterer quien protegía a K.; si el derecho de K. a sentarse allí hubiera sido puesto en duda, habría podido recurrir con razón a Hasterer. Con ello, K. consiguió una posición especialmente privilegiada, porque Hasterer era tan respetado como temido. La fuerza y habilidad de su pensamiento jurídico eran sin duda muy admirables, pero en ese aspecto muchos eran por lo menos sus iguales; sin embargo, ninguno podía competir con él en la vehemencia con que defendía sus opiniones. K. tenía la impresión de que Hasterer, cuando no podía convencer a su contrario, lo atemorizaba al menos; muchos retrocedían ya cuando los señalaba con el dedo. Entonces era como si su oponente olvidara que se encontraba en compañía de buenos amigos y colegas, que se trataba solo de cuestiones teóricas y que, en realidad, no podía pasarle nada; guardaba silencio y simplemente sacudir la cabeza le exigía ya valor. Era un espectáculo casi penoso cuando, habiéndose sentado lejos el oponente, Hasterer se daba cuenta de que, con la distancia, no podría surgir un acuerdo, y entonces rechazaba el plato lleno de comida y se levantaba lentamente para dirigirse hacia el hombre. Los que estaban cerca echaban entonces la cabeza hacia atrás para observar su rostro. De todas formas, esos incidentes eran relativamente raros y, sobre todo, solo por cuestiones jurídicas podía irritarse Hasterer, y principalmente por aquellas re-

ferentes a procesos que él mismo había llevado o llevaba. Cuando no se trataba de esas cuestiones, era amable y tranquilo, tenía una risa amistosa, y dedicaba su pasión a comer y beber. Podía ocurrir incluso que no escuchara en absoluto la conversación general, se volviera hacia K., pasara el brazo por el respaldo de su asiento, le preguntara a media voz por el banco, y hablase luego de su propio trabajo o de sus amistades femeninas, que le daban casi tanto quehacer como los tribunales. Con nadie del grupo se le veía hablar así y, realmente, ocurría a menudo que cuando se quería pedir algo a Hasterer —la mayoría de las veces se trataba de llegar a una reconciliación con algún colega— se dirigieran primero a K., pidiéndole que interviniera, lo que este hacía siempre con mucho gusto y facilidad. En general, sin aprovecharse a ese respecto de sus relaciones con Hasterer, era muy cortés y modesto con todos, y sabía, lo que era más importante aún que la modestia y la cortesía, distinguir acertadamente la posición jerárquica de aquellos señores y tratar a cada uno según su categoría. Verdad era que en eso Hasterer le enseñaba siempre; eran los únicos preceptos que el propio Hasterer no infringía ni en el más acalorado debate. Por eso solo se dirigía a los jóvenes del extremo de la mesa, que todavía no tenían casi categoría alguna, en términos generales, como si no fueran individuos sino una especie de conglomerado compacto. Precisamente aquellos hombres le manifestaban el mayor respeto y cuando, hacia las once, se levantaba para irse a casa, enseguida había alguno que lo ayudaba a ponerse el pesado abrigo y otro que, con una gran reverencia, le abría la puerta y, naturalmente, la mantenía abierta cuando K., detrás de Hasterer, salía de la habitación.

Mientras que en los primeros tiempos K. acompañaba a Hasterer un trecho o Hasterer a K., luego esas veladas terminaban generalmente con que Hasterer rogaba a K. que entrara en su piso y se quedara un rato con él. Los dos permanecían entonces su buena hora con aguardiente y cigarros. Esas veladas le gustaban tanto a Hasterer

que ni siquiera quiso renunciar a ellas cuando, durante algunas semanas, vivió con él una mujer llamada Helene. Era una mujer gruesa y de cierta edad, de piel amarillenta y rizos negros que se le ensortijaban en la frente. Al principio K. solo la vio en la cama; normalmente estaba echada en ella desvergonzadamente, solía leer una novela por entregas y no se ocupaba de la conversación de los hombres. Solo cuando se hacía tarde se estiraba, bostezaba y, si no podía llamar de otro modo la atención, tiraba a Hasterer un cuadernillo de su novela. Este se levantaba entonces sonriendo y K. se despedía. De todas formas, más adelante, cuando Hasterer comenzó a cansarse de Helene, ella estorbaba sensiblemente sus reuniones. Ahora aguardaba siempre a los hombres totalmente vestida, y con un vestido que probablemente consideraba muy precioso y elegante, pero que en realidad era un viejo vestido de fiesta recargado, que producía una impresión especialmente desagradable por la serie de largos flecos que lo adornaban. K. no sabía exactamente qué aspecto tenía ese vestido: en cierto modo se negaba a mirarlo y permanecía sentado durante horas con los ojos medio bajados, mientras ella iba por el cuarto moviendo las caderas o se sentaba a su lado y, más tarde, cuando su situación se hizo cada vez más insostenible, trataba desesperadamente de dar celos a Hasterer, prefiriendo a K. Era solo desesperación y no maldad la que la hacía inclinarse sobre la mesa con la espalda desnuda, redonda y gruesa, acercar su rostro a K. y querer obligarlo así a mirarla. Con ello solo consiguió que K. se negara a ir a casa de Hasterer a la siguiente ocasión, y cuando volvió a pesar de todo, Helene había sido definitivamente expulsada. Aquella noche se quedaron juntos un rato especialmente largo, sellaron con un trago su tuteo a instigación de Hasterer, y en el camino a casa K. se sintió un tanto aturdido de tanto fumar y beber.

Precisamente al día siguiente, en el banco, el director, en el curso de una conversación de negocios, hizo la observación de que, si no se engañaba, había visto la noche

anterior a K. del brazo del fiscal Hasterer. El director parecía encontrar aquello tan curioso que —aunque eso concordaba también con su exactitud habitual— dio el nombre de la iglesia al lado de la cual, en las proximidades de la fuente, se había producido el encuentro. Si hubiera querido describir un espejismo no habría podido expresarse de otra forma. K. le explicó entonces que el fiscal era amigo suyo y que, efectivamente, la noche anterior habían pasado junto a la iglesia. El director sonrió sorprendido e invitó a K. a sentarse. Fue uno de esos momentos por los que K. apreciaba tanto al director, momentos en los que aquel hombre enfermo, presa de ataques de tos y sobrecargado de trabajo de la mayor responsabilidad, mostraba cierta preocupación por el bienestar y por el futuro de K. Una preocupación de la que, sin duda, podía decirse que era fría y superficial, como hacían otros empleados que habían tenido la misma experiencia con el director, y que no era otra cosa que un buen medio para atraerse a empleados valiosos sacrificando dos minutos al año; sea como fuere, K. se sometía al director en aquellos momentos. Tal vez, además, el director hablaba con K. de una forma algo distinta que con los otros; no porque, por ejemplo, olvidara su superioridad jerárquica para ponerse de ese modo al nivel de K. —eso solía hacerlo más bien regularmente en sus relaciones de negocios normales—; en su caso parecía haber olvidado la posición de K. y le hablaba como a un niño o como a un joven inexperto que buscara su primer trabajo y, por algún motivo incomprensible, hubiera captado la simpatía del director. K. sin duda no habría tolerado esa forma de hablar de otro, ni tampoco del propio director si no le hubiera parecido sincera su protección, o si por lo menos la posibilidad de esa protección, que se le mostraba en esos momentos, no lo hubiera cautivado por completo. K. conocía su propia debilidad; quizá tenía su origen en que, en ese aspecto, había en él todavía algo de infantil, porque nunca había conocido la protección de su padre, que había muerto muy joven; K. se había marchado pronto de casa y la ternura de su madre,° que vivía

aún, medio ciega, en aquella pequeña ciudad inalterable, y a la que había visitado por última vez hacía unos dos años, más bien lo repelía que atraía.

«De esa amistad no sabía nada», dijo el director, y solo su sonrisa amistosa y débil suavizó la severidad de sus palabras.

Hacia casa de Elsa

Una noche, poco antes de irse, llamaron a K. por teléfono y lo citaron inmediatamente en la secretaría del tribunal. Le advirtieron contra una posible desobediencia. Sus inauditos comentarios en el sentido de que los interrogatorios eran inútiles, de que no conducían ni podían conducir a ningún resultado, de que no volvería a ir, de que no haría caso de las citaciones telefónicas o por escrito y echaría de su casa a los mensajeros... todas esas observaciones habían sido recogidas en las actas y le habían perjudicado ya mucho. ¿Por qué no quería someterse? ¿No se estaban esforzando, sin considerar tiempo y dinero, por poner orden en su embrollado asunto? ¿Quería incomodar deliberadamente y obligar a la adopción de medidas de fuerza que hasta entonces se le habían evitado? Aquel requerimiento era un último intento. Podía hacer lo que quisiera, pero tenía que considerar que el alto tribunal no podía dejarse burlar.

Ahora bien, K. había anunciado a Elsa su visita para aquella noche y, simplemente por esa razón, no podía ir al tribunal; se sentía contento de poder justificar así su incomparecencia, aunque, como era natural, nunca haría uso de esa excusa y además, muy probablemente, tampoco habría ido al tribunal si esa noche no hubiera tenido ninguna obligación. De todos modos, consciente de sus buenas razones, preguntó por teléfono qué pasaría si no iba. «Sabremos encontrarle», fue la respuesta. «¿Y seré castigado por no haber querido ir voluntariamente?», preguntó K., sonriendo en espera de lo que iba a oír. «No», fue la respuesta. «Estupendo», dijo K., «¿qué motivo po-

dría tener entonces para atender a su citación?» «No es costumbre atraer sobre la propia cabeza los medios de fuerza que tiene el tribunal», dijo la voz, que se hizo más débil y finalmente desapareció. «Es muy imprudente no hacerlo», pensó K. al salir, «hay que tratar de conocer esos medios de fuerza.»

Sin dudarle, se dirigió a casa de Elsa. Cómodamente recostado en un rincón del coche, con las manos en los bolsillos del abrigo —empezaba ya a hacer fresco—, miraba las animadas calles. Con cierta satisfacción, pensaba que si el tribunal estaba actuando realmente, él le estaba causando no pocas dificultades. No había dicho claramente al tribunal si iría o no; por consiguiente, el juez esperaría, tal vez esperaría incluso toda la concurrencia; solo K., para decepción especial de la galería, no aparecería. Por un momento no estuvo seguro de no haber dado por distracción al cochero la dirección del tribunal, y por ello le gritó la dirección de Elsa; el cochero asintió, no le había dicho otra. A partir de entonces, K. se fue olvidando poco a poco del tribunal y, como en otros tiempos, el banco comenzó a llenar por completo sus pensamientos.

Lucha con el director adjunto

Una mañana, K. se sentía mucho más fresco y resistente que de costumbre. No pensaba apenas en el tribunal; sin embargo, cuando lo recordaba, le parecía que toda aquella gran organización imposible de abarcar podía ser fácilmente agarrada, arrancada y destrozada mediante algún asidero que sin embargo había que encontrar antes en la oscuridad. Aquel estado extraordinario lo indujo incluso a invitar al director adjunto a que fuera a su despacho para tratar de un asunto de negocios que urgía hacia algún tiempo. En esas ocasiones, el director adjunto fingía que su relación con K. no se había alterado lo más mínimo en los últimos meses. Venía tranquilo, como en sus tiempos de constante competencia con K., escuchaba tran-

quilo las explicaciones de este, mostraba su simpatía mediante pequeñas observaciones confidenciales, incluso de camaradería, y solo desconcertaba a K., aunque no había que ver en ello ninguna intención, porque no se dejaba apartar por nada del asunto principal; estaba literalmente abierto al asunto, hasta el fondo de su ser, mientras que los pensamientos de K., ante aquel modelo de conciencia profesional, comenzaban a dispersarse en todos los sentidos, obligándolo a abandonar el asunto, casi sin resistencia, al director adjunto. Una vez, las cosas fueron tan graves que K. solo se dio cuenta en definitiva de que el director adjunto se levantaba de pronto y, en silencio, volvía a su despacho. K. no sabía qué había ocurrido: era posible que la conversación hubiera terminado como era debido, pero era igualmente posible que la hubiera interrumpido el director adjunto porque K., inconscientemente, lo había ofendido, o porque había dicho alguna tontería, o porque el director adjunto se había dado cuenta, sin lugar a dudas, de que K. no lo escuchaba y estaba pensando en otras cosas. Sin embargo, era posible también que K. hubiera tomado una decisión ridícula o que el director adjunto se la hubiera arrancado y se apresurara ahora a ejecutarla en perjuicio de K. Por lo demás, no volvieron sobre ese asunto: K. no quería recordarlo y el director adjunto permaneció reservado; de todas formas, al menos provisionalmente, no hubo otras consecuencias visibles. En cualquier caso, el incidente no había asustado a K.; si se daba una ocasión oportuna y se sentía con fuerzas, ya estaba a la puerta del director adjunto para entrar en su despacho o invitarlo al suyo. No era el momento de esconderse de él, como había hecho anteriormente. No confiaba ya en un éxito decisivo e inmediato que lo liberase de una vez de todas sus preocupaciones y restableciera sus antiguas relaciones con el director adjunto. K. veía que no debía desistir; si retrocedía, como tal vez exigían las circunstancias, había el peligro de que, posiblemente, nunca volviese a avanzar. No había que dejar creer al director adjunto que K. había sido eliminado,

no debía sentarse tranquilo en su despacho en esa creencia, había que inquietarlo, tenía que saber, tan frecuentemente como fuera posible, que K. vivía y que, como todo lo que vivía, podía sorprenderle un día con nuevas facultades, por inofensivo que hoy pareciera. A veces, K. se decía que con ese método solo luchaba por su honor, porque en realidad no podía reportarle provecho oponerse una y otra vez, en su debilidad, al director adjunto, reforzando así la sensación de poder de este y dándole la posibilidad de observar y adoptar sus medidas exactamente de acuerdo con las circunstancias del caso. Sin embargo, K. no hubiera podido alterar en nada su comportamiento; se engañaba a sí mismo: a veces creía con seguridad poder enfrentarse sin preocupación al director adjunto, las experiencias más desafortunadas no le enseñaban nada; lo que no había logrado en diez intentos creía poder conseguirlo en el undécimo, a pesar de que todo se había desarrollado siempre, uniformemente, en su perjuicio. Cuando, después de un encuentro así, se quedaba agotado, sudoroso, con la cabeza vacía, no sabía si era esperanza o desesperación lo que le había empujado al director adjunto, pero a la vez siguiente era claramente de nuevo solo la esperanza la que le hacía precipitarse hacia la puerta del director adjunto.

Así ocurrió también aquel día. El director adjunto entró enseguida, se quedó luego de pie junto a la puerta, se limpió las lentes según su nueva costumbre y miró primero a K. y luego, para no ocuparse de manera demasiado ostensible de K., también, detenidamente, toda la habitación. Era como si aprovechara la oportunidad para ensayar la agudeza de su vista. K. resistió las miradas, sonrió incluso un poco e invitó al director adjunto a sentarse. Él mismo se dejó caer en su sillón, lo acercó lo más posible al del director adjunto, cogió enseguida de la mesa los documentos necesarios y comenzó su informe. El director adjunto apenas pareció escucharlo al principio. La superficie del escritorio de K. estaba rodeada de una balaustrada de madera tallada. Todo el escritorio era de exce-

lente factura y también la balaustrada se veía resistente. Sin embargo, el director adjunto fingió que acababa de descubrir que estaba suelta en un punto y trataba de reparar el defecto golpeando en ella con el índice. K. quiso entonces interrumpir su informe, lo que no permitió el director adjunto porque, según explicó, podía oírlo y comprenderlo todo muy bien. Sin embargo, mientras K. no podía obtener de momento ninguna observación concreta de él, la balaustrada pareció exigir medidas especiales, porque el director adjunto sacó su navaja, cogió como contrapeso la regla de K. y trató de levantar la balaustrada, probablemente para volver a clavarla más profundamente. K. había incorporado a su informe una propuesta totalmente nueva, que esperaba produjera un efecto especial en el director adjunto y, cuando llegó a la propuesta, no pudo detenerse, tan absorto estaba en su trabajo o, más bien, tanto lo alegraba la conciencia, cada vez más rara, de que él todavía significaba algo en el banco y de que sus ideas tenían fuerza para justificarlo. Tal vez incluso aquella forma de defenderse fuera la mejor, no solo en el banco sino también en el proceso, mucho mejor quizá que cualquiera de las defensas que hasta entonces había intentado o proyectado. En la precipitación por su discurso, K. no tuvo tiempo de apartar al director adjunto expresamente de lo que estaba haciendo en la balaustrada; solo dos o tres veces, mientras leía, pasó la mano libre por la balaustrada, como tranquilizadamente, para indicar con ello al director adjunto, casi sin darse cuenta, que la balaustrada no tenía ningún defecto y que, incluso si se le encontraba alguno, de momento escuchar era más importante y más correcto que cualquier reparación. Sin embargo, aquel trabajo manual había excitado al director adjunto, como suele ocurrir a los hombres de temperamento vivo que trabajan solo intelectualmente; un trozo de la balaustrada estaba ahora realmente levantado y él trataba de volver a meter las columnitas en los correspondientes agujeros. El director adjunto tuvo que levantarse para tratar de apretar la balaustrada contra la tabla.

Sin embargo, a pesar de utilizar toda su fuerza no pudo conseguirlo. Durante la lectura, K. —que por otra parte introducía en ella muchas frases improvisadas—, había percibido solo vagamente que el director adjunto se había levantado. Aunque casi nunca había perdido por completo de vista aquella ocupación accesoria del director adjunto, había supuesto que el movimiento del director adjunto estaba relacionado de algún modo con su exposición, y se puso también en pie y, con el dedo bajo una cifra, tendió al director adjunto un documento. El director adjunto, sin embargo, había comprendido entretanto que la presión de sus manos no bastaba y, tomando una decisión rápida, se sentó con todo su peso sobre la balaustrada. Entonces lo consiguió, las columnitas entraron chirriando en los agujeros, pero una de ellas se dobló con las prisas y, en un punto, la frágil tira superior se rompió en dos. «Mala madera», dijo irritado el director adjunto, se levantó del escritorio y

La casa

Sin que tuviera al principio una intención precisa, K. había intentado en varias ocasiones averiguar dónde estaba la oficina de la que había partido la primera notificación de su asunto. Lo supo sin dificultades: a la primera pregunta, tanto Titorelli como Wohlfart le dieron el número exacto de la casa. Más tarde, Titorelli completó la información, con la sonrisa que reservaba siempre para los planes no sometidos a su aprobación, afirmando que precisamente esa oficina no tenía la más mínima importancia: solo notificaba lo que se le encargaba, y era el órgano más exterior de la gran fiscalía, que de todas formas era inaccesible para los encausados. Por ello, cuando se deseaba algo de la fiscalía —siempre había muchos deseos, naturalmente, pero no siempre era prudente expresarlos—, había que dirigirse de todas formas a la mencionada oficina subordinada, aunque no se pudiera llegar por medio de ella a la verdadera fiscalía, ni hacerle llegar nunca esos deseos.

K. conocía ya la manera de ser del pintor, y por eso no lo contradijo ni siguió informándose, sino que se limitó a asentir y tomar nota de lo dicho. Otra vez le pareció, como a menudo en los últimos tiempos, que, en lo que se refería a atormentarlo, Titorelli remplazaba con creces al abogado. La diferencia consistía solo en que no estaba tanto a la merced de Titorelli, y habría podido deshacerse de él sin contemplaciones cuando hubiera querido; Titorelli era además sumamente comunicativo, incluso charlatán, aunque más antes que ahora y, finalmente, K., a su vez, podía atormentar también a Titorelli.

Y así lo hizo efectivamente en aquel asunto; hablaba a menudo de la casa en cierto tono, como si le ocultara algo a Titorelli, como si hubiera establecido relaciones con aquella oficina pero todavía no estuvieran tan avanzadas como para poder darlas a conocer sin riesgo; sin embargo, si Titorelli trataba de apremiarlo para conocer más detalles, K. cambiaba de tema súbitamente y en mucho tiempo no volvía a hablar de él. Lo complacían aquellos pequeños triunfos; ahora creía comprender ya mucho mejor a las personas del entorno del tribunal, ahora sabía jugar con ellas, casi se había introducido entre ellas y, al menos, en algunos momentos, tenía la visión más clara que en cierto modo permitía aquel primer escalón del tribunal en que estaban. ¿Qué importaba si, al final, perdía su puesto allí abajo? También allí había una posibilidad de salvación, solo tenía que deslizarse entre las filas de aquella gente; si, por razón de su posición subalterna o por otra causa, no habían podido ayudarlo en su proceso, podían sin embargo acogerlo y esconderlo; en efecto, si reflexionaba en todo suficientemente y lo realizaba en secreto, no podrían negarse, especialmente Titorelli, que se había convertido ahora en su amigo y bienhechor más íntimo.

De esperanzas de esa índole y semejantes se alimentaba K.; no todos los días: en general distinguía aún muy bien y se guardaba de no desatender o pasar por alto cualquier dificultad, pero a veces —la mayoría de ellas se trataba de

estados de completo agotamiento por la noche, después del trabajo – se consolaba con los incidentes más mínimos y más ambiguos del día. Normalmente se echaba en el canapé de su oficina –no podía ya dejar su despacho sin haber reposado una hora en el canapé– y unía en su pensamiento sus observaciones. No se limitaba penosamente a las personas relacionadas con el tribunal; allí, cuando estaba semidormido, todos se mezclaban, y entonces olvidaba la gran labor del tribunal; le parecía ser el único acusado y que todos los demás se entremezclaban como funcionarios y juristas por los pasillos del edificio del tribunal; hasta los más embrutecidos tenían la barbilla caída sobre el pecho, los labios fruncidos y la mirada fija de una reflexión responsable. Siempre aparecían entonces, en grupo cerrado, los huéspedes de la señora Grubach, de pie, cabeza contra cabeza y con la boca abierta, como un coro acusador. Entre ellos había muchos desconocidos, porque desde hacía tiempo K. no se preocupaba lo más mínimo de los asuntos de la pensión. Sin embargo, a consecuencia de los muchos desconocidos, le desagradaba ocuparse más del grupo, lo que a veces tenía que hacer cuando buscaba en él a la señorita Bürstner. Echaba una ojeada al grupo, por ejemplo, y de pronto lo miraban un par de ojos brillantes totalmente extraños, que retenían su atención. No encontraba entonces a la señorita Bürstner, pero cuando, para evitar cualquier error, la buscaba de nuevo, la encontraba precisamente en el centro del grupo, con los brazos en torno a dos señores que estaban a su lado. Eso a K. le causaba poquísima impresión, sobre todo porque aquel espectáculo era solo el recuerdo imborrable de una fotografía de playa que había visto una vez en la habitación de la señorita Bürstner. Con todo, el espectáculo alejaba a K. del grupo y, aunque volvía allí con frecuencia, ahora se apresuraba a recorrer a grandes zancadas el edificio del tribunal, de un lado a otro. Conocía muy bien todas sus habitaciones, pasillos perdidos que no había podido ver nunca le parecían familiares como si fueran de siempre su vivienda, detalles se le grababan una

y otra vez en el cerebro con dolorosa claridad; un extranjero, por ejemplo, paseaba por una antesala, iba vestido como un torero, tenía la cintura como cortada a cuchillo, y su chaquetilla, muy corta y que lo ceñía rígida, estaba hecha de encajes amarillentos e hilo basto, y el hombre, sin interrumpir un momento su paseo, se dejaba admirar por K. Inclinado, K. daba vueltas a su alrededor, admirándolo con los ojos muy abiertos. Conocía todos los dibujos de los encajes, todos los flecos que faltaban, todas las oscilaciones de la chaquetilla, y no se hartaba de mirarlos. O, más bien, hacía ya mucho tiempo que se había hartado o, más exactamente aún, nunca había querido verlos pero no podía dejar de hacerlo. «¡Qué mascaradas ofrece el extranjero!», pensó, abriendo los ojos con más fuerza todavía. Y continuó siguiendo a aquel hombre, hasta que él mismo se dio la vuelta en el canapé y apretó el rostro contra el cuero.

Viaje a casa de la madre

De pronto, durante la comida, se le ocurrió que debía visitar a su madre. La primavera casi había terminado y, con ello, habían pasado tres años desde la última vez que vio a su madre. En aquella ocasión, ella le había rogado que fuese para el cumpleaños de él y, a pesar de diversos obstáculos, había atendido su ruego e incluso le había hecho la promesa de pasar con ella todos sus cumpleaños, promesa que, era verdad, había incumplido ya dos veces. Por eso no quiso aguardar ahora su cumpleaños, aunque solo faltaban quince días, sino hacer inmediatamente el viaje. Opinaba que no había motivo especial para ir precisamente entonces; al contrario, las noticias que recibía regularmente cada dos meses de su primo, que tenía en la pequeña ciudad un negocio y administraba el dinero que K. le enviaba para su madre, eran más tranquilizadoras que nunca. Era cierto que su madre estaba perdiendo la vista, pero K. lo esperaba desde hacía años por los informes mé-

dicos; en cambio, su estado general era mejor: diversas dolencias de la edad, en lugar de agudizarse, habían disminuido. En opinión del primo, eso quizá estaba relacionado con el hecho de que, en los últimos años —K., en su visita, había notado ya, casi con repulsión, ligeros indicios—, ella se había vuelto desmesuradamente piadosa. El primo había descrito con mucha expresividad cómo la anciana, que antes solo se arrastraba penosamente y con dificultad, iba ahora muy bien de su brazo cuando los domingos la llevaba a la iglesia. Y K. podía creer a su primo, que era normalmente apocado y en sus informes más bien exageraba lo malo que lo bueno.

Sea como fuere, K. se había decidido a hacer ahora el viaje; recientemente había notado, entre otras cosas poco satisfactorias, cierta quejumbrosidad por su parte, una tendencia casi irresistible a ceder a todos sus deseos. Al menos en aquel caso esa mala tendencia servía al menos a una buena causa.

Se dirigió a la ventana para ordenar un poco sus pensamientos, hizo retirar enseguida su comida, envió al ordenanza a la señora Grubach para anunciarle su partida y recoger la bolsa de viaje en la que ella podía meter lo que considerase necesario, dio al señor Kühne algunas instrucciones comerciales para el período de su ausencia, y apenas se irritó por el hecho de que, con descortesía que se había convertido en costumbre, él acogiera sus instrucciones sin mirarlo, como si supiera muy bien lo que tenía que hacer y solo soportara aquellas instrucciones como una ceremonia, y finalmente fue a ver al director. Cuando le pidió un permiso de dos días para visitar a su madre, el director, naturalmente, le preguntó si estaba enferma. «No», dijo K., sin más explicaciones. Estaba en el centro de la habitación con las manos cruzadas a la espalda. Reflexionaba con la frente fruncida. ¿Había precipitado quizá los preparativos del viaje? ¿No hubiera sido mejor quedarse? ¿Por qué quería ir allá? ¿Quizá por sentimentalismo? ¿Y, por sentimentalismo, perderse posiblemente algo importante aquí, alguna ocasión de intervenir

que, sin embargo, podía darse cualquier día, en cualquier momento, después de que el proceso, desde hacía ya semanas, se había paralizado y de que apenas le llegaba alguna noticia concreta? ¿Y no asustaría además a la anciana, lo que naturalmente no era su intención pero, en contra de su voluntad, podía ocurrir muy fácilmente, dado que tantas cosas ocurrían ahora en contra de su voluntad? Y su madre no reclamaba su presencia. Antes, en las cartas de su primo, se repetían regularmente las insistentes invitaciones de su madre, pero ahora, desde hacía tiempo, ya no. Por lo tanto, no hacía el viaje por su madre, eso estaba claro. Pero si iba esperando algo para sí mismo, era un completo necio, y recibiría allí, para su desesperación final, la recompensa de su necedad. No obstante, como si todas esas dudas no fueran suyas sino que trataran de infundírselas personas extrañas, se atuvo a su decisión, despertándose literalmente. El director, entretanto, se había inclinado sobre su periódico, por casualidad o, lo que era más probable, por consideración especial hacia K., y entonces levantó la vista, le dio la mano poniéndose en pie y le deseó buen viaje, sin hacerle más preguntas.

K. aguardó aún al ordenanza en su despacho, yendo de un lado a otro, y alejó casi en silencio al director adjunto, que entró varias veces para informarse del motivo de la partida de K., y cuando tuvo por fin su bolsa de mano se apresuró a bajar inmediatamente al coche encargado. Estaba ya en la escalera cuando apareció arriba, en el último momento, el empleado Kullych, con una carta empujada, para la que, evidentemente, quería instrucciones de K. K. hizo un ademán de rechazo, pero, tardo de comprensión como era aquel hombre rubio y de cabeza grande, interpretó mal la señal y se lanzó, dando peligrosos saltos y agitando el papel, detrás de K. Este, sin embargo, estaba tan enfurecido que, cuando Kullych lo alcanzó en la escalinata, le arrancó la carta de la mano y la despedazó. Cuando K. se volvió luego, dentro del coche, Kullych, que probablemente no había comprendido aún

cuál había sido su error, seguía en el mismo sitio, mirando al coche que se iba, mientras el portero, a su lado, se inclinaba con la gorra en la mano. Así pues, K. seguía siendo uno de los empleados del banco de más categoría; si hubiera querido negarlo, el portero le habría llevado la contraria. Y su madre, a pesar de todas sus protestas, creía que era director del banco desde hacía años. En la opinión de ella no se hundiría, cualesquiera que fueran los daños que hubiera sufrido su reputación. Quizá fuera un buen signo que él, precisamente antes de su marcha, se hubiera convencido de que podía quitar una carta a un empleado que incluso tenía relaciones con el tribunal, y hacerla pedazos sin disculpa alguna. De todas formas, lo que hubiera preferido hacer no había podido hacerlo: dar dos sonoras bofetadas a Kullych en aquellas mejillas suyas, redondas y pálidas.

Notas

El proceso, segunda de las novelas de Kafka, quedó a su muerte, como las otras dos (*El desaparecido* y *El castillo*), inacabada. Fue tarea de Max Brod reunir los diversos manuscritos –primer borrador en forma de cuadernos en cuarto, luego en forma de hojas sueltas, que es como esta novela llegó a manos de Brod–, interpretarlos a su manera y llevarlos a la imprenta. La primera edición fue publicada por la firma Die Schmiede, Berlín, en 1925. Esta edición dio la pauta a todas las siguientes, es decir la que apareció primero como volumen tercero de las *Obras Completas*, en seis volúmenes, de Schocken Verlag, Berlín, 1935, y más tarde como volumen tercero de la segunda edición de las *Obras Completas*, en diez volúmenes, a cargo del mismo editor, Nueva York, 1946, así como al volumen tercero (1958) de la que debe ser considerada primera edición europea de esas mismas *Obras*, esta vez en nueve volúmenes (1950-1958), siempre al cuidado de Max Brod, en la editorial S. Fischer de Frankfurt am Main. Como en el caso de *El desaparecido*, de estas múltiples –pero no sustancialmente distintas– ediciones nació la totalidad de las traducciones españolas de *El proceso*. La presente traducción es también, en consecuencia, la primera edición española elaborada a partir del texto de *Der Process* fijado en la llamada *Kritische Ausgabe. Schriften, Tagebücher, Briefe* (*Edición crítica. Escritos, diarios cartas*), en adelante denominada KA, editada por Jürgen Born, Gerhard Neumann, Malcolm Pasley y Jost Schillemeit, con el asesoramiento de Nahum Glatzer, Reiner Gruenter, Paul Raabe y Marthe Robert, y publicada en Frankfurt am Main por la editorial S. Fischer en 1990.

Hay que anotar que, en el caso de *El proceso*, la polémica acerca de la ordenación de los capítulos y la inclusión u omisión de ciertos fragmentos relativos a esta obra a modo de apéndice ha sido tanto o más prolija que la fijación de los textos y la ordenación capitular de *El desaparecido*. Así, por ejemplo, la por el momento última traducción española todavía basada en la «edición primigenia» de Max Brod, es decir, la traducción de Isabel Hernández (Madrid, Cátedra, 1989),

presenta la novela en diez capítulos, a los que añade, siempre siguiendo la edición *MB*, los apartados de «capítulos incompletos» y de «fragmentos suprimidos por el autor». Una comparación entre esta edición española de 1989 y la nuestra, que ya sigue la edición *KA* (1990), presentaría, de modo esquemático, las siguientes diferencias:

<i>Edición Brod</i>	<i>Edición KA</i>
Capítulo I Arresto. Conversación con la señora Grubach. Después la señorita Bürstner	[1] Detención
Capítulo II Primer interrogatorio	[2] Conversación con la señora Grubach Luego con la señorita Bürstner
Capítulo III En la sala de sesiones vacía. El estudiante. Los negociados	[3] Primera investigación
Capítulo IV La amiga de la señorita Bürstner	[4] En la sala de vistas vacía. El estudiante. Las oficinas
Capítulo V El ejecutor	[5] El flagelador
Capítulo VI El tío. Leni	[6] El tío. Leni
Capítulo VII Abogado. Fabricante. Pintor	[7] Abogado. Fabricante. Pintor
Capítulo VIII El comerciante Block Despido del abogado	[8] El comerciante Block Despido del abogado

Capítulo IX	[9]
En la catedral	En la catedral

Capítulo X	[10]
Fin	Fin

Apéndices

CAPÍTULOS INCOMPLETOS

A casa de Elsa

Viaje a casa de la madre

Fiscal

La casa

Lucha con el subdirector

Un fragmento

FRAGMENTOS

La amiga de B.

Fiscal

Hacia la casa de Elsa

Lucha con el director adjunto

La casa

Viaje a casa de la madre

Fragmentos suprimidos por el autor

Como puede observarse, las diferencias principales entre la edición MB y la edición KA estriban en la redistribución del texto kafkiano en capítulos ligeramente distintos (numerados en la edición de Max Brod, no numerados en KA); en la omisión por parte de KA del capítulo IV («La amiga de la señorita Bürstner»), que pasa a convertirse en el primer «fragmento» de imprecisa colocación en el cuerpo de la novela; en la permutación de los fragmentos no capitulares, y en la omisión, en KA, de los llamados por Brod «fragmentos suprimidos por el autor», que la edición crítica solo presenta en el volumen de aparato filológico (*Apparatband*). Además, como damos por sobreentendido, KA reproduce una lección sustancialmente distinta, respecto a la edición de Brod, del cuerpo textual de los manuscritos de Kafka.

Franz Kafka escribió todo el material relativo a *El proceso* en un período relativamente breve pero enormemente productivo —de finales de julio de 1914 a finales de enero de 1915—, en el que vieron la luz, asimismo, el fragmento de narración *Recuerdos del ferrocarril de Kalda*, *En la colonia penitenciaria*, *El maestro de escuela rural* y las últimas páginas escritas de la novela anterior, *El desaparecido*. Una entrada en los diarios de Kafka del 29 de julio de 1914 ofrece la primera noticia de la génesis de *El proceso*: «Josef K., hijo de un rico comerciante, fue una noche, tras tener una fuerte discusión con su padre —el pa-

dre le había reprochado su vida disoluta y exigido su cese inmediato—, fue una noche, sin un propósito determinado, solo por completa inseguridad y cansancio, a la Casa de los Comerciantes, que se alzaba aislada cerca del puerto. El portero le hizo una profunda reverencia. Josef, sin saludarlo, lo miró fugazmente. “Estos silenciosos subordinados hacen todo lo que uno presupone en ellos”, pensó. “Si pienso que me observa con miradas inconvenientes, lo hace realmente.” Y, de nuevo sin saludarlo, se volvió otra vez hacia el portero; este se volvió hacia la calle y alzó la vista hacia el cielo cubierto de nubes».

Aunque este pasaje ya revela las intenciones de Kafka de urdir un argumento narrativo con un personaje llamado Josef K., la primera mención del título de la novela no se encuentra hasta una entrada posterior de los diarios, del 21 de agosto de 1914: «He empezado con tantas esperanzas y he sido rechazado por las tres historias, hoy con más fuerza que nunca. Quizá lo correcto sea no trabajar la historia rusa [es decir, *Recuerdos del ferrocarril de Kalda*] sino después de *El proceso*. Con esta esperanza ridícula, que, evidentemente, solo se apoya en una fantasía mecánica, recomienzo *El proceso*. —Completamente inútil no ha sido». Por esta y otras referencias aparecidas en los diarios (véase, en especial, la entrada del 15 de agosto del mismo año), los editores de KA sugieren un día en torno al 11 de agosto de 1914 como fecha en la que Kafka habría empezado a trabajar en *El proceso*. El autor vuelve a citar el título de esta obra en una entrada de los diarios del 31 de diciembre del mismo año: «Desde agosto trabajado, en general, no poco y no mal, pero ni en el primer aspecto ni en el segundo lo he hecho hasta los límites de mi capacidad, como tendría que haber sido, especialmente porque, según todas las previsiones (insomnios, dolores de cabeza, insuficiencia cardíaca), mi capacidad no durará ya mucho tiempo. Escrito, sin terminar: *El proceso*, *Recuerdos del ferrocarril de Kalda*, *El maestro de escuela rural*, *El fiscal suplente* y otros comienzos menores. Terminados solo están: *En la colonia penitenciaria* y un capítulo de *El desaparecido*, ambas durante el permiso de catorce días. No sé por qué hago este recuento, no va conmigo».

Por otras referencias que aparecen en los diarios, y también por el contenido de algunas cartas a Felice Bauer de ese mismo período, debemos suponer que Kafka dejó de trabajar definitivamente en esta novela, por lo menos de manera continuada, en al-

gún momento del mes de enero de 1915. Quizás avale esta hipótesis el hecho de que Kafka ya le leyera a Felice Bauer, a finales de ese mes, durante un breve encuentro en Bodenbach, el pasaje del guardián que contiene el penúltimo capítulo de *El proceso* —despojado de toda la exégesis de que va acompañado en el contexto novelesco, que parece haber surgido a raíz de esa lectura—, como si previera que llegaría a editarlo en forma de relato y renunciara, ya por entonces, a la idea de acabar algún día la novela: «También le he leído algo mío [a Felice Bauer], las frases se entremezclaban de forma repulsiva, sin la menor conexión con la oyente, que estaba tumbada en el canapé con los ojos cerrados y acogía mi lectura sin decir palabra. Tibia petición de que le permitiese llevarse un manuscrito y copiarlo. En la historia del guardián de la puerta, más atención y buena observación. Solo en ese momento vi claro el significado de esa historia, también ella la captó correctamente, luego, de todas formas, hicimos groseras observaciones a su propósito, yo fui el primero en hacerlo». El pasaje, extraído de su contexto, se editaría con el título *Vor dem Gesetz (Ante la Ley)*, en la revista *Selbstwehr. Unabhängige Jüdische Wochenschrift* (Semanario judío independiente), núm. 34, con fecha 7 de septiembre de 1915 (véase más adelante, la nota a la página 200, línea 25).

La última referencia a *El proceso* en los diarios de Kafka se encuentra el día 6 de enero de 1915: «He abandonado provisionalmente *El maestro de escuela rural* y *El fiscal suplente*. Pero también casi incapaz de continuar *El proceso*».

Es posible que Kafka, a pesar de esta anotación, continuara trabajando todavía algún tiempo en su segunda novela, pues sabemos que en el mes de abril de 1915 le leyó a Max Brod los capítulos v y vi de la novela.¹ Pero cuando leemos en sus diarios, con fecha 30 de septiembre de 1915, la siguiente recapitulación, a modo comparativo, entre Karl Rossmann y Josef K.,

1. «Deja de vivir con sus padres una temporada, ocupa un cuarto que alquila primeramente en la calle Bílek (febrero de 1915) y luego en la pensión El Esturión de Oro de la Lange Gasse (Dlouhá); allí (abril de 1915) me arrebató de indecible alegría y de admiración con la lectura de los capítulos quinto y sexto de *El proceso*» (véase Max Brod, *Franz Kafka. Eine Biographie*, Frankfurt am Main, S. Fischer, 1966; trad. cast.: *Kafka*, Buenos Aires, Emecé, 1951; la misma traducción fue reeditada en Madrid, Alianza, 1974, p. 148).

es decir, entre los protagonistas de *El desaparecido* y de *El proceso*, tenemos la impresión de que tanto una novela como la otra se habían convertido por entonces para su autor en trabajos a los que posiblemente no volvería jamás: «Rossmann y K., el inocente y el culpable, a la postre matados ambos punitivamente, sin distinción, el inocente con mano más leve, más bien empujado a un lado que derribado a golpes».

PÁGINA 15, LÍNEA 7. *Josef K.* Ocho años después de la redacción de *El proceso*, el 27 de enero de 1922, a raíz de una estancia en un hotel de Spindlermühle, Kafka anotó en su diario: «Aunque en el hotel lo he escrito claramente, aunque también ellos me lo han escrito correctamente ya dos veces, en el tablero de abajo pone Josef K. ¿Debo aclarárselo yo, o debo dejar que me lo aclaren ellos?». Resulta ocioso recordar una vez más que muchos de los nombres con los que Kafka designa a sus personajes —Samsa, Bendemann, Rossmann, Josef K., K., etc.— son entendidos por él mismo como meras transposiciones, criptogramas, anagramas o deformaciones de su propio nombre (véase P.M. Levi, «Kafka. An Exploration of the Names of Kafka's Central Characters», en *Names*, núm. 14, 1966, pp. 6 y ss.).

PÁGINA 16, LÍNEA 16. *en aquella habitación repleta de muebles.* Esta visión de la habitación de la señora Grubach coincide con la que Kafka hizo a Felice Bauer (carta del 11 de febrero de 1915) de una habitación no precisada, cuando se encontraba buscando un apartamento en Praga con la intención de independizarse de sus padres: «¡Qué habitaciones no habré visto! No hay más remedio que creer que la gente, sin saberlo o adrede, se entierra en la mugre. Al menos aquí es así: se llenan de suciedad, quiero decir aparadores sobrecargados, alfombras al pie de las ventanas, construcciones de fotografías sobre los escritorios destinados a un uso impropio, cantidades de ropa blanca amontonada dentro de las camas, en los rincones palmeras de las que ponen en los cafés; todo esto lo conciben como un lujo. Pero la verdad es que a mí ninguna de esas cosas me importa nada. Yo solo quiero tranquilidad, pero una tranquilidad de la que esas gentes no tienen noción».

PÁGINA 16, LÍNEA 34. *está detenido*. En su libro sobre Kafka y el teatro yidish, E.T. Beck recuerda que esta escena inicial de *El proceso*, y en especial la caracterización de los dos individuos que arrestan a Josef K. y que luego, en la última escena de la novela, lo conducen a un descampado para ejecutarlo, le debe mucho a una secuencia del drama de Asher Zelig Faynman *Der Vitse-Kenig, oder a Nackt in Gan Eydn*. Escribe Beck: «La escena seminal de *El proceso*, es decir el arresto de Josef K., se corresponde con una breve pero importante secuencia de una pieza de teatro yidish, el arresto de Don Sebastián en *El virrey*, de Faynman ... Dos criados enmascarados de la Inquisición van a la casa de Don Sebastián y le participan que se les ha encargado que lo arresten, bajo la acusación de ser judío. A pesar de que Don Sebastián desea cumplir con los requisitos de la ley, solicita ser informado acerca de la naturaleza de las pruebas que pesan sobre él, y los enviados le responden que no están autorizados a darle mayores explicaciones. Después de este intercambio de palabras, Don Sebastián es arrestado ... Para Josef K., como para Don Sebastián, el arresto señala el inicio de un agudo declive personal y significa el fin de la existencia del Héroe como ciudadano respetable de la comunidad ... Más aún: mientras Don Sebastián sabe que fue denunciado por un enemigo personal suyo, Josef K. ... no posee esa información ... A pesar de que la situación en *El virrey* es extremadamente seria, la escena del arresto de Sebastián está entrelazada con elementos cómicos que ... adquieren la forma de insultos muy pintorescos proferidos por Pedrillo, el criado de Don Sebastián, contra los arrestadores ... El cariz de los insultos de Pedrillo se corresponde con los actos de los guardianes en *El proceso* ... Los representantes del tribunal en *El proceso*, en especial por su tendencia a la lujuria y la venganza, muestran las mismas características que los dramaturgos yidish atribuían a los enemigos del pueblo judío, que siempre son presentados como seres lascivos, deshonestos, informales y mentirosos» (Evelyn T. Beck, *Kafka and the Yiddish Theater. Its Impact on his Work*, Londres, University of Wisconsin Press, 1971, pp. 155-156). Recordemos todavía que, según Max Brod, Kafka se rió hasta las lágrimas cuando leyó en voz alta este primer capítulo de *El proceso* a sus amigos (véase Max Brod, *Franz Kafka. Eine Biographie*, Frankfurt am Main, S. Fischer, 1966; trad. cast.: Kafka, Buenos Aires, Emecé, 1951; la misma traducción fue reeditada en Madrid, Alianza, 1974, p. 170). Pocos comentaristas han puesto suficien-

te énfasis en los aspectos cómico-dramáticos de la obra de Kafka; entre ellos, véase Guido Crespi, *Kafka humoriste*, Milán, Shakespeare & Company, 1984.

PÁGINA 18, LÍNEA 11. *ese día cumplía los treinta años*. Kafka terminó posiblemente, o abandonó, la redacción de *El proceso* la noche antes de cumplir treinta y un años. Tanto las anotaciones en los diarios como la correspondencia de Kafka con su prometida Felice Bauer en los meses de redacción de *El proceso* permiten establecer una estrecha relación entre la segunda novela de Kafka y su situación personal por aquellos meses, en especial la angustia que le causaba su noviazgo con Felice Bauer. Elias Canetti estudió con extraordinaria perspicacia esta relación en su conocido libro *Der andere Prozess Kafkas. Briefe an Felice*, Múnich, Carl Hanser, 1969; trad. cast.: *El otro proceso de Kafka. Sobre las cartas a Felice*, Barcelona, Muchnik, 1976, 1981, reeditado en Madrid, Alianza, 1983.

PÁGINA 26, LÍNEA 30. *tendiéndole la mano*. En palabras de Hartmut Binder (*Kafka Kommentar zu den Romanen...*, Múnich, Winkler, 1976, p. 205), «darse la mano constituía para Kafka una expresión de solidaridad humana, y así lo comenta en múltiples ocasiones en las cartas a Felice, en sentido metafórico, como si se tratara de la representación de un deseo respecto a ella». En efecto, en la carta de Kafka a Felice Bauer del 20 ó 21 de noviembre de 1912 se lee: «En una vida tan miserable y difícil, cómo va uno a poder retener a una persona mediante meras palabras escritas; para retener están las manos. Pero en esta mano solo me ha sido permitido tener la tuya, de la que tengo absoluta necesidad para vivir, durante tres instantes: cuando entré en la habitación, cuando me prometiste lo del viaje a Palestina y cuando, loco de mí, te dejé montar en el ascensor».

PÁGINA 28, LÍNEA 3. *el rubio Kullich*. El lector observará las vacilaciones en el texto de Kafka entre la grafía *Kullich* y *Kullych* para el mismo personaje: reproducen las que se hallan en los manuscritos del autor y que, a su vez, como es lógico al tratarse de una edición crítica, reproduce KA, y nuestro traductor igualmente. Kafka no cita este apellido en lugar alguno, ni en sus diarios ni en sus cartas; de lo que se deduce que es una invención, abocada, quizá por ello, a las vacilaciones citadas.

PÁGINA 30, LÍNEA 17. *el director del banco, que apreciaba mucho su capacidad de trabajo y su seriedad.* Este pasaje también parece impregnado de la experiencia personal de Kafka; en este caso, de su relación con los superiores que conoció en las dos compañías de seguros para las que trabajó en Praga. Así, en la carta del 18 de noviembre de 1912 enviada a Felice Bauer, escribe Kafka: «En la actualidad las cosas han mejorado mucho, eso desde luego, la gente es incluso amable conmigo, sin que yo lo merezca. Hasta lo es mi director-jefe [se trata del doctor Robert Marschner, uno de los directores del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo]. El otro día él y yo, cabeza contra cabeza, leíamos un librito de poemas de Heine mientras ordenanzas, jefes de sección y clientes aguardaban con impaciencia en la antesala a que se les dejara pasar, llevados por los asuntos más urgentes».

PÁGINA 49, LÍNEA 34. *Hubiera debido presentarse hace una hora y cinco minutos.* A propósito de pasajes como éste, Ernst Fischer apuntó la influencia de la organización administrativa y burocrática del imperio austrohúngaro en el estilo de Kafka, que no es solo pródigo en terminología «judicial» o «procesal», sino que incide también, a menudo, en puntualizaciones horarias tan extremas como esta. (Véase Ernst Fischer, *Von Grillparzer zu Kafka. Sechs Essays*, Viena, 1962, p. 291; así como, del mismo E. Fischer, *Literatura y crisis de la civilización europea. Kraus, Musil, Kafka*, Barcelona, Icaria, 2.^a ed., 1984, pp. 117-123; y también José M. González García, *La máquina burocrática. Afinidades electivas entre Max Weber y Kafka*, Madrid, Visor, 1989.)

PÁGINA 50, LÍNEA 8. *en medio de la penumbra.* Escribe Heinz Politzer en su libro sobre Kafka: «En esta novela, entretejida con los símbolos de la luz y de la oscuridad, domina como señal identificadora de los interregnos una penumbra melancólica. Hay penumbra en los negociados, en la sala de vistas y en el taller del pintor Titorelli; aparece entre las juntas de la oficina de K. en el banco, que se transforma así en una ensombrecida cámara mortuoria; se desvanece en los atrios de la catedral, antes de que aparezca la oscuridad del fin y se extinga la vida de K.» (*Franz Kafka. Parable and Paradox*, Ithaca-Nueva York, Cornell University Press, 2.^a ed., 1966, p. 170).

PÁGINA 53, LÍNEA 16. *se mesaron la barba*. Los personajes con barba son recurrentes en la obra de Kafka, y el hecho de que la posean no es baladí. Pues este hecho no obedece solo a que los hombres de su época llevaran barba habitualmente, sino también a la pretensión, por parte del autor, de evocar unas costumbres y unos ambientes de etnia judía. Véase, a este respecto, lo que Kafka escribe a propósito de los personajes que aparecen al final del relato *En la colonia penitenciaria*: «eran trabajadores portuarios, hombres fornidos con barbas negras, cortas y lustrosas». Estos hombres aparecen en una taberna debajo de una de cuyas mesas se encuentra la lápida del «antiguo comandante» de la colonia, con un epitafio de resonancia obviamente bíblica: «Aquí yace el antiguo comandante. Sus partidarios, a los que ahora no se les permite llevar nombre alguno, le cavaron esta tumba y pusieron la losa. Existe una profecía según la cual el comandante resucitará después de un número determinado de años y, desde esta casa, conducirá a sus partidarios a la reconquista de la colonia. ¡Creed y esperad!». Véase asimismo, para el valor simbólico de las barbas en la obra de Kafka, Martin Walser, *Beschreibung einer Form. Versuch über Franz Kafka*, Frankfurt am Main-Berlín-Viena, Ullstein, 1972; trad. cast.: *Descripción de una forma. Ensayo sobre Franz Kafka*, Buenos Aires, Sur, 1969, pp. 55 y ss.

PÁGINA 61, LÍNEA 16. *y apareció un grabado obsceno*. No solo Josef K. es víctima de un juicio llevado por un tribunal que consulta libros obscenos en lugar de libros de leyes; también las mujeres que rodean este tribunal son objeto de un comportamiento grosero por parte de los hombres que tienen trato con ellas. A este respecto se han observado repetidamente dos cosas de la mayor importancia: la primera es que Kafka tenía de las relaciones sexuales la idea de que eran algo «sucio», como revelan muchos pasajes de sus diarios y de su correspondencia con Felice Bauer y hasta con Milena Jesenská, hacia el final de su vida; la segunda, quizá derivada de la primera, es que los personajes femeninos aparecen casi siempre en las novelas de Kafka bajo el sello ya de la maternidad, ya de la ligereza e incluso la obscenidad. Véase a este respecto W. Burns, «*In the Penal Colony. Variations on a Theme by Octave Mirbeau*», en *Accent*, núm. 17, II (1957), pp. 45 y ss., y Malcolm Pasley, «*Two Literary Sources of Kafka's Der Prozess*», en *Forum for Modern Language Studies*, núm. 3 (1967), pp. 142 y ss.

PÁGINA 81, LÍNEA 33. *te has quejado de nosotros*. Kafka emplea indistintamente, a lo largo de esta novela, pero de un modo especial en el pasaje que sigue, los pronombres y apelativos *tú*, *usted* y *vos* aplicados a los mismos personajes. Ello debe atribuirse también a las vacilaciones propias de un manuscrito –rigurosamente conservadas en nuestra edición– que Kafka no llegó a revisar para la imprenta.

PÁGINA 81, LÍNEA 36. *para azotarlos*. He aquí un tema recurrente en la obra de Kafka, que el lector hallará también en las narraciones *En la colonia penitenciaria*, *Un informe para una academia* e *Investigaciones de un perro*.

PÁGINA 84, LÍNEA 25. *de algún instrumento martirizado*. Escribe Martin Walser en este sentido: «Ese deslinde entre lo animado y lo inanimado Kafka lo desplaza, en aras de la expresión, en un sentido completamente antinatural: ahí una figura puede tener el aspecto de “una vara en movimiento oscilante”, o estar “recortada en papel de seda”, de manera que uno tendría que oír su crepitación cuando camina [ambas figuras se reconocen en la narración de Kafka *Descripción de una lucha*]. Esta cosificación va más lejos aún: las figuras pueden emplear sus miembros y sus rasgos faciales como si no fuesen suyos por azar, sino que en cierto modo se les hubiesen concedido a posteriori para solaz y arbitraria diversión. Ellas mismas se asombran, se disgustan y se regocijan viendo todo lo que pueden lograr de este modo ... Junto a esta mecanización de la corporalidad, se desliza una cosificación de todas las percepciones, de todas las sensaciones, de todas las manifestaciones ... Todo lo que comúnmente depende de un núcleo de personalidad perceptivo y generador, o de leyes naturales en ejecución, se independiza aquí y se convierte en una cosa susceptible de ser fijada, contemplada. Así el guardián azotado no grita como un ser humano, sino como un “instrumento martirizado”, y por eso su grito se eleva “indiviso e invariable” ... De modo que: cosificación de la persona y cosificación de su manifestación» (Martin Walser, *Franz Kafka. Descripción de una forma*, *locus cit.*, pp. 78-79).

PÁGINA 88, LÍNEA 9. *Karl, el tío de K*. El lector observará cómo, unas páginas más adelante (página 96, línea 12), este mismo personaje, el tío de K., es llamado Albert, en vez de Karl.

Se trata de un *lapsus calami* kafkiano sin mayor importancia, que esta edición, naturalmente, ha respetado.

PÁGINA 103, LÍNEA 9. *un gran cuadro*. Malcolm Pasley opina que Kafka se inspiró en el estudio de Freud sobre el *Moisés* de Miguel Ángel para la descripción de este «gran cuadro». En cualquier caso, refiriéndose a la famosa escultura de Miguel Ángel, Kafka le dijo en una ocasión a Gustav Janouch, hacia el final de su vida: «Este no es el guía de un pueblo [en alemán: *Führer*]. Es un juez, un juez severo» (Gustav Janouch, *Gespräche mit Kafka*, Frankfurt am Main, S. Fischer, 1968; trad. cast.: *Conversaciones con Kafka*, Barcelona, Destino, 1997, p. 195).

PÁGINA 103, LÍNEA 36. *jugando con sus dedos*. He aquí otro de los habituales «estilemas» de Kafka. El lector atento lo hallará igualmente en varias narraciones de Kafka, entre ellas *En la colonia penitenciaria*, donde leemos: «Ponen las manos a la vista de todos; si no lo hicieran, tocarían a las señoras y jugarían con sus dedos». Véanse las notas a esta narración en el volumen correspondiente de esta misma Biblioteca.

PÁGINA 104, LÍNEA 35. *es usted tozudo* (en alemán: *eigensinnig*). El mismo calificativo aplica Kafka a Gregor Samsa (*La transformación*), a Karl Rossmann (*El desaparecido*) y al agrimensor K. (*El castillo*).

PÁGINA 125, LÍNEA 37. *agarrándose de la falleba con una mano*. Un gesto análogo se encuentra en una de las primeras narraciones de Kafka, *Mirando distraídamente afuera*: «pero si ahora va uno a la ventana, se sorprende y apoya la mejilla contra la falleba». Más importante como rasgo estilístico recurrente en la obra de Kafka es la «mirada afuera», habitualmente vinculada a un sentimiento de melancolía, que el lector hallará también, por ejemplo, en el primer capítulo de *La transformación*: «La mirada de Gregor se dirigió luego a la ventana, y el tiempo nublado ... lo puso muy melancólico». A propósito de la mudanza de Kafka a la Lange Gasse de Praga, en marzo de 1915, el autor escribió a Felice Bauer: «Creí que me era indiferente la situación y el aspecto de un cuarto. Pero no es así. Sin unas vistas más bien despejadas, sin la posibilidad de contemplar desde la ventana un amplio espacio de cielo y, es un decir, una torre

en la lejanía –si fuera campo abierto lo que se ve, tanto mejor–, sin todo esto soy un ser mísero y oprimido; desde luego soy incapaz de especificar cuál es la parte que, dentro de ese desdichado estado de ánimo, es imputable al alojamiento, pero no puede ser pequeña».

PÁGINA 129, LÍNEA 8. *un tal Titorelli*. Nombre inventado por Kafka, pero que parece contaminado por los nombres de pintores que conocía y admiraba, como Tintoretto (del que menciona en sus diarios el cuadro *Susana en el baño*), Signorelli (de quien habla en una de sus cartas) y quizá Titurel, a quien sin embargo no cita en ningún contexto (véase Heinz Politzer, *Franz Kafka. Parable and Paradox, locus cit.*, pp. 206 y ss.).

PÁGINA 155, LÍNEA 4. *había puesto ya un pie en medio de la colcha...* Compárese con el sueño referido por Kafka en su diario (9 de octubre de 1911): «En el recuerdo me ha quedado una cama típica, una cama que está de lado, a mi izquierda, junto a una pared oscura o sucia, quizás inclinada, como en las buhardillas, que tiene un pequeño montón de ropa de cama, parecido a un edificio bajo, y cuya colcha, realmente un lienzo basto, cuelga por un extremo hasta el suelo, arrugada por los pies de quien allí ha dormido. Yo me sentía avergonzado de atravesar, a una hora en que aún estaba en las camas mucha gente, sus habitaciones, por ello caminaba sobre las puntas de los pies, a grandes pasos».

PÁGINA 169, LÍNEA 2. *meterse en la cama y no volver a saber nada más*. Pocos meses antes de la redacción de este capítulo, Kafka escribía a Felice Bauer una carta (14 al 15 de marzo de 1913) en la que leemos: «Sabes, mi amor, mi jefe, en la oficina, me da fuerzas con su firmeza absoluta, no soy capaz de seguirle, pero hasta cierto punto de modo consciente y hasta cierto punto inconscientemente, sí soy capaz de imitarle o por lo menos de contemplarle y atenerme a lo que veo. Hoy estaba enfermo. Cuando no viene a la oficina tengo que sentarme a su mesa y efectuar una distribución de toda la correspondencia, por la mañana y al mediodía. O sea que estaba hundido en la butaca como si no existiera, sin ver ni oír a los que venían, clavaba la mirada en cartas indiferentes, pensando que mi sitio estaba en casa, en la cama, pero –fíjate bien en esto– no tenía la más mí-

nima esperanza de hallar una mejoría en la cama, en el tranquilo estar echado».

PÁGINA 172, LÍNEA 19. *cerró la puerta con llave*. Como ya le sucediera a Cervantes con la historia del rucio robado de Sancho Panza, sobre el que luego Sancho aparece montado misteriosamente, aquí Kafka escribe que K. «cerró la puerta con llave» para impedir que entre Leni y, contradictoriamente, unas páginas más adelante (página 178, línea 18), Leni entra en el dormitorio del abogado, al sonido de una campanilla, sin el menor impedimento. Se ha respetado el lapsus.

PÁGINA 178, LÍNEA 7. *es mejor estar encadenado que libre*. Leemos en los diarios de Kafka estos dos pasajes: «Tener la sensación de estar atado, y al mismo tiempo la sensación de que si uno fuera desatado, sería todavía más duro»; y «Estaba atado como un asesino. Si me hubieran atado en un rincón con verdaderas cadenas y hubiesen puesto policías delante de mí y solo me hubieran permitido mirar a mi alrededor en esta situación, entonces no habría sido más duro. Así fue mi desposorio». Recuerde el lector la tesis de Elias Canetti, para quien *El proceso* no es más que una transposición narrativa del compromiso matrimonial de Kafka con Felice Bauer; véase más arriba, la nota a la página 18, línea 11.

PÁGINA 184, LÍNEA 36. *Según una antigua tradición*. No parece, por lo menos en este caso, desorbitar su exégesis Hartmut Binder cuando apunta, en relación con este pasaje, que según la tradición talmúdica las trompetas suenan para anunciar el inicio del Año Nuevo judío y también para llamar a la penitencia. Binder añade que el abogado de *El proceso* parece anunciar, con este toque de la campanilla, el inicio de un nuevo año en el proceso que se sigue contra Josef K. (Hartmut Binder, *Kafka Kommentar zu den Romanen...*, locus cit., p. 236, y R. St. Leon, «Religious Motives in Kafka's *Der Prozess*. Some Textual Notes», en *Journal of the Australasian Universities Language and Literature Association*, núm. 19, 1963, pp. 21 y ss.).

PÁGINA 192, LÍNEA 12. *habían dado las once*. De hecho, Kafka escribe un poco más arriba que la cita de Josef K. con el italiano debía producirse «hacia las diez» (página 190, línea

10). Se trata de un *lapsus calami*, comprensible si tenemos en cuenta que el autor no revisó su manuscrito para llevarlo a la imprenta. También páginas más adelante (página 195, línea 34) cuando parece haber transcurrido un cierto tiempo en el decurso de la narración, siguen siendo las once en la catedral.

PÁGINA 200, LÍNEA 25. *ante la Ley*. La parábola que sigue, sin la discusión exegética que viene a continuación, fue publicada por Kafka, a modo de narración suelta y con el título *Vor dem Gesetz*, en dos ocasiones anteriores, en 1915 y 1916. Se trata del único fragmento de esta novela que Kafka publicó en vida. En una entrada de los diarios (13 de diciembre de 1914), Kafka alude sin duda a esta «narración intercalada» de *El proceso*, y la denomina *Legende*, es decir, ‘leyenda’, aunque la voz alemana es sinónima de *Überlieferung*, que significa ‘tradición’ o ‘transmisión’: «En vez de trabajar –solo he escrito una página (exégesis de la leyenda)–, he leído capítulos ya terminados y encontrado que en parte son buenos. Consciente siempre de que todo sentimiento de contento y de dicha, como el que tengo, por ejemplo, especialmente con respecto a la leyenda [se refiere a *Ante la Ley*], ha de ser pagado y, concretamente, ha de ser pagado con posterioridad, para no permitir nunca descanso». Parece obvio que, al redactar este pasaje de corte parabólico –los hay en abundancia en la obra de Kafka–, Franz Kafka estaba rindiendo tributo a una tradición literaria de corte judío. Sin haber sido nunca un especialista en esa tradición, y a pesar de todas las contradicciones que Kafka exhibe respecto a la «cuestión judía» o al sionismo, el escritor era un buen conocedor del Antiguo Testamento, respetaba y admiraba la transmisión del legendario hasídico hasta sus días, y se interesó notablemente en los restos quizá más vivos de la tradición literaria judía en Centroeuropa, es decir, el teatro yidish. Estos son tan solo algunos de los elementos que permiten asegurar que Kafka fue plenamente consciente de que, en su obra literaria, pisaba de algún modo el terreno de la *Überlieferung* literaria hebrea, cuando menos al redactar esta «leyenda», y, especialmente, como se ha visto por la entrada en los diarios aludida, al completarla con la extraordinaria exégesis que sigue, de puro corte entre talmúdico y casuístico. Por lo que se refiere a las relaciones de Kafka con el judaísmo, en especial en sus aspectos literarios, véanse Giuliano Baioni, *Kafka. Letteratura ed ebraismo*, Turín, Einau-

di, 1984; Walter Benjamin, «Dos iluminaciones sobre Kafka», en particular, la carta escrita a Gerhard Scholem desde París el 12 de junio de 1938, en *Iluminaciones I*, Madrid, Taurus, 1971, 1998, pp. 197 y ss.; Heinz Politzer, *Franz Kafka. Parable and Paradox*, *locus cit.*, pp. 163-217 y 261 y ss.; S.B. Purdy, «A Talmudic Analogy to Kafka's Parable *Vor dem Gesetz*», en *Papers on Language and Literature*, núm. 4 (1968), y Ritchie Robertson, *Kafka. Judaism, Politics and Literature*, Oxford, Clarendon Press, 1985, en particular el capítulo «The Intricate Ways of Guilt», pp. 87-130.

PÁGINA 209, LÍNEA 7. *La noche anterior a su trigésimo primer aniversario*. Véase la nota a la página 18, línea 11.

PÁGINA 210, LÍNEA 22. *a la entrada de una plaza abierta*. Algunos escoliastas han intentado ubicar esta escena de la novela de Kafka en la realidad urbanística de la ciudad de Praga de su tiempo. Véase, en especial, Pavél Eisner, «Franz Kafkas *Prozess und Prag*», en *German Life and Letters*, núm. 14 (1960), pp. 16 y ss., y Hartmut Binder, *Kafka Kommentar zu den Romanen...*, *locus cit.*, pp. 252 y ss.

PÁGINA 213, LÍNEA 38. *Levantó las manos, separando los dedos*. He aquí otro «estilema» típicamente kafkiano. Se encuentra, con idénticas palabras, en el primer capítulo de *La transformación*, atribuido al personaje de la madre de Gregor: «y, con los brazos extendidos y los dedos estirados, exclamó: “¡Auxilio! ¡Por el amor de Dios, auxilio!”».

PÁGINA 214, LÍNEA 6. *¡Como un perro!* Según cuenta Max Brod en su biografía de Kafka, ya en 1907 este le habría escrito las siguientes palabras: «Mi camino no es en absoluto fácil y –tan extensa es mi panorámica– deberé morir como un perro» (Max Brod, *Franz Kafka*, *locus cit.*, p. 67). La *Carta al padre*, escrita por Kafka cuatro años después del último capítulo de *El proceso*, recoge todavía, aunque con variantes, este famoso final; pues al comentar Kafka el modo como su padre trataba a los empleados, le reprocha «tu manera de repetir la misma frase respecto a un dependiente enfermo de los pulmones [esta era también la situación de Kafka en aquel momento]: “¡A ver si revienta de una vez ese perro enfermo!”».

PÁGINA 214, LÍNEA 7. *fue como si la vergüenza debiera sobrevivirlo*. También a este respecto leemos en la *Carta al padre*: «Por lo demás, en este caso basta con refrescar un poco la memoria: bajo tu influencia, perdí la confianza en mí mismo y la sustituí por un infinito sentimiento de culpa. (Pensando en esa infinitud, escribí una vez certeramente de alguien: “Teme que la vergüenza le sobreviva”»).

PÁGINA 227, LÍNEA 38. *la ternura de su madre*. Una carta de gran interés mandada por la madre de Kafka a la madre de Felice Bauer cuando sus hijos respectivos rompieron su compromiso, dice en uno de sus pasajes: «Franz jamás ha poseído el don de mostrar su amor como lo exteriorizan otras personas. A mí me quiere tiernamente, de ello estoy convencida, pero sin embargo nunca me ha dado muestras de especial ternura, y tampoco a su padre y a sus hermanas, pese a lo cual Franz es la mejor persona que te puedas imaginar. Su dinero lo reparte entre sus colegas pobres, pues no le hace falta mucho para sus necesidades. Quizás es que no está hecho para el matrimonio, pues su única aspiración es escribir, eso es lo más importante para él en la vida» (20 de julio de 1914). Compárense estas palabras de la madre de Kafka con las de él mismo, en la carta a Felice del 1 de abril de 1913: «Estaba a punto de desnudarme cuando mi madre entró por un motivo sin importancia, y luego, al marcharse, me besó al darme las buenas noches, cosa que no ocurría desde hace muchos años. “Eso está bien”, dije. “Nunca me había atrevido”, dijo mi madre, “pensaba que no era de tu agrado. Pero si te gusta, también a mí me gusta mucho”».

Índice

Prólogo, <i>por Jordi Llovet</i>	7
--	---

El proceso

Detención	15
Conversación con la señora Grubach. Luego con la señorita Bürstner	30
Primera investigación	43
En la sala de vistas vacía. El estudiante. Las oficinas . .	59
El flagelador	81
El tío. Leni	88
Abogado. Fabricante. Pintor	108
El comerciante Block. Despido del abogado	157
En la catedral	186
Fin	209

FRAGMENTOS

La amiga de B	215
Fiscal	222
Hacia casa de Elsa	228
Lucha con el director adjunto	229
La casa	233
Viaje a casa de la madre	236
Notas	241

ESTE LIBRO HA SIDO IMPRESO
EN LOS TALLERES DE
LITOGRAFIA ROSÉS, S. A.
PROGRÉS, 54-60. GAVÀ (BARCELONA)

FRANZ KAFKA *El proceso*

El día que es arrestado, K. abre la puerta de su habitación para informarse sobre su desayuno. Acusado de un crimen que desconoce por jueces que no ve nunca y conforme a leyes que nadie puede explicarle, K. abrirá un número inimaginable de puertas intentando comprender la situación. A medida que el proceso ocupe más y más lugar en su vida, cada puerta constituirá una traba cada vez más alienante en el proceso judicial al que se ve sometido. Solo K. parece darse cuenta, en una lucidez irrisoria e inútil hasta el fin, de la total ausencia de hechos o eventos que clarifiquen la interminable incongruencia de su confinamiento. *El proceso*, sin duda una de las obras clave del genio del absurdo que fue Franz Kafka, enfrenta al lector a la angustia de comprobar que algunas cosas son demasiado reales para ser ciertas.

«Cuando se estudie la historia de nuestro tiempo, los libros de Kafka serán los verdaderos documentos de la kaffiana realidad actual de postergaciones infinitas y autoridades inaccesibles. Y cuando todo esto pase, la obra de Kafka perdurará.»

JORGE LUIS

PVP B

ISBN 84-9759-281-6



www.debolsillo.com

